



POLICIDA



PAUL DURANTE

POLICIDA

Paul Durante

Aclaración:

La palabra policida no la registra la Real Academia Española; es una creación del autor. Está formada por el prefijo “poli-”, acortación de la voz policía, y por el sufijo “-cida”, que significa “matar”, “aniquilar”. Por lo tanto, policida es la persona que mata a los policías, a los agentes del orden público.

Título: Policida
Portada de Emmanuel
Copyright © 2019 Paul Durante
ISBN:

Dedicatoria

A mi madre, por la fe ciega que tuvo en mí y en mi proyecto, creyendo, incluso, más que yo, en que todo iba a llegar a feliz término, tal cual sucedió. Por su aliento, por su bendición, por su ánimo y por su empuje.

Índice

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)

1

—¡Los juras! —gritó en voz baja el hombre haciendo un movimiento rápido como para levantarse —¡los juras!

El sujeto había levantado la cabeza de casualidad. No le gustaba distraerse mucho del juego. Sentía que la concentración era una de las claves que tenía para que le fuera bien. Cuando empezaba a pensar en otras cosas, por simple y por poco tiempo que fuera, comenzaba a declinar su buena suerte. Lo tenía comprobadísimo. Ahora, este día de viernes en la tarde de mucho sol, había estado grandioso. No había perdido una mano. Ya llevaba ganado cinco de los grandes. Esperaba seguir así hasta que terminaran de jugar, dos o tres horas después.

En su voz de niño se notaba claramente el nerviosismo que se acababa de apoderar de él. La lengua se le trabó antes de que pudiera decir la primera palabra, por lo que no se le había entendido bien lo que dijo. Fue el movimiento atropellado lo que alertó a sus compañeros de divierta.

Éstos, que en ese momento tenían la mirada clavada en el suelo de cemento agrietado de una casa vieja y abandonada, su lugar favorito, pues siempre se les podía ver reunidos ahí a cualquier hora del día, levantaron rápidamente la cabeza al mismo tiempo, con los ojos bien abiertos. Con la vista fija en el mismo punto, punto que todavía estaba a unos treinta metros de distancia, vieron venir a los policías directamente hacia ellos. Se removieron en el asiento duro.

Los tres agentes no caminaban de prisa, sino con paso normal, tranquilo, volteando la cabeza para los lados, mirando el panorama a su alrededor. Todo se veía tranquilo. Había niños jugando pelota, parejas de novios hablando en las puertas de las casas, gente que iba y venía a comprar, jóvenes que regresaban de la universidad... Lo de siempre.

También, como había querido hacer el que les “avisó” de la llegada de los uniformados, los hombres tuvieron la intención de pararse y salir corriendo; pero todo quedó en eso, en deseo, porque, finalmente, nadie se levantó. Ya era tarde. Si los hubieran visto un par de segundos antes, se hubiesen deslizado tranquilamente para los escondrijos que cada uno de ellos tenía en el lugar y no hubiera pasado nada. Así lo habían hecho un montón de veces, la última de las cuales fue esa misma mañana, cuando, temprano, a eso de las seis, un

patrullero con cuatro policías adentro, vestidos de negro y pasamontañas, se acercó al lugar.

Con los agentes ahí nomás, cualquier intento de escabullirse hubiera sido una estupidez. Eso lo sabían todos ellos.

No pudiendo darse a la huida, los tahúres hicieron lo único que tal vez, aparte de abrir fuego, cosa que no podían llevar a cabo porque nadie estaba armado, y además porque era una tontería enfrentarse de esa manera tan abierta a la ley, les quedaba por hacer en semejante trance: se quedaron quietos, tratando de mantener el control de sus emociones. En un intento por parecer sereno, uno de ellos, el que en ese momento tenía los dados en la mano, los cuales se disponía a tirar tras haberlos revuelto, se puso a silbar una canción que solo él había oído; parecía ser de una cumbia o algo así. Pero, entretenido en tratar de recordar la melodía que no se sabía bien, se le había olvidado arrojar los cubos. El sujeto sentado a la par lo apuró a que lo hiciera cuando los policías ya se hallaban más cerca:

—¡Dale, aventalos, pues! —le dijo.

El tipo, dándoles una última sacudida con más fuerza y rapidez y sin dejar de chiflar, los tiró al centro de la rueda, y los dos dados cayeron con el lado de la cara en la que estaban los tres puntos viendo hacia arriba. Al mirar cómo habían quedado, alguien, frotándose los brazos, dijo:

—¡Putá!

El mismo sujeto que arrojó los cubos los agarró otra vez, los movió en su mano izquierda y, calculando que quedaran en medio, los lanzó de nuevo. Ahora cayeron en cinco y cuatro. Volvió a cogerlos y a echarlos varias veces más.

Como si no hubieran visto acercarse a los policías, los tíos siguieron jugando. Esto, después de todo, no era ningún delito, al menos una falta que fuera grave, y lo más que podía hacer la autoridad era decomisarles los dados, quitarles el dinero con el que jugaban, registrarlos, hacerles algunas preguntas, retenerlos un rato ahí y, luego, porque no había razón de peso como para llevárselos detenidos, soltarlos.

Cuando los uniformados ya estaban a solo unos pasos, el sujeto que dio la orden de que continuaran jugando, dijo por lo bajo:

—¡Calmados!

El lugar al que habían llegado los tres policías esa tarde es un pedazo de tierra de unos noventa metros cuadrados, que está situado en una hondonada rodeada por dos enormes —más que todo largos, porque altos no mucho— y

jóvenes cerros —el Cerro Yac y el Cerro del Huerto, también conocido por algunos como Cerro de las Águilas, no se sabe por qué, pues nadie ha visto en esa loma ninguna de estas aves. Lo que sí abundan son los zopilotes, las ardillas y los llamativos papagayos—, alrededor de la cual viven unas mil quinientas personas, de las que una sexta parte, sobre todo los muchachos —algunos de ellos niños de apenas once años; en el negocio igualmente hay bastantes mujeres— se dedican a tiempo completo a vender todo tipo de drogas: desde aguardiente —existe por lo menos media docena de cantinas pequeñas, pero surtidas— pasando por la marihuana *de la buena*, hasta la peligrosa Fenciclidina, estupefaciente que también es conocido popularmente con el nombre engañoso de “polvo de ángel”. ¡Polvo del demonio deberían llamar mejor a ese veneno!

El movimiento de vendedores de estimulantes en esta zona es, igual que la edad en el hombre, continuo. Esta es solo una de las tantas ventajas que tiene el lugar para los adictos. Es un mercado que se mantiene operando incesantemente. Aquí no hay un horario para las transacciones. Se puede comprar en cualquier momento. A las dos de la madrugada hay tantos proveedores en espera de marihuanos como a las diez de la mañana. A menos que la policía se dé una vuelta por el sector. Porque en tal caso todo queda muerto, semejante a una mañana de sábado en el centro de la ciudad después de una gran tormenta con rayos y truenos. Pero toda vez se van *los muy perros*, todo vuelve a la *vida*, y entonces no hay nada que impida a los viciosos comprar lo que quieran, muchos de los cuales llegan de lejos atraídos por los precios, que son bastante bajos comparados con otros lugares, y por la facilidad de adquirirlas. Es fácil. Ya cuesta más conseguir una aspirina para niño en la tienda de enfrente, que aquí obtener polvo de ángel.

Los agentes —una mujer y dos hombres— que se acercaron a los cinco sujetos ya conocían el terreno. Habían pasado por ahí varias veces. Como civiles y como policías en servicio. Y, como casi todos los lugareños, y como la mayoría de los habitantes de la ciudad, sabían que allí se movía bastante droga. El predio era peligroso por lo mismo. La lista de muertos por reyertas entre pucheros era larga. Igual la de los compradores. La policía también había puesto unos cuantos. Y los civiles, incluyendo algunos chiquitines que nada tenían qué ver. El fuego cruzado.

Era tal la cantidad de estupefacientes que se vendía en el sector que, de un tiempo acá, las personas comenzaron a llamar al lugar *El Mercadito*, designación que, en efecto, le quedaba cabal. La comercialización de drogas

—la marihuana en especial— era un negocio que había existido por años, prácticamente nació con la ciudad, y su “especialidad” siempre fue la venta en pequeñas cantidades: una o dos porciones. Y este había sido en cierta medida uno de los principales factores del poco éxito de la policía para acabar con el comercio ilícito. En el momento en que los vendedores o los compradores se tropezaban con los uniformados, se deshacían con facilidad del monte aventándolo tras un arbusto. Y, cuando no podían hacerlo porque ya los tenían cerquita, los puchos que les hallaban apenas alcanzaban para condenas nimias que no pasaban de algunas horas, días o, a lo sumo, unas cuantas semanas. Así era cómo el negocio se había mantenido y a la vez crecido de manera satisfactoria.

La vendedora de alucinógenos que empezó la rentable industria, una ancianita vivaracha de piel todavía tersa, de ochenta y cuatro primaveras, después de varios años, se había multiplicado por cincuenta. Ahora era una legión de un poco más de medio centenar de hombres ofreciendo el estimulante en un espacio de terreno un poco más grande que un estadio de fútbol, en tres y cuatro turnos.

Sin embargo, el motivo por el cual los uniformados caminaban por *El Mercadito* este día, no tenía nada que ver con el asunto de los narcóticos. Ellos no eran de esta sección. Esto no quería decir, no obstante, que si sorprendían a alguien vendiendo, comprando o llevando droga en los bolsillos, no lo fueran a detener. Ya lo habían hecho otras veces. Varias veces. Hugo Otoniel, Christopher Adonay y la cabo Marcela Sofía, quien era la que encabezaba el trío, hacían patrullaje de rutina.

Se desplazaban a pie. Un vehículo policial los acababa de dejar al otro lado, en la calle Los Pinos, que bordea por la parte norte *El Mercadito*. Pero no los recogerían. Tendrían que regresar caminando a la comisaría.

Anocheceía, y la negrura comenzaba a dominar en las calles de la ciudad. Las lámparas públicas se empezaron a encender poco a poco, según iba oscureciendo.

Ninguno de los policías, que caminaban uno detrás del otro a una distancia de tres metros, vio que nadie de aquellos cinco hombres hiciera algún tipo de movimiento sospechoso. Tal vez haya sido por la oscuridad que no notaron nada, porque lo cierto fue que uno de los sujetos, pensando que los uniformados de seguro los iban a registrar, tiró algo detrás del cerco de lámina vieja galvanizada que estaba a un lado.

Los agentes, conservando la distancia, terminaron de cruzar el patio antes

de que los jugadores pudieran volver a concentrarse de nuevo en los dados. *Perros malditos* —dijo entre dientes uno de ellos mirando de reojo a los polis —, *ya vienen a joder otra vez* —y, al reconocerlos, renegó —; *y son los mismos cabrones de ayer*.

Hugo, Christopher y Sofia habían pasado la víspera por el lugar, solo que al mediodía, y los cachearon. Por rutina. No les habían hallado nada ilícito. Lo único era que andaban sin papeles. Lo de siempre. Eso ya lo sabían los agentes. Pero eso está lejos de ser delito. Por eso no se lleva preso a nadie. Hoy no pensaban registrarlos otra vez. Si iban pasando cerca del grupo de vagos era porque por allí estaba la calle por la que decidieron entrar. No tenía que ver con ellos. Nada tuvo que ver el hecho de que estuvieran ahí jugando. Como escogieron ese paso, bien pudieron haber elegido otro. Había sido seleccionada por la casualidad. Por una de las otras cuatro callejuelas que salían de la explanada hacia las demás colonias, urbanizaciones y a la autopista pasarían al regreso o posiblemente mañana.

Eran calles de tierra con un montón de hoyos en cada tramo. Tenían muchas vueltas y además eran bastante angostas. A los carros les costaba pasar. Hasta para caminar resultaban feas.

Pero cuando ya estaban a escasos metros del grupo de ludópatas, cambiaron de opinión. Se detuvieron a corta distancia de los hombres. Se les quedaron mirando. Y los jugadores a ellos. Hugo les hizo una seña con la mano para que se levantaran.

—Párense —les dijo acercándose un poco más para que lo oyeran bien.

Los sujetos, como muchachos ejemplares, se levantaron enseguida sin rezongar.

—Ahí —les indicó la pared rosada.

Se pusieron en fila frente al muro.

—Con las manos en la nuca.

Entrelazando los dedos, los delincuentes se las llevaron al cuello y de una vez fueron abriendo las piernas, pero no lo suficiente.

—Más —dijo dando un paso hacia el primer hombre de la izquierda.

Se abrieron otro poquito.

—Más.

Los tipos, que de vez en cuando miraban de reojo a los policías, quedaron con las pantorrillas bien separadas.

Atrás, algunas personas se pararon a mirar, pero solo por un momento. Luego continuaron con sus actividades.

Christopher —Hugo se apartó—, ante la mirada vigilante de sus compañeros, empezó a registrar a los sujetos, comenzando por el primero de derecha a izquierda.

Adonay le palpó minuciosamente las pantorrillas, las piernas, los encajes, las bolsas del pantalón, el bolsillo de la camisa. Le dijo que se quitara la gorra ¡El tufo que le llegó a las narices! El agente no aguantó el olorcito.

—¡Ponétela! —le dijo, mostrando una cara de asco y escupiendo a un lado.

El tahúr se la puso, riendo ligeramente, y pensó: *¡huy, qué delicada ella! ¡Perro! ¡Un día de estos me voy a cagar en vos, maldito!*

Se zafó los zapatos protestando, pues esto ya no le gustó mucho:

—Si querés me quito también los pantalones —murmuró, inconforme.

El uniformado volvió a cachearle los saquillos del pantalón y los encajes. No le halló nada indebido. Solo algunos billetes arrugados y varias monedas de veinticinco y de diez centavos. Además de un par de llaves que dijo que eran de la casa —pero no explicó de cuál casa; si de la suya o la de algún vecino—. Después de echarle otra vez todo a la bolsa, Christopher empezó a registrar al segundo de la fila. A este tampoco le encontró armas o drogas. Únicamente un monedero en el que había unos cuantos dólares de a uno y una engrapadora pequeña de plástico.

—¿Para qué es esto? —le preguntó Adonay enseñándosela.

—Para engrapar ¿para qué otra cosa puede servir? —le contestó, y dijo en su mente —*pendejo, la pregunta te compro, imbécil.*

El tercero tenía en la camisa seis jeringas nuevas de plástico desechable de un ml, un blíster de aspirinas para niños y unas fotos de mujeres hermosas de senos descomunales. Para sorpresa de Christopher, el quinto sujeto andaba cargando en la cartera de cuero un carnet de estudiante. Pero el documento estaba muy deteriorado. Desde el punto de vista de la identificación, era como que no hubiera andado papel que lo fichara. De la foto solo medio se veían los ojos, un pedazo de la nariz y una oreja. Los datos eran completamente ilegibles. Atrás y adelante. Lo único que se podía leer bien en la parte posterior eran dos números seis en una de las esquinas, la de la derecha, y dos firmas al pie del escrito. De lo demás no se veía nada. Por más que comparó la fotografía del carné con la cara del hombre no pudo distinguir si era el mismo.

Volvió a meter el documento de identidad escolar en el depósito y el billetero en la bolsa de atrás del Levi's falso.

Adonay se alejó un poco de la fila de hombres.

Los individuos se quedaron tal cual estaban, pues no les habían dicho que rompieran fila. Las piernas les empezaban a doler y los brazos a adormecerseles. Ya tenían unos cinco minutos de estar parados en esa posición. Se miraban unos a otros por el rabillo del ojo. También no dejaban de ver con disimulo a los policías.

Después de un rato Marcela le hizo una seña con la cabeza a Christopher para que les dijera a los hombres que ya podían dejar caer las extremidades. No iban a arrestar a nadie. No había por qué hacerlo.

—Ya estuvo —les dijo Adonay, volviendo al lado de sus compañeros—. Pueden bajar los brazos ya.

Los tíos bajaron en seguida las extremidades, se arreglaron la ropa, se pusieron los zapatos y, aparentando tranquilidad e ignorando a los agentes del orden, volvieron a sentarse, haciendo rueda como antes, supuestamente con la intención de seguir jugando.

Los policías todavía se quedaron ahí parados un momento más antes de continuar el camino. Sofia volvió a mirar hacia atrás, en dirección al patio que acababan de cruzar. Luego echó un vistazo a las casas. Notó que ya habían encendido las lámparas interiores y exteriores en todas ellas. Por algunas ventanas se veía el reflejo de los televisores prendidos. A las seis de la tarde empezaban las novelas, alguno que otro noticiero y las series familiares. La franja infantil había acabado para tristeza de los chiquitines. Ahora les tocaba a los adultos. Tornó otra vez la vista al grupo en el instante en el que uno de ellos tiraba los dados. El par de cubos cayó en el cemento por enésima vez, haciendo un ruido suave.

Al momento en que el de la gorra hedionda agarraba otra vez los cubos, los agitaba y se preparaba para lanzarlos de nuevo, la mujer policía, con la mano en la cacha de la pistola, empezó a caminar.

—Vámonos —les dijo a sus compañeros de ronda.

Los uniformados, mirando al grupo por última vez, la siguieron. De espaldas a la gavilla de delincuentes, se fueron adentrando a la calle que habían elegido fortuitamente. Unos pasos más adelante Sofia se detuvo, esperó a Christopher, que iba inmediatamente detrás de ella, y le dijo algo. Adonay, sonriendo, hizo un movimiento con la cabeza como si no creyera lo que oía.

Mientras Marcela hablaba con Christopher, Otoniel, que había pasado a ser momentáneamente el primero de la fila, miró para atrás, para la bocacalle. No vio nada.

Luego de las breves palabras de Sofia a Adonay, continuaron caminando,

volviendo a ocupar la misma posición que traían: Marcela adelante, Christopher en medio y Hugo de último. Apenas habían reiniciado la marcha, cuando, los hombres a los que acababan de registrar, se pararon de un salto. Los cinco al mismo tiempo. Cada uno de ellos tenía una pistola en la mano, que les colgaba a un lado, apuntando al pavimento. Antes de levantarse el de la gorra apestosa recogió una piedra pequeña, que cambió por otra más grande y con filo. El que había visto primero a los *perros* afianzaba en la mano izquierda un pedazo de varilla oxidada con tamaña punta. Armas hechizas, pero eficaces.

Después de dar otros cuantos pasos más, justo antes de doblar la primera esquina, Hugo volvió a mirar a sus espaldas, pero tampoco vio a nadie esta vez. Ni siquiera a los chiquillos que estaban jugando fútbol con una pelota de plástico de varios colores, lo que le pareció un poco raro. Todavía era temprano para que la gente se encerrara ya en las casas. A las nueve tal vez le hubiera parecido normal; pero no a las seis y veinte. Algo pasaba... o estaba a punto de pasar. De pronto sintió que alguien los seguía con la mirada. Desconfió de los individuos que acababan de cachear. A partir de ahí empezó a voltear la cabeza más seguido. Prácticamente lo hacía a cada paso que daba. Con creciente inquietud pensó en una emboscada. En ese *cubil* podía suceder cualquier cosa. Pero al instante se calmó. Ya había sentido similar sensación anteriormente y nunca había ocurrido nada. *Imaginaciones mías*, se dijo para terminar de tranquilizarse.

Sus colegas, la agente siempre adelante, continuaban andando imperturbables. Otoniel se acomodó la gorra y se pasó el fusil a la mano derecha. Mantenía la distancia con Adonay, que hacía lo mismo con Sofía.

Los tíos, después de ponerse de pie, se fueron detrás de los policías. Se acercaron, despacio, procurando no hacer mucho ruido, a la entrada de la calle por la que se metieron los uniformados. Ahí se detuvieron un momento. Al cabo de unos segundos uno de ellos se adelantó y fue a ver a dónde iban. Retrocedió dando un brinco. Otoniel acababa de volver a echar un vistazo. El sujeto esperó un rato. Atisbó de nuevo, sacando ahora precavidamente solo la mollera. Los agentes iban viendo para el frente. Sin dejar de mirar a la pequeña columna, llamó con la mano a los hombres. Seguido por ellos, tres de los cuales se pasaron al otro lado y uno se quedó con él, empezó a caminar encorvado a la orilla del camino para que no lo vieran. Llevaban el paso de los uniformados. Nada más se detenían, quedándose completamente quietos, cuando Hugo volvía a ver. Luego, en el tiempo que aquél giraba otra vez la

cabeza, reanudaban la marcha, apresurando un poco el paso para recuperar los centímetros perdidos.

Los separaba una distancia aproximada de dieciséis a dieciocho metros.

Un sexto sujeto armado salido de la nada se unió al grupo de pistoleros. No podía caminar sin hacer ruido con las botas negras de combate que llevaba puestas. Era pelón, negro y alto como un jugador de baloncesto. Solo de verlo se notaba que el individuo era de respeto.

Hugo vio por centésima vez para atrás. Sus perseguidores se detuvieron en seco. Otoniel volteó de nuevo la testa para adelante. Acababa de volverse, cuando, el hombre que iba en vanguardia, dando una carrera rápida y corta, a fin de acercarse más para tirotearlo a bocajarro, levantó la pistola, le apuntó y le disparó. Dando un grito y aflojando el cuerpo, Hugo cayó al suelo sacudiéndose.

Christopher y Sofía, al oír detrás de ellos las detonaciones, se dieron vuelta rápidamente sacando las pistolas, alarmados. En el instante que Adonay giraba se le zafó el arma de la mano, pero, con el reflejo de un malabarista fogueado, la cogió en el aire. *Putá*, masculló. Notaron confusamente el cuerpo de Otoniel tirado en el suelo. No vieron a nadie más. Pero, aunque no miraron a ninguna otra persona, tuvieron la sensación de que, tal cual sintió su compañero antes, alguien los espiaba. Les dio miedo. Agarraron con fuerza las culatas, como para darse valor. Con temor, sabiéndose carne de cañón ahí en medio de la calle; armados, pero sin saber a quién disparar, empezaron a correr hacia donde estaba tendido Hugo para ayudarlo.

Habían dado solo tres pasos cuando también cayeron heridos. Un balazo a cada uno. En el lado izquierdo del pecho. A Hugo la bala también le cayó de ese lado, solo que por la espalda, de modo que los tres recibieron el impacto en el corazón. Con el órgano destrozado por la pólvora, a los agentes no los salvaba de morir ni siquiera el Altísimo. Sucumbieron en el aire, en el momento que iban desplomándose al suelo.

Después de la encerrona todo quedó en silencio. El único ruido que se oía era el que hacían los carros que pasaban arriba, en la carretera principal. Un zumbido suave y constante.

Los seis pistoleros, con sigilo, pero sin temor, pues se encontraban en su territorio y ahí mandaban ellos, se acercaron a los agentes. Se detuvieron a unos tres o cuatro metros de donde yacía tirado el primero, Otoniel, sin dejar de apuntar. No sabían si muerto o vivo. También ignoraban el estado de los otros dos. Querían evitarse sorpresas. No vieron que se movieran. Tampoco

oyeron que se quejaron. Tal vez ya estaban muertos. Luego de un cuarto de minuto, más confiados, se arrimaron otro tantito, siempre con cuidado y listos para disparar de nuevo. Quedaron a unos cuantos pasos de Hugo. Les costó un poco distinguirlo bien. Vestidos con uniformes negros, los policías casi no se veían en la oscuridad. El camuflaje era perfecto. El que hizo los tiros sacó una lamparita de plástico de la bolsa delantera del pantalón y los alumbró. Los demás sujetos miraron expectantes. Iluminó al vuelo a los tres. A continuación, lo hizo detenidamente uno por uno. Hugo Otoniel permanecía boca abajo, con los labios separados y el puño de la mano derecha cerrado con fuerza, como si se preparara a pelear. El arma estaba por sus pies. Más adelante, a escasos metros, Christopher Adonay, quien, por la serenidad y la posición en la que había quedado, parecía hallarse durmiendo después de un día pesado; tenía el cuerpo de lado, un brazo doblado debajo de la testa y las piernas recogidas. Y, más allá, por las botas de Adonay, perfectamente sentada, con las piernas estiradas una encima de la otra y las palmas de las manos apoyadas en el suelo, Marcela Sofía, la que habían matado por último. Conservaba la cabeza erguida y los ojos abiertos de modo natural. Se miraba como que todavía vivía. Creyendo que pertenecía al mundo de los vivos aún, el de talla de basquetbolista le apuntó enseguida.

—¡Calmate! —lo atajó una voz autoritaria.

El sujeto bajó el artefacto, escupiendo al suelo.

—¡Perra! —murmuró.

—Calmate.

Los pistoleros rodearon a Hugo, poniéndose cuatro a un lado y dos al otro. Uno de los malhechores, el que quiso darle el tiro de gracia a la agente, lo encañonó y dijo:

—¡Estúpido policía! —chilló con resentimiento, dándole una gran patada en el costado izquierdo del abdomen.

El mismo sujeto, luego de un rato, le dio vuelta con el pie rudamente, dejándolo con la cara para arriba. El cuerpo todavía estaba caliente. Otro de los matones se inclinó sobre el rostro de Otoniel y, a pocos centímetros, lo escupió:

—¡Cerdo idiota! —lo puteó.

A continuación recogió el arma de Hugo.

—Esta mierda es mía —dijo mirándola revés y derecho.

Por un momento, que no fue mucho, nadie dijo nada. De repente, el que la agarró primero con el policía dijo “espérenme”, y fue a recoger una piedra de

un montón de ripio que había en la orilla de la calle, a un costado de ellos. Al rato, resoplando por el esfuerzo y andando a duras penas, regresó cargando un gran cascote lleno de musgo. Lo colocó en el suelo, cansado. Las manos en la cintura y la lengua de fuera, tomó y sacó el aire por la boca varias veces hasta que se le normalizó la respiración. Mientras recuperaba el aliento, los delincuentes, que no habían roto el cerco alrededor de Otoniel, se apartaron, sospechando lo que se proponía hacer el bandido. Cuando se sintió mejor se aproximó a Hugo y le dio, siempre acompañadas de insultos, otro par de contundentes patadas, ahora en las nalgas y en el cráneo. Después de golpearlo volvió a levantar el pedrusco y se puso al lado de la cabeza del agente muerto, que la tenía de lado.

El que lo expectoró se la enderezó con el pie para que el de la piedra pudiera agarrarlo de frente.

—Este fue el perro —dijo, luego de moverle la testa, señalándolo con la pistola.

La vez pasada, haría cosa de ocho o nueve meses, Hugo Otoniel hirió por accidente en los testículos en un registro, en una barra show, a un amigo de ellos que también era toxicómano. La bala perdida había dejado al hombre estéril. Juraron que el poli se las pagaría algún día.

Después de que se lo colocaran bien, el del cascajo se fue a parar por la parte superior de la cabeza del uniformado, por la coronilla, cuya gorra policial cubría todavía parcialmente.

El sujeto abrió con gran esfuerzo una pierna y seguidamente la otra. El cráneo del agente quedó en medio de las patas del asesino y debajo de la piedra que tenía colgada por la cintura. Antes de dejársela caer vio si se hallaba colocado en la posición correcta. Quería estar seguro. No, se había puesto muy atrás. Si se la dejaba caer desde donde estaba parado, el objeto no le caería en el rostro como pretendía. A lo sumo le pasaría dando aire. Levantando apenas los pies del suelo, se movió un poco para adelante. Volvió a ver otra vez. Todavía no. Le faltaba un poquito. Dio medio paso más. Confirmó de nuevo. Ahora sí. Ahí se encontraba perfectamente situado. Ansiaba con ganas agarrarlo bien. Que no quedara ni seña de la *maldita cara del perro*.

Sudaba a chorros. El rostro se le miraba colorado y se veía ofuscado. Moqueaba. Las manos las tenía completamente pálidas de la parte de donde cogía la roca. Los brazos, igual que las piernas, le temblaban visiblemente. Se veía que casi no podía con la carga. El escombro bien pesaba unos 42

kilogramos, igual que una bolsa de cemento para albañilería.

Apartó el pedrusco para un lado, se inclinó un poco y salivó a Otoniel.

—¡Perro estúpido —lo ultrajó otra vez —; miserable cabrón!

Los demás no se aguantaban las ganas de ver chocar la piedra con la cabeza. Querían ver cómo le quedaban las facciones al policía después de que le cayera encima. Uno de los hombres lo incitó para que rematara a Hugo de una vez:

—¿A qué horas, pues? —lo azuzó.

—¡Me crece la barba! —lo aguijoneó otro tío, excitado.

Al cabo de un rato, arrugando la cara, empezó a levantar el pedrusco para agarrar impulso. La alzó lo más que pudo. Cuando le llegó al pecho, se detuvo un segundo y, frunciendo más el semblante, la dejó caer, empujándola además para que cayera con más fuerza sobre el objetivo. Lo hizo con odio. La roca, con picos por todos lados, se fue a estrellar cabal contra el rostro del agente, con gran potencia.

La sangre salpicó la ropa de los delincuentes, que maldijeron y retrocedieron, limpiándose el líquido rojo de la jeta, la camisa y el pantalón.

Los huesos del cráneo del muerto se quebraron con la misma facilidad con que se romperían los de un pájaro-mosca al que le pasaran encima las patas de un elefante. La calavera acabó completamente aplastada.

El asesino, con una mueca de regocijo en el semblante, que cambió por el del esfuerzo y del cansancio, se quedó parado un rato más con los brazos abiertos y respirando fuerte en el mismo sitio viendo lo que había hecho. Soltó una sonora carcajada horrible al ver cómo había quedado Otoniel.

—¡Ja ja ja! —se rió estruendosamente, y dijo, con la voz estropajosa del sujeto que se ha drogado toda la noche, —¡miren cómo quedó el maloliente hijueputa!

Luego, riéndose siempre, se quitó de encima del agente.

Los demás individuos, que de pronto también sintieron deseos de hacer lo mismo que hizo su compinche, igualmente se rieron con ganas, abriendo la gran boca como la abren los hipopótamos cuando tienen sueño, pereza, pelean o juegan.

El criminal, que de igual forma estaba todo manchado de sangre del lado interior de las piernas, aún no había acabado con Hugo. Se volvió a poner en la misma posición que antes, solo que al otro lado, arriba del pecho, mirando de frente al lapidado.

Mirándose unos a otros, el resto de la manada se preguntaba qué se

proponía hacer ahora el sujeto a quien no conocían por su salvajismo. Sabían que le gustaba matar. Porque de verdad sentía placer hacerlo. Pero solamente eso. Asesinaba, daba media vuelta y se iba. Nada de aporrear con brutalidad a sus víctimas después de haberlas ejecutado. Esta otra faceta de su personalidad delictiva era nueva para ellos.

De ahora en adelante tenían que tenerlo más en cuenta... y cuidarse más de él. El tío había demostrado convincentemente en un ratito que era un demente sin tratamiento.

Los sacó de duda de inmediato. Se soltó despacio el cincho de cuero con que se amarraba el pantalón, se bajó el zíper, se sacó el miembro y, agarrándose con el índice y el pulgar, dirigió el chorro que le salía de la uretra para cada centímetro del rostro desfigurado de Hugo, empapándose por completo del líquido de desecho.

Los espectadores le celebraron la idea con gritos y silbidos festivos.

—¡Hey, original! —dijo alguien carcajeándose, aplaudiendo y tirando patadas al aire al mismo tiempo —¿dónde vistes eso?

El hombre tenía la vejiga llena. Estuvo meando a Otoniel un gran rato. Cuando por fin acabó de evacuar, se abrochó otra vez el cincho y se apartó del uniformado. Le dio otra patada en el costado.

—¡Hijueputa —le dijo, como si Hugo Otoniel le pudiera oír aún —; esto no es nada en comparación a lo que siento, perro!

Volvió a pegarle otro puntapié, esta vez en la nuca.

—¡Cabrón, estúpido!

Lo orinó de nuevo. La orina, mezclada con la sangre, dándole un tono anaranjado oscuro, escurría de los lados en las facciones destrozadas del funcionario muerto.

Mientras lo meaba por última vez, tres de los otros delincuentes se fueron para donde seguían tirados los demás policías, y empezaron a ultrajarlos también. Les hicieron lo mismo que a Otoniel. Los maldijeron, los escupieron, los apedrearon, los patearon, los mearon... A la agente, luego de haberle hecho todo eso, le pegaron dos balazos más en los senos, que salieron volando.

Cuando el tipo terminó de orinar a Hugo, se apartó, pero todavía con ganas de seguir humillándolo. Tras unos segundos se volvió a aproximar, se bajó el pantalón, dobló las rodillas hasta quedar en posición de sentado y empezó a hacer fuerza.

2

Jaquetón, situado al lado sur del país, es un pueblo montañoso de calles — por lo empinadas, estrechas y con muchas vueltas— que parecen auténticos toboganes en las que hay que andar con cuidado para no caerse. Su territorio mide 64 kilómetros cuadrados, con una población que anda por los once mil quinientos habitantes.

Erigido en septiembre de 1966 en las laderas del cerro Yac —en un tiempo vivieron en esta colina unos animales de cuernos grandes y espesas y largas lanas en las patas y la panza, parecidos a los rumiantes yacs de las montañas del Tíbet, y de ahí su nombre—, la mayoría de las diecinueve colonias que hasta el momento se han levantado allí están edificadas en taludes inclinados o, por el contrario, en barrancos hondos, apropiados aparentemente para cualquier otra cosa, menos para vivir.

Así son sin excepción los 64 kilómetros de terreno. No hay un pedazo regular de tierra que sea plano. Ni siquiera uno. Cada casa, cada calle, cada estructura que componen el conjunto de Jaquetón queda sobre una ladera. A veces declives del todo verticales.

Es un pueblo que la gente de las ciudades vecinas, valorándolo solo por lo escarpado de la superficie, tacha, sin remedio, de feo de un plumazo.

Aun así, aun y con todo lo feo, lo disparejo que pueda ser el suelo, Jaquetón, como ocurrió desde el principio, sigue atrayendo a la gente. En cuarenta y cuatro años las personas no han parado de venir al lugar y, ayudándose con pico y pala o, en el caso de las urbanizaciones —hasta la fecha se construyen por lo menos tres—, con maquinaria pesada, ha ido acomodándose bien en las rampas de la loma.

Según datos oficiales de la alcaldía, solo en 2009 se desplazaron para este territorio tres mil cuatrocientas ochenta y dos personas, doscientas más que el año anterior.

El pretexto que pone la gente para venirse a establecer a Jaquetón es el mismo de siempre. Cuando se les pregunta a los que acaban de llegar por qué se han pasado a vivir a este poblado de apariencia poco atractiva, todos dicen que por lo fresco. *A mí no me importa que el lugar donde viva sea grande o pequeño, plano o montañoso, de gente acomodada o no* —dice Conchita Maridel, mientras se termina de acomodar en su nueva casa, hablando también

por sus vecinos—. *Lo que me importa de veras es que sea un lugar fresquito, libre de esos calores nocivos, de la sofocación, y este municipio lo es de sobra.*

Lo incómodo, lo irregular del terreno del pueblo, lo compensa enormemente la flora —en Jaquetón hay más árboles que casas, de ahí su clima peculiar—, pues aquí, en esta *sucursal del Jardín del Edén*, como lo llaman sus habitantes con orgullo, es agradablemente abundante. Abundante y variado. Acá, por cualquier parte que uno vaya o mire, se topa con verdes bosques de pinos, abedules y macondos de imponente corpachón. Palos centenarios, de ramas grandes cuyas hojas liberan y bañan todo el día con su esencia fragante al pueblo y a todo lo que hay en él: animales y calles, personas y casas.

En este poblado la flora es parte esencial de la existencia de las personas, y los árboles son vistos como otro integrante más de la familia, lo que, después de todo, son en realidad. Cada año se hacen campañas para sembrar más plantas —ornamentales y maderables—, y se multa a quien se atreva a cortar uno desde el tronco. Tan importante son para ellos, que prácticamente todas las vías de Jaquetón llevan sus nombres: calle El Sauce, pasaje El Limón, avenida Macondo...

No se los han puesto solo por ponérselos. No son apelativos antojadizos. La razón de que hayan bautizado a la mayoría de los pasajes y avenidas de Jaquetón con calificativos de árboles es para honrarlos y, a la vez, para hacer ver a las generaciones que van llegando la importancia que tienen en la vida de los hombres del pueblo, con la intención de que también ellos traten a la flora con respeto.

Los parroquianos miden su riqueza no por el dinero, como lo hace la mayoría, sino por la calidad de sus bosques, en donde los perales, naranjales y cocoteros rivalizan en cuanto a cosechas con los boscajes de arrayanes, marañones y guanabas; los robles, laureles y teca, por la dureza de su madera, con el haya, el macondo y el cedro; el tomate, el pepino y la lechuga con el rábano, la mora y el berro; la sandía con el melón; la cebolla con el ajo.

Los arbolitos de la docena de viveros que hay en Jaquetón son de los más vendidos en todo el país. Día tras día se hacen colas de gente queriendo comprar al menos un retoño de durazno, de almendro, de papaya, o de canelo, de rosas, de azalea, o de girasoles.

Con esta vegetación abundante, el tiempo mesuradamente frío aquí en el pueblo es la regla no la excepción. Con una temperatura que no pasa de los 18

grados centígrados, el ambiente caldeado acá casi que se desconoce. Las veinticuatro horas se puede sentir un agradable clima helado. En la mañana, en la tarde, en la noche. Al despuntar el día es común ver bajar desde la cresta del cerro un delgado revestimiento de neblina que envuelve el vecindario. No es una bruma que ofenda, que enferme, sino acariciadora, reconfortante. Lo mismo ocurre en el atardecer.

Como resultado de este frescor, de esta humedad poco más o menos estable, la siembra se da bien en Jaquetón. Con temporadas de ocho a nueve meses de lluvia moderada —40 milímetros—, esta tierra es tan fértil como en los días en que los hombres se comunicaban por señas. Rica en nutrientes, los cultivos, agradecidos, dan por lo menos tres cosechas estupendas al año.

También hay muchos animales. Esta es otra de las razones por la que a las personas se les antoja vivir en Jaquetón. Se calcula que existe por lo menos medio centenar de diferentes clases de pájaros. Aves de todos los tamaños, formas y colores. En un pandemónium ensordecedor que extrañamente no molesta oírlo, al contrario, resulta agradable, aquí en el pueblo se regodean libremente a su gusto, planeando y posándose elegantemente como solo saben hacerlo ellos arriba de las grandes ramas de los palos o sobre las interminables extensiones de zacate siempre verde —aun en pleno verano— de dos metros y medio de alto que el viento remece hasta hacer que las puntas, ondulantes, toquen, cual si fueran dedos, el suelo fecundo. El abubilla, el becada, el pájaro carpintero, el halcón peregrino y el albatros, que se cuentan por cientos en este lugar que alguien tuvo el acierto de comparar con la tierra de Heidi, son alados que la gente del lugar considera nativas porque siempre han estado ahí, en sus nidos en las copas de los árboles o en las vigas de las casas, cosa que no fastidia a nadie, sino al revés, pues, para sus ocupantes, el que una avecilla anide en sus techos es señal de que confía en ellos, de que no le van a hacer daño, algo que, por supuesto, ningún residente en sus cabales haría.

En la tarde, a eso de las cinco, es un completo espectáculo mirar ramas y prados repletos de plumas hondeando al viento —en este pueblo todo el tiempo hace brisa; corriente de aire que entra por lo general del noroeste— semejante a una gran bandera. Y a la par de ese mosaico viviente, el canto ancestral de inflexiones inimitables que igual cautivan oírlos solos o la totalidad a la vez. Son miles los emplumados que, sin excepción, a idéntica hora del atardecer de todos los días, a las cinco y cuarto, salvo cuando está lloviendo fuerte, se dejan ver en la misma rama, en el mismo pedazo de grama

en la que se pararon el día anterior, para luego, tras unos tres minutos aproximadamente, después de picotearse de forma traviesa entre ellos, de limpiarse las pulgas y de cantar, irse batiendo las alas para sus refugios a pasar la noche.

Para la gente de Jaquetón todos los pájaros son especiales, pero hay uno que les llama poderosamente la atención. Es un alado azulenco, enorme —casi el doble del resto de sus compañeros—, elegante, que, por su apariencia, uno podría pensar que es el que tiene la mejor tonada del averío. Sin embargo, no es así; el pajarraco parece que nunca canta. Como si fuera nada más el maestro de la orquesta, el que dirige los coros. Los vecinos están convencidos de que es así porque han visto que, al empezar a aletear desde el brote de mayor altura para que la bandada lo pueda ver bien, los demás se ponen a tararear y, cuando deja de mover las alas, de manera automática sus congéneres se quedan callados. No siempre se repite la escena, pero sí bastantes veces para que sea casualidad.

Debido a la actitud de director que ha asumido, los lugareños le han puesto al ave el nombre de Maestro.

En el río medianamente caudaloso que nace en lo alto de la ladera y en las cinco pozas que hay diseminadas en Jaquetón no es raro ver nadar a peces de colores vistosos y aspecto amenazador como el cabracho, el alburno y el salmonete de roca. Hay quien jura haber visto también aletear un trío de pirañas asesinas con la boca abierta.

Son aguas limpias, puras, libre de tóxicos, donde los pescados nacen y crecen saludables, como los patos salvajes que tienen su piscina particular junto a un naranjal que da las naranjas sin semilla más dulces de todo el pueblo, donde no dejan que nadie llegue, ni los mismos vecinos, a quienes corren en grupo a fuerza de picotazos.

A los únicos seres a los que toleran estas aves palmípedas son a las tortugas, a quienes suelen tender de manera amistosa el ala en el caparazón, igual que le echaría uno el brazo al hombro a un amigo. Es un ritual poco común que los habitantes de Jaquetón, pequeños y grandes, no se cansan de mirar con extrañeza y asombro de tarde en tarde, porque, a saber por qué motivo, solo a estas horas del día suele darse este encuentro peculiar.

Vacas, conejos, macacos, mapaches, ardillas, culebras inofensivas pero que de todos modos dan miedo con sus más de siete metros de largo... son solamente otros de los animales que viven en este zoológico al aire libre.

En Jaquetón también ha existido por años una rara piara de bestias de

pescuezo y orejas largas, patas esbeltas, pelo sedoso y largo de color amarillento en la panza y negro claro en el lomo, bastante parecido a las vicuñas, que viven en una cueva enorme en lo más elevado del cerro, cerca del picacho, entre un montón de árboles donde casi no se dejan ver, solo oír, pues los machos, en la época de celo, hacen un ruido endemoniado que se oye abajo en el pueblo con claridad. Los bufidos que dan estos cuadrúpedos cuando andan en brama son resoplidos largos y roncós, semejante a eructos, que se escuchan prácticamente día y noche.

Un señor, don Rodolfo, conocido por todos como Cocó, que vive a la mitad de la elevación, aislado, acompañado únicamente de un perro que no tiene más pelo en todo el cuerpo que un mechón blanco que le cuelga de forma chistosa en la punta de la cola; y que cuenta ya con más de noventa inviernos, pero que todavía se mantiene erguido como un jovencito de dieciocho y al que muchos consideran con razón el cacique del lugar, dice con su voz juvenil que estos animales son parientes directos de la cabra doméstica, y que, si no salieron igual a ésta, es porque se apareó con un caballo, un poni, que, en lo mejor de la libido, desesperado, se metió con ella, que asimismo andaba calenturienta, preñándola.

—¿Y la cabra? —le han preguntado mil veces los vecinos que les gusta ponerse hablar con él — ¿dónde está?

—Pues, ya se murió hace años —contesta siempre el nonagenario sin ponerse a reír.

—¿Y el poni?

—También ya se murió.

Algunos, le creen; otros, no.

Debido a su comportamiento arisco, nadie sabe con seguridad cuántas cabras-caballo son, pero, al parecer, es un rebaño que tiene controlada la natalidad, pues nunca han sido vistos juntos más de diez animales. Tampoco se sabe si son carnívoros o herbívoros que, dada la alimentación habitual de los rumiantes, lo seguro es que se nutran de hierbas y plantas.

Si bien pequeña, la población de Jaquetón, que todavía conserva bastante su diseño original: casas de techos de teja, paredes de barro repelladas de cemento, una ventanita que da a la calle, tiene todo lo que se necesita para vivir convenientemente: escuelas —nacionales y privadas—, unidad de salud, clínicas particulares, alumbrado público, bazares, parques iluminados, canchas de fútbol —también iluminadas—, un banco, mercado municipal, línea telefónica, agua potable adentro de las viviendas, abarroterías, calles

pavimentadas en buen estado, iglesias y, por supuesto, cementerio, camposanto que últimamente ha generado controversia entre los habitantes y el alcalde.

Puesto en funcionamiento al mismo tiempo que nació el pueblo, en septiembre de 1966, el cementerio, de tres manzanas de extensión, rebasó su capacidad a los treinta años de que se empezó a usar. Sin embargo, a falta de un nuevo sitio, las autoridades edilicias siguen dejando que la gente continúe enterrando —y sacando a otros, y por eso el descontento de los vecinos— a los fallecidos ahí. A partir de que se llenó, a principios de 1996, como ya no quedaba un pedazo de tierra libre donde ocultar a uno más, la práctica corriente ha sido la de sacar del nicho un cadáver y meter a otro en su lugar. Muchas veces, en realidad siempre, los restos mortales del que se inhuma no ha cumplido ni los seis meses de haber sido velado, cuando ya va para afuera, para darle espacio al recién muerto.

Desde hace casi tres quinquenios es normal que, con apenas algunas semanas de haber expirado, al quitar la tierra que cubre al difunto para hacer la sepultura de un familiar o un amigo, los excavadores se topen con el esqueleto todavía cubierto de algunos jirones de piel en los huesos de la cara, los brazos y las pantorrillas. Muchos de ellos aún conservan la ropa que les pusieron al momento de meterlos en el ataúd, en buen estado, lo que más bien los hace ver como si se encontraran durmiendo y no como si estuvieran muertos.

Son escenas penosas que duelen tanto a los parientes del que desentierran como del que entierran, pues éstos, aparte de estar conscientes de que están faltando la última morada de un compañero o de un conocido —en Jaquetón todos se conocen y son amigos—, acto que les hace sentir vergüenza, saben que dentro de unos cuantos días los restos mortales de su ser querido igualmente van a ser profanados por otros, tal cual hizo él, obligado, con el anterior.

Los dolientes que tienen la costumbre de ir de forma regular al camposanto a limpiar la tumba y a enflorar saben bien que quizás no es a su mamá, o a su hijo, o a su esposa al que está rindiendo homenaje, sino a otra persona.

El alcalde, que ya suma siete periodos consecutivos dirigiendo la comuna y a quien le ha tocado que pasar por lo mismo por lo que ha pasado el grueso de los moradores, puesto que a su abuelita también la exhumaron a los pocos meses de que la habían sepultado, reconoce que es una práctica indecente, pero que, por el momento, mientras no se consiga otro espacio, no se puede hacer otra cosa —los habitantes no aceptaron la propuesta del edil de llevar a

los muertos a las ciudades vecinas entretanto se conseguía el nuevo tramo de tierra ya que, dicen, como buenos localistas que son, que si habían nacido en Jaquetón, tenían que ser enterrados en Jaquetón. Los que han llegado hace poco dan análogo argumento *porque*, dicen de corazón, *aunque hemos venido no hará mucho tiempo, queremos y amamos a este pueblo, tanto como los que han nacido aquí.*

El funcionario, de cuarenta y siete años de andar tranquilo, y de cara sociable y serena, parecida a la de Nelson Mandela, piensa ponerle fin a esta situación lamentable lo antes posible. *Pero, ¿cuándo? Es lo que viene diciendo hace tiempo*, se queja un parroquiano, cuyo hijo de catorce abriles terminó bajo el hierbajo que crece en el viejo camposanto —*¡camprofano debería de llamársele hoy!*, dice el aludido hombre— al trimestre de que le habían dado cristiana sepultura.

Si bien Jaquetón es un lugar tranquilo, la muerte, lo mismo que en todas partes, es una visitante habitual. Con frecuencia hay fallecidos por causas naturales, de cualquier edad: niños o ancianos por igual. Aun así, con los decesos inevitables, la población sigue aumentando con rapidez. La causa de este incremento son los nacimientos numerosos dada la costumbre arraigada de la mujer jaquetense de traer al mundo las criaturas que *Dios quiera* y a la cada vez menos defunciones debido al avance de la Medicina.

De acuerdo a los archivos del ayuntamiento, hasta mediados del año 2010 la relación de los que nacen a los que mueren es de cuatro a uno. A veces de cinco o seis a uno. El año anterior esa diferencia bajó un pequeño porcentaje, pero, en términos generales, se mantiene estable el número de cuatro alumbramientos por un deceso.

Por lo común la gente de este pueblo perece por causas naturales: un riñón en mal estado, un derrame cerebral, un corazón que deja de funcionar de repente sin causa aparente, la edad. La edad es la primera causa de muerte en Jaquetón, donde es normal que las personas pasen de los cien años —extraoficialmente se sabe que hay unas quinientas almas arriba del centenar y por lo menos mil entre los ochenta y los noventa—. La mayoría de los hombres mueren de viejitos, los cuales, casi sin excepción, pasan sus últimos momentos entregándose al ocio en el Club de los 100 Años (C100A), asociación sin fines comerciales fundada hace dos décadas por la Alcaldía para que los abuelos tengan donde reunirse y puedan dar libremente rienda suelta a sus recuerdos, que de seguro son muchos.

En ninguna otra parte hay más ancianos centenarios reunidos en un solo

lugar en una extensión de terreno tan pequeño como en este poblado.

Los accidentes de carros por estas calles tranquilas y poco transitadas — circulan a diario unos diecisiete mil vehículos entre autobuses del transporte público, microbuses de pasajeros, camiones de remolque, rastras cañeras, camiones que proveen bebidas, taxis, mototaxis, vehículos particulares, motocicletas y bicicletas— son contados y por lo general ocasionados por desperfectos de las máquinas y no por la forma de las carreteras como podría pensarse. Pasan meses —en el último lustro solo ha habido tres— sin que se sepa de uno, y, cuando sucede, por lo mismo, por lo insólito del evento, prácticamente se vuelve un hecho célebre del que los moradores pasan hablando durante días.

Como sucedió con la última rastra cañera —esta era la séptima en veinte años que se accidentaba— que se fue a estrellar contra una cerca de malla ciclón, calle abajo, hace once meses. Esta vez, igual que en casi todas las anteriores, no fue por culpa de lo curvo de las vías ni, como suele ocurrir, por falla mecánica del camión de remolque. Los motivos del percance fueron otros bien distintos, lo que contribuyó a darle más brillo al hecho. Hubo gente que incluso le halló su parte chistosa al incidente; y tal vez lo tuviera después de todo.

El accidente, que pasó a las diez y media de la mañana de un lunes en particular caluroso, fue porque el chofer, hombre de 55 años, bajito, gordito, que usaba lentes café claro y el pelo corto, se había descuidado por completo del volante por ir entretenido con una muchacha que había conocido en uno de sus viajes. Aparentemente enamorada —apenas tenían una semana de que se habían visto por primera vez—, la mujer de pechos y caderas enormes, que hacían pensar en los melones, le había venido haciendo arrumacos desde que salieron con el viaje a las cuatro y media de la madrugada hasta que, al fin, bastante estimulado y sintiéndose de nuevo irresistible, el motorista también le empezó a meter mano, descuidándose de su trabajo. Al poco tiempo había dejado de mirar por completo hacia adelante y de maniobrar los controles, perdiendo enseguida el mando de la máquina pesada de dieciocho llantas, que corrió en zigzag el siguiente tramo empinado y torcido.

El único carrito de dos puertas que iba delante del camión cañero, al ver el monstruo que se le venía encima, se subió corriendo a la acera para evitar que lo aplastara, lográndolo por un pelito.

El tráiler rodó en esa forma unas dos cuabras, entretanto el conquistador trataba, nerviosa y agitadamente, de domeñarlo otra vez. Por fin, luego de que

el conductor intentó varias veces recobrar el dominio sin lograrlo, el vehículo se fue a detener, haciendo un gran ruido, doscientos metros más abajo en la malla ciclón, justo antes de una hilera de viviendas grises de dos plantas que acababan de construir.

El remolque acabó volcado con las ruedas para arriba, la cabina aplastada, sin una de las llantas delanteras, que explotó, y el neumático de otro par sin aire, completamente desinfladas.

Fue un descuido que le granjeó al chofer, que de milagro no se llevó ningún rasguño, igual que la mujer, ni ninguna otra persona, el repudio de los vecinos —han pedido al alcalde que ya no deje pasar rastras cañeras por las calles del municipio—. Igualmente le valió para que le quitaran la licencia de conducir por seis meses, se lo llevaran preso tres días, le pusieran una multa de trescientos dólares por conducción temeraria, otros diez mil por daños y perjuicios, y lo mandaran a sacar un curso para conductores responsables.

La joven población —la media anda por los 45 años— de Jaquetón es una comunidad instruida —los estudiantes, que antes se podían contar con los dedos de la mano, ahora suman cientos. Bachilleres y universitarios. Buena cantidad de médicos, ingenieros, periodistas, cocineros, administradores de empresas, técnicos en redes, investigadores... están integrados haciendo un buen papel en las diferentes empresas estatales y privadas a nivel local y nacional.—, devota ferviente, progresista, dispuesta a probar cosas nuevas —después de darle los votos a los partidos de derecha por una larga temporada, los nueve años anteriores los jaquetenses se han decantado por la izquierda, partido que, a fuerza de obras, que es en lo que se fija la masa, está más fuerte que nunca, con serias posibilidades de llevarse otro periodo más— y dada a volcarse de lleno a las diferentes actividades que se celebran en el pueblo.

A las competencias deportivas, a los múltiples actos religiosos que se desarrollan en los numerosos templos —en Jaquetón prácticamente a cada vuelta hay una casa de oración católica, protestante, de movimientos y comunidades religiosas como los mormones, baptistas, testigos de Jehová, adventistas del Séptimo Día, y a diario se abren más filiales para que la gente, que mes a mes se está volcando a las iglesias en multitudes considerables, tenga un lugar donde alabar al Señor— y a los eventos culturales, acude tal número de personas que los locales se quedan chiquitos para albergar a muchachos y muchachas, abuelos, padres, tíos, hijos, nietos —a veces todos a un tiempo— que concurren alegres como espectadores o participantes en los partidos de fútbol o básquetbol, misas, recitales de poesía, etc.

Las funciones que promueven la Alcaldía y las entidades particulares atraen muchedumbres, sean éstas tradicionales o no. El tenis, el voleibol, el ajedrez, entretenimientos pocos habituales en la ciudad, tienen tantos participantes como el históricamente practicado balompié, juego al que semana a semana se une una mayor cantidad de mujeres: ahora hay seis equipos participando en un torneo más tres que se están formando.

El básquetbol, el boxeo y el squash son otros de los pasatiempos que igualmente se han popularizado bastante los últimos días. Con más y más chicos sumándose de forma regular a las actividades físicas, la municipalidad ha tenido que aumentar el número de torneos intramuros para que nadie se quede sin participar.

Otra área donde el ayuntamiento también se ha visto obligado a destinar recursos económicos y humanos mayores, debido al interés creciente mostrado por los jóvenes jaquetenses, es en los eventos culturales e intelectuales. Entre esos individuos talentosos hay profesores, entrenadores, orientadores capacitados a los que la municipalidad contrata por horas o tiempo completo, según se les necesite. La antes empobrecida biblioteca, ahora es un verdadero foco del conocimiento. Víctor Hugo, Charles Dickens y Truman Capote, entre muchos otros considerados por los críticos, monstruos de la literatura universal, encumbran hoy el archivo, centro que está ponderado como uno de los más completos y ricos del país y del continente, según el Fondo de la Naciones Unidas para la Educación, el Arte y la Cultura, UNESCO.

A diferencia de épocas anteriores, de un tiempo para acá, cada año, durante la semana cultural, que se lleva a cabo a mediados del mes de mayo, se hacen talleres de Literatura en la Casa de la Cultura, a los que se invita a escritores de talla mundial, como ponentes. Hasta la fecha el salón —el Salón Amarillo, situado al fondo al lado izquierdo de la primera planta del edificio— donde se realizan los seminarios ha tenido lleno completo de adolescentes —igualmente mayores—, ávidos de aprender de los virtuosos de las letras.

A las tertulias mensuales de poesía y de canto también llegan decenas de poetas y cantantes consagrados, y aspirantes a serlo.

El dinero —5,7 millones de dólares— para construir el inmueble de dos pisos que ocupará el museo —Museo Municipal—, ya está en poder de la Alcaldía y solo es cuestión de que Ingenieros Constructores Asociados, ICA, la empresa ganadora de la licitación, empiece a trabajar en la obra. Según el diseño que presentó el ICA, el local contará con 14 galerías distribuidas en dos niveles, además de un espacio interior de 20 metros de largo por 8 de

ancho, para exponer nada más las obras de los pintores y artesanos locales — se tiene pensado hacer una muestra cada tres meses— y otra, con las mismas medidas, para los trabajos de los artistas de otras ciudades y otros países. Los patios, asimismo, servirán como sala de conferencia y, cuando sea necesario, escenario para representaciones teatrales.

El ayuntamiento espera que el moderno Museo Municipal esté terminado antes de 2011, en el mes de diciembre, fecha en que piensa inaugurarlo con la primera gran exposición nacional e internacional de pintura.

El pueblo entero está a la expectativa.

Bosques esmeralda tupidos, manantiales de aguas limpias, temperatura única, calles aseadas e iluminadas, permanentes eventos culturales y deportivos, gente amable, cabal y devota y, en general, ambiente tranquilo, Jaquetón era el sitio ideal para vivir, *un lugar bonito para que crezcan nuestros hijos*, como dijo una inquilina que acababa de arribar al maravillarse de lo placentero del entorno. Así creían las personas de esta ciudad sureña, y así lo hubieran seguido creyendo si, a principios de enero de 2010, no hubiese aparecido la primera pareja de policías lapidados, y otros dos, con un par de días de diferencia.

La certeza de que Jaquetón era una zona estupenda, apacible, para residir, entonces se hizo añicos, y lo que los vecinos empezaron a experimentar fue miedo, miedo a convertirse en las siguientes víctimas. “Si no respetan a la autoridad”, comentó alguien, afligido, “menos a nosotros”. Acosados por ese sentir, muchos comenzaron a largarse del poblado, buscando sitios más seguros, cuando, solo cuarenta y ocho horas después del último ataque, los diarios publicaron la noticia de que se habían encontrado tres nuevos uniformados muertos a pedradas.

Al oficial Lázaro Balmore, hombre de gran fortaleza física, un metro ochenta de estatura, sesenta kilos de peso, piel trigueña y rostro agradable, nunca le pasó por la cabeza llegar a ser guardián de la ley. Ni en sus años infantiles. Ni en sus fantasías de niño. Sí les tenía un gran respeto a los agentes, e incluso los admiraba a pesar de los comentarios negativos que la gente hacía de ellos. Ayudaban a las personas, y esa era una buena razón para que merecieran su consideración. Pero hasta ahí nomás. Sus anhelos eran otros —Lázaro ambicionaba convertirse en controlador de vuelos aéreos y tener a su cargo la tremenda responsabilidad de guiar en el cielo a varios aviones a la vez—. Nada que ver con armas, ni delincuentes, ni delitos. Eso no era lo suyo.

No solo no era lo suyo, sino que no le gustaba. Y uno debía hacer lo que realmente le complacía hacer. Era la clave del éxito. Además que, aunque le hubiese atraído, no le hubiera sido fácil incorporarse a la institución, ya que, a sus papás, conociéndolos, si bien no le hubieran hecho comentario alguno, no les habría caído en gracia que su hijo se metiera a policía, y él, no obstante que siempre había tomado sus propias decisiones porque así se lo habían enseñado desde pequeñín, no tomaba a la ligera las opiniones de ellos, y menos si se trataba de cosas que implicaban un gran riesgo.

El peligro que corrían a diario los uniformados, con tantos demonios sueltos en las calles, no se comparaba con el de ninguna otra profesión.

Pero un día, sin querer, acompañando a un amigo que sí quería ser policía, y a quien los padres apoyaban en su deseo de ser agente, se halló frente al escritorio donde se daban las solicitudes para poder entrar a la Academia de la corporación y, junto con él, y cientos de muchachos más que hacían cola, pidió una, nada más por pedirla, que llenó con sus datos personales en su casa y entregó una semana más tarde, olvidándose del asunto. Sin embargo, para sorpresa suya, ya que no se lo esperaba, un mes después le mandaron a decir por correo —también le llamaron a su casa— que se presentara al establecimiento docente para las pruebas iniciales, que pasó sin problemas —su compañero, en cambio, por culpa de una viejísima lesión en el tobillo derecho, que le molestaba bastante cuando corría o cuando caminaba rápido o cuando el tiempo estaba helado, a pesar de los fuertes sedantes que le habían dado en la clínica, fue rechazado—.

Así, todavía no muy convencido, a los veintidós años, en mil novecientos setenta y cinco, entró como el alumno número 22 a la Academia y empezó, sin muchas expectativas y cero motivación, una carrera policial fructífera que lo llevó luego —demasiado luego— a ocupar cargos de jefatura.

Si bien era bastante inteligente —ciento diez era su coeficiente intelectual—, había logrado llegar hasta allí más que todo a base de entrega y disposición en el trabajo. Ese fue su secreto para escalar rápido a puestos de mando. No fue por la agudeza mental, ni por la estatura, ni por ninguna otra cosa ajena a su dedicación.

Estas dos cualidades eran bastantes raras en los elementos de la corporación. La mayoría de los policías, tal cual ocurre en todas las empresas, le ponían mala cara a trabajar más tiempo de lo que les exigía su horario y, por lo menos sesenta minutos antes de que se les acabara el turno, empezaban a mirar el reloj, esperando ávidos la hora de irse. En cambio, Balmore no. Si

había que arrimar el hombro horas extras, las trabajaba sin arrugar la frente. Si tenía que suplir a un compañero enfermo, lo hacía de buena gana, casi con alegría.

Y esos fueron puntos a su favor.

Para Lázaro, comportarse de esa manera no representaba ningún esfuerzo. Para él esas expresiones de su personalidad eran de lo más normal. Era lo que había hecho siempre en los asuntos en los que participaba, así fueran cosas consideradas poco importantes —para el oficial todo en la vida era importante—.

También le ayudó a avanzar de prisa en la carrera policial el hecho de ser un tipo amigable, propenso a llevarse bien con medio mundo. En la institución todos eran sus amigos. Desde el jefe hasta el que se encargaba de la limpieza. La cocinera, los administrativos, y la mayoría de los que de una u otra manera tenían alguna clase de relación con la entidad, como por ejemplo los reporteros que acudían a recabar datos para elaborar sus notas periodísticas.

Descendiente de una de las primeras familias que llegaron al pueblo, cuando Jaquetón contaba con media docena de casas de barro y veinte personas que se dedicaban a la siembra, Balmore siempre había sido un incorregible hombre cordial como lo fueron sus antepasados, cuya cualidad más destacada, aparte del trabajo —sus tatarabuelos paternos y maternos no podía estar sin hacer nada— era esa: la de ser accesible.

Lázaro todavía recordaba bien el hecho de cuando veía a los viejitos y a su papá todas las tardes charlando amistosamente con un grupo de conocidos en el patio abierto, alrededor de una mesa de madera artesanal que se encontraba debajo de unas palmeras de un verde oscuro, que su padre trajo a la casa una vez que habían ido a la playa, en el tiempo en que Balmore era apenas una criatura de tres años. Eran pláticas sanas, a las cuales el chico se unió, con gran satisfacción, al cumplir las once primaveras. “Desde ese día me sentí hombre”, contaba.

—¿Cómo podría ser de otra manera? —respondía despreocupadamente al que le preguntaba por qué era así; así de tratable.

Lázaro, asimismo, heredó de sus antepasados la preocupación por el bienestar de los demás, otro rasgo de su modo de ser, de su naturaleza, en la que se fijaron sus jefes para asignarle pronto cargos mayores. Porque, al fin y al cabo, una de las funciones principales de la Policía y, por lo tanto, la de todo agente, era justamente esa: la de velar por la tranquilidad de los vecinos. Tal vez no en el sentido general de la palabra, pero sí en cuanto al orden y a la

seguridad.

El muchacho se preocupaba de tal modo de la suerte del amigo, del amigo que estaba en dificultades económicas, que no dejaba de sentirse culpable de que, mientras él casi lo tenía todo —al menos lo necesario—, otros no contaban con nada. Por eso, cuando se cruzaba con un niño por la calle, con una mujer abandonada o un anciano solo, que caminaba ayudado por un bastón, se sacaba algunas monedas de la bolsa para dárselas para que les sirvieran de algo. De igual forma, le gustaba compartir su comida o darles ropa. Tampoco perdía ocasión de ponerse a hablar con ellos, invitándolos a un refresco, fraternalmente. Y, una vez que entablaba amistad con alguien, ya no lo soltaba, y de seguro que se volverían a ver en una nueva oportunidad. Al despedirse de su nuevo compañero después de media hora de charla, de la cual nunca se aburría, lo hacía con un abrazo cordial y un fuerte apretón sincero de manos. “Te veo mañana”, era la frase que usaba al irse. No decía adiós. Sino “te veo mañana”.

Aunque eran pocos, esos minutos que se pasaba dialogando con las personas en las calles era un tiempo que consideraba bien invertido, “pues la gente necesita la compañía de la gente”.

Lázaro, que prefería tararear las canciones a bailarlas —al oficial, según él, jamás se le dio bien el zapateo y, “para hacer el ridículo”, prefería mejor no bailar—, era capaz de realizar esto y mucho más por el prójimo si era necesario, incluso poner en peligro su vida, como ocurrió aquella tarde de domingo, hace casi veinticuatro años, a los pocos meses de haber entrado a la Academia policial.

A Balmore no le gusta acordarse del incidente que estuvo a punto de costarle la existencia; pero una cicatriz fea que le quedó en el pecho, debajo de una de las tetillas, la del lado izquierdo, hace que lo tenga presente constantemente. Aparte de que los conocidos que se la miran quieren saber qué le pasó ahí, y él, sin poder quedarse callado, lo cuenta a quien se lo pregunte, evocando punto por punto otra vez el suceso. Sin embargo, no lo niega, se siente bien al saber que aquel día lejano su arrojo significó salvar una vida, quizás dos.

Había salido a caminar un poco por las aceras del centro, como lo hacía todos los fines de semana. Algunas veces iba solo, otras, acompañado por uno de sus papás, o por su hermana, mayor que él cinco años, o por su sobrino, u otra persona de su confianza. Lázaro se sentía cómodo andando sin pareja o en compañía. Esta vez, “¡gracias a Dios!”, viajaba solito. Después de unos

noventa minutos de pasear, se cansó y decidió que ya era momento de regresar a la casa. A esa hora —las cuatro de la tarde— y esa fecha, la gente que se veía en esta parte de la ciudad ya era poca. Las arterias y los andenes empezaban a quedarse vacíos. Lo mismo que los parques y los negocios. El domingo en la tarde siempre era así. La mayoría de las personas prefieren quedarse descansando en el hogar los últimos instantes antes de empezar el lunes la nueva jornada de trabajo.

La parada de autobuses en la que tomaba el bus para volver a su vivienda estaba como a tres cuadras de donde había detenido su acostumbrada marcha vespertina dominical. Dio un postrer vistazo por ahí, dio la media vuelta y regresó. Pensó comprar el diario, pero no vio a ningún canillita. Traía en la mano una bolsa con manzanas verdes que acababa de comprar para su mamá en un puesto de venta de fruta. El médico le había dicho a ella que tenía que comer bastante fruta. Más adelante le iba a conseguir guineos y tal vez algunos zapotes. Naranjas no le pensaba llevar porque eran malas para el colon, y su progenitora padecía del colon desde hacía varios años. Tampoco tomaba ya café, que le gustaba tanto.

Cruzó una calle, a continuación otra, y ya solo le faltaban dos cuadras para llegar donde pasaba el colectivo. Después de atravesar la última carretera se subió prudentemente otra vez a la acera de cemento. La mayoría de los motoristas del transporte público son unos locos para conducir. Yendo por arterias cuya velocidad máxima permitida es de 60 por hora, manejan los pesados vehículos a 80 o 90, poniendo en peligro la integridad de los peatones que, ingenuos, confían en la responsabilidad de los choferes, a quienes en realidad les vale un pepino la vida de los transeúntes.

Las estadísticas de accidentes y atropellos, por cierto alarmantes, no mienten.

Iba pensando justo en eso, cuando, ya para doblar una esquina, oyó un grito desgarrador de mujer —¿o sería de niño?— que lo hizo dar un respingo, volteando la cabeza en la dirección en que le pareció escuchar el alarido. Se detuvo, nervioso. Otros peatones, asimismo, se pararon, interesados. Agarrando bien la bolsa con las frutas, Lázaro, alerta, volvió a caminar. Ahora andaba más rápido que antes. No marchaba más aprisa porque tuviera miedo y quisiera retirarse del peligro que percibió en el lugar, sino porque, justamente por el alarido lamentable que le llegó a los oídos, comprendió que alguien necesitaba ayuda enseguida. Por eso corrió. Un segundo de retraso y podía ser demasiado tarde.

Con todos los músculos tensos, alcanzó el siguiente recodo. No miró nada. Siguió adelante. Dobló otro ángulo y entonces vio que un hombre corpulento, con el pelo enmarañado y sucio, trataba de quitarle el bolso a una señora que cargaba un niño en los brazos, su nieto, que también gritaba. La mujer, de complexión delgada y frágil, que tendría unos 65 años y cojeaba de la pierna derecha, en el forcejeo fue a parar al suelo con todo y criatura, que no soltó ni se golpeó por puro milagro.

En un primer momento Lázaro Balmore no halló qué hacer y solo se quedó ahí parado, mirando el espectáculo indignante.

El ladrón, al ver que la anciana no se dejaba que le robaran el talego que cargaba colgado en el hombro, sacó, furioso, un descomunal cuchillo que llevaba debajo de la ropa y se dispuso a atacarla, levantando decididamente la mano en la que tenía el arma blanca. Muerte segura. Balmore lo adivinó de inmediato. No había otra posibilidad. El sujeto medía casi dos metros y era musculoso, fuerte. Ella, en cambio, no llegaba al metro cincuenta. La diferencia de condiciones físicas era abismal.

El desgredado, concentrado en su malévolos tarea, no se había fijado que Lázaro se hallaba de pie a poca distancia detrás de ellos. La madre, verdaderamente afligida, temiendo por su vida y la del pequeño, empezó a gritar con más fuerza, pidiendo ayuda. *¡Auxilio!* —dijo—, *ayúdenme. ¡Este hombre me quiere matar!*

Fue hasta entonces cuando Balmore reaccionó. Sin pensar en las consecuencias, se le tiró al gigante por la espalda, cayendo sentado a caballo encima de él, agarrándole con vigor la muñeca en la que asía el cuchillón. El individuo, atónito, volteó la cabeza para mirar a Lázaro, quien lo inmovilizó con una llave en el pescuezo. El sujeto se quiso zafar al instante, mas no pudo. A un lado, la infeliz abuelita y su nieto no paraban de llorar aterrorizados. Balmore lo siguió sujetando y el hombretón continuó luchando para soltarse, pero en vano. Luego de un par de minutos de forcejeo, los dos empezaron a jadear. A resoplar fuertemente. En eso, ambos cayeron al suelo y salieron rodando por el pavimento, tras lo cual, después de unos segundos de lucha intensa, el oficial de policía acabó por fin arriba del delincuente, que quedó de espaldas, echando espuma por la boca. Lázaro, con gran esfuerzo, no le había soltado en ningún momento la mano en la que tenía cogido el fierro. Sabía que buena parte de su seguridad estaba ahí.

El bandido tenía una fuerza endiablada. Balmore sintió que lo doblaba con facilidad en potencia de brazos.

El gigantón intentó varias veces más salirse de abajo, de deslizarse, pero le fue imposible. El paladín de la abuela y su chico, cansado, jadeante, trataba de que el delincuente, que tampoco dejaba de boquear, no se le escapara; empero sentía que cada vez estaba perdiendo fuerza y que los dedos de la mano con la que mantenía agarrado el antebrazo del maleante se le iban aflojando. Al momento, de repente, a saber cómo, el ladrón logró zafársele. Lázaro, desesperado y preocupado, más bien preocupado, quiso sujetarlo de nuevo, sin embargo, ya no lo consiguió, y hoy habían cambiado los papeles: él se encontraba debajo, de espaldas al pavimento todavía caliente, y el individuo arriba, con una expresión de odio tan grande en la cara, que Balmore tuvo miedo de veras. *Me llegó la hora*, pensó. En efecto, tal cual estaban las cosas ahora, parecía que ya no había nada que hacer para Lázaro.

Consciente de su ventaja inmejorable, el tipo le tiró, sin perder un segundo, el primer filazo a matar en la cabeza que, de milagro, Balmore apartó oportunamente, más por impulso que por maña, igual que un animal.

Lázaro, cada vez más cansado por el esfuerzo, como también se veía su adversario, estaba convencido de que le había llegado su día. Vio asustado que el ladrón alzaba nuevamente el cuchillo y empezaba a descargarlo con odio para metérselo en el pecho, cuando, cabal, en el instante en que el delincuente echaba el arma hacia abajo, alguien le afianzó el brazo del codo y, con ímpetu y de un tirón, se lo dobló para atrás, haciendo que el agresor gesticulara y gritara de dolor al mismo tiempo.

—¡Tranquilo! —le dijo el hombre poniéndole una 9 milímetros en las costillas.

Fueron minutos de verdadera angustia para Lázaro Balmore, que, a pesar de que estuvo por un pelo de morir, dijo después, bien fresco, que con gusto volvería a experimentar lo que acababa de sucederle, con tal de darle auxilio a cualquier otra persona que se encontrara en problemas. Siendo como era el muchacho, nadie lo dudó.

Pero el interés del chico de ayudar no se limitaba solo a los hombres. Su disposición iba más allá de los humanos. Prácticamente con todo ser viviente que estuviera en apuros, así fuera una simple hormiguita. Una vez, cuando regresaba a su casa del trabajo, oyó que un pollo piaba a la entrada del pasaje en el que vivía. Por el timbre suave supuso que era un pichón, quizá de una semana de nacido. Durante toda la tarde había caído una impetuosa tormenta que tumbó al suelo árboles y postes del tendido eléctrico. Ya se había calmado, pero todavía pasaba agua en las cunetas. Bastante agua. Es que el

aguacero había sido bueno de verdad. Se detuvo de inmediato al oír la protesta esporádica del animalito y, poniendo atención con la mano en la oreja, trató de determinar de dónde surgía el piar desesperado. Identificó enseguida el lugar exacto. El murmullo salía del canal del lado de su vivienda. Se acercó con cuidado para no patearlo. Ahí estaba tirado el polluelo, temblando de frío, todo chupado, medio muerto. Había soportado la tempestad en un hoyo hondo del cual no pudo salir para irse con la gallina, que pasó la lluvia debajo de una piedra enorme con las otras nueve crías.

¡Esas aves domésticas no pueden criar dos o tres pollitos! Siempre crían diez, doce... nunca uno o dos.

Lázaro se agachó, lo agarró con sumo cuidado y lo sacó del agujero. Se levantó, mirando al animalito con lástima, y se lo llevó tiernamente entre las manos para la casa, donde le hizo un colchón con varias camisetas viejas, que puso sobre una mesa con una lámpara de escritorio de brazo largo.

En la incubadora improvisada, el pollito respiraba débilmente y se movía, se sacudía, solo de vez en cuando, en lo que parecían ser sus últimos minutos de su corta vida. Balmore, que ya presentía la muerte del animal, no dejaba de contemplarlo con pena.

Pasaron los días y el ovíparo no daba señales de recuperación. Pero de todas maneras Lázaro no dejaba de cuidarlo diariamente. Le mudaba la “ropa de cama”, lo cambiaba de posición para que el calor le diera en todo el cuerpo... Lo hacía con una ternura reservada a los niños.

Había veces en que lo agarraba del calefactor y, poniéndoselo en el regazo cual si fuera un bebé, le pasaba suavemente la punta de los dedos encima de los pelillos mustios que le cubrían el cuerpecito maltratado.

Dejá que se termine de morir ese animalito de una vez —le dijo un día la hermana al ver que el polluelo no se reanimaba.

Pero, con ese gran corazón, en el que no había lugar para la crueldad, el joven siguió prodigándole cuidados como si fuera la misma mamá. Por fin, después de dos semanas, el pollo empezó a recobrase, volviendo poco a poco a la vida, creciendo con cada hora que pasaba, hasta que llegó a convertirse en un gallo magnífico que todas las mañanas, sin falta, entonaba, para agrado de su bienhechor, su primitivo quiquiriquí.

A Balmore, que no lloraba con facilidad, se le salieron las lágrimas de contento al darse cuenta de que la avecilla se recuperaba. Se puso tan alegre, que incluso le tomó un par de fotos al restablecerse por completo. Una, en la que figuraba solo él; y, la otra, en la que aparecían los dos, uno a los pies del

otro. Las fotografías están colgadas en la pared del cuarto donde duerme el oficial.

En la casa, con los suyos, ya no se diga. En todo momento estaba pendiente de que estuvieran bien tanto en el aspecto físico como en el anímico. Cuando alguno de ellos se quejaba de que le dolía la cabeza o el estómago o el tobillo, lo llevaba corriendo al médico cuanto antes. Hacía lo mismo si la dolencia era psicológica.

Lázaro, que a la hora de la comida bendecía la mesa, iba al cine, leía mucho —sus escritores favoritos eran León Tolstoi, Gabriel García Márquez, Víctor Hugo (había leído *Los Miserables* cinco veces) y John Grisham—, y siempre que podía iba a una piscina para darse un chapuzón, aunque no era buen nadador que se diga, así fue toda la vida: un hombre proclive a velar por el bienestar de sus semejantes, lo que en más de una ocasión le había hecho caer víctima de un “vivo” aprovechado, acción que lo tenía sin cuidado, puesto que *el daño se lo hacían ellos mismos*.

Su primer destino como jefe se lo dieron al poco tiempo de haberse graduado de agente. A los cinco años. Es decir, cuando contaba solamente veintisiete. Lázaro Balmore se convirtió de esa manera en uno de los policías más jóvenes de la corporación en ostentar un cargo de mando, hecho que no le extrañó a nadie, pues, por sus aptitudes, sus compañeros ya lo veían ahí.

La primera Unidad a la que lo mandaron fue a la Sección de Robo y Hurto, donde le esperaba un trabajo difícil. Desde hacía varias semanas, comenzando con 2007, los ladrones se estaban robando en las carreteras y en los parqueos un promedio de once vehículos diarios sin que los anteriores oficiales que habían dirigido la Unidad, pudieran hacer nada por impedir los robos. La lucha que hicieron fue ineficaz. Por más que lo intentaron, por más estrategias que pusieron en marcha, no lograron erradicar el mal, ni siquiera bajarlo. Era alarmante. Y la cosa parecía no querer acabar. Los carros seguían perdiéndose a diario. Los delincuentes se llevaban cualquier automotor mal estacionado. No hacían distinción de marcas ni de modelos.

Con más de 4015 automóviles robados cada doce meses desde el año 2007, para 2010 este tipo de delitos era de los que más dolores de cabeza le daban a la Policía últimamente. La situación se había vuelto crítica. En la institución y en las calles ya se hablaba de algo increíble.

El asalto a las casas también subió de siete a nueve. Los monumentos tampoco se salvaban.

Cuando Lázaro tomó las riendas de Robo y Hurto la situación

prácticamente era incontrolable, y ya ningún oficial quería hacerse responsable de este Departamento. Como si fuera el mismísimo fuego eterno, la mayoría le rehuía al puesto.

Pero Lázaro Balmore aceptó el compromiso sin titubear.

Los primeros días no le fue nada bien. Incluso la cosa empeoró. Hubo aumento de denuncias de vehículos perdidos y hogares saqueados. Sin embargo, según se esperaba, a las pocas semanas se empezó a sentir la mano de Lázaro. A los seis meses de estar al frente de esta división los índices habían bajado ya a un setenta por ciento. Al año, casi habían desaparecido estos ilícitos en el país.

En Robo y Hurto estuvo cerca de cuatro años. Luego, pasó a Minas y Explosivos, donde de igual forma hizo una labor admirable.

El joven oficial de policía Lázaro Balmore estaba cumpliendo con las expectativas que se tenían de él. Como alumno, o sea, en la teoría, fue de los mejores. En la práctica había salido aún mejor.

Empezaba a dirigir Antihomicidios, sección a la que también le estaba quedando grande la camisa con respecto a la tarea de investigar los múltiples asesinatos que se daban cada día, cuando, contra lo que deseaba, porque quería apresar a los responsables de los crímenes, lo destinaron a la delegación policial del pueblo de Jaquetón.

—¡Me voy a acabar a todos esos malditos perros —se dijo con una gran carga de odio en sus palabras Bernardo Jeser, apodado Bernd, levantándose de la cama con agilidad acrobática —; por Dios que sí!

Se sentó, casi desnudo, solo en calzoncillos, a la orilla del catre, agarró enseguida el pantalón de lona celeste del respaldo de la silla de metal de tapicería azul y amarillo, donde lo dejaba en las noches al quitárselo para dormir, se lo puso y, después de calzarse los zapatos deportivos, verde chillón Nike, y ponerse una camiseta anaranjada, estampada con una gran guitarra, instrumento musical que tocaba medianamente bien, sin que nadie le hubiera enseñado, fue al baño a orinar. Lo mismo que todo mundo, lo primero que hacía Bernardo luego de levantarse, era ir a vaciar la vejiga, que en la noche se le llenaba a reventar. Allí, mientras hacía pipí, con las manos en la cintura, todavía con algo de sueño a pesar de haber dormido ocho horas ininterrumpidas, su número habitual, siguió repitiendo que mataría a los policías.

—Uno por uno me los voy a ir acabando —se remachó, cada segundo más

decidido —. Lo juro que así va a ser. Uno por uno.

El odio que sentía Jeser contra los agentes de la delegación del pequeño pueblo sureño de Jaquetón le había comenzado de manera sorpresiva de un día para otro, sentimiento que lo alarmó por un instante.

Apenas, pocas horas antes, de ahí su miedo momentáneo, Bernd era un muchacho normal, sano, *tranquilo*, como decían sus amigos y sus vecinos en la colonia de clase media baja en la que vivía con sus papás y un hermano al que quería mucho, menor que él un año, y con quien se parecía bastante. Tan iguales eran que parecían gemelos —lo que los hacía diferente era la estatura, pues éste medía dos centímetros más que su pariente, que igualmente se llamaba Bernardo; Élmer Bernardo—. Estudiaba —era un estudiante regular, ni de los primeros, ni de los últimos. Por lo general, en el aula siempre ocupó el lugar número veintitrés de entre cuarenta alumnos—, ayudaba a sus padres en la limpieza de la casa, realizaba los mandados, iba al cine con sus amiguitos los fines de semana, asistía a la iglesia y, todas las tardes, toda vez no tuviera en su agenda un compromiso mayor, jugaba pelota. Si le quedaba chance por las noches, por lo común los viernes, sábados y domingos, también practicaba baloncesto en la cancha pública de la ciudad.

Bernardo era un joven muy activo, atareado. Gracias a ello disfrutaba de buena salud física. Su metro setenta y siete de estatura y sus 79 kilos de peso lo atestiguaban. Tenía el estómago plano, casi sumido; los brazos y las piernas perfectamente formados; los pectorales, comparables a los de los nadadores profesionales, firmes y duros. Y una resistencia extraordinaria. Bernd era capaz de correr 180 minutos continuos sin detenerse y terminar bien fresco, como si, en vez de haber trotado treinta kilómetros bajo la candente luz del Sol, porque además le gustaba salir a galopar cuando había buena luminosidad solar, acabara de levantarse de descansar de la mecedora, regalo de su abuelita materna al cumplir diez años de edad.

Bernardo guardaba en la casa, en el cuarto que compartía con Élmer, bastantes objetos que le gustaban, pero la silla mecedora, junto con el póster en papel brillante del Real Madrid, eran lo más preferido de sus posesiones, cuidándolos con esmero. Después de doce años de estarla usando a diario, el mueble se veía como si la ancianita apenas se la hubiera obsequiado anteayer. Jeser era cuidadoso con las cosas de su mayor interés. Las que no le interesaban, simplemente no les hacía caso y las dejaba aventadas en cualquier lado hasta que se terminaban arruinando, gesto indiferente por el cual sus progenitores lo habían regañado varias veces en balde, ya que él continuaba

con su mala costumbre.

Pero si la figura de Bernd era agraciada, el rostro lo era más aún con su frente ni ancha ni estrecha, ojos celeste-verdes debidamente separados; nariz pequeña, esbelta y moldeada; labios carnosos; mentón que recordaba al de Harrison Ford —lo único malo que se le podía achacar a la cara de Pelado Bernd, otro de sus apodos, era el montón de hoyitos que tenía regados por toda ella. Sin embargo, eran concavidades que no se le veían a menos que se le mirara de cerca y con mucha atención.

Sin duda Bernardo encajaba bastante bien en la definición que se tenía en el planeta del cuerpo perfecto y rostro bonito, en el típico hombre gallardo, aquel con el que fantasean las mujeres, entre quienes, por cierto, el delincuente gozaba de un gran pegue —a sus diecinueve abriles apenas, ya había tenido treinta parejas. Todas agradables; todas hermosas. Algunos de sus compinches más cercanos, viendo lo excelente que le iba con las hembras, lo llamaban Muñeco.

Muñeco, no obstante su intensa actividad sexual, todavía no poseía hijos. Pero no porque fuera estéril. Las hembras con las que se acostaba, advirtiendo lo donjuán que era, preferían, al darse cuenta de que estaban embarazadas, abortar el feto, interrupción que, de haberlo sabido Jeser, no le hubiera gustado nada; pues, a pesar de ser un jovencito aún, ya quería ser papá de tres chiquillos, cuyos nombres ya había buscado en la Biblia, libro por el cual sentía respeto y que había leído de forma irregular, hasta la edad de quince años, época en que lo dejó de hacer totalmente. Si nacían varones llamaría al primero, Moisés Jacobo; al segundo, Juan Abel y, al último, Jeremías Noé. Si su cara mitad daba a luz niñas nombraría a la mayor, Sara Ruth; a la siguiente, María Esther y, a la tercera, Deborah Zenaida.

Pelado Bernd se había acostado la víspera, el lunes, pensando en trivialidades, y había despertado al siguiente, el martes, aborreciendo a todos los uniformados. Casi como que, por ley, se lo mandaran: *Vaya, mirá, aquí en este decreto dice que tenés que odiar a los policías*. Entonces, Bernardo, mandado por ese precepto, los empezó a detestar. Así de simple. Así de sencillo. Sin demasiadas vueltas. Y desde el primer momento los comenzó a odiar de muerte. Con toda el alma. Como solo se le puede tener aversión a una enfermedad degenerativa que está acabando poco a poco con la vida de un pariente al que uno quiere mucho. A tal extremo de que no podía ni ver a los agentes. Ni siquiera en fotografías. Incluso oír hablar de ellos le provocaba náuseas; náuseas que no se le quitaban ni asesinandolos, según pudo concluir

la Policía a medida que fueron apareciendo muertos elementos de la corporación. Cuando pasaba eso, cuando mataba, el resultado era justo lo contrario. En vez de sentirse satisfecho, Jeser experimentaba una hostilidad aún mayor. Entre más funcionarios despachaba, menos los podía aguantar, intensificándosele la ojeriza otro tanto. Al aumentarle el rencor, también le crecía la necesidad de seguir acabándoselos. Y así sucesivamente. Un círculo vicioso.

Lo mismo que pasa con el vicio. En la medida en que se hunde uno en él, más se le necesita. Algo parecido le sucedía a Bernd.

Impulsado por ese sentimiento irracional, el sujeto, que tenía voz de contralto, daba cuenta de ellos con lujo de barbarie. Literalmente acababa con los agentes. No se contentaba con asesinarlos de un tiro. Así no le hallaba gracia. Era como no matarlos. Solo se sentía complacido cuando los reventaba, cuando dejaba sus cuerpos reducidos a una masa irreconocible de carne molida.

Fue un método cruel que usó desde el principio para despachar a sus víctimas, desde el primer uniformado, la agente recién salida de la Academia, Brenda Marisol, mujer joven de ojos color de trigo, que abrigaba dos metas principales en su vida: llegar a ser policía a nivel ejecutivo con aspiraciones de convertirse en directora de la institución policial y casarse y procrear dos hijos: una hembra y un varón.

No hubo un proceso en su faena asesina. No empezó primero matando de un disparo; luego, de dos hasta llegar a destripar a los uniformados, como quizás hubiera sido lo normal. Un atracador de bancos comienza sacando carteras de las bolsas traseras del pantalón de los cándidos transeúntes, o bien robando dulces de una tienda. Solamente después, ya con más confianza y con mayor experiencia, se va animando a hacer robos mayores: saquear una joyería, desvalijar una institución bancaria, etc. Lo mismo se puede decir de las demás actividades, sean estas delictivas o de otra clase. Bernd, en cambio, no. Él, de entrada, se ensañó. Como si la primera víctima no fuera la primera, sino la última. Como un consumado matarife. Como un experto en estos menesteres: lo que en verdad era.

Si Katy Perry traía en la sangre la habilidad para cantar; Roger Federer para jugar tenis y Paolo Coelho para escribir novelas y poesía; Bernardo Jeser nació con el “talento” para matar. No había duda de eso.

La manera que usaba Pelado Bernd para quitarles la vida a los agentes no era un método copiado, que hubiera sacado de las páginas de un libro o de la

escena de una película, como lo hace la mayoría de asesinos. Era un procedimiento enteramente suyo, extraído de su imaginación. Y su fantasía había sido “generosa”.

No era por puro capricho. La razón de ello, la razón de que en sus crímenes atroces aplicara sus propios métodos, tenía que ver con el hecho simple de que quería darse todo el crédito de sus fechorías. Sentir que el encargo lo había efectuado él solo, sin la ayuda de nadie. Bernardo Jeser experimentaba la impresión de que, utilizando técnicas que ya habían empleado antes otros delincuentes, fueran estos del cine o no, el que los asesinaba no era su persona, sino un tercero, dejándolo también inconforme, como cuando los mataba de un disparo.

Pero no era únicamente por eso. Tenía que ver, además, con una necesidad natural de ser original, de ser novedoso. De emprender las cosas a su manera única y personal. Bernd fue así toda la vida, desde infante. Era algo como instintivo en él. Obraba de esa forma en cada tarea que hacía, por trivial que fuera: en el modo de amarrarse los zapatos —solo usaba los últimos hoyos, los de abajo y los de arriba—, de ponerse los calcetines, de peinarse, de vestirse, de hablar, de comer. De comer. Jeser, que casi todo el tiempo se alimentaba parado, ya que de lo contrario le caía mal la pitanza, enfermándose del estómago, ocupaba los cubiertos al revés; es decir, empleaba el tenedor si debía utilizar la cuchara; y esta, cuando lo apropiado era ocupar aquel; o el cuchillo, cuando no correspondía hacerlo.

La mamá nunca pudo hacer que, en su niñez, a la hora de engullir los alimentos, mantuviera ni un segundo el babero en el cuello. Siempre que se lo ponía, Bernardo se lo quitaba, enojado, de un jalón y se lo colocaba en las piernas. A los doce años empezó a echar la comida en el lomo del plato y no en la concavidad, a menos que esta fuera líquida.

Y ahora, después de casi veinte abriles de comportarse de esa manera poco habitual, no iba a cambiar su conducta.

En el momento en que Jeser se topaba con un policía —si era de frente, lo dejaba pasar y luego se volteaba para seguirlo—, se le acercaba despacio por el lado de atrás y, sin andarlo pensando mucho, le dejaba ir un solo garrotazo en la cabeza, que le rompía irremediablemente, mandando al pobre agente al suelo. Le daba en la parte posterior del cráneo, en la nuca. Usaba un palo del largo, grosor y dureza de un bate de béisbol que, en efecto, agarraba como si lo fuera de verdad, y en ese instante se dispusiera a pegarle, en vez de al cuello de un hombre, a la pelota en su turno al bate.

El golpe que les descargaba era sólido, compacto, como para enviar la bola derecho afuera del parque. Incluso, a semejanza de los bateadores de las grandes ligas, levantaba el pie izquierdo —en el caso de él el derecho, porque era zurdo— para ponerle más fuerza al leñazo que de por sí iba con potencia.

Un trancazo infalible, seguro. La mayor parte de los uniformados a los que aporreó con el madero, que el tío había bautizado con el nombre acertado de Valeria —de valeriana, la planta empleada en medicina como hipnótico—, habían caído redonditos al piso, boca abajo, inmediatamente después de recibir el impacto.

Por lo general —en realidad, el delincuente jamás se vio en la necesidad de alzar dos veces el garrote— con uno bastaba para derribar al agente, que, sin apenas dar un grito, caía herido inconsciente.

Luego, en cuanto el policía se desmoronaba desangrando, Bernd, que cada vez que hacía fuerza, cualquier tipo de fuerza, incluso en el baño, cuando estaba haciendo “del dos”, pues padecía de estreñimiento, sacaba la lengua a un lado de la boca, agarraba la pistola, apuntaba y arrojaba un promedio de veintinueve tiros a quemarropa. Uno más, uno menos. Pero por lo regular era esa cantidad exacta. Veintinueve a casi un metro de distancia. A esa proximidad todos iban a parar directo al cuerpo. La mayoría a la cara, que de inmediato perdía su apariencia humana.

Enseguida, tras descargar el arma, invariablemente una Ceska Zbrojovka CZ100 semiautomática, calibre 9 x 19 mm, de las que poseía tres más, aparte de la que andaba llevando, con el uniformado ya medio muerto, Pelado Bernd le dejaba caer una piedra del tamaño de una sandía sazona, siempre en la parte del rostro, que, por fin, le terminaba de desfigurar del todo, quedando irreconocible aun por su madre.

Era obvia la fijación que tenía el malhechor por la faz de los agentes. Solamente los atacaba ahí. Las demás partes del cuerpo no se las tocaba. Ni el pecho, ni los brazos, ni las piernas, ni los pies. Se iba directamente a la cara. Como si esta fuera toda la complexión del funcionario. O como si aquí estuviera el alma. Y, destruyéndosela, desbarataba por completo su ser.

En efecto, esta era una de las tantas preguntas que se formulaba la Policía. ¿Por qué ese *loco endemoniado* agredía a los agentes únicamente en el rostro? Nadie en la corporación había podido dar con una respuesta lógica a esa interrogante. No podía ser para que no lo reconocieran. Así como los dejaba, ni pensar en sobrevivientes que más tarde lo denunciaran.

Por último, antes de dejar por fin en paz a su víctima, se soltaba el cincho, se bajaba el zíper y se orinaba en las facciones deformadas, cuya sangre, al mezclarse con el líquido de desecho, adquiriría un color anaranjado claro.

Bernardo Jeser terminaba invariablemente los atentados contra la vida de los policías con este acto humillante. No era tanto por morbo, como por costumbre, un hábito que venía arrastrando desde la primaria, cuando iba a segundo grado. Ahí, justo en la escuela, le había dado por andarse orinando encima de cualquier cosa. Se meaba en el tronco de los palos, en los jardines, en los muros y paredes... siempre sobre algo. Nunca en el baño, donde correspondía. Tal cual hacen los perros. Pero no lo hacía para marcar territorio igual que estos. Obraba de esta forma por simple diversión. Y todavía hoy procedía por esa razón. Solo que ahora había cambiado los objetos por el rostro de los agentes del orden.

De modo que esta última acción no tenía tanto que ver con las ganas de hacer pedazos, de pisotear el honor de los agentes, sino con la práctica antigua de entretenerse. Jeser sonreía feliz mientras empapaba sin parar de pipí las facciones estropeadas de los elementos policiales.

Aparentemente este individuo, temeroso de la muerte y de las goteras del techo, pues se imaginaba que la casa se inundaría y él se ahogaría, manera de morir a la que de verdad le sentía un pánico desmedido, irracional, poseía una vejiga bastante grande. Empezaba a evacuar y nunca acababa. Se tardaba alrededor de un minuto en vaciarla por completo. Y unos riñones muy activos. A los escasos segundos de haber sacado los primeros orines la bolsa aparecía llena de nuevo, volviendo a bañar otra vez a la víctima de turno.

A Bernd, que fue un año a la universidad a estudiar la carrera de Ortopedia y Traumatología, se había criado en un hogar estable, donde jamás le faltó nada, tenía una facilidad asombrosa para resolver los juegos que traían los celulares —en el juego del tetris había llegado sin esforzarse al nivel treinta y uno—; una vez se le hubo metido en la cabeza agarrarla contra los policías, comenzó a matarlos de inmediato.

En la noche le vino la idea y a la mañana siguiente, tempranito, ya estaba poniendo manos a la obra, atacando a los uniformados Brenda Marisol y Eder Julián, que se disponían a pasar la calle camino a la delegación, luego de hacer una ronda. Escabulléndose con asombrosa rapidez de la escena de su crimen inaugural, que apenas lo perturbó un poco y por corto tiempo, pues al ratito se le pasó el remordimiento que experimentó cuando los atacaba, dejando a los policías que acudieron minutos después a socorrer a sus

compañeros, preguntándose para qué lugar había agarrado el asesino, volvió a arremeter al otro día, caída la tarde, a eso de las siete y media, a tres calles de donde hizo el primer asalto, agrediendo a otra pareja, ahora dos hombres, que permanecían parados en una esquina vigilando la zona.

La tercera acometida fue la masacre en la explanada.

Para cuando ejecutó esta última agresión, ya todo mundo en la corporación estaba convencido de que se hallaban ante un nuevo loco asesino en serie. Solamente que esta vez las víctimas no eran ni las prostitutas, no los viejitos, sino ellos mismos.

Sin duda era un acontecimiento fuera de lo común. Todavía algo respetuosos de la ley, hasta hace poco los ataques de los malhechores contra agentes del orden habían sido esporádicos, nunca seriados. Uno o dos al año. A lo sumo tres. De ahí no pasaban. Y por lo general solo como una provocación. O para cubrirse, para poder escapar al verse descubiertos cuando cometían un asalto. O por venganza. O por el mero hecho de molestarlos. Hoy era diferente. Todos presentaban las mismas características en cuanto a la forma de los atentados, se daban en un área definida y, ciertamente, por el mismo sujeto.

Jeser, con su estilo despiadado e insultante, volvió a atacar el domingo. Y luego el lunes. El martes se calmó. Esa fecha no hubo efectivos muertos. Igual que el miércoles. El jueves también estuvo tranquilo en ese sentido, dando la impresión falsa a la Policía de que los acorralamientos al fin se habían terminado. Sin embargo, el viernes el individuo apareció de vuelta. Ese día nublado en el que la banda de paz del pueblo se preparaba para una marcha en ocasión de las fiestas patronales, aniquiló a un agente y a un estudiante de la Academia que, como parte de su formación, había salido su primera vez a la calle.

Tal vez sin proponérselo, en nueve días Bernd dio cuenta de idéntico número de uniformados. Uno diario. Al cabo de tres semanas había sacrificado a veintitrés elementos de la institución. Y hoy por hoy nada hacía suponer que la situación iba a cambiar.

El sujeto no tenía hora para hacer sus fechorías. Cualquier momento era bueno si sabía que en ese instante, aunque fuera de día, le era posible fulminar a un policía. Pero, igual que las ratas y las cucarachas para buscar sus alimentos, prefería mejor la oscuridad. De hecho, ya solo acometía en las tinieblas. Su horario de acción estaba entre las nueve y media de la noche y las cuatro y media o cinco de la mañana. A veces, en las primeras horas del

anochece, podía iniciar antes, a las ocho. Pero del alba jamás se pasaba ni un minuto. Si al rayar las cinco se cruzaba con un agente, lo dejaba que se marchara tranquilo, si un insulto no se considera una agresión, grave al menos.

—¡De la que te salvaste, perro —murmuraba, mirándolo de reojo —; pero ya te voy a encontrar otra vez, uniformado infeliz! No te escapás.

Para matar eran más seguras las sombras. Y más cómodo. Resguardándose en el mantón negro de la noche, podía tomarse todo el tiempo que quisiera sin riesgo de que lo vieran. Y hasta la fecha nadie lo había avistado. Si se sabía que había estado en determinado lugar era por la aparición del policía lapidado y no porque lo hubieran pillado.

Después de casi un mes de andar siguiéndolo por calles y avenidas sin haberle visto ni siquiera la silueta, los investigadores ya comenzaban a pensar que Bernardo tenía algo de fantasma. Efectivamente, algunos ya lo empezaban a llamar Duende.

Para los detectives mirarlo en la oscuridad de la noche ya era un problema, pero la cosa se complicaba más porque el sujeto, todo el tiempo andaba vestido con ropas de matices oscuros, incluso los calcetines, con lo que era casi imposible verlo en medio de las tinieblas, con las que, en los días sin Luna ni estrellas, se confundía. Menos que lo reconocieran.

Tampoco poseía un lugar fijo para matar. Su escenario era cualquier parte: una calle, un pasaje, un terreno baldío, un parque..., donde se topara con un *maldito desgraciado hijo de puta policía*. Siempre un lugar abierto. Aunque una vez mató a uno en el último banco de una iglesia evangélica. El representante de la ley se encontraba arrodillado con las manos juntas orándole al Creador. *Estaba rezando para que el Señor lo cuidara de ese desalmado que está matando a los policías* —dijo entre suspiros la hermana del agente con el orden numérico institucional (ONI) 0021 a la prensa, que la entrevistaba—. *Desde que el hombre empezó a matarlos rezaba todos los días antes de irse para el trabajo. Tenía un gran miedo. Incluso me habló de renunciar. Ya estaba buscando otro trabajo. En una maquila. Ahí donde hacen ropa, me dijo.*

Este había sido el único elemento al que agredió en un sitio cerrado. Los demás todos fueron al aire libre, a la luz de la Luna, a la penumbra de la noche, bajo el firmamento argénteo de millares de estrellas palpitantes.

Debido a la naturaleza de su trabajo, los policías podían estar en un sitio u otro. Como la negrura en la que se escondía, esta era otra de las ventajas para el *policida*. Buena parte de su éxito en su labor asesina se debía justamente a

eso, a que podía toparse en cualquier punto con un agente, lo que le suponía disponer de blancos dondequiera.

Enterado de que tenía de donde agarrar, Jeser, incluso, tal cual había hecho en más de una oportunidad, podía darse el lujo de escoger a quien mataría y a quien no. O, también, decidir que hoy no iba a sacrificar uniformados sino más tarde, más noche, o hasta el día siguiente. *De todos modos*, pensaba el desquiciado cuando se le ocurría pasar por alto a una posible víctima, *en la Policía hay cuarenta y cinco mil perros. ¿De qué me aflijo?, ¿de qué me preocupo? Si tengo material de sobra. La despensa está llena. Ja ja ja.*

Se reía poco, pero cuando lo hacía eran carcajadas las que daba. Su risa era parecida al que hace una licuadora en toda su potencia.

Bernd llevaba una media aritmética de un policía asesinado por día, pero en realidad bien pudo, si hubiese querido, matar dos o tres diarios, porque el número de agentes en las calles, a pesar de las bajas, no solo se conservaba, sino que se había aumentado, para tratar de disuadir al delincuente, y a la vez para que se cuidaran las espaldas, mientras los investigadores daban con él. A cada cuadra se podían ver a dos o tres elementos policiales patrullando alertas y asustados.

Aunque en todo momento se hallaba listo para liquidar agentes del orden, sus ataques se relacionaban principalmente con sus estados de ánimo y no como resultado de una provocación u otro motivo externo. Es decir, dependiendo de cómo se sintiera —triste o alegre—, así arremetía contra la integridad de los elementos de la institución policial. El talante de Bernardo oscilaba por lo común entre la pesadumbre profunda y la alegría exagerada. O un extremo o el otro. Raras veces permanecía en zona intermedia. Pero era la felicidad la que predominaba en su carácter la mayor parte del tiempo. De las veinticuatro horas del día, alrededor de dieciocho estaba contento. Jeser quizás fuera el tipo que más instantes se mantenía feliz en el globo terráqueo. Arriba de la tercera parte de la jornada. Un lapso bastante considerable. El resto se la pasaba abatido, triste, cabizbajo, muchas veces sin razón. Y era justo en los minutos de euforia que le daba por agredir. O sea, casi siempre.

No eran, como podía suponerse, los períodos en que se encontraba deprimido cuando aumentaba las arremetidas, sino en los de alborozo. Entonces no se conformaba con encontrárselos casualmente por ahí, sino que salía a buscarlos.

“Es la forma que tiene para dar rienda suelta a su estado de bienestar que lo domina en ese instante”, aseguró a la guapetona entrevistadora treintañera del

Canal estatal, Cristina Azuara, un elemento detective que también era psicólogo y que iba a ocuparse en la investigación de Jeser y que, a los días de la plática con la periodista, debido a un problema personal, fue sustituido —en reemplazo de él llegó el policía Obed Alexander, harto ya de que solamente le dieran a trabajar *procesos sin ninguna relevancia*.

—¿Eso es normal? —le preguntó la muchacha de grandes camanances en la cara sin impurezas, gracias al jabón antibacterial con el que se lavaba en la mañana y en la tarde.

—No —dijo el detective mirándole sin malicia los hoyuelos a la chica —; no es normal. Todo lo contrario. Es anormal. Ilógico. Los casos probados de pacientes que actúan así no son muchos. Se pueden contar con los dedos de la mano. Sería interesante estudiar su comportamiento a profundidad.

—¿Lo haría usted?

—Por supuesto.

—¿No le tiene miedo?

—Pues...

Yo tendría miedo, pensó la mujer periodista, que, después de hacerle la última pregunta y tras una hora de estarlo cuestionando sobre el Duende y otros casos que igualmente estaban haciendo sudar la gota gorda a la Policía, acabó la entrevista agradeciéndole que hubiera aceptado la invitación del Canal.

—Gracias —le dijo ella con una sonrisa profesional, dándole la mano.

El detective-psicólogo asintió, esbozando también un guiño.

Una manera de actuar totalmente opuesta al proceder de la mayoría de los delincuentes o de cualquier otra persona en semejante condición anímica. Lo normal sería que alguien, feliz de la vida, se ponga a oír música, vaya al cine o invite a una amiga a salir a caminar por el parque y luego a saborear un delicioso helado de chocolate de vainilla almibarado con miel, pero no que salga a la calle a matar gente como obraba Pelado Bernd.

Por el contrario, cuando Bernardo se encontraba abatido, en vez de adoptar la típica pauta de ponerse a tirar patadas de loco, aventar las cosas por allá, insultar a las personas o a él mismo, querer asesinar a alguien y en general ponerse agresivo, lo que hacía era prepararse una limonada doble, encender el radio Sony amarillo de tres bandas, sintonizar su emisora preferida y, oyendo la melodía de su gusto a bajo volumen con los ojos apretados, quedarse dormido en su hamaca o sillón preferido.

Jeser conservaba la cordura en el momento en que estaba deprimido, y la

perdía y enloquecía cuando se sentía bien.

Este comportamiento arrevesado no dejaba de tener su lógica. La verdad es que la tenía toda. Alguien con los estribos perdidos, se dice, no sabe lo que hace. En cambio, una persona en sus cabales, sí. Y a Bernd le gustaba disfrutar sus tropelías.

Pelado Bernd de igual modo odiaba a los soldados y a los guardianes privados, a quienes, por el momento, solo se había limitado a quitarles las armas, que después vendía baratas a ladronzuelos y delincuentes robafurgones amigos suyos. Parecía que Bernardo aborrecía a todo aquel que llevara puesto un uniforme que encarnara algún tipo de autoridad y anduviera cargando un rifle o una pistola. Pero los vigilantes privados, a diferencia de aquéllos, de los policías y de los militares, parece que si se ganaron su desprecio.

Jeser se había dado cuenta de que siempre que entraba a un almacén o supermercado a comprar algo, los vigilantes del negocio en cuestión empezaban a seguirlo acusadoramente de inmediato con la mirada como si se tratara de un ladrón que hubiera llegado a robar. Muchas veces ni había dado a guardar el paquete o la bolsa que llevaba en el lugar destinado para eso, cuando ya sentía los ojos del hombre que estaba en la entrada del local encima. Ya adentro, uno de ellos, mientras se comunicaba por radio con los demás, de seguro para alertarlos de un posible atraco, comenzaba a acosarlo con gran descaro. Era una persecución a distancia, cierto, pero era obvio que lo estaban espiando. Paso que daba él, paso que daba el centinela. Caminaba a un pasillo, el uniformado ahí iba. Y, entretanto buscaba lo que quería, no se movía, haciéndose el baboso, haciendo como que miraba para otro sitio. Al rato, al pasarse a un nuevo corredor, el guardia también se trasladaba. Lo perseguía por todos lados, a cuanto pasaje fuera, y no lo dejaba tranquilo hasta que salía del establecimiento y se alejaba.

Invariablemente le pasaba lo mismo en todas partes: supermercados, tiendas de ropa, bancos... Era incómodo, además de ridículo. Bernd sentía feo que sospecharan de él, porque el comportamiento de los vigilantes, eso le daba a entender con claridad. Más aún que la gente pensara que de verdad fuera ladrón, cuando nada que ver. Las miradas de desconfianza y reproche de las personas le pesaban una tonelada. Perturbado, el muchacho, que por esos años, en el tiempo en que empezó a darse cuenta del proceder del personal de seguridad de los comercios hacia los clientes, aún era un hombre sano, percibía que toda la sangre se le iba a la cara, avergonzado.

Ofendido, más de alguna vez pensó en ya no volver, pero regresaba Y la

persecución se repetía igual que en las oportunidades anteriores.

Entonces, conforme fueron pasando los días sin que la cosa cambiara, que bajara la vigilancia, el hostigamiento, casi ignorando lo que le sucedía, en su corazón se fue alojando un sentimiento parecido a la ojeriza contra los guardianes privados, que cada segundo era más fuerte. Llegó el instante en que ya no podía acercarse a un lugar de esos sin que sintiera algo. Algo parecido a lo que uno siente al encontrarse en la calle con una persona con la que no se tienen buenas migas.

El colmo de aquel asedio absurdo llegó una ocasión en la que, tres de ellos, cerca de la caja, cuando hacía cola para pagar la mercadería que llevaba en la canastilla, lo sacaron de la fila con brusquedad, le pusieron las esposas en las muñecas y se los llevaron preso como sospechoso de haberse robado ciertos productos en una visita anterior: maquinillas de rasurar, chocolates de barra y unos botes de pegamento blanco, le dijeron, lo que, por supuesto, era mentira.

Al salir de la cárcel, libre de culpa, 72 horas después, se prometió, más resentido que nunca, que siempre volvería a las mismas tiendas... a desquitarse el agravio de los vigilantes.

La del Cementerio es la calle más popular de Jaquetón. Incluso más célebre que la Boca del Diablo, cueva grande cuya puerta de entrada son dos piedras enormes que dan la impresión de que se le van a venir encima a uno y que es el mayor atractivo turístico del lugar. En este pueblo de gente amable, tranquila y educada, que no ha perdido la costumbre de saludar al prójimo, no importa que este sea un extraño, no hay vecino, grande o pequeño, que no sepa dónde queda. A cualquiera que se le pregunte sabrá decir sin titubear la ubicación. La conocen como conocen la dirección de su casa.

Pero su fama no se debe a que aquí haya habido un hecho histórico relevante, como una batalla para repeler a los invasores; o la inmólación de un hombre por una injusticia; o por que haya sido la cuna de un personaje de las letras, el deporte o la política. Su notoriedad le viene por sus características únicas de longitud, ubicación y accesibilidad.

La calle del Cementerio, la más vieja de todas, ya que nació junto con el pueblo —hay quien dice que ya estaba antes, no como tal, sino como un camino en el cual pasaban los animales—, es una vía grande —supera los doscientos cincuenta metros de largo. La más extensa de la treintena que componen la red de carreteras de Jaquetón. No hay otra que se le iguale. La que le sigue en tamaño, La Calzada A, dos cuadras más al este, no llega ni a los ciento cincuenta —; céntrica —desde donde está, hay la misma distancia hacia los cuatro puntos cardinales de la ciudad. En dirección Norte, Sur, Este y Oeste— y muy accesible —se puede llegar a dicha arteria casi por cualquier lado, pues no menos de cinco pasajes van a dar a ella.

Es la vía perfecta.

Así, siendo la de mayor longitud, la más central y la de más fácil acceso, desde un principio, desde que el pueblo es pueblo, se empezaron a hacer aquí la mayoría de eventos promovidos por la Alcaldía, las organizaciones privadas, los grupos religiosos y de otro orden, como, por ejemplo, la quema de pólvora, acontecimiento que se llevaba a cabo anualmente la primera semana del mes de abril en ocasión de las fiestas patronales. Se instalaban, asimismo, siempre por las mismas festividades, los juegos mecánicos; salían o llegaban los desfiles deportivos, cívicos, religiosos, militares; se efectuaban las protestas —en toda la vida de Jaquetón nada más ha habido una, y fue por

la injerencia del Gobierno central en cierto asunto que le tocaba resolver a la municipalidad—; se desarrollaban los actos políticos... con la consecuente asistencia de los lugareños que, a excepción de los mítines, a los que iban pocos, salvo los correligionarios de hueso colorado, abarrotaban la carretera a lo ancho y a lo largo, familiarizándose con ella cada día más.

Luego de pasado un tiempo, como era lógico, todo mundo conocía los recovecos de la calzada y sabía dar referencia de ella con facilidad.

De la misma manera, contribuyeron a darle a esta carretera, la tercera en importancia, solo después de la principal, que atraviesa el pueblo de norte a sur, y solo después de la del mercado, que queda al otro lado, al costado oeste, al pie del Cerro del Huerto, este estatus la cantidad de edificios públicos y privados que se establecieron aquí, lo que le valió que fuera conocida extraoficialmente también como la calle del Emporio o la de los Organismos.

Primero se estableció el ayuntamiento, que al principio era un edificio de una planta sin mucho gusto y ahora es una construcción moderna de tres pisos color crema, con todas las comodidades. Luego, aparecieron la Policía y los juzgados, juntos, el mismo año. Por último, vino el banco, el transnacional HSBC. Antes de ellos ya estaban el camposanto, que es de donde tomó el nombre, y la iglesia católica, obra gótica de 75 metros de largo y 14 de ancho, techo alto y arqueado, paredes de laurel blanco y lámina gruesa, tallada con delicados motivos religiosos en cuyo interior caben sentados 348 feligreses en las 58 bancas color caoba alineadas en tres filas.

El templo romano, que administra hoy por hoy el sacerdote Tiziano Roncaglia Ramazzotti, hombre alto, rechoncho y de cara bonachona, que acostumbra predicar adelante del púlpito, rozando la primera fila de asientos, y no atrás como lo hace la mayoría, es el orgullo de los habitantes de Jaquetón. No solo porque ostenta uno de los conjuntos de obras sagradas más ricas del país: la imagen de Jesús crucificado de mármol tamaño natural que relumbra colores morados y verdes; un cuadro de la Última Cena, de 3.50 metros de anchura por 1.30 de altura; la Virgen de Guadalupe de yeso pintado de rosado claro; un relicario —una caja de vidrio llena hasta la mitad de tierra del Monte de los Olivos; una copia del Sudario con el que fue envuelto Jesucristo cuando lo enterraron; la réplica de la Piedra de los Diez Mandamientos de Moisés—; la efigie de San Pedro, entre muchas otras creaciones sacras; sino porque esta edificación gris claro por fuera y gris normal por dentro ha aguantado los embates de la naturaleza y del hombre, pues ya la intentaron

quemar en una oportunidad y botar con una bomba, en otra.

Se sienten tan engreídos de este inmueble que domina la ciudad que, cada vez que tienen la ocasión de hacer amistad con un forastero, no dejan de contarle un poco su historia o de regalarle una instantánea de él a colores.

Por lo demás, esta calle animada es idéntica a todas las del pueblo de Jaquetón: adoquinada, empinada, angosta, torcida —vista desde un avión se parece a la última letra del alfabeto español, la zeta, solo que algo más estirada—, rodeada de árboles y casas, con una atmósfera fresca y un aire limpio y perfumado.

Una de las primeras cosas que hizo el oficial Lázaro Balmore al asumir la jefatura de la delegación central de la Policía del pueblo de Jaquetón que, igual que la Unidad de Robo y Hurto y lo mismo que la Sección de Antihomicidios que había dirigido antes, también era en ese momento una papa caliente y nadie quería hacerse cargo de ella, fue depurarla de los malos elementos policiales, que en el último año y medio se habían multiplicado de manera preocupante. El crimen organizado y otro tipo de delitos, como en otras esferas estatales, igualmente habían irrumpido en la corporación y estaban haciendo de las suyas, carcomiéndola con rapidez.

En realidad siempre, desde que se fundó la institución, había existido ese problema. La diferencia estaba en que los delitos en los que se metían antes los agentes no eran tan graves como en los que se implicaban ahora. Además de que los transgresores se podían contar con los dedos de la mano; no pasaban de tres o cuatro al año.

Este tema de la expulsión de los uniformados que se habían involucrado en algún tipo de fechoría siempre había sido un asunto espinoso que nadie en la delegación de Jaquetón quiso tocar. Y no a causa de que no se supiera. Todos adentro lo sabían. Y también afuera; la sociedad civil. Era el secreto a voces de los secretos a voces de varios eventos feos que se estaban dando en el país, entre ellos uno que cierto ministro favorecía sus empresas con los recursos del ministerio que dirigía aprovechándose de su cargo. Ninguno de los oficiales que estuvieron al frente de la sede antes de que llegara Lázaro había movido un dedo, ignorando el problema. Cuando los periodistas les preguntaban al respecto respondían con evasivas o con declaraciones sobre el particular, que no convencían a ninguna persona. El pacto por omisión era obvio. Se especulaba —y muchos se hallaban convencidos de eso— de que una de las razones más fuertes por la que se quedaban de brazos cruzados era porque

algunos agentes de rango medio, cabos y sargentos, de los señalados eran amigos suyos. Otro de los motivos poderosos que se venían discurriendo por articulistas y analistas era que no se hacía nada, puesto que una acción así le quitaría honorabilidad a la corporación, de por sí dañada por la poca capacidad que había manifestado en el combate de la criminalidad, pues se confirmaría lo que se venía sospechando: que la entidad se había convertido prácticamente en una organización delictiva. O, al menos, ya le faltaba poco para serlo.

Baltimore era del mismo parecer. Pensaba que los antiguos jefes no actuaron para no delatar a los amigos y para mantener el buen perfil de la Policía. *Esto último no está malo, pensaba, mas no a costa de tolerar las faltas de sus miembros.* Pero también estaba seguro de que otro factor que tuvieron para darle la espalda a la cuestión era el miedo a las represalias de los policías delincuentes.

Con escasamente una semana en su nuevo puesto, el subinspector todavía no conocía bien los antecedentes de todos los agentes; pero sí ya estaba enterado de que al menos cuatro de ellos tenían tres faltas entre leves y graves. Eran reincidentes. Uno de los uniformados, un cabo, acababa de ser reincorporado al cuerpo luego de que lo suspendieran un trimestre acusado de atacar, borracho, con la punta de un machete, a un compañero porque le había dado un empujón de manera accidental.

Este era otro de los inconvenientes que tenía Jaquetón cuando llegó él. Varios miembros a los que se les comprobó que cometieron infracciones de consideración se les habían vuelto a admitir, como si no hubieran hecho nada malo, con lo que se ponía en peligro la seguridad de los mismos elementos. Ya no se diga la de los civiles. Un tercer policía, una vez, una noche, a medianoche, agredió, drogado, a balazos a un colega. Por suerte no lo hirió, pero los disparos los hizo.

Los agentes agresores no solo seguían en el cuerpo tranquilamente, sino que habían ido ascendiendo con rapidez. Este último ya estaba escogido para dirigir la sección Antidrogas en los cambios que se iban a efectuar al final del año.

Lázaro sabía que debía de empezar por ahí, por la purga de los policías indisciplinados, para hacer una labor medianamente decente en Jaquetón. No era suficiente solo con la buena intención que traía o las credenciales que lo apoyaban si adentro mismo de la corporación estaban los delincuentes.

Comprendía que no la iba a tener fácil. Mas en la vida nada era fácil. A

menos que le diera la espalda, ignorando el problema, haciendo como que todo marchaba viento en popa. Empezar esa tarea implicaría un enorme riesgo, riesgo que según parece no quisieron correr los oficiales que habían estado allí antes que él. De seguro por el temor a las amenazas. En verdad era una operación delicada. Peligrosa. Que requería de mucho valor. El valor de morir, incluso. Eso sin discusión. De ello estaba claro. Y, por lo mismo, Balmore, que evitaba gastar energía en andar criticando a los demás y aprovechaba mejor esa fuerza para hacer un trabajo, tal vez no brillante, pero al menos correcto, profesional, entendía a sus antecesores. No era tan sencillo acometer una acción con una 9 mm en las costillas. Ya sea en las propias costillas o en las de algún pariente. Porque no solamente se ponía en juego la vida de uno, que, al fin y al cabo, importaba poco, sino también la de la familia. La de los hijos, los hermanos, la esposa. Lázaro lo sabía bien. Por cierto que la cónyuge del comandante de la delegación de Jaquetón, Penélope Galilea, mujer bonita de voz hermosa que poseía dotes de escritora —ya casi terminaba un libro de poesía, en el género lírico—, hablaba cuatro idiomas y era adicta a los zapatos azules de charol, se encontraba preocupada por el actual cargo de su marido, a quien adoraba como solo una mujer enamorada puede adorar, ya que se mantenía al tanto de lo que pasaba en esa delegación, y por las acciones que se había propuesto tomar de inmediato. El segundo día en su nuevo puesto, después de la cena, cuando la pequeña hija, Bessy Jasmín, se fue a su cuarto a dormir, se lo dijo.

—Tengo miedo por lo que vas a hacer —le dijo ella, inquieta.

Lázaro le apretó la mano con fuerza para darle confianza.

—Yo también. Pero no te preocupés. Todo va a salir bien; ya vas a ver —le respondió, inclinándose y dándole un beso en la frente tersa, suave.

—Tengo miedo.

—Tranquila.

Sus amigos más cercanos igualmente se lo advirtieron.

—Dejá eso como está —le dijo un oficial—. Problemas te vas a echar encima. Enemigos. Incluso te pueden matar.

Una de las cualidades más destacadas de Balmore era la honestidad. Y, siendo honesto consigo mismo, no se engañaba. Tenía miedo de verdad, tal cual se lo había dicho a Penélope, que después de la corta conversación en la cocina con él, se había ido a llorar a su cuarto, experimentando cada vez más angustia, como si presintiera que algo malo le iba a pasar a su esposo. Por supuesto que sentía temor. Y bastante. Aunque se hubiera mostrado tranquilo

delante de su mujer. Pero, aun así, estaba dispuesto a tomarse ese riesgo. A continuar adelante con sus planes de sanear la delegación. Incluso a costa de dejar viuda a su consorte y huérfana a su pequeña, a quienes veneraba con *toda el alma*. Además, para eso lo mandaron ahí, ¿no? Para poner orden. No solamente para que cambiara de aire y que se hiciera el loco ante las faltas, actitud que tomaban muchos oficiales con puestos de decisión.

Con miedo o sin él voy a seguir con esto, se dijo. No voy a desistir, a menos que me maten, en mi propósito de sacar de la corporación a aquellos elementos que estén queriéndose pasar de listos sirviendo al mismo tiempo a Dios y al Diablo.

Y, como aparentemente fue el caso de los otros jefes policiales de la delegación central del pueblo de Jaquetón, no le iba a interesar que quien estuviera implicado en algún ilícito fuera un amigo suyo. O, incluso, su sobrino Daniel Balmore, muchacho de veintiún años que, motivado por la carrera exitosa de su tío, se había hecho policía, demostrando en poco tiempo que también, igual que su pariente, tenía vocación para esta profesión.

Entre los sospechosos de andar metidos en cosas turbias había elementos de todos los estatus. No solo de baja graduación como agentes y cabos. Violentar las normas establecidas no eran propias de ciertos niveles. Del mismo modo se hallaban envueltos en *vagabunderías* gente de los grados medios y altos. Y en la lista no figuraban únicamente hombres. Se contaban también mujeres. Casi mitad y mitad, si bien los últimos meses cada vez más hembras que varones se veían involucradas en transgresiones a la ley, echando por tierra la idea bastante generalizada de que las féminas solían ser menos propensas a delinquir, más rectas que sus semejantes masculinos. En definitiva, los tiempos habían cambiado.

Los delitos de los que se les acusaba, asimismo, eran diversos. A varios de ellos se les relacionaba de manera directa, comprometedora, con el narcotráfico, el contrabando de mercadería, el lavado de dinero, la extorsión —extorsión a sus mismos compañeros, incluso— y algunos asesinatos. Y no como simples peones, sino como jefes supremos de los grupos criminales.

La situación en Jaquetón se había vuelto alarmante de verdad. Era cierto que en la institución siempre se habían dado casos de agentes metidos en problemas, sin embargo no eran hechos comprometedores como los de los últimos días. Disparos al aire estando borracho; riñas callejeras y cosas parecidas, pero nada más hasta ahí. No es que estas no fueran faltas, empero había una diferencia enorme entre hacer esto y trasegar toneladas de drogas,

por ejemplo, o segarle la vida al prójimo de un balazo, que ya eran palabras mayores.

Lázaro sabía que había que parar esta situación antes de que se llegara el día en que ya no se pudiera hacer nada. Un par de meses más, si no es que menos, y la batalla se habría perdido del todo. De seguro a continuación seguirían las demás filiales de las otras ciudades, hasta llegar el momento en que la Policía sería absorbida por completo por los malhechores.

Casi inmediatamente entró a su oficina, el martes en la mañana de su primera semana, empezó a hacer las gestiones que tenía que hacer para limpiar, para sacar la *basura* de la dependencia policíaca.

Al poco tiempo de que inició los trámites respectivos los resultados comenzaron a verse. En el primer año como jefe de la delegación central de Jaquetón, Lázaro Balmore había provocado la suspensión, el despido y la condena de cuatro agentes, cinco cabos, dos sargentos y un subinspector. Doce en total. El 99.9 por ciento de los señalados cuando llegó a este pueblo fueron separados de la Policía que, con lentitud pero con seguridad, fue recuperando el prestigio.

Estaban en investigación varios miembros más, la mayoría de los cuales ostentaba grados de sargentos y subinspectores. Y, según dijo Lázaro, esto apenas empezaba. *Aun así me quede solo con uno* —aseveró muy serio a la veintena de periodistas que lo entrevistaban a la salida de su despacho—, *todos los policías malos se van a tener que ir.*

Los primeros elementos ya se habían ido.

Mas, Lázaro Balmore de igual modo les dio incentivos a los agentes bien portados. A los buenos policías. A los que hacían correctamente su labor. *Porque uno también necesita que le reconozcan su trabajo*, admitió en una reunión con todos los subordinados, días después de que comenzó a depurar la delegación. Hacer esto, motivar a la tropa por su buen desempeño, era parte esencial para salir del atolladero en el que había ido a dar de bruces la sede. No se trataba solo de expulsar a los elementos infractores, y ya estuvo. Proceder así era hacer las cosas a medias. *Como bañarse sin usar jabón*, dijo mirando a los ojos al grupo, conforme era su costumbre cuando hablaba con alguien.

Estimularlos era una manera segura de disuadir a “los muchachos” —A Balmore le gustaba llamar así a los policías, aun a los mayores que él— para que no siguieran implicándose en más delitos. Lo primero que hizo fue ver que se respetara la rotación de los horarios y que estos se cumplieran tal cual

estaba dicho, salvo en casos extraordinarios; pidió y luchó porque les dieran equipo nuevo —muchos de los patrulleros no servían y se quedaban en plena persecución y algunas pistolas se trababan al momento de halar el gatillo para disparar. Aparte de que bastantes agentes no habían usado otro uniforme desde... La misma historia de siempre en cuanto a la indumentaria —Lázaro esperó casi dos años para que le dieran un segundo atuendo y alrededor de tres para ponerse otros zapatos—. Todo en mal estado.

Por lo visto estos detalles “ínfimos” no los creyeron tan importante ninguno de los directores anteriores. Pero Balmore pensaba de otra manera, y empezó a ver qué podía hacer por sus subalternos, que después le agradecieron su preocupación por cambiar las precarias condiciones en las que trabajaban.

Asimismo, vio la cuestión de los sueldos. Este tema era fundamental. El grueso de los uniformados que delinquían lo hacían, viendo que los estipendios nimios que les pagaban no les alcanzaban para cubrir todos los gastos, con la intención de ganar unos pesos más y redondear así el dinero que necesitaban para llegar solventes a fin de mes. Lo mismo era en todas partes. Tanto en China como en Australia; en Ghana y en Brasil. Jaquetón no tenía por qué ser distinto. Raro era el agente que lo hacía por otro motivo que no fuera este. Era un hecho casi comprobado. Policía mal remunerado era casi siempre un delincuente en potencia.

Tras una ojeada a los jornales que recibían los funcionarios cada período, pidió que se les mejorara lo que devengaban. *No se puede esperar que los muchachos trabajen con tranquilidad e integridad con salarios tan pírricos*, les dijo a sus superiores, que lo oían sentados alrededor de una mesa de vidrio ahumado. *Si queremos bajar la tasa de agentes metidos en las diferentes caras de la criminalidad tenemos que aumentarles ya los estipendios. De lo contrario la cosa va a seguir igual, si no es que peor... que peor ya está.*

Lázaro Balmore hizo esta observación atinada a finales del mes de septiembre, el veintiocho. En enero del siguiente año a todos los policías del país les subieron los sueldos. De trescientos setenta y cinco dólares pasaron a cobrar quinientos veinticinco —él había pedido setecientos ochenta—. No era mucho, *pero algo era algo*, como dijo un cabo que antes había hecho varios intentos, junto con siete compañeros, por ver si les pagaban más.

Él, por su parte, continuaría estando a la orden de los muchachos. Como había estado hasta el día de hoy. Si alguien lo buscaba para que le ayudara en algo, toda vez que ese algo estuviera dentro de lo cabal, y dentro de sus posibilidades, lo haría con mucho gusto. Por otro lado, Lázaro iba a seguir

siendo el mismo hombre abierto de siempre, con quien los elementos policiales podían hablar con toda la confianza del mundo sabiendo que los oíría y los comprendería de verdad.

Baltimore había ganado la jugada. Tal vez no tan rápido como hubiera deseado y esperado —pensó que en un año iba a hacer que todo volviera a la normalidad—. Pero tampoco se llevó mucho tiempo, según algunos creyeron.

Nada más veinticuatro meses después los cambios por el lado bueno eran evidentes en Jaquetón. El número de policías castigados por sus travesuras había bajado dramáticamente. En el último semestre de su segundo año al frente de la delegación, un tan solo agente fue tentado a unirse a una cuadrilla de ladrones de motos que desmontaban y que luego volvían a armar con otras piezas y otros colores, de acuerdo al gusto del cliente, que pagaba gustosamente por ellas entre veinte y treinta mil dólares.

En su tercer periodo al mando de la delegación de Jaquetón no hubo un elemento involucrado ni señalado en nada. El cuarto, el quinto y el sexto años fueron igual. Éxito completo. Lázaro Baltimore estaba contento con los resultados alcanzados, y para celebrar el triunfo fue con su esposa a cenar al restaurante donde le había pedido que se casara con él.

Estaba alegre con los resultados, mas no del todo satisfecho aún, pues sabía que faltaba bastante que hacer todavía. Ya no —por el momento al menos— en cuanto a la contaminación de sus subalternos con la criminalidad, sino en cuestiones de menor gravedad, pero siempre muy importantes para que la institución recobrara el prestigio y, en consecuencia, hiciera un trabajo ciento por ciento congruente con sus principios básicos.

Es que, por lo que toca al funcionamiento, el oficial comparaba a la Policía con el cuerpo humano, que actúa como una sola unidad, como un todo. Si un órgano de este falla, otra parte del organismo lo resiente. Si una vértebra tiene una lesión, esta se ve reflejada, digamos, en la pierna derecha mediante un dolor en las pantorrillas.

Una de las cosas que faltaba que corregir en la delegación que le habían dado a su cargo era el tema de las relaciones humanas de los elementos. Bastantes de ellos no sabían cómo tratar a las personas a las que detenían tras haber cometido algún delito. Eran pesados, rudos, a la hora de apresarlos, lo que había provocado quejas de varios ciudadanos que se sentían ofendidos por la manera en que procedían los agentes. Otro punto que no había podido resolver aún después de dos años era el de las envidias que había entre la tropa, lo que generaba inestabilidad al interior. Estaba también aquello de las

murmuraciones. De las críticas. La gente no perdía la mala costumbre de hablar de los demás. Y los policías, solo por el hecho de ser policías, no eran ajenos a este hábito feo y peligroso para la sociedad.

Pero, por el momento, lo más delicado prácticamente estaba resuelto.

—¡Ja ja ja —se rió ruidosamente Bernardo Jeser —, ya viste que te dije que iba a ser mamado matar a esos perros! —, le dijo a Ebers, asimismo apodado Mormón, su lugarteniente extraoficial.

—¡Sí qué fue mamado! —consintió éste, que tenía puesto encima una chaqueta café, tan grande que parecía una túnica, dándole la espeluznante apariencia de un vampiro gigantesco.

El sujeto daba miedo. Era para salir corriendo al verlo.

—Te lo dije —volvió a decir Jeser sin dejar de carcajearse.

El Mormón —los primeros días le molestaba a Ebers que también lo motejaran así, pero luego de un tiempo, como pasa siempre, se había acostumbrado al alias y hasta le comenzó a gustar que lo llamaran de ese modo, *apodo que después de todo no era tan feo, igual que otros*, razonaba. *¿Qué tal si, por ejemplo, me hubieran apodado Calzón o Caín? Había una gran diferencia—* volvió a asentir.

Bernd y Ebers se encontraban en La Atalaya, nido a donde llegaron tres días después de haber dado muerte a los policías en la explanada. La Atalaya se hallaba ubicada al final de la calle del Cementerio, en el complejo de viviendas El Jardín, la última urbanización que se había levantado en Jaquetón. Era una edificación grande, de tres plantas y seis cuartos, además de los dos baños en cada piso, en el que había estado en un tiempo un negocio próspero de comida típica llamado “Platillos Típicos Ottmar”. Pero, como casi todas las restantes construcciones, había sido abandonada por su dueño, Héctor Ottmar, hacía unos nueve años, porque el núcleo residencial se estaba hundiendo peligrosamente. Al menos quince centímetros ya habían desaparecido bajo el suelo de piedra.

Al cabo de tantos meses sin cuidado, La Atalaya, residencia número 74 situada en el pasaje 7, ya aparecía bastante maltratada. Cuando Pelado Bernd, acompañado de Mormón, Rolling y Joel, se saltó el pequeño muro de ladrillo, traspuso el umbral y entró a la vivienda aquella tarde-noche helada con una mochila apesada en la espalda; la pintura de la casa prácticamente había desaparecido, las puertas de madera medio caídas estaban apolilladas por completo, las arañas habían llenado de redes todos los rincones, y los ratones

se habían multiplicado —Héctor Ottmar nunca pudo dejar la estancia limpia de roedores—.

Permanecían sentados en el suelo todavía bien conservado —el enladrillado era lo único que servía en la casa aún—, con las piernas cruzadas alrededor de cincuenta y cuatro bloques de madera que estaban amontonados en el piso y con los que Jeser se preparaba a armar la torre para jugar Yenga un rato. *Esos asiáticos jodidos y sus juegos infantiles*, pensó mientras comenzaba a levantar la torrecilla para empezar a distraerse. *Pero no dejan de ser entretenidos*, reconoció.

—¡Ja ja ja —se siguió riendo perversamente Bernd —, y cómo les quedaron las caras a los muy malditos! —dijo.

Si a esas masas sanguinolentas todavía se les puede llamar cara, rumió Ebers, que no paraba de bostezar, para lo que no tenía el cuidado de taparse la boca, que abría como si se fuera a tragar enterito a Pelado Bernd, quien apretaba sin disimulo los labios para no aspirar el vaho rancio de aquél.

—Deformes como un engendro endemoniado —comparó Mormón, que, debido al gran calor que ya hacía a pesar de estar aún temprano, las nueve y media de la mañana, se empezó a quitar la capa, quedándose en camiseta deportiva del Manchester United.

Ebers era un futbolista talentoso, aunque no le gustaba jugar. Muchos lo comparaban con Wayne Rooney, delantero del United. Después de que se quitó la túnica se la puso en las piernas, pero al momento la colocó en el respaldo de una silla de hierro que tenía una pata torcida para adentro, en donde además dejó un reloj de puño relativamente nuevo, al que se le quedaba viendo Bernardo. No se lo había visto antes.

—Enseñá —se lo pidió estirando el brazo.

Mormón se lo dio.

—No me vayás a decir que se lo quitaste a uno de los polis del domingo.

—A un viejito —dijo negando con la cabeza Ebers.

—A ver cuando dejás de joder a los viejitos —le reconvino Jeser devolviéndole el reloj, un MONTBLANC modelo reciente.

—A ver.

Ebers siempre se iba a lo más fácil en todo, hasta para robar.

Bernd terminó de poner la última pieza, la número cincuenta y cuatro. Mirando la estructura de arriba abajo, vio que estuviera bien montada. Luego que comprobó que todo estaba como debía de estar, le dijo a aquél que empezaran a jugar.

—Comencemos —dijo mirando la torre—. Dale, empezá vos —le cedió para darle ventaja, consciente de su habilidad.

La onda de Pelado Bernd eran los juegos de tableros. En el ajedrez fue campeón una vez —por cierto, que la medalla que le habían dado de ganador la había empeñado el otro día en tres dólares—. En las damas no era tan bueno, pero se defendía. Digamos que cincuenta y cincuenta. Ganaba y le ganaban. En el Yenga se consideraba *humildemente* un maestro. Mormón, en cambio, era poco para esta clase de placeres. No le gustaban. No le interesaban. Jugaba por jugar. Sin apasionarse si ganaba o perdía. No como Bernardo, que si vencía, se iba a dar una puta; si caía, también.

—Dale —le volvió a decir Jeser al ver que no se apuraba.

Ebers se le quedó mirando a una de las piezas de en medio del edificio, estudiándola, cual si se tratara de un alfil. No hacía mucho que había aprendido a jugar el Yenga. Esta era la tercera vez que lo jugaba. Aunque el pasatiempo parecía sencillo —quitar un bloque de cualquiera de los niveles de abajo y después volver a ponerlo arriba sin botar la estructura, ocupando nada más dos dedos—, todavía tenía algunas dudas respecto a la técnica más conveniente. A cómo hacer para sacar la pieza sin que la torre se le cayera. Debía de tenerla. Todos los juegos la tenían. Así fueran los más sencillos. Aún pensando en ello, levantó la mano con lentitud para retirar el primer trozo.

—Sin trampas —le advirtió Bernd, cuando se disponía a agarrar el bloque—; sin trampas.

El hombre se detuvo y lo miró, asintiendo, algo ofendido. Nunca había sido un jodido bribón. Siempre le había gustado jugar limpio. Siempre le habían gustado las cuentas claras. Así se tratara solo de un simple juego. Como en este caso. *No soy igual que vos, cabrón*, pensó Mormón. Se concentró de nuevo en la torre y volvió a mover el brazo. Cogió con el pulgar y el índice uno de los primeros bloques de abajo y comenzó a retirarlo despacito y con gran cuidado, temiendo que la estructura se le viniera al suelo. Concentrado, vio, con aprensión, que las piezas de arriba se movieron un poco, queriéndose caer.

Se detuvo, el pulso firme, sin soltar el cubo. Los bloques superiores dejaron de mecerse al momento, estabilizándose la torre de nuevo.

Bernd miraba alerta los movimientos de Ebers. *Para ser apenas la tercera vez lo está haciendo bastante bien*, gruñó. A él le costó un tiempito aprenderlo. Una semana entera. Jugándolo dos veces al día. En ocasiones tres. Incluso cuatro. *Claro, a mí nadie me enseñó cómo se jugaba. En cambio, a*

este loco hasta le dieron un manual. Así quién no, se dijo.

Mormón empezó a tirar nuevamente.

Los bloques que estaban de la mitad para abajo eran los que más costaba retirar. Ahí era donde de verdad se ponía en juego las habilidades física y mental del jugador. Cuando Pelado Bernd vio que su contrincante novato se disponía a sacar una de las piezas de la parte inferior; pensó que al primer movimiento iba a botar todos los trozos.

Sin embargo, Ebers, despacio, milímetro a milímetro, logró sacar de su lugar, para sorpresa y admiración de Bernardo, el bloque sin que sobreviniera el accidente. Es más, esta segunda vez apenas se movieron las piezas. Parecía que estuvieran pegadas entre sí y la única suelta fuera la que extrajo la mano de Mormón. *Maldito mentiroso*, susurró Jeser, con un dejo de envidia, *seguro de que ya has jugado esta mierda miles de veces.*

Después de que puso arriba sin ningún esfuerzo el fragmento que acababa de sacar para terminar de completar triunfalmente su turno, miró a Bernd con una sonrisa de oreja a oreja, y le dijo, satisfecho:

—Te toca.

Si, ya sé que me toca, Mormón infeliz —dijo para sus adentros Pelado Bernd —; *estiércol de vaca.*

Bernardo estiró el brazo izquierdo para extraer su pieza, pero enseguida lo encogió. Levantó el derecho. Asió un cubo de los de arriba. Los más fáciles de retirar.

—Deformes, nada —dijo volviendo al tema de los policías —; despachurradas como una plasta de vaca.

—Fue realmente algo diabólico. Lindamente diabólico.

—Diabólico como el Diablo. Te apuesto a que ahora sí a esos burros lombrizosos no les van a quedar ganas de seguir jodiendo...

—¡Achís! —estornudó fuertemente Ebers, cerrando los ojos, lanzando pequeñas gotitas de secreción viscosa a la cara de Jeser, que se cubrió con el brazo cuando las pringas ya le habían caído.

—...Putá, ponete paraguas —protestó éste bajando el brazo y limpiándose enseguida con un pedazo de toalla más sucio que la misma suciedad.

—Me pregunto cómo van hacer para reconocerlos —dijo Mormón, queriendo estornudar otra vez, pero aguantándose —. Así como quedaron.

—Fácil. Un simple examen de ADN. Esa pendejada del ADN se ha venido a cagar en la burrada. A locos que, después de años de haber matado, pensaban que ya la habían hecho.

—Ah —dijo Ebers, acordándose de que, efectivamente, la vez pasada había medio leído algo en el diario acerca de esa prueba, que, por cierto, no entendió mucho con ese nombre complicado de *ácido desoxirri...*—. Creo que hubiera sido bueno quemarlos también —continuó diciendo, creyendo que el ADN no era tan bueno como para reconocer además a alguien convertido en polvillo.

—A los próximos —dijo Bernd escupiendo a un lado y limpiándose los labios. Ya había pensado en ese recurso antes —. A los otros cabrones les vamos a dar fuego.

—A mí la que me dio lástima un poco fue la mamacita esa —dijo Mormón, luego de un breve momento en que nadie dijo nada, y entretanto miraba a su rival en el Yenga jalar su bloque concentradamente.

Éste, sin soltar la pieza, se detuvo un segundo. Dijo, mirando a su interlocutor:

—¡Bah! —comentó con desprecio —, todos, hombres o mujeres policías, son lo mismo de perros. El sexo no tiene nada que ver. Se lo merecía igual. Un policía es un policía y punto. Y creo que hasta con más razón. El que una mujer sea poli no le quita lo buscona.

Pero bien que te aprovechás de ellas, cabrón, pensó Ebers que, en cambio, sentía indistintamente un respeto especial por las hembras. Tanto que no podía imaginar que hubiera gente que no las considerara. Creía que, si las ponderaba él, los demás debían hacerlo. Con Mormón había un problema: era muy ingenuo. Pensaba que el mundo en el que vivía era cuadradito, sin aristas.

El aprecio que experimentaba por ellas se debía al hecho de que se había criado solo entre mujeres. Su abuela, su mamá, una tía y sus tres hermanas. Con su novia había tenido una niña saludable, a la que le puso el nombre de Cindia, como su abuelita, como su madre. Y todas lo habían tratado bien. Nada de gritos ni de insultos ni de abusos. Amor, amor y amor las veinticuatro horas. Sano o enfermo; triste o alegre, las féminas siempre le dieron afecto. En cambio, él lo único que les había dado eran montones de aflicciones. Pilas de disgustos. A ratos, en los instantes de soledad, le entraba remordimiento hasta sollozar por haberles causado tanto sufrimiento. Llevaba un año prometiéndose dejar a un lado la vida delictiva en la que se había metido recién iba entrando a la adolescencia y volver de nuevo a andar el camino del buen comportamiento. *La otra semana,* se decía, *el lunes.* Cuando llegaba el día que había dicho, volvía a decir que la próxima semana sí, que el otro lunes sí definitivamente se alejaría de todo. Ya habían pasado más de cuarenta y

ocho lunes y el tipo seguía más unido que nunca al crimen.

El mundo estaba lleno de gente con buenas intenciones. Mormón era apenas uno de los millones que había.

Bernardo empezó a jalar la pieza de nuevo. Ebers vio que lo hacía más rápido que él y sin parar. Tiraba continuamente. Decidió que esa era una buena técnica que valía la pena copiar. *Así voy a hacer yo la próxima vez*, se dijo. *Quizás sea más fácil de esa forma*. Aunque en realidad a él no le costó gran cosa sacar su cubo. Lo único era la lentitud. Además, Jeser se veía relajado, como en un día de playa. La relajación era importante en todo. De esa manera uno se le podía enfrentar mejor a los problemas de la vida, que, a menos que se dejara de existir, iban a estar ahí con frecuencia. La agitación no llevaba a nada. A nada bueno, por supuesto.

—La mamacita...

—Es lo mismo, hombre, ya te dije. No hay diferencias que valgan. Esas indigentes son iguales que los maricones esos.

—No es lo mismo.

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo.

Bernd se detuvo y se le quedó mirando con unos ojillos que decían más claro que si la frase estuviera escrita en grandes letras rojas, de molde, sobre un fondo negro ¡Ya callate, hombre! Mormón lo estaba sacando de sus casillas con su cantaleta de que no era lo mismo una mujer que un hombre. Luego se volvió a concentrar —para Pelado Bernd concentrarse era como echarse a dormir; fácil. Y, cuando alcanzaba un nivel profundo de abstracción, ni siquiera un enjambre de mosquitos que le anduviera revoloteando en el oído era capaz de sacarlo de ahí—, siguiendo con su labor.

—Te digo que sí es lo mismo —dijo refunfuñando con la idea de acabar el tema.

—La mamacita no tenía por qué...

—¡Ya, hombre, ya estuvo! —le gritó, encabronado—. ¿Es que me vas a decir ahora que estás arrepentido? ¡Un carajo!

Ebers, un poco impresionado por el tono de la voz de Jeser, bajó la vista hacia la torre, que todavía continuaba recta. La agachó por precaución. Mormón era de las personas que por nada se molestaba. Una cosita, una pequeña broma, podía hacerlo perder los estribos. Por ejemplo, que no le abrieran la puerta rápido. O que le escondieran las llaves.

—No, solo que...

—¡Ya! —exclamó Bernd con potestad.

Pelado Bernd, temblándole el párpado izquierdo, lo que le pasaba siempre que estaba fuera de sí, acabó de retirar la pieza con éxito y la puso arriba. Miró a Ebers y le señaló con la nariz la estructura para indicarle que le tocaba a él. Mormón alargó la mano, uno de cuyos dedos, el meñique, lo andaba cortado hasta la primera articulación, agarró una de las piezas y empezó a jalar veloz y sin parar, tal cual había visto hacer a Bernardo.

—No pasa nada, hombre, ya vas a ver —le siguió diciendo Jeser, ya más calmado, mirando el dedo mutilado por un cuchillo de cocina de Mormón, que este turno había escogido uno de los bloques de en medio —; vos, como si fuera la primera vez que nos cagamos en una poli.

—Es cierto, tenés razón, no es la primera, pero nunca la habíamos hecho comer tanta mierda. Fue inhumano. Te aseguro que esos perros hoy si van a estar que se los lleva el Diablo, ensatanados como en la vida lo han estado.

—¿Quién fue el que dijo que la muerte es humana? —preguntó Bernardo, pegándose una palmada en la frente para matar al zancudo que acababa de picarlo con voracidad, agarrándolo con la yema de los dedos, apenas.

Se vio la mano. Ahí estaba aplastado el insecto díptero. Lo tiró al suelo y se limpió la sangre extremadamente roja.

—Los que mueren en la casa, atendidos por un médico y rodeados de la familia.

—La puta muerte es la puta muerte; y la puta muerte siempre es cruel en cualquier circunstancia ¿Vas a decir que no?

—No, si...

—Nada, la muerte siempre es despiadada.

—¿Y desde cuándo es despiadado morir para vos? —le dijo Ebers un poco extrañado.

—Desde que tengo uso de razón.

—¿Y entonces, por qué matas?

Jeser no dijo nada.

Porque sos un infeliz sin corazón, una bestia, un animal, cabrón, pensó Mormón, mirándole directo a los ojos, con la minuciosidad de un oculista que revisa a su paciente que se queja de que mira bastante deformadas las cosas. Hitlerito de mierda. Consanguíneo en primer grado de Hitler. Asesino hijo de puta condenado. Si no te falta nada para ser el diablo.

Por un rato los dos delincuentes se quedaron callados, atentos al juego. Uno, jalando y procurando que no se le cayeran las piezas; el otro, mirando y

deseando que la torre se derrumbara. Igual que en toda competencia. Bernardo volvió a mover la lengua, haciendo un comentario solo por hacerlo, porque fue lo que se le ocurrió decir en ese instante, y no porque la cuestión le preocupara, puesto que en ningún momento le había preocupado. En realidad, ya casi lo había olvidado. Jeser tenía la facultad de olvidarse en seguida de las cosas que acababa de hacer, fueran estas graves o insignificantes; grandes o pequeñas. Un dominio mental que le ayudaba a sortear olímpicamente la culpa, el remordimiento y el miedo. El miedo de que, cuando había realizado algo grave, como lo que hizo no hacía mucho con los hombres de la ley en la explanada, le ajustaran las cuentas.

—Te aseguro que esos inútiles ni se lo imaginaban; nunca lo pensaron —dijo, cavilando en otra cosa, en su próxima mano.

—Yo digo que sí se lo sospechaban —dijo Ebers, rascándose la pantorrilla con furor, observando la torrecilla y mirando a su contrincante—. Al menos el perro que iba de último. El más alto y joven. Ese que caminaba como que si ya no se aguantara de ir al baño a cagar ¿No viste cómo iba viendo a cada rato para atrás? Ese policía cabrón presentía algo. Yo digo que sí la olían.

—Puede que sí. Bueno, en todo caso la cagaron por habérseles ocurrido pasar por allí y registrarnos. Tal vez si no se hubieran puesto a cachearnos no les hubiera pasado nada a esos simios pedorros.

En ese preciso momento Mormón, una vez más, sintió ganas de tirarse un pedo, pero se contuvo. Siempre que estaba con alguien se aguantaba para no ofender al fulano ni a él mismo, ya que la fetidez de un ventoso lo ofendía como ningún otro olor en la vida, resultándole de ello que el estómago le anduviera chillando todo el tiempo, lo mismo que le chillan a uno las tripas con el estómago vacío.

Le acababa de pasar el deseo de expulsar aire del intestino cuando de repente un movimiento rápido atrajo su mirada y la de Bernd. Y luego otro. Y después un tercero. Una colosal rata blanca seguida de otras dos de similar tamaño y color atravesó en diagonal semejante a un rayo el cuarto donde permanecían sentados jugando, algo que para ellos ya se estaba volviendo corriente, aunque todavía no se terminaban de acostumbrar a ello. Los roedores les pasaron por los pies, lo que les hizo dar simultáneamente un respingo y echar una maldición.

—¡Putá! —dijo Mormón, haciendo un amago de levantarse.

—¡Estas mierdas! —dijo Pelado Bernd, que no se movió, sino que se quedó tieso, sintiendo un escalofrío en el cuerpo.

Los animales, haciendo un chillido, desaparecieron en un hoyo pequeño que daba al baño, donde había un nido con, por lo menos, una veintena de estos ejemplares, entre ellos varias crías de piel rosada.

—Lo que tenemos que hacer ahora es no asomar nuestras lindas caras por ahí unos cuantos días —comentó Ebers, volviéndose, olvidándose de momento de los tres mamíferos de hocico puntiagudo. Se quedó callado un rato, con el aire del que está reflexionando. Luego de un corto instante de silencio, continuó diciendo—: no me extrañaría que esta vez nos echen encima a los de la INTERPOL.

Bernardo no dijo nada. No tenía nada que decir. ¿Qué podía decir?, ¿que tenía miedo?, ¿que estaba arrepentido de lo que había hecho? *¡Ja, qué se arrepienta Caín!*, murmuró. Alzó la mirada y se topó con los ojos tiernos de Mormón, en cuyas pupilas pudo ver algo de remordimiento; más bien algo de temor.

—Ya sabés que esos locos tienen fama de ser buenos —dijo este—. Y, además...

—¿Qué te pasa —lo detuvo Bernd, no necesariamente enojado, pero sí serio—, acaso tenés miedo?

Ebers no era que tuviera pánico o algo parecido como suponía con equivocación Pelado Bernd. Solo quería hablar un poco del asunto. Platicar por platicar. Sin otra intención. Era normal que a uno le gustara conversar con otro las experiencias del día, ¿no? Era una necesidad natural en el ser. Todo el mundo lo hacía. Negó con la cabeza, que recién se había cubierto con una gorra de los Yankees de Nueva York, novena que el año pasado, después de casi una década de no ver ninguna, había ganado al fin la Serie Mundial.

—Te están empezando a temblar las piernitas —le aseguró Bernardo.

Mormón terminó su enésimo turno. Jeser empezó el suyo también por enésima ocasión. La torre seguía firme al igual que al principio. El dominio que tenían del juego los dos chicos era evidente. Daban la impresión de que nacieron jugándolo.

—Pueda que incluso pidan ayuda a esos locos entrometidos del FBI —dijo como respuesta Ebers a la aseveración de Bernd de que le comenzaban a “temblar las piernitas”, al tiempo que se desamarraba los zapatos y se los quitaba para estar más cómodo.

Inmediatamente después de que Pelado Bernd retiró su bloque, Mormón arrancó de nuevo. Lo hacía cada vez mejor, aunque todavía un poco despacio, lo que no dejaba de molestar a su contrincante, que a veces se desesperaba.

Bernardo podía ser todo, menos paciente. En el siguiente turno de éste, Ebers vio que sacó la pieza más rápido que en las oportunidades anteriores. Se preguntó cómo lo había hecho. No vio nada diferente a los movimientos previos, solo que en vez de usar el pulgar y el índice, como lo había venido haciendo, hoy lo hizo con el pulgar y el dedo medio. Creyendo que quizás era por eso, le preguntó, con la idea de hacer lo mismo él:

—¿Que se vale con cualquiera?

Bernd no le hizo caso. ¿Qué demonios sabía él con cuáles dedos había que jugarlo y con cuáles no? Esperó a que Ebers retirara su trozo para luego seguir él. Este, copiando también esta otra técnica de su compinche, con la esperanza de mejorar la velocidad, utilizó ahora el extremo grueso y el cordial. No le sirvió de nada. Incluso se tardó más. Ya iban sobre siete vueltas completas cada uno y nadie había tumbado la torre. Al empezar a jugar, Pelado Bernd pensó que su adversario no llegaría ni siquiera a la segunda tanda. Pero había llegado. Y con bastante solvencia. El *embrión* había salido más bueno de lo que parecía al principio. *Este loco de Ebers aprende rápido*, se dijo Bernd. *Lo único malo —¿o acaso ese era su secreto para no botar la fortificación?, se preguntó— es que mucho se tarda en quitar su bloque. Si sigue así con esa lentitud, esta puede que sea la primera y la última de las veces que juegue con él.*

Jeser se levantó al terminar su jugada, la octava:

—Esperame, ya vengo —dijo andando perezosamente para la cocina, en donde una legión de cucarachas se escabulló rápido en las rendijas de las paredes, el suelo y unas cajas de madera podrida que estaban amontonadas en un rincón al sentir que llegaba alguien. Una rata lo miraba con atención desde una viga del techo de duralita. Otra, no de las mismas que les pasaron por los zapatos hacía un rato. Esta era negra, un tanto más pequeña y con la cola singularmente larga. Quizás dos veces el largo de su cuerpo.

Al rato volvió con otra camisa puesta y dos limonadas. Antes de sentarse le dio una a Mormón, que la agarró, ingirió cuatro grandes tragos, puso el vaso en el suelo y empezó a tirar. Bernardo se sentó, tomó un traguito y se quedó con el recipiente, que meneaba de vez en cuando, en la mano. Mientras veía jugar a Ebers se echaba a la boca pequeños sorbos del refresco, que estaba simplón —a Jeser no le placían, a excepción de la coca cola, las bebidas muy dulces—. El *embrión* acabó, cogió el receptáculo y bebió más limonada.

En ese momento entró otro malhechor: el Poeta, caminando con el característico andar de los delincuentes: tirando con energía pies y brazos

hacía arriba y hacia los lados. Se acercó, chocó las palmas con sus compadres y se apoltronó en el ladrillo, frente a la torre y en medio de los sujetos, que lo miraron al mismo tiempo.

—¿Y el mío? —preguntó, mirando el refresco de Ebers.

—En la cocina hay un poco en un pichel —le dijo Pelado Bernd—. Andá agarrá. Ahí hay vasos.

El Poeta se paró de nuevo y fue a la cocina. Al momentito regresó con la bebida y se sentó donde se había sentado de primero.

—Sabrosa —dijo, luego de tomarse un buen sorbo—. Con el calor que está haciendo.

—Pensé que te habían agarrado —le dijo Bernardo—. ¿Qué te habías hecho?, ¿por qué no te habías dejado venir?

—¿Después de quien voy? —dijo aquel, ignorando el comentario y la pregunta de Jeser y quitándose dos de las tres camisas que llevaba puestas, y que aventó encima de un cajón de lata que estaba detrás de Ebers, que tuvo que agacharse para que el sujeto las pudiera tirar, y a quien ni Bernd ni Mormón le sabían el nombre.

El Poeta siempre se ponía tres camisas, incluso en verano. Una camiseta desmangada, una con mangas y una de vestir manga larga enrollada arriba del codo y abotonada hasta el cuello, todas haciendo juego, lo que le causaba admiración a Pelado Bernd, que, a no ser que el aire estuviera helado de verdad, apenas aguantaba con una. Y de tela rala.

—Me seguís —dijo éste, y le dio paso—. Creí que te habían llevado jalado —le volvió a comentar.

El Poeta crujió los labios.

—Para que esos pulgosos me agarren tienen que echarme encima a toda la Poli de un solo —dijo con altanería—; y creo que ni así —sacó el puño— ¡que se jodan!

Bernardo y Ebers le creyeron. Lo habían visto irse de las manos a la Policía, por lo menos una docena de veces. Tal cual habían hecho también ellos. Después de jugar su primer turno y de tomarse la limonada, el Poeta sacó la foto de una mujer con un trasero endiablado. La chica, de unos diecinueve años, posaba parada de medio lado en un patiecito engramado y estaba vestida con una falda morada que le quedaba arriba de las rodillas y una blusa que en realidad era únicamente dos tiras delgadas atravesadas en la espalda y el pecho. El delincuente la puso en el suelo delante de sí con la intención de que los demás la vieran, lo que al momento hicieron, olvidándose

por un instante del juego. Mormón, haciendo honor a su apodo, apartó rápido la mirada, como ofendido. Una hembra hermosa de verdad: pechos generosos, piernas generosas, pantorrillas generosas, todo generoso. *La chica perfecta*, pensó Jeser, ya imaginándosela desnuda en la cama con él.

—¿Ah?, ¿qué les parece?, ¿cómo la ven? —dijo el Poeta, con la vehemencia del que se acaba de enamorar, sentimiento en el que no caía muy seguido.

El Poeta había andado, según contaba él, con unas cincuenta mujeres, pero solamente de unas cuantas se prendó de verdad. Las últimas tres. Por las demás hembras solo había sentido atracción. Deseo carnal. Nada emocional.

—¿A dónde te has hallado eso? —le preguntó Bernd admirando a la mujer.

—Por allí.

Ebers miró la imagen de reojo. Después volteó la cara completamente y la vio bien. Entonces la reconoció.

—¡Hey —dijo Mormón, parándose de un salto —si esa es mi hermana!

Ni Pelado Bernd ni el Poeta sabían que Ebers tenía hermanas. No se lo habían preguntado ni el sujeto les había presentado todavía a la familia.

—¡Ah! —exclamó el Poeta, agarrando la foto, pensando que Mormón se la iba a querer quitar, como sucedió en efecto.

—¿Cómo? —preguntó Bernardo, también sorprendido, no tanto de que Ebers tuviera una hermana, puesto que cualquiera podía tener una, sino de la preciosidad casi sobrenatural de la joven, que, incluso en papel, poseía la virtud de hacer que uno se sintiera bien.

Los tres se habían parado.

—¡Dame esa fotografía! —le dijo, poniéndose cada vez más iracundo, Mormón al Poeta, y este se escondió la instantánea atrás de la espalda.

—No —dijo el Poeta, reculando con rapidez.

Ebers, con el brazo estirado y la frente arrugada, se le fue encima.

—¡Dámela! —chilló.

El Poeta, retrocediendo aún más, topándose casi a la pared del fondo de la sala, por la que se deslizó una lagartija huyendo, se metió la instantánea rápido en la bolsa del pantalón.

—No —dijo manteniendo a distancia prudente a Mormón —; no te la doy, es mía.

Acababa de decir *es mía* cuando Ebers se le tiró con las manos cerradas, con la idea de golpearlo en la cara. El Poeta, que para moverse era tardo a pesar de ser flaco con sus 59 kilogramos, se apartó con la agilidad de un

boxeador a punto de colgar los guantes, después de catorce años de carrera, al ver que se le acercaba el energúmeno, y Mormón, que no se pudo detener debido al impulso que llevaba, se fue pasando ridícula y humorísticamente, causándole risa a Bernardo, que solo pensaba en la mujer de la foto. Se detuvo en la pared, se dio vuelta ligero y se regresó, sin aflojar los puños, que le caían a los lados, más irritado que antes.

—¡Vas a ver hijo de puta ruin! —murmuró cuadrándose de nuevo.

El Poeta, que prefería solucionar los problemas con razonamientos o plomazos y no con peleas cuerpo a cuerpo, ya estaba con las manos levantadas, preparado para luchar y defenderse del atacante, que una vez había dejado dormido por varias horas a un sujeto, en teoría, más fuerte que él, de un sopapo, aunque no muy seguro de lograrlo. Ebers, con la cabeza un poco agachada y mirando para arriba, se le acercó lentamente, como tanteándolo, y, cuando ya lo tenía al alcance de su brazo, le dejó ir un golpe ágil y feroz, según su estilo. Aquel, más sereno, se agachó con su modo torpe a tiempo y el manotazo le pasó zumbando encima de la cabeza. El cuerpo de Mormón, al írsele el puñetazo en blanco, dio una vuelta de 90 grados, quedando casi de espalda al Poeta, que aprovechó la ventaja inesperada para contraatacar. Levantó el pie derecho y le dio un rodillazo en la espina dorsal, con la intención de dejarlo quieto, pero no lo consiguió. Tocándose donde le cayó el porrazo de rótula, Ebers se volteó con presteza y encaró al Poeta de nuevo... con una pistola en una mano y un cuchillo en la otra. Este, asustado visiblemente, dio un paso atrás.

—Calmate, hombre —tartamudeó, levantando las manos —. Calmate.

—¡Haber, gusano hijo de puta! —bramó Mormón, apuntando con las dos cosas —¿qué me decís ahora? ¿me la vas a dar si o no?

—¡Hey —intervino con autoridad Jeser, parándose en medio de los dos delincuentes camorristas —, ya estuvo! —Y, mirando al Poeta con firmeza, le dijo manteniendo el tono imperativo: — ¡dale esa mierda!

El tío desatendió la orden de Bernd.

—¡Dásela, te digo!

El Poeta sacó la imagen y se la aventó con bien disimulado desprecio a Ebers, que la agarró antes de que cayera al suelo. *Tu hermana es la que me interesa, maldito cobarde desleal* —pensó —, *no ese papel. Según vos tu hermanita es una beata. ¡Si supieras, ja!*

Los sujetos, calmándose, se volvieron a sentar para seguir jugando Yenga.

—¿Quién va? —preguntó el Poeta, pensando que hoy en la noche se iba a

hacer los bigotes con Lou Emperatriz, la hermana de Mormón.

—Cualquiera —dijo Bernd, que se figuraba que dentro de poco también se daría gusto con Lou.

—Voy yo, pues.

—Dale.

—A mí la mujer poli...—empezó a decir nuevamente Ebers.

—¡Y dale con esa mesalina! —dijo, atajándolo Pelado Bernd con una mueca de hastío—. Ya estuvo vale. Ya estuvo de lo mismo. Lo pasado, pasado. Lo que importa es el presente. Es más, ni el presente, porque ese cabrón igualmente se va rápido. El futuro es el que cuenta de verdad. Lo que está por llegar. El futuro. Hablando de futuro —dijo después de quedarse callado un momento—, hay un monigote por ahí al que me gustaría incluir en el circo un día de estos.

En el lenguaje particular de Bernardo, *incluir en el circo* era añadir otro asesinato más a su lista de ejecuciones. Los últimos días el tipo había estado muy inclusivo.

—¿Quién? —le preguntó Mormón.

—Ese fanteche de Balmore.

—¿El nuevo policía?

—Ajá, ese cabrón.

—Já, ese tiro sí que va a estar grueso. Según he oído decir por ahí, hoy por hoy ese antropoide es uno de los mejores agentes que tienen en la Poli. Un cojonudo.

—Es igual que todos los policías —dijo Jeser—. Es cierto que el hijo de puta tiene los huevos bien puestos, pero es lo mismo. Es de carne y hueso como los demás cabrones, no un jodido inmortal. Eterno, solo ese zoquete de Dios.

—Eso sí, aunque no lo decía por eso, sino porque me imagino que lo han de andar cuidando un par de gorilas, por lo menos.

—Cinco pueden ser. Diez. Toda la delegación si querés. Eso es lo de menos —dijo el cabecilla delincuente, con desprecio.

—Además de que ellos, los mandamás, no están obligados a llegar a determinada hora a la oficina, porque me imagino que allí has planeado darle, ya que esos tipos no son muy dados a salir a patrullar para pensar en desnucarlos en la calle. O sea que se ven exigidos, pero, según parece, les vale un rábano. Aparecen al momento del día que les da la regalada gana. Nos podríamos pasar toda la vida siguiéndolos y por gusto, no toparlos nunca.

—De eso no te preocupés. Ya lo tengo todo controlado. Sé qué fecha condenada no falla y la hora a la que asoma su grotesca y asquerosa narizota.

—Ya estuvo —dijo el Poeta, alegre, que, aunque con dificultad, no había echado la torre —. ¿quién va ahora?

—Entonces ¿cuándo? —preguntó Ebers, ignorando al Poeta, que había estado al tanto de la conversación y a quien no tenían ni qué decirle de que estaba invitado al acto circense.

—Mañana —dijo Bernd.

—¿A qué horas?

—A las diez.

—Te caigo a esa hora.

—Puntual.

—Me extraña.

Cada jugador hizo tres rondas más y, empatados, ya que nadie derribó el fortín, acabaron de jugar, echándose una dormidita a continuación, que, a juzgar por las grandes ojeras que tenían, les hacía bastante falta.

—¿Me llamaba, señor? —preguntó el agente investigador Yobani Uriel Urbano Cerritos, parado en la puerta de la oficina del serio jefe de detectives Eric André Andasol —un bromista empedernido, la verdad, pero de chanzas suaves, eso sí—, que en ese momento se encontraba inclinado sobre el escritorio de madera de roble y armazón de acero con pintura gris al horno y rodos chinos niquelados, revisando un rimerero de papeles que tenía a su derecha y que, una vez repasada cada hoja, la iba poniendo al otro lado, a la izquierda, haciendo otra pila. El detective estaba un tanto atrasado y, para adelantar un poco, había llegado al trabajo antes de las ocho. En la tarde también se pensaba ir después de su horario normal de salida, a las siete de la noche, de modo que este día trabajaría once horas, como ayer jueves, como el miércoles anterior, en realidad como toda la semana. Sin embargo, no se hallaba molesto por eso. Al contrario.

Cuando Eric permanecía ocioso, enseguida le entraba aburrimiento, sueño, y hasta se sentía enfermo. Como con fiebre. Con calentura. Y si a algo le huía él era a estar indispuerto, pues, con la salud afectada, no le quedaba de otra que convalecer en una cama. De manera que para André el trabajo era como una actividad terapéutica.

Yobani Uriel lo vio laborando, complacido.

—Sí, pase —le dijo Eric levantando la cabeza, un momento, de la hoja que

revisaba —, pase.

Luego volvió a la página.

Urbano Cerritos cerró la puerta con suavidad, dio media vuelta y se acercó, mirando el papel que estaba leyendo el jefe de detectives, lentamente a la mesa. Se quedó parado al lado de una de las dos sillas negras, que ojeó de reojo. André, apodado el Francés, por su nombre, acabó de leer la última línea y puso la hoja blanca rayada, llena de letras azules en el lugar correspondiente. Yobani lo miró a la cara; a la cara colorada y redonda de tez lisa, sin barros, espinillas ni arrugas. A sus cuarenta y dos años, casi cuarenta y tres —dentro de un mes los iba a cumplir—, Eric conservaba aún una piel fresca, lozana, libre de impurezas. Su epidermis era natural. Lo único que hacía todas las mañanas era lavarse con un jabón antibacterial, entre cuyos componentes había algo de leche y vitamina E.

—Siéntese —le dijo poniendo los codos en la mesa y entrelazando los dedos, en los que colocó el mentón.

—Gracias.

Se agarró de los brazos de la silla y se sentó soltando el asiento, acomodando las palmas en las piernas. Se le quedó viendo otra vez al Francés, que parecía meditar. En un momento enfocó los ojos en la nariz. Le dieron ganas de reír. Se le veía chistosa esa nariz. No como la de los payasos de circo, pero sí bastante graciosa. Vio que en el dedo anular derecho llevaba un anillo. Eric se había casado y divorciado tres veces. Ahorita vivía solo. Había fracasado en sus matrimonios, en apariencia sólidos, no por mala suerte, si no por culpa suya. André era un mujeriego terco. No se conformaba con una. Las quería a todas. Y, por lo visto, todas lo querían a él. Tenía suerte con las mujeres. Y le salían únicamente hembras hermosas, de la talla de Nicole Kidman y Salma Hayek, quienes, por cierto, le parecían unas diosas.

Andasol no era el mejor detective del país, empero estaba entre los mejores. Hasta la fecha iba invicto. Todos los casos que le habían dado los había resuelto. Unos en pocos meses; otros en varios años, pero siempre al final dedujo responsabilidades. Ningún caso que llevara fue archivado sin aclarar. Le encantaba su trabajo, sin embargo, se pensaba retirar luego, al terminar el año. Quería acabar la carrera de abogado que había dejado a medias —tenía ganado el sesenta por ciento de las materias—. A él le gustaba eso de las leyes y los litigios. No se perdía por nada las series de televisión del tipo Chicago Justice.

Urbano se preguntó mentalmente para qué lo quería el jefe de detectives.

Debía de ser para algo serio. Por gusto no mandaba a llamar a nadie. A él nunca lo había convocado a la oficina sin ningún propósito formal. La última ocasión que estuvo sentado ahí delante del escritorio fue cuando llegó a la División de Pesquisa Policial (DPP), el día que le tocaba presentarse. De allí, que se acordara, ni una tan sola vez.

El Francés se frotó las sienes con fuerza varias veces.

—¿Cómo va todo? —le preguntó a Cerritos, que sintió que el celular le vibró. Un mensaje, que leyó después. Estaban triplicando saldo.

Eric, de un metro sesenta y nueve de altura y de cuerpo más o menos delgado, siempre empezaba sus pláticas formales o informales con esta pregunta. ¿Cómo va todo? Le gustaba hacer dicha interrogación porque, pensaba, hacía sentir bien a su interlocutor, tal como le pasaba a él cuando alguien le decía ¿cómo va todo? Yobani, igual que sus compañeros, ya se lo podía. De hecho, esperaba que le dijera ¿cómo va todo?

—Bien —le respondió Uriel mirándole el botón de arriba de la camisa de vestir de algodón de un solo fondo. No era del mismo tono que los demás. Se veía más oscuro. Al sentirse observado, André se sintió medio incómodo —, muy bien. Ya le estamos dando los toques finales al caso del Payaso. Creo que como mínimo lo habremos concluido la primera semana del otro mes, o sea, dentro de tres semanas. Ya lo andamos cerquita a ese farsante. Casi lo tenemos “agarrado de la cola”.

El Payaso era un delincuente astuto, un poco viejo que, valiéndose del truco de amenizar eventos infantiles a domicilio, robaba todo lo que podía de las viviendas que visitaba. Asimismo se hacía llamar Cucharita, Tapujito, Payasín y otros cuantos nombres artísticos más. Para cada personaje poseía un vestuario diferente y nunca actuaba dos veces en una misma casa. Lo podían reconocer. Promoverse en el ciberespacio le había dado tan buen resultado, que no tenía tiempo como para atender todas las peticiones que le llegaban de los clientes, viéndose en la pena de rechazar muchas ofertas de trabajo.

Estaba por montar su séptima página web propia.

Llevaba nueve meses asaltando a las personas que, inocentemente, ignorando la profesión verdadera del sujeto, lo contrataba. Dando tres o cuatro funciones semanales, hurtando un promedio de dos mil dólares por domicilio, la Policía había calculado que ya había juntado en total unos doscientos ochenta mil billetes.

Ciertamente no era una cantidad pequeña.

—Bueno, lo felicito —le dijo Andasol —; el tipo ese sí que está haciendo

su agosto con la gente incauta.

—Será mejor que aproveche todo lo que pueda estas últimas horas que le quedan libres —dijo Urbano, asintiendo—. No creo que le caigan menos de veinticinco años. Saldría de la cárcel a los setenta y cinco. A esa edad dudo que aún le queden ganas de seguir jodiendo, perdón, molestando a las personas.

—No se preocupe. Ganas, tal vez —opinó el jefe detective—; energía es lo que no le va a quedar. Ya va a ser un viejito sin fuerzas.

—Aunque para el “trabajo” que hace no es necesario mucho la fuerza, sino la maña. Y es obvio que el sujeto es un mañoso de primera.

—Tampoco para eso va a servir. A los setenta y cinco la mente se ve disminuida seriamente. Pierde su vigor. La agudeza, la astucia, ya no es igual. Se viene abajo como se viene abajo el cuerpo y todo lo demás. Es ley. Yo no he visto en mi vida a una sola persona septuagenaria, o incluso de menos años, que no padezca aunque sea de algo. Mental o físico. O se le olvidan las cosas o le tiene miedo a la gente o ya no quiere salir a ningún lado porque de pronto la calle se hizo peligrosa o le duelen los huesos o padece de los riñones o se vuelve diabético. Cualquier cosa.

—En todo caso va a dejar en paz a los vecinos por un buen rato.

—Eso sí, de eso se trata, de evitar que estos cabrones malhechores sigan molestando impunemente —dijo Eric agarrando la hoja de papel que estaba leyendo en el momento en que llegó Cerritos y que había dejado en el escritorio delante de él—. Ojalá que ese payaso falso deje de fastidiar pronto.

Se quedaron callados un momento. André se puso a leer otra vez el documento. Yobani se quedó esperando a ver qué le decía.

—Bueno —dijo después de un rato Andasol—; por ahora deje ese asunto.

—¡Ah! —exclamó Uriel, haciendo un gesto de inconformidad que casi no se notó—pero, ¿por qué?

Su molestia procedía del hecho de que ya se estaba cansando de que nunca lo dejaban terminar una investigación. Siempre lo atajaban en cualquier momento de la pesquisa, dándole la sensación de que no hacía nada. Que perdía su tiempo, lo que, en realidad, sucedía. Algunas veces, por ejemplo como ésta, lo sacaban cuando ya casi finalizaba el trabajo. Además, situación que le molestaba más que lo anterior, era que, por culpa de esas interrupciones, bastantes casos se habían perdido o quedado sustentados débilmente, que venía siendo lo mismo, pues los jueces dejaban libres a

delinquentes al ver que no había robustez en los datos que presentaban los fiscales auxiliares contra los bandidos.

Uriel, que era adicto a la tecnología y todo el tiempo andaba leyendo en los diarios, revistas e Internet, qué era lo último que había salido al mercado, había reclamado un montón de veces por eso, pero sus protestas reiteradas siempre eran en vano.

El Francés no le contestó. Se limitó solo a mirarlo. Ya se esperaba esa reacción.

—Pero no me pueden hacer esto otra vez —dijo Urbano —: este caso ya casi lo terminamos y...

—No importa, se lo vamos a dar a otro detective.

—Se va a echar a perder la labor de nueve meses, tal como ha pasado con otros. Acuérdense las investigaciones que se han ido al traste por andar sacando a los policías de los procesos en los que están trabajando. Aparte de que en este momento no hay nadie disponible. Todos tienen casos asignados. Algunos hasta once. Incluso más. Quince, veinte, veinticinco.

—Déjelo, ya veremos cómo le hacemos.

—Este también se va a echar a perder.

—Ya va a ver que no. Se lo vamos a dar a Leonidas Fabricio.

Leonidas Fabricio, a pesar de su corta edad, veintidós años, era un detective de enorme efectividad. Caso que le daban, era con seguridad caso resuelto. Su porcentaje de eficacia se acercaba al cien por ciento. Además de efectivo, Leonidas —Leonidas era su alias— era rápido. En promedio se llevaba solamente dos meses en resolver una causa. Ningún investigador en la DPP sabía cómo lo hacía, porque era callado, no se relacionaba con nadie y todo el día se lo pasaba encerrado. Intransigente enemigo de las fechorías, no tenía conocidos ni amigos delinquentes para decir que los contactos eran la explicación a su gran capacidad.

—Bueno...—aceptó Cerritos, que ya lo conocía bien —solo que...

—¿Solo que qué?

—Que está descansando.

—Se las va a agarrar después de que acabe con la investigación suya. Dice que le dará jaque mate a lo sumo en ocho días. Ya lo conoce como es de veloz. Yo le creo. En reconocimiento por dejar para más tarde el descanso le vamos a dar una semana extra de vacaciones. Se lo merece. Se lo ha ganado.

—Bueno...

—Usted quédese tranquilo, Yobani.

—Bueno, espero que sea la última vez que me hacen esto.

—Se lo prometo que será la última... al menos mientras yo esté en este puesto. Después, no sé.

Uriel, mientras su jefe buscaba algo en la mesa, se puso a pensar en el delincuente que estaba asesinando a sus colegas de Jaquetón. Lo admitía, el sujeto también lo tenía preocupado a él. A todos. Comenzando con el policía de más baja graduación y terminando con el director. Incluyendo a los obreros administrativos que entraban y salían de la institución vestidos de civil. Así lo habían dicho algunos. El bandido homicida no había parado de despachar elementos a razón de uno cada día desde que empezó con el primero, unas semanas atrás. Exactos. Con disciplina. Como si estuviera haciendo una apuesta o hubiera hecho un pacto o cumpliendo una promesa *¿En qué momento piensa parar, se interrogó Yobani, cuándo lleve treinta, cuarenta, el medio centenar?* Era difícil saberlo. A juzgar por la rutina que había seguido hasta la fecha de hoy, al menos habría todavía otro muerto. Un vigésimo cuarto elemento liquidado.

El detective Urbano Cerritos se preguntaba, como ya se había preguntado antes, qué se proponía el sujeto con eso. No daba con lo que pretendía. También se cuestionaba qué lo impulsaba a quitarles la vida a los uniformados. Por qué precisamente a ellos y no a otras personas. No es que deseara que matara a otros y no a sus compañeros de trabajo. No. Solo se interrogaba. Sin duda el tipo tenía un motivo. Una razón para ello. No era por gusto. *¿Cuál era ese móvil? ¿Acaso lo estaba haciendo por venganza?, ¿o por odio?, ¿o por diversión?, ¿medir fuerza con la policía?, ¿o por el simple hecho de hacerlo?, ¿o quizás le caían mal? A muchos no le eran simpáticos los policías, se dijo. No sería extraño que la causa fuera esa. ¿O sería por envidia? La envidia era un argumento plausible, pensó. La envidia es fregada. Hay gente que incluso ha matado por eso. ¿Pero celos de quién?, ¿de todos los agentes de Jaquetón? Porque los aniquilaba sin distinción. ¡No podía ser! En definitiva, por pelusa no creo. Aunque...*

Además, ¿por qué el fulano se estaba ensañando solo con los agentes del pueblo de Jaquetón y no con los de otras delegaciones? Esto le llamaba especialmente la atención. Por qué nada más con los de allí.

¿Y quién era el homicida? Aparte de que era un asesino, ¿qué otra cosa se sabía de él?, ¿trabajaba?, ¿holgazaneaba?, ¿vivía solo?, ¿era un loco?, ¿cuál era su récord criminal?, ¿era reincidente?... Seguramente los detectives asignados al caso del *lapidapolicías* ya deberían saber algo del individuo.

—¿Quiénes están llevando el caso del matapolicias, del policida? —le dijo a Eric, que había dejado de rebuscar.

—Nadie.

—¿Cómo, nadie?

—Nadie. Es decir, que se lo dimos al Equipo número tres, pero, justo el día en que iban a comenzar a trabajar, tuvieron un accidente los dos muchachos. A uno, al jefe, le afectó una apendicitis y ahora está convaleciendo en su casa. Le han dado un mes de reposo. Y el otro detective se cayó de la moto cuando venía para el Departamento. Una piedra lo tumbó al pavimento. Suerte que no circulaba ningún vehículo detrás de él, no porque si no, quién sabe. Se quebró un brazo y una pierna. Y se hizo un raspón en la frente. Tiene seis meses de incapacidad.

Yobani se imaginó al colega resbalando y dando un par de volteretas mortales en la carretera a la par de la máquina. En definitiva, las motocicletas no eran un medio seguro para transportarse. Él nunca se subiría a una. Si bien más caros, los carros ofrecían mayor confiabilidad.

—¡Ah, no lo sabía! Qué lástima. Que se recuperen pronto. O sea que ahorita no se sabe nada del sayón ese.

—No. Para eso lo he llamado precisamente. Para que trabaje en él.

—Ah.

—Poco más o menos lo va a empezar usted.

—Bueno...

André, que, como Uriel, tampoco era amigo de andar viajando en esos vehículos de dos llantas, se puso a arreglar con lentitud y esmero unos papeles que tenía regados encima del escritorio, armando un tercer bloque. Al jefe de detectives le gustaba tener ordenada su mesa de trabajo. Eso le daba la sensación, aunque se sintiera abrumado, de poseer control de la situación, ayudándole a salir adelante en muchas ocasiones.

Mientras Andasol organizaba los documentos, Urbano se fijó en un fólter verde oscuro tamaño carta en el que decía así, en letras de molde escritas con lápiz: PROCESO NÚMERO 7: CASO NARCISO NAZARIO, ALIAS LATA O NÓMADA. 10-4-2009.

Lata o Nómada, individuo de cuarenta y tres años de edad que aparentaba tener diez menos, era un delincuente que no lo había empezado a ser franqueado los cuarenta y uno. Siempre bien acicalado, solo con cuatro dedos en el pie izquierdo, se especializaba en matar a sus víctimas a puros batazos en el estómago. Nada más. Empuñaba el bate como si fuera una almádena y

comenzaba a golpearlos hasta que dejaban de respirar. Era cruel, pero más todavía considerando que dirigía sus ataques solamente contra mujeres embarazadas de siete, ocho o nueve meses.

Siete personas habían sido halladas muertas con el abdomen molido, echando bastante sangre por la boca y por el ano.

—Usted va a empezar la investigación —volvió a decir el jefe de detectives, terminando de ordenar los documentos, quedando el fólter de Lata arriba, por último.

Cerritos se vio y se restregó con el pulgar una gran cicatriz en la palma de la mano izquierda. La cuchilla de zapatero estaba bien afilada y él se había rebanado por cortar un pedazo de cartón para remendar la pasta de un libro.

Eric se levantó a conectar el ventilador. Apenas eran las nueve de la mañana, pero ya estaba haciendo bastante calor. Treinta y ocho grados centígrados. Si seguía así la cosa, era probable que al mediodía pasase de los cuarenta. Después llenó dos vasos con agua de un garrafón plástico que se encontraba por la ventana.

—Lo bueno de estos calores infernales —dijo André llenando el primer recipiente —es que uno toma agua en abundancia, lo que es saludable para el cuerpo. Siempre que el clima está así de caliente, yo me bebo mis tres litros fácilmente. Cuando por lo general no paso de dos.

—A mí me pasa lo mismo.

Después de llenar el segundo recipiente, Andasol volvió a la silla llevando, uno en cada mano, los vasos, y, dándole el blanco —el otro era azul — a Yobani, se sentó. Luego de acomodarse, tomarse un buen trago de agua y poner el depósito medio vacío en la mesa, agarró una hoja que tenía aparte, la miró brevemente y se la dio a Uriel, que la tomó y se puso a leerla al momento.

—Esto es lo poco que sabemos de ese pillo —dijo Eric, mirando su vaso y a continuación los ojos del agente investigador, que recorrían con atención las líneas de la página, leyendo los datos escritos en ella.

Entretanto aquél acababa de leer, André, recostándose en el respaldo del sillón, se puso a sacarle punta a un lápiz verde que la secretaria le había entregado.

—Bernardo —dijo Uriel, después de ojear el documento, volviendo a la primera línea —; Bernardo, alias Bernd —miró a Andasol, que seguía afilando la mina —. El apodo no dice nada.

—No —dijo el Francés, viendo el extremo afinado de la barrita —, no dice

mucho. Uno...

En ese momento sonó el teléfono.

—Permítame —dijo tomando el auricular.

Luego de decir *está bien*, colgó.

—Uno esperaría que a un sujeto así lo apodaran Rata, Verdugo, Gánster o algo parecido.

Urbano aprobó moviendo la cabeza.

—Dos muchachos le van a ayudar —le dijo el jefe de detectives.

Cerritos colocó la hoja en el escritorio.

—¿Quiénes? — preguntó Yobani, contemplando el papel lleno de letras.

Eric terminó de afilar el lápiz y lo puso, junto con el sacapuntas metálico, cuya viruta echó antes en la cubeta de la basura que tenía a un lado, en un pequeño recipiente cuadrado de plástico ahumado.

—Los que quiera. Los que usted elija.

—¿A quien sea?

—A quien sea.

—¿No importa que tengan asignados casos?

—No importa.

Yobani se puso a pensar a quienes podía pedir. Tenía bastante de dónde escoger. En la corporación había un montón de detectives buenos, de capacidad comprobada. Estaba seguro de que cualquiera que escogiera de ellos estaría a la altura de la situación. Él no era de la opinión —como la tenían algunos— de que la mayoría de los elementos investigadores que acuartelaba la institución policial eran unos incompetentes. Uriel discrepaba con esa valoración. Para él, el problema de la poca efectividad en los procesos investigativos se debía, en gran medida, no a la ineptitud de los policías, sino al poco apoyo logístico y de equipo que les daban. Sin este puntal importante era difícil hacer un buen trabajo por más capacidad que hubiera en los agentes.

—Piénselo bien, Uriel —le dijo André levantándose de la silla —; me puede dar los nombres en la tarde o mañana temprano.

Urbano se puso de pie también.

—Mañana le traigo la nómina.

Andasol agarró el papel con los datos de Bernd.

—Esto lléveselo —le dijo a Cerritos, entregandoselo.

Yobani tomó la hoja, la dobló y se la guardó en la camisa. Eric le dio la vuelta al escritorio.

—Temprano, por favor —le pidió a su subordinado, con los dedos metidos en las bolsas del pantalón y mirándose los zapatos —. Tengo que mandarles a los chicos las órdenes y ver en manos de quiénes vamos a dejar las pesquisas que están haciendo.

—Está bien —le dijo Yobani Uriel, que se preguntó por qué el Francés se veía a cada rato el calzado. Inconscientemente hizo lo mismo él —. ¿Cuándo hay que empezar?

—Ya, luego, desde hoy. Hay que capturar lo antes posible a ese bandido. Cada día que ande suelto ese loco asesino representa para nosotros un elemento menos. Hasta ahora así lo dicen los números.

—Me preguntaba por qué razón ese delincuente de Bernd se ha encarnizado únicamente contra los agentes de Jaquetón.

—Esa interrogante ya me la hice yo un montón de veces. Pero no doy con la respuesta.

Urbano se quedó pensando. Tampoco él seguía sin encontrarle el motivo.

—Bueno, mañana le paso la nómina.

Cerritos, luego de darle la mano a Eric despidiéndose, se dio la vuelta para salir de la oficina; pero se volvió enseguida.

—¿Qué pasa —le preguntó el Francés —, alguna duda?

—No... bueno... sí, pero no con respecto al desquiciado exterminador de policías Bernd.

—¿Entonces?

Yobani dudó si decirle o no. Eric nada tenía que ver con lo que le quería preguntar. Poco podía hacer tocante al asunto sobre el que pretendía interrogarlo. No estaba en sus manos. Pero debería de saber algo.

—¿Qué sucede?

—¿No sabe cómo va lo de la nivelación salarial? —le preguntó al fin.

André no se extrañó por la pregunta que le hizo Uriel. Es más, ya la esperaba. Varios subalternos le habían consultado sobre lo mismo la última semana.

—Tengo entendido de que todo marcha bien. Parece que es cuestión de días que lo aprueben. Creo que para el año nuevo ya va a entrar en vigencia la nivelación. Nada más son pequeños detalles los que faltan que arreglar.

—¿Y lo de la compensación para comprar la comida? —quiso saber también Urbano —. Dijeron que ese beneficio lo íbamos a empezar a recibir a mediados de año, en mayo o junio, y ya estamos en agosto y no se ve nada claro. Se supone que ya nos deberían de estar dando ese bono.

—Ese pago, asimismo, ya está en gestión. Parece que hay un problema de escasez de dinero dentro de la Policía, como siempre; pero la gente de Finanzas está viendo cómo le hace para resolver ese asunto. Creo que a más tardar la otra quincena ya va a estar lista esa plata.

—Bastantes compañeros ya están molestos por el retraso. Incluso hay apatía. Aunque saben que aquí no está permitido ese tipo de eventos, unos hasta ya hablan de irse a paro. A paro nacional.

—Es comprensible. Ojalá que luego se solucione igualmente ese punto. Lo prometido es deuda.

—Le consigo temprano la plantilla de los investigadores que voy a necesitar.

—Por favor.

Cerritos le tendió otra vez la mano al jefe de detectives, que aproximadamente dentro de un cuarto de hora iba a dar una entrevista a un medio impreso —los periodistas, un redactor y una fotoperiodista risueña, ya habían llegado y lo estaban esperando pacientemente en la sala—, dio media vuelta y se encaminó a la salida.

—Hasta luego, jefe —se despidió, cerrando la puerta con suavidad.

Yobani se detuvo un momento afuera de la oficina, en el pasillo, pensando. La luz y el agua habían subido bastante. El gas ya iba a valer tres dólares más. Las medicinas ni se diga. *Ojalá que zanjen luego eso de los sueldos*, se dijo, reiniciando el camino en dirección a su despacho en el piso de abajo.

Eric se quedó mirando unos segundos la puerta por la que acababa de salir Uriel. Tenía fe en él, en su capacidad detectivesca. Y en su viveza y obstinación, que cada día que pasaba se estaban haciendo más notorias en la Policía. *Ese perverso asesino ya se puede ir considerando enclaustrado tras los barrotes*, pensó. *Definitivamente, con este muchacho tras sus pasos, no le queda de otra*. Si Urbano Cerritos no podía coger a Bernd, tal vez nadie lo haría por un buen tiempo. Estaba meditando en eso cuando el teléfono volvió a sonar. Fue a contestar. La secretaria, Zulma Azucena, lo llamaba para decirle que los periodistas ya estaban ahí.

—Ya están aquí los reporteros.

—Ahorita voy —le dijo metiendo en un fólder varios legajos de las pesquisas de los últimos casos más sonados.

André no daba entrevistas sino tenía a la mano los papeles que apoyaban las declaraciones que hacía.

Diez minutos más tarde, luego de los saludos respectivos, Andasol era

asediado por preguntas por los avispados y jóvenes periodistas gráficos, alrededor de unas sabrosas y nutritivas galletas integrales y sodas en lata bien heladitas.

Según lo había prometido, Ebers llegó temprano el día siguiente a La Atalaya, listo y contento para asistir al espectáculo de esa noche, vivienda cuyo interior estaba alumbrado pobremente por una candela que, por lo visto, Bernardo Jeser acababa de encender. El Poeta ya se hallaba ahí. Asomó las narices luego, al filo del mediodía, porque, dijo, *quería estar descansado para la exhibición*. Arribó a las once. A las doce, después de un refrigerio ligero, se acostó, se durmió al instante y se despertó, bostezando, a las seis y media de la tarde. Bernardo, que no abandonó el local en ningún momento, y el Poeta estaban terminando de cenar. El Poeta degustaba una hamburguesa con cerveza. Jeser, Pizza Hut con soda enlatada baja en calorías.

—Vengo a tiempo, ¿no? —preguntó alegre Mormón, chocando los puños primero con Bernd y a continuación con el Poeta, sentándose.

—Son las ocho, apenas —dijo Pelado Bernd, hablando con la boca llena de comida, pero dándose a entender bien.

—No, para la cena —dijo con una risita Ebers, a quien se le conocía también por Hocico, porque tenía una boca exageradamente grande.

—Aquí hay un pedazo de pizza y un poco de soda —le ofreció aquél.

El Poeta le dio bebida alcohólica de la suya. Ebers empezó a comer como si llevara una semana sin probar bocado.

—¿En cuántos minutos agarramos camino? —preguntó merendando de prisa.

—Falta; es temprano —dijo Bernardo Jeser limpiándose los labios y la grasa de las manos con una servilleta. En seguida, tirando el pedazo de papel afuera de la ventana; se paró y se fue a la esquina donde estaba tendido un cartón con un colchón, una almohada y una cobija hecha montón y se echó de espaldas —. Creo que todavía nos queda chance para echarnos una siestita. Llevo dieciocho horas seguidas sin pegar mis lindos ojos. El sueño me está haciendo mierda ya ratos.

Son lindos los ojos de la hiena, pensó el Poeta, más por envidia que por otra cosa. Sabía que Jeser tenía unas pupilas agraciadas, distintas por completo a las suyas, que sí de verdad se parecían bastante a los de ese mamífero carroñero.

Ebers, la tripa satisfecha, y el Poeta también, se acostaron y bajaron los

párpados, durmiéndose casi al momento. Al buen rato, a las dos horas y media aproximadamente, Jeser se despertó viendo el reloj con los ojos legañosos. Ya era hora.

—Vamos —dijo, levantándose.

Los otros dos sujetos, que tenían un sueño ligero, se incorporaron enseguida medio adormilados. Primero el Poeta y después Hocico, siguieron a Bernd y, uno detrás del otro, en fila india ordenada, salieron a la calle solitaria y semioscura y se subieron al carro, un FORD ESCAPE año 2007, color oscuro, que hacía ratos los esperaba afuera con el chofer, Joel, conocido en el sector criminal como Yuri, adentro. *Ya era tiempo*, se dijo, cuando los vio venir, Joel, que le acababa de llamar a su novia para decirle que lo esperara a la una, ya lista.

—Lista para qué —le preguntó ella, haciéndose.

—¡Ah!, vos ya sabés para qué, preciosa.

—Pues, no sé.

—¡Ah!, echate en todo el cuerpo de la loción que me gusta, especialmente ya sabés dónde.

—A ver.

La cómoda camioneta FORD ESCAPE era un vehículo de lujo que no estaba al alcance de cualquier bolsillo. Pero Pelado Bernd nunca había necesitado dinero para conseguir el carro de sus sueños. Los cuartos no siempre eran necesarios para adquirir lo que uno quería. Solo un arma. Y el lugar apropiado. El sitio estratégico, que para él y su hueste eran los parqueos, a la salida o entrada de estos. La docena de automotores que había tenido los había robado amenazando a su víctima con una pistola, en un estacionamiento. Saliendo de repente de la nada y apuntando el artefacto en la oreja, le gritaba fuerte al sorprendido conductor casi en la cara, abriendo la puerta de una vez para ayudarlo a salir:

—¡Fuera, rápido! —ordenaba con autoridad.

En los últimos cuatro meses, la Policía tenía cincuenta y ocho re-portes de robo de automóviles, la mitad de los cuales eran carros de lujo como el FORD ESCAPE, que, aun usados, andaban por los US\$21.000. Y alrededor de la tercera parte de estos atracos, al parecer, eran perpetrados por los mismos tíos. Las autoridades dedujeron esto por las declaraciones de los denunciantes. La forma de apropiarse de los automotores era parecida en muchos de los casos: la sorpresa y la violencia en las voces. Y siempre a la salida o entrada de un aparcamiento, por lo general despejado, con poco movimiento allí y en

los contornos.

El procedimiento para adueñarse del vehículo en el que hoy iban camino a la delegación policial de Jaquetón en busca de Lázaro Balmore, sin embargo, fue algo diferente. En primer lugar, porque el robo fue espontáneo. Maniobra llevada a cabo cuando lo que en realidad los rufianes lo que más querían era irse a descansar, ya que estaban rendidos. Y además se consumó en un escenario distinto. En un semáforo en rojo.

Luego de considerar que se sentían aburridos y cansados aquella mañana del 9 de agosto, la terna de sujetos malhechores, a una seña con la cabeza de uno de ellos, de Bernardo, se levantaron de las sillas en las que llevaban unas tres horas sentados, se dirigieron a la puerta y salieron del bar “La Santísima Trinidad”, al Sol, que ya empezaba a pegar fuerte. Ese iba a ser un día caluroso. Se vaticinaban temperaturas de hasta 40 grados centígrados. Los técnicos, dada la conducta impredecible de la naturaleza, tendían a equivocarse bastante, pero ahora parecía que habían atinado los pronósticos.

La Santísima Trinidad, que tenía ese nombre porque la dueña se llamaba así y no como un tributo al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, era un negocio pequeño y poco conocido, pero con “bailarinas”, todas muy bonitas para clientes habituados a regalarse con lo mejor, y al que concurrían ocasionalmente. Le hacían una o dos visitas al mes, a lo sumo. Bebían, fumaban, charlaban y, después de pagar lo que habían consumido —aquí Bernd y compañía recibían idéntico trato al que se les daba a los demás asiduos; no había privilegio para ellos como en Las Doce Horas—, se marchaban satisfechos. Ese día de agosto no tomaron. Desde que llegaron se la pasaron gastando palabra tras palabra en una conversación en la que, a simple vista, no había nada de raro.

De vez en vez el Poeta, con su gorra roja con la visera al revés —así la usaba siempre, lo mismo que la camiseta que tenía puesta en su pecho lampiño y seco—, soltaba una risita apagada. Otras veces todos, incluido el serio de Bernd, se reían a un tiempo a carcajadas. Así se pasaron los minutos. Felices, aparentemente. La verdad era que el grupo se veía contento.

Habían llegado temprano, a las cinco de la madrugada, cuando todavía estaba oscuro. A las siete y minutos ya iban para afuera. Sin pagar nada porque no habían comido ni tomado nada, emergieron a la calle, por la que en ese instante iba pasando jalado un microbús lleno de gente, cuyas llantas pasaron encima de un charco, pringando a los transeúntes. El Poeta le sacó el dedo al motorista que, un poco apenado por el incidente, miró para atrás por el

retrovisor. *¡Hijo de puta más cabrón!* —le gritó aquél, limpiándose el lodo del rostro.

A la hora en que se acercaron por la zona, sobre las calles Esk y la Internacional, unos cinco kilómetros al sur de Jaquetón, el tránsito de automotores era escaso. Solo se encontraron con uno, al parecer un patrullero o una ambulancia. Lo vieron de lejos y solamente las luces intermitentes del techo. Pero la situación del tráfico había cambiado ya, y corrían por todos lados centenares de autos, ensordeciendo los oídos con el bullicio de los motores. El humo de los escapes también era bastante denso. Los adelantos mecánico-tecnológicos aún no habían podido darle solución a este problema y la gente seguía sufriendo las consecuencias.

Como no tenían ningún tiro en mente, la idea de los sujetos al abandonar el local de la Santísima Trinidad era que cada quien se fuera por su lado. No bien habían terminado de despedirse, cuando de pronto dijo Jeser:

—¡Hey, esperen!

Hocico y el Poeta esperaron.

—¿Qué ondas? —preguntó Ebers.

El Poeta dirigió los ojos para el lado donde estaba mirando Bernd.

Pelado Bernd clavaba la vista en la línea de carros que se acababa de parar atendiendo el cambio de la luz del semáforo, específicamente en una camioneta negra, que había quedado primero.

Hocico y el Poeta no necesitaban ser maestros adivinos para saber en qué pensaba Bernardo entretanto miraba la fila de los coches, entre ellos algunas motocicletas y camiones repartidores de bebidas gaseosas y otras mercaderías que se dirigían a surtir las tiendas. Se prepararon. Cabeza y cuerpo. Y alma. De forma instintiva. Igual que la rata mordisquea su sustento. Ni más ni menos que así. Tanto tiempo en esas cosas, que los hombres ya no precisaban estar consciente para actuar. En todo momento estaban listos para hacer un robo o cualquier otro ilícito.

Ebers y el Poeta eran maleantes puros. Bandidos completos.

Una vez que vio Jeser la camioneta en la cola, que le pareció “única, linda”, miró el asiento del conductor, mas no pudo verlo bien, porque el polarizado de los vidrios de las ventanas que estaban subidos no se lo permitió. Medio alcanzó a distinguir la silueta de una mujer de pelo corto peinado para un lado con esmero, ya algo mayor y fea, con una nariz grande y bulbosa que parecía cebolla, pero de buena posición social, que tenía fuertemente agarrado el volante con ambas manos. En los asientos de atrás le

pareció advertir las formas de otras dos cabezas, un par de niños, que viajaban quietos, sentados en la forma debida.

Sin hacer ninguna clase de movimiento que revelara las intenciones que tenía, caminó con garbo casual para atrás con la idea de quedar fuera de foco de la piloto, que seguía con los ojos fijos para el frente, poniendo atención al semáforo, a la luz roja. El Poeta y Ebers se fueron detrás de él. Como el vehículo negro con los tres pasajeros iba en la columna del otro lado, en la de en medio del trío que se había formado en ese momento, Bernd se metió entre los carros de la primera para llegar a la otra. Los demás hicieron lo mismo, pero un poco más arriba.

Mientras Pelado Bernd caminaba hacia el lado de la puerta de la motorista, los otros dos malhechores, apurando el paso previendo el cambio de luz, se dirigieron a la otra, a la del copiloto, de modo que cercaron la camioneta.

La mujer vio moverse a uno de ellos, no a los tres. Aunque no dejó de tener cierto temor, nunca pensó que el sujeto urdía algo contra ella. Ni aun cuando se le vino a la memoria la noticia que miró en el noticiero de las ocho la noche anterior, del asalto a una camioneta negra parecida a la suya en una intersección. Cuatro hombres atemorizaron con un gran cuchillo a la señora que manejaba, la sacaron de un jalón y se llevaron el automóvil junto con sus dos hijos que trasladaba para el colegio. Más adelante los ladrones de carros, al darse cuenta de la “carga” que transportaban, se detuvieron a un lado con un patinazo, bajaron rápidamente a los chicos y salieron huyendo con el dispositivo de velocidad en quinta. Lo mismo que estaba a punto de ocurrirle a su familia, si bien al momento que observó el informe en la TV, ni siquiera se imaginó que le podía suceder algún día eso.

Los humanos no iban a cambiar nunca. Siempre seguirían creyendo que las cosas solo les pasaban a otros y no a ellos. El cáncer testicular únicamente les daba a otros hombres. El corazón nada más le fallaba al vecino. Otros eran víctimas del sida, pero no ellos. La situación iba a empezar a ser diferente cuando las personas comenzaran a mudar de mentalidad.

Atrás, los dos chiquillos pelo liso cortado a cepillo, vestidos pulcramente con sus uniformes del colegio, camisa cuadriculada azul y pantalón corto beige, iban tranquilitos, viendo, como su madre, para adelante. Los muchachos estudiaban cuarto grado. Y todo ese tiempo su mamá los había llevado y traído, fuera de excepciones, que no pasaban de unos cuantos días. Por lo tanto, ya habían aprendido la lección: tenían que ir sentados sin molestar, tranquilos. *Es por su seguridad*, les había repetido ella cien veces. *Además*,

que deben saber comportarse con educación.

En esa parte de la calle el tiempo que tardaba el semáforo en luz roja era de treinta y cuatro segundos, y, de ese lapso, había pasado ya un poco menos de la mitad: catorce. Los pilotos no se moverían hasta dentro de veinte, instante suficiente como para que Bernd le quitara el vehículo a la mujer.

Pelado Bernd invertía menos de ocho segundos en desvalijar a un automovilista del coche. Una vez solo usó cinco. Decía que su meta era emplear únicamente dos. *Entonces me retiro de esto*, prometía a sus compinches. Era un poco imposible que lo consiguiera, pero las marcas, los récords estaban para romperlos.

La dama, aunque ya iba un poco tarde para la hora de entrada de los niños a la primera clase, a la materia de Ciencias Naturales, sin apartar los ojos del semáforo, esperaba paciente el cambio de luz. Miró un segundo a los ocupantes del carro que transitaba delante de ella, un microbús Toyota Hiace, y le pareció descubrir a unos compañeritos de sus hijos. Luego, vio por el retrovisor de adentro. Las estampas de dos hombres a la derecha se fueron haciendo cada vez más grandes a medida que se acercaban con rapidez al automóvil. Igualmente la de la izquierda. Comprobó que los seguros de las puertas estuvieran puestos por cualquier cosa. Contempló a los chicos, Ezequiel y Joshua, que no vieron o no quisieron ver a los individuos.

El semáforo se puso en verde y alguien de atrás le pitó al chofer que estaba adelante para que circulara. Al punto se oyó otro silbido. Y otros más. Kristin Cheryl Claudine se preparó asimismo para hacer rodar las ruedas de su auto de placas nuevas y recién lavado.

Justo en el momento en que se disponía a mover, unos golpecitos en el vidrio de la ventanilla atrajeron su atención y, mientras también le pitaban a ella los carros que tenía a la zaga, ya no siguió, paralizada de miedo al pensar que el sujeto le quería robar. Asustada, vio a través de los cristales que el individuo agitaba los labios diciéndole algo. *Algo como que abriera la puerta, entendí yo*, dijo Kristin más tarde a los policías. No lo notó agitado ni le pareció que le hablara con palabras groseras, y eso la hizo cambiar de opinión erróneamente. *Se veía amable*, les siguió contando Cheryl a los agentes impresionada aún. *Por lo tanto, me calmé y pensé que no se trataba de un ladrón, sino de un ciudadano honrado que necesitaba ayuda. A mí, cuando puedo, me gusta ayudarles a las personas. Así es que bajé un poco la ventanilla para ver qué deseaba, y entonces el hombre me apuntó con una pistola negra y pequeña, que no sé de dónde sacó. No les sabría decir de qué*

tipo ni de qué calibre porque de esas cosas no entiendo nada. Solo que era negra y pequeña, como de juguete. Sin embargo, no creo que fuera de juguete. O a saber. Como les repito, yo no sé nada de armas. A la vez que me apuntaba me hizo señas de que abriera la puerta y me bajara. Me lo dijo con voz normal, pero, al ver que no me movía siquiera, entonces sí me gritó fuerte.

—¿Qué le dijo? —le preguntó el policía, terminando de escribir en la libreta y listo para seguir anotando.

—Que me bajara.

—¿No se acuerda exactamente qué palabras dijo?

—Hum, déjeme ver, no, no me acuerdo muy bien... ah sí, ya me recuerdo. Algo así como ¡fuera de una vez vieja puta!

Los chiquillos vieron lo que estaba pasando, y Ezequiel gritó, espantado:

—¡Mamá, tiene una pistola en la mano!

Kristin sintió que la sangre se le ponía similar al hielo de helada.

¿Qué hago, Dios mío? balbució, de vuelta asustada y aturdida.

Los chicos, siguiendo la orden de su madre de estarse quieto en el asiento, no se movieron. Ezequiel empezó a llorar en silencio. Joshua se veía tranquilo. Con el mismo aplomo que si estuviera viendo una película en la pantalla grande. Como si a la familia no le estuviera pasando nada malo. Era común que los hermanos se parecieran más en el aspecto físico —Ezequiel y Joshua, aunque se llevaban un año, parecían mellizos— que en el temperamento. El carácter de los dos muchachos no tenía nada de consanguíneo. Pensando en los niños, Claudine miró por el retrovisor. En ese instante se le vino a la cabeza de nuevo el informe del asalto que había visto el día anterior.

Nerviosa, casi histérica, la mamá de las criaturas trató de pensar qué podía hacer para salir del apuro. Huir, que fue lo primero que se le ocurrió, era una locura. Sin duda los pistoleros les dispararían a matar. *No, se dijo, no puedo poner en peligro a mis hijos.*

El claxon de los automotores seguía sonando atrás urgentes. Los que se desviaban luego de esperar un rato, ignorando lo que sucedía adelante, pasaban gruñendo o insultando abiertamente a la señora que, enfrascada en lo suyo, no los oía.

Seguía cavilando en una salida a su situación cuando Jeser, con la cachapa de la pistola, quebró el vidrio de un golpe, que salió volando en pedazos hirientes para adentro del vehículo. Kristin pegó un grito, soltó la rueda del

timón y se llevó las manos a la cara lamentablemente arañada de esquirilas. Le empezaron a salir cientos de burbujitas de sangre del rostro al momento. *Mis niños* pensó toda herida aunque sin sentir dolor ni nada mirando para atrás.

Ellos estaban bien. Seguían lo mismo. Ezequiel sollozando y Joshua sereno.

Bernd quitó el seguro, abrió la puerta, agarró del brazo a Cheryl y la jaló con tal fuerza que por poco se lo arranca. *¡Fuera de una vez vieja puta agarrada!* ladró. Ella fue a parar al suelo sin oponer resistencia. Sin meter las manos para evitar golpearse. Joshua le cayó encima medio segundo después. Con la camioneta ya vacía, los ladrones se subieron corriendo y huyeron a gran velocidad. La policía no tardaría en llegar. Apenas habían traspasado la calle cuando oyeron la voz de un niño:

—¡Mamá —llamó con ansiedad la voz infantil—, mamá!

Era Ezequiel que, arrinconado, hecho una bola tras el respaldar, no se había dado cuenta qué había pasado con su mamá y con su hermanito Joshua. El infante, bien escondido, y los delincuentes apurados, no lo habían visto.

—¡A la puta —dijo Pelado Bernd deteniéndose con brusquedad cuando escuchó la vocecilla —, bajen a ese crío rápido, hombre!

El Poeta agarró al pequeñín de la cintura, y con la rodilla empujó la puerta y, ya abierta, con los dedos lo impulsó suavemente para que se bajara:

—¡Cuidado! —le dijo.

Ezequiel titubeó sin parar de llorar.

—¡De un solo tiralo, sin lástima! —le dijo Bernardo, enojado, haciendo como que volvía a mover la FORD ESCAPE.

El Poeta empujó al muchachito, que salió volando y cayó al pavimento bocabajo, dando un grito de dolor. ¡Mamá, mamá!, siguió gritando Ezequiel con desesperación.

—¡Mocoso más chillón! —dijo Jeser levantando el carro.

—¡Mamá!, ¡mamá!

Los tres sujetos se esfumaron tan rápido, que no fue posible que los reconociera alguien. Kristin, aturdida y más preocupada por los niños que por identificar a los asaltantes, los recordaba solo vagamente.

—Uno, el que rompió el vidrio y me sacó del carro, era apuesto y de estatura mediana, regular, quizás como usted de alto —explicó, señalando al policía que la interrogaba, y que medía un metro setenta y nueve centímetros.

—¿Era delgado o rollizo? —preguntó el agente, mirándole las cicatrices en el rostro.

—Hum, creo que algo fornido, también como usted, quizás un poquito

menos delgado.

—Y la cara, ¿cómo era la cara del hombre?, ¿me la puede describir? El pelo, la frente, los ojos, la nariz.

—Sinceramente no me acuerdo muy bien de los detalles de su rostro. Solo que era agradable. Lo tengo todo muy borroso en la cabeza. Ah, y que tenía unos ojos muy bonitos. Nada más.

El policía esperaba que le dijera que igual a los suyos también.

—Trate de acordarse. Tómese su tiempo —le dijo un poco desilusionado, porque la mujer no le había observado a él ojos bellos.

Cheryl estuvo pensando un rato, haciendo el esfuerzo por traer a la memoria las facciones de Bernd, pero, luego de unos minutos, no logró evocarlo.

—No —dijo, moviendo la cabeza para los lados —; definitivamente no lo recuerdo.

—Está bien.

El policía le agradeció los datos y, dándole un teléfono, le dijo que lo llamara si después lograba recordar algo más.

La mujer tomó el papel con el número anotado y lo vio sin leerlo, y se lo metió en la bolsa de la blusa.

Por lo general el ladrón roba un carro para un par de cosas básicamente: a) Para cometer una fechoría, un asalto o un asesinato; y, b) Con la intención de venderlo en una huesera. En ambos casos el vehículo pasa por sus manos poco tiempo, el tiempo necesario que le lleva ir a desnucar a un cliente o pasar a dejarlo a la chatarrería. Si todo se hace así, el delincuente está lejos de que la autoridad le eche el guante, porque rápido se deshace del cuerpo del delito: el automotor. Y ahí está el gran error de muchos bandidos robacarros. Se quedan con el automóvil robado más horas de las necesarias.

Uno, dos, tres, cuatro días después de haber despachado a alguien. O lo manejan por las calles una semana o más antes de ir a entregarlo a la huesera. Se pasean en los vehículos, felices como si nada. Como si lo hubieran comprado normalmente en una agencia. De presto, un día, la Policía les hace parada en un retén, les piden los papeles, que por supuesto no tienen y, entonces, los cogen y van a parar al bote.

Muchos ladrones abusan de su “buena suerte”. Pero obviamente no por tanto tiempo.

Pelado Bernd conocía bien esa tentación. La tentación de quedarse con los automotores que se robaba. También sabía del peligro de que la autoridad lo

sorprendiera un día. Por eso no los usaba muchas horas después de apropiárselos. Solamente los minutos indispensables. Hacía lo que tenía que hacer y luego se deshacía de ellos de inmediato, llevándolos a los cementerios de automóviles o yéndolos a dejar aventados con indiferencia a lugares alejados y solitarios, donde le llevara a los dueños o a la Policía encontrarlos un buen rato.

Con indiferencia, porque no le dolía desprenderse de los vehículos. *Ahí afuera hay suficiente*, decía, pensando, como había pensado respecto de la gran cantidad de policías que deambulaban en las calles, en el número ilimitado de automotores que circulaban por las arterias de la ciudad. *La Bodega está surtida siempre*.

No obstante, con la FORD ESCAPE fue distinto. Le había gustado más que cualquier otra y decidió guardarla para su uso privado, despojándola del papel de *funeraria*, nombre que le daba a los coches en los que baleaba, descuartizaba, mataba y llevaba a tirar a sus martirizados. Pero no la podía conservar tal cual estaba. Era un riesgo grande mantenerla así. La policía no tardaría en cogerlo. Bernardo la mandó el mismo día que se apoderó de ella al taller a que le hicieran algunos cambios, de modo que quedara irreconocible. Le insistió al mecánico en el color y en el número del chasis, en especial.

—Que te quede de fábrica —le dijo—. Original.

—¿Qué color quiere que le ponga? —le respondió asintiendo el mecánico-pintor.

—¿Cuál le quedaría mejor?, ¿qué tono me sugerís?

—Otro oscuro.

—¿Azul?

—El azul le quedaría bueno.

—Mejor verde.

—¿Verde normal?

—Verde musgo —le dijo Jeser—. Ese color es bonito.

—Ese matiz es refrescante —opinó el hombre del overol engrasado—. Hace que uno piense en las praderas; en los árboles; en la naturaleza.

—Por eso, ¡ja ja ja!

Una semana después Bernd fue a recoger el vehículo al taller. De verás había quedado irreconocible hasta para un sabueso.

—Como si hubiera salido de las mismas fábricas de SEATTLE —dijo éste, satisfecho con el desempeño profesional del trabajador.

Riendo de pura felicidad, se encaramó al automotor y salió radiante a la

calle para que la gente se lo viera.

Si Kristin Cheryl Claudine lo hubiera visto después de la nueva mano de pintura, con seguridad no lo habría reconocido. Con la intención de hacerlo menos identificable, Pelado Bernd le hizo colocar dos franjas rojas diagonales de cuatro centímetros de ancho cada una, que atravesaban ambas puertas. Le agregó, además, parachoques, que también quedaron como de fábrica. Mandó a que ahumaran todos los vidrios, a excepción de los espejos retrovisores, a una graduación tal que, desde afuera, no se mirara nada. Unas placas con matrícula estadounidense, de San Francisco, ocuparon el lugar de las originales.

—¿Qué más hay que cambiarle a la criatura para que sea completa la transformación? —se preguntó cuando un día por fin vio la FORD ESCAPE bastante modificada—. Ya nada, dijo dando vueltas sonriente alrededor de ella en tanto la contemplaba y la tocaba con los dedos, con suavidad, para no rayarla como una modelo que lo muestra ante las cámaras.

Lo último que le reemplazó al vehículo —este paso ya no tenía que ver con la intención de alterar el aspecto de la máquina—, fue la CD player, que presentaba cierta falla, un ruido molesto de emisora mal sintonizada. Lo primero, o lo segundo, que hacía el ladrón al subirse al carro era poner música. Música a todo volumen. Canciones de los años 70s y 80. En cuanto se refería a melodías, el gusto de Bernardo se decantaba por las tonadas viejas. Era, como le dijo Ebers una vez, un *Trucutú* en estas cuestiones.

Le parecía que la letra de aquellos años tenía más contenido que la de ahora, en la que predominaba la forma. Lo comercial. Lo vulgar. *Sino solo miren a Lady Gaga*, decía. Las voces de los Bee Gees y Elvis Presley, con quienes se ponía a cantar a la par, de pe a pa, llenaban la cabina. Los imitaba muy bien. La voz de Jeser era bastante versátil.

—Ya casi me iba —dijo un tanto contrariado Joel, arrancando el vehículo—. Pensé que ya no iban a venir. Llevo unas dos horas esperándolos.

—Yo te había dicho que vinieras a las diez y cuarto —le dijo Bernd, pasándose la correa de seguridad en el pecho—; no a las ocho y cuarto. La culpa es tuya. Dale.

Yuri, al parecer satisfecho de la explicación que le dio Pelado Bernd, se movió girando el volante para la derecha y enfiló, a velocidad moderada, calle adelante en medio del pavimento. La carretera era toda suya. Únicamente iba él. Más allá bajó la celeridad, que era de unos cincuenta kilómetros por hora, para pasar un túmulo y luego siguió avanzando al mismo ritmo.

—¿Qué te habías hecho? —le preguntó por el retrovisor Joel al Poeta —. Tenía días de no verte.

—¡Vos, que te habías hecho! —le respondió el Poeta —. Yo siempre estoy paseando por los mismos rincones. Vos sos el que te perdés. ¿En qué lío andás metido?

Yuri y el Poeta tenían como tres semanas y media de que no se veían. Se habían enfermado uno inmediatamente después del otro. Primero se puso mal Joel, desapareciéndose una temporada. Cuando se curó y volvió de nuevo a reunirse con la pandilla, cayó enfermo el Poeta, que también se alejó hasta restablecerse de salud. De modo que llevaban alrededor de un mes sin verse. Ninguno de los dos sabía qué había pasado con el compadre.

—Pensé que habías vuelto a la senda de Dios —le siguió diciendo Yuri.

—Yo siempre he caminado por la senda de Dios —le aseguró el Poeta.

—Del Dios de los infiernos.

—Pero Dios al fin y al cabo, ¡je, je!

Luego de unos siete minutos de camino, en los que Joel tuvo que pasar otro par de túmulos y sortear tres o cuatro hoyos pequeños, el automotor ganó una cuesta más, corrió la enésima bajada y volvió a recorrer la octava subida. ¿O sería la novena? La verdad era que había perdido la cuenta. Yuri se detuvo al final de esta, con el motor encendido, mirando el desvío que se hallaba a la izquierda y el que se encontraba a la derecha, unos once metros adelante. No se acordaba bien cuál ruta debía tomar. Como los equipos de fútbol que van a jugar de visita a otra ciudad llegan a hacer un reconocimiento de la cancha en la que van a disputar el partido al día siguiente con la escuadra local, los delincuentes hicieron la víspera un viaje de exploración del lugar donde iban a asesinar a Lázaro Balmore.

—¿Ya? —le preguntó esa noche Bernardo a Joel, en referencia a que si se había aprendido los nombres de las calles de la zona después de dar tres vueltas.

—Sí —le aseguró Yuri —; ya. No hay problema. Hasta con los ojos vendados podría llegar y salir de aquí.

—Si querés demos otro recorrido para que te asegures bien.

—No; está bien así.

Pero resultaba que no se las había memorizado bien. Ahí estaba que no sabía qué camino tomar.

—¿A dónde me meto? —le preguntó a Pelado Bernd.

—¡Mierda! —vociferó Bernardo — ¿Qué no dijiste ayer que ya te habías

grabado las malditas calles?

—Estaba muy oscuro.

—¡Entonces para qué diablos explicaste que no había problema!, ¡que hasta con los ojos cerrados podrías venir e irte de aquí! Todavía te dije que diéramos otra vuelta. Además, había Luna. Había una gran Luna. No me vengás ahora con esa paja. Que estaba muy oscuro.

—Calmate —le aconsejó Ebers.

—Allí —le dijo Jeser al chofer, ahora más calmado, mostrándole con la nariz el pasaje de la izquierda—. Espero que a la hora que salgamos de aquí, pitando, ya te hayas acordado un poco de las calles.

Joel se dirigió para allí. Con las luces traseras y delanteras apagadas, conforme habían hablado, y también las de adentro, empezó a bajar despacio y en silencio, con el sigilo de un gato que ha visto la presa y se prepara a tirársele encima, la calzada adoquinada de unos tres metros de ancho y que seguía adelante hasta empalmar con la autopista. Yuri llevaba la *funeraria* con el motor apagado. Recorrió unas dos cuadras y después se detuvo, mirando a Bernd. Éste le indicó con la cabeza que siguiera. Al rato Pelado Bernd estiró el brazo.

—Esperate —le dijo al motorista, fijando la vista en una casa azul, retirada, desde donde estaban, unos ciento cincuenta metros.

Joel paró.

—Allá está —dijo Ebers estirando la mano.

—Ya la vi —se acordó Yuri al fin.

—¿Cuál es? —dijo Rolling, que no sabía dónde andaba ni nada.

Era la primera vez que llegaba por esos lados. No había hecho el reconocimiento como los demás. *Si esta mierda falla y se queda, y tenemos que escapar caminando*, les dijo a sus compañeros un poco asustado, *ya la cagué*.

—Dale un poco más adelante —dijo Bernardo—. Por aquella vueltecita.

Joel reinició la marcha.

—Dale.

Caminó otros treinta metros.

—Aquí está bien.

Yuri se detuvo, apagando el motor.

—Acá no —le amonestó Jeser—. Hacete a un lado.

Joel volvió a encender la camioneta y la hizo para la orilla, tanto que casi se encarama en la cuneta.

—Mucho.

Yuri movió el vehículo un poco para adentro del adoquinado.

—Aquí.

Joel apagó la FORD ESCAPE, dejando las llantas en dirección a la calle, listas para echar a andar.

—Las ruedas... —le empezó a decir Bernd.

—Ya —lo interrumpió Yuri, soltando el volante.

Los delincuentes habían quedado aproximadamente a unos cincuenta y cinco o sesenta metros de distancia de la vivienda que ocupaba la delegación policial de Jaquetón, que estaba al lado izquierdo de la calzada Las Oscuranas, donde había estado siempre, desde el principio, con una panorámica excelente, lo que les permitía ver sin problemas los movimientos de llegada y retirada de los agentes y así evitarse sorpresas.

La casa era una construcción normal. Parecida a la de cualquier vecino de al lado. Nada de extraordinario. Una ventana al frente, con su cortina que permanecía abierta en el día y corrida en la noche; la puerta de hierro pintada de negro y blanco, y el bombillo de luz amarilla de 100W arriba de esta, que encendían todos los días a las seis o seis y media de la tarde, según terminara de aparecer la oscuridad. Incluso tenía adelante un jardincillo en el que abundaban más que todo los jacintos de color violeta, muchas margaritas y algunas enredaderas. Un vergel pequeño, pero bonito, que siempre se mantenía fresco y verde, gracias al esmero y al amor de doña Ena Antonieta, jardinera con treinta años de experiencia en la floricultura, que lo trataba como una anfitriona a un par de viejos y queridos amigos a quienes no veía en décadas.

Ena era una mujercita alegre y objetiva que miraba la vida siempre con optimismo *a pesar de los mil problemas que no dejan de perseguirme ni un minuto, ni siquiera cuando estoy dormida*, con un lunarzote en el mentón, que si a algo le tenía amor era a las flores. A las plantas. El parterre de la delegación de Jaquetón se encontraba en buenas manos.

Naturalmente, el inmueble estaba pintado con los colores distintivos de la institución policial: azul y blanco, con el reconocido emblema de la corporación en medio de la pared, del cual más de una vez Bernardo Jeser, como de seguro otros tantos delincuentes, se había mofado.

Una vez que Joel dejó la FORD ESCAPE estacionada en su lugar, Bernardo, seguido de Ebers, Rolling, el Poeta y Yuri, se arrellanó en el asiento a esperar a que llegara el oficial Lázaro Balmore. Sabía que iba a aparecer

por la misma calle por la que ellos habían llegado. De modo que se puso a mirar por el retrovisor a cada momento, con cierta ansiedad. Por el de adentro y por el de afuera. Después de ver la primera vez, notando que el vidrio del espejo anterior tenía una mancha de dedo, lo que no lo dejaba observar bien, se puso a limpiarlo. Lo fregó y lo revisó. La huella casi había desaparecido. Le dio otra pasada rápido y en seguida bajó la ventanilla un poco y limpió también el lateral. Este lucía más sucio. Le dio varias frotadas. Cuando terminó metió el brazo, volvió a subir el cristal y guardó el “kleenex” —los últimos del estuche que llevaba Claudine— en la guantera. Antes de volver a cerrar la caja del salpicadero, sacó de ella una Ceska Zbrojovka CZ100 semiautomática calibre 9 x 19 mm y se la puso en las piernas listo para usarla.

—Ya no va a tardar en venir ese perro asqueroso —dijo, volviendo a mirar por los espejos limpios acariciando el arma—. Ya no va a tardar en asomar la maldita y cochina nariz ese policía infeliz, presumido.

Los demás sujetos también ya estaban preparados cada quien con sus artefactos. Yuri, apodo que le puso su hermano mayor antes de que empezara a gatear, por pura inspiración, llevaba una Colt calibre .22. Una herramienta de poca potencia, comparada con otras, por ejemplo, con la que portaba Jeser, pero que, en sus manos —el hombrecito era igual de certero con la izquierda que con la derecha— se volvía más peligrosa de lo que era normalmente. La eficacia de un revólver no siempre estaba en las características de esta, sino en quien la usaba. En quien la disparaba. Y en los dedos de este muchacho, que ya tenía canas y soñaba en llegar a ser un delincuente *de película*, hasta una simple honda era mortífera.

El tío poseía un talento especial para las armas. A él nadie le había enseñado nada. Su destreza era natural. Nunca tuvo problemas con el pulso. De una docena de tiros que disparaba, doce daban en el objetivo. O, como decía él mismo, “de cien, cien”. Marca perfecta. Desde el punto de vista de la puntería, el tipejo era un fenómeno. A sujetos con las habilidades de Yuri, era mil veces mejor tenerlos de aliados que de rivales.

Aparte de esa *chiquilla* —así le gustaba llamarla—, llevaba, en el sobaco, un cuchillo de 32 centímetros de largo. Una guillotina —la pasaba en la piedra todos los días— plateada gris, sin ninguna marca, número o figura a simple vista. No podía andar sin su corvillo de mango de caucho. Fuera donde fuera, estuviera donde estuviera, tenía que tener el escalpelo a la par. Lo primero que agarraba cada vez que iba a salir a alguna parte era el fierro. Aun antes que la pistola. Y así como era de bueno con el cachorrillo, era de eficaz con el arma

blanca. Joel partía sin problemas, con los ojos vendados, la semilla de un zapote a veinte pasos de él. Le daba justo en medio. Este rapaz de orejas grandes poseía facilidad para esgrimir cualquier tipo de artefactos.

Llevaba el revólver medio envuelto en una toalla facial rosada. Era un paño que se lo había quedado de su novia anterior —por cierto, obsequio que él mismo le había hecho en el día de su cumpleaños número diecisiete. Joel era detallista con su prometida (se pensaban casar cuando ella cumpliera 18. Todos los años le regalaba algo: lápices labiales, perfumes, flores, toallas faciales... Tampoco se olvidaba de agasajarla en enero, mes en el que se habían conocido y empezado la aventura.

Yuri estimaba mucho la Colt. Su afecto se debía a que no se la había robado. La había comprado. Uno aprecia más las cosas que le cuestan. Con lo regalado es distinto. Y no en el mercado negro, sino en una firma instalada legalmente. En la cartera llevaba los papeles por cualquier cosa. El recibo, la matrícula, el permiso para portarla... Incluso la tarjeta de presentación de la armería donde la adquirió para mayor seguridad.

Joel, que no quería saber nada de sus papás, *¡qué se vayan al carajo!*, y prefería mejor que lo llamaran por el apodo y no por el nombre, puesto que no le gustaba, a pesar de que se veía más viejo que todos —parecía de treinta y cinco—, era el benjamín del grupo de bandidos, por lo que algunas veces Bernd y los demás malhechores le decían hijo. Tenía dieciséis años cumplidos. No hacía mucho que le había cambiado la voz y todavía no le salía barba ni bigote. Muchos de sus conocidos lo veían y lo trataban aún como a un niño, cosa que al hábil pistolero le agradaba poco.

—No me digan niño, que no me gusta —decía con una voz y una mirada que reflejaban peligro—. Tampoco hijo. Además, ya estoy grandecito.

Yuri era un jovencito de mediana estatura y delgado. No de esos flacos débiles, sino de los descarnados saludables que andaba erguido a pesar de que cojeaba del pie derecho, debido a una torcedura que se hizo cuando se cayó de un almendro a los diez años. Con sus grandes ojos castaños, su nariz corta y su cara cuadrada no era feo ni bonito. Un tipo normal. No encajaba en la categoría de los hombres vanidosos, ni pretendía serlo; pero se enorgullecía de sus brazos fuertes y largos, que en ocasiones le gustaba enseñar poniéndose camisetas apretadas sin mangas.

Era bastante huraño, comportamiento que no dejaba de incomodarlo. Le costaba tratar con la gente, incluso con sus parientes y amigos cercanos. Siempre que podía se escondía de las personas para no hablar con ellas.

Cuando alguien llegaba a su casa se encerraba de inmediato con llave en su cuarto y no volvía a salir hasta que la visita se había ido. En la calle, al toparse con un conocido, hacía que no lo había visto. En el autobús, cerrando los ojos y agachando la cabeza, fingía ir dormido. Que se acordara únicamente una vez acudió a una fiesta, un baile, en el que se pasó toda la tarde solo, parado en una esquina, mirando con envidia el comportamiento desenvuelto de los demás invitados.

Hubiera querido tener aunque sea la mitad del atrevimiento que tenía aquella gente que bailaba y charlaba feliz hora tras hora. ¡Qué celos los que sentía Joel cuando los veía disfrutar! Mientras, él, allí, arrinconado, lamentaba en silencio su problema de personalidad introvertida. ¡Maldición —se había quejado a media tarde, dándole una patada fuerte a la pared en la que permanecía recostado —, maldición!

Siempre le había gustado andar con la ropa limpia y el cuerpo aseado. Su cuidado personal era una manía. Cada vez que podía se reenganchaba con el baño. Cuando hacía bastante calor también se duchaba aun a medianoche. Se ponía una camisa en la mañana y otra en la tarde. Después de ir al servicio se enjabonaba las manos setenta veces. Las contaba cabal. Hasta que no llegaba a ese número no cesaba de lavarse. Si se equivocaba en el conteo, volvía a empezar. El jovenzuelo exageraba un poco en cuanto a la higiene de sus “garras”, cuyas uñas de los meñiques se dejaba crecer todo lo que podía — cuatro centímetros era lo más largo que las había llegado tener. De ahí no pasaba, pues se le quebraban.

De lejos Yuri parecía ser un muchacho educado con su andar elegante. El traje que llevaba puesto ese día —y casi todos los días— le ayudaba a acentuar ese rasgo. El pantalón de vestir, la camisa de vestir, y los zapatos de vestir John Lobb City II Leather Oxford bien lustrados. Bien ordenado. Todo haciendo juego. Nunca olvidaba ni la cartera ni el pañuelo. Joel invariablemente andaba vestido como si fuera para una entrevista de trabajo. Lo único malo era su vocabulario. No podía abrir la boca sin decir malas palabras. De hijo de puta y cabrón para arriba. A su interlocutor le mentaba la madre seguido. Estaba tratando, sin embargo, de corregir su léxico, y ya cada vez se le oía mencionar menos expresiones soeces.

Ebers era exactamente lo opuesto a Joel. Como la cordura y la locura; la virginidad y la impureza. En todo sentido. Era bien hablado, desordenado e informal para vestirse, sociable hasta decir ya no... y andaba llevando un arma que ni la Policía usaba. Mormón era especialmente quisquilloso con las

armas. No le gustaba cualquiera pistola. Se rió con desdén cuando Bernardo le estaba entregando una Colt cierta mañana.

—Ja ja —se carcajeó —; no me salgás con esa basurita. Dame una de verdad. Una buena, no esa porquería.

Ebers, hombre de 23 años cumplidos, algo jorobado, cara ancha y simpática, nariz pequeña y chata, bigote espeso, mirada inocente, y que decía las palabras como si se estuviera muriendo, sin fuerzas, iba cargando sonriente encima de las piernas una subametralladora automática FN Herstal P90. Pequeña, manejable, cañón corto, negra, que brillaba de nueva cuando le daba la luz, de gran poder de resolución; el subfusil, en cambio, le había gustado. *Esta sí*, dijo casi saltando de alegría el día que Bernardo se la dio viéndola revés y derecho.

A continuación la había besado varias veces en un costado con vehemencia, apuntado al aire y emitido con su voz cansada el traqueteo del cañón:

—¡Ra ta ta ta! ¡ra ta ta! ¡ra ta ta! —tartamudeó.

El arma que cargaba Mormón era un aparato letal y poderoso, capaz de calar los mejores blindajes a más de doscientos metros de distancia sin problemas. La FN Herstal P90 —la suya era la variante de la munición en que las balas, después de traspasar un blanco compacto, se desestabilizaban, giraban y perdían la capacidad de perforación, lo que hacía que el daño causado al objetivo (que en este caso iba a ser Lázaro Balmore) por el proyectil al girar sobre sí mismo, fuera mayor— se hallaba sin duda entre las superiores en su género por la efectividad que exhibía.

Por sí sola, la subametralladora FN Herstal P90 valía por varias. El tío estaba encantado —de vez en cuando le pasaba primorosamente la mano encima, como si se tratara de la misma espalda desnuda de Tyra Banks—, ya que su mayor debilidad eran los artefactos de alto poder. Si fuera por él, anduviera cargando todo el tiempo un Lanzacohetes RP G-7 debajo de la camisa.

No la cambiaría por nada. *Ni por un millón de dólares*. Bueno, por esa cantidad tal vez sí lo pensaría. Pero por menos, no.

Le gustaban las herramientas de grueso calibre por dos cosas: una, porque en un combate con los *perros* o con sus mismos compañeros —había habido algunas escaramuzas entre ellos—, indiscutiblemente llevaría todas las de ganar, y a él siempre le gustó ganar; y, dos, porque, mejor armado que los demás miembros del grupo, se sentía importante y respetado. Sin ella, en cambio, se consideraba ínfimo, un don nadie despreciado por todos.

También llevaba escondida en los calcetines una pistola de juguete, de plástico, de esas de agua. A pesar de sus 23 abriles, Ebers conservaba aún ciertas pautas propias de los niños. Todavía se orinaba en la cama; en la noche veía salir de las paredes o debajo del lecho manos peludas que trataban de agarrarlo del brazo para llevárselo; jugaba con cochecitos —en su cuarto tenía trenes sobre vías— y se ponía babero para comer. Creía a pie juntillas en Santa Claus, que los bebés los traía la cigüeña y en que las personas buenas irían a parar al cielo y los malos al infierno. Cosas así.

Estas actitudes infantiles de Mormón no dejaban de sacar de onda a sus colegas delincuentes. Lo que más los enojaba era verlo jugar carritos. Simplemente no lo podían creer cuando lo veían entretenido con sus juguetes de cuatro ruedas, a los que conducía con la mano reproduciendo con su voz el sonido del motor y el cambio de velocidades.

—Hijo de puta —murmuraban—. Como si fuera bichito.

Más de alguna vez no había querido ir con ellos a hacer un tiro por la simple razón de quedarse jugando.

Bernardo no sabía si en verdad Ebers era sencillamente un infantil o se estaba volviendo loco, pero se inclinaba más por la segunda posibilidad. Yuri y el Poeta creían que las dos cosas. Rolling, a quien también llamaban Manzana de Adán, porque tenía una nuez demasiado grande en la garganta, prefería no decir nada, aunque le preocupaba bastante la conducta fuera de lo común de su compinche.

Pero lo que de verdad sacaba de quicio a Bernd eran las ocasiones en las que Mormón, en un ataque real a los hombres de la ley, se ponía a “dispararles” con la pistola de juguete en vez de hacerlo con la metralleta, como si estuviera jugando con sus amiguitos a los policías y ladrones en el patio de su casa.

—¡Pam, pam —le hacía, apuntando directo al blanco —, pam!

Pelado Bernd le había dicho un montón de veces que se portara con madurez —*no seás infantil*—, pero el bandido no le hacía caso. Ahí llevaba siempre la pistolita en las calcetas.

El Poeta, sentado al lado izquierdo de Ebers, portaba en sus manos un fusil de francotirador; el .50 BMG de 12,7 mm con balas antiblindaje capacitado para hacerle daño y dejar fuera de circulación a carros de blindaje ligero. Un tipo de fusil moderno de gran calibre. De los últimos.

—¿Dónde está la tanqueta que hay que hacer pedazos —dijo el Poeta cuando se la dieron, enterado para qué tipo de objetivo estaba hecho ese

modelo de arma de fuego, y pensando en que era mucha para eliminar a un hombre, a alguien de carne y hueso —; en qué lado se encuentra el puesto de mando?

A Bernardo, igual que a los demás malhechores, le había dado risa la pregunta del Poeta, y enseguida se imaginó a Lázaro Balmore alcanzado y descuartizado por el plomo de ese instrumento peligroso que en el mundo pocos hombres tenían el privilegio de empuñar.

El Poeta, además, iba provisto de un punzón de zapatero, que, por lo largo del hierro, parecía más un asador. En realidad, esta era su arma preferida. La principal. Solo si le fallaba la lezna o no le servía en ese momento para su propósito, ocupaba la pistola o el fusil. No era que considerara el hierro mejor que el cañón. Prefería uno en vez del otro por costumbre; porque tenía como diez años de que lo venía usando.

Los primeros días tuvo problemas para llevarlo escondido en el cuerpo sin que lo puyara, pero al cabo de un tiempo encontró la manera de cargarlo colgado de la pierna por la parte de adentro sorteando las molestias.

—¿Cómo le hacés? —le preguntó una vez Yuri, intrigado, pensando de qué modo lo mantenía pegado a la carne.

El Poeta se había abierto un hoyo en la piel igual al que se perforan las mujeres en las orejas y en la lengua para ponerse aritos, solo que un poco más grande. De ahí se afianzaba la ganzúa con un cáñamo grueso, del grosor de una cinta de zapatos.

—¡Loco! —le dijo Joel cuando aquel le terminó de enseñar la forma en que se aferraba en la pierna el punzón —. Una tu gangrena de estás cachando.

Rolling, que trago a trago se iba acabando medio litro de agua de una botella de plástico marca Evian que llevaba bien agarrada, como si pensara que se la fueran a quitar, y que con frecuencia bajaba el vidrio de la ventanilla para tirar un salivazo, por su parte, en cuanto a armas se refería, era el hazmerreír de la piara de malhechores. Manzana de Adán cargaba un armatoste que daba risa. O pena. O curiosidad. Y de ribete no servía. A cada rato se le atascaba. Prácticamente después de hacer un tan solo tiro. Con suerte efectuaba dos disparos seguidos a lo más.

El problema era siempre el maldito resorte. Aunque lo había revisado, aceitado y cambiado cincuenta veces, por otros mejores, nunca, desde el principio, había podido hacerlo trabajar bien. La dificultad estaba en que, después de hacer una detonación, el muelle no recobraba su posición original, se quedaba trabado, impidiendo con ello lanzar tres o cuatro balazos

consecutivos. *Tal vez —había pensado— sea necesario hacerle más grande el agujero por donde pasa el resorte. Quizás allí es donde se atora.*

Pero lo había limado ensanchándolo un poco más y tampoco esa había sido la solución. Se le seguía trabando en el momento justo, lo que lo ponía de mal talante. Cuando le pasaba esto enfurecía como un demonio. “Mierda”, rezongaba al atorársele, amenazando con aventarla. Sin embargo, lo que le encolerizaba más era que sus amigos se rieran burlonamente de él y de su artefacto. No era tanto el mal funcionamiento de su “fusil”, sino la mofa que venía de los *abortos asquerosos* luego de cada fallo. Entonces sí se indignaba de tal manera que daba miedo.

Manzana de Adán podía aguantar que le pusieran todos los apodos que se les antojara, si quería que lo insultaran, pero no que le hicieran guasa por su “equipo” militar “un poco anticuado”. ¡Eso sí que no lo soportaba! En el momento en que lo empezaban a molestar le entraban ganas de dispararles ahí nomás. *¡De seguro que entonces esta mierda si no me fallaría!*, pensaba haciendo un esfuerzo tremendo por controlar su furia de perro rabioso.

La verdad es que era difícil no reírse del artilugio de Rolling. Había que ser muy serio uno para mantenerse impávido ante la vista de aquella cosa. Y no solo por el hecho de que funcionaba mal, sino también por el aspecto chistoso. El artefacto de Manzana de Adán era un trasto poco —o bastante, según se vea— ingenioso mitad arma blanca mitad arma de fuego. Lo formaban dos pedazos de varillas oxidadas de media pulgada de diámetro, una encima de la otra, unidas por cuatro tornillos plateados deslustrados. La que desempeñaba el papel de base, la de abajo, medía aproximadamente un metro veinte centímetros de largo. Esta barra no tenía más función que la de servir de asiento para su compañera, aparte de la de ser usada como pica, por la punta que poseía adelante, o porra, por la gran cabeza que hacía las veces de cacha en el extremo opuesto. Parecía un clavo gigante. O un lápiz de esos que tienen el borrador grande. La vara de arriba, que era el cañón, poseía un par de hoyos de un centímetro de circunferencia, cada cual con una separación de tres centímetros entre ambos. Por uno de ellos se metían las balas y por el otro salían, impulsadas por un resorte que permanecía enganchado con un trozo de alambre barnizado —el gatillo—. Para hacer un tiro se jalaba el hilo metálico que estaba trabado al muelle, se soltaba y el proyectil salía volando.

La munición trazaba primero una curva pequeña antes de enderezarse y embestir el objetivo en línea recta.

Al problema del atoramiento y al del aspecto risible del armatoste de

Rolling se sumaba el alcance de los tiros que lograba disparar. Los proyectiles que salían de su cañón no llegaban más allá de los quince metros, sino es que menos, y ya sin la fuerza suficiente como para hacer daño a nadie, ni siquiera a un conejo.

Con este su trasto el gángster en vez de sumar al grupo restaba. Prácticamente lo único para lo que servía Manzana de Adán la mayoría del tiempo era para hacer bulto. Su aporte era más que todo moral. De compañía. Pero no porque quisiera él. ¡Maldición!, ¡cómo no hubiera querido andar llevando una metralleta idéntica a la que gastaba el loco de Ebers! Una automática FN Herstal P90. *Mmm, sería lindo, pensaba. No quedaría nada de esos perros. Me los haría mierda en un ratito a todos. Me los acabaría en un santiamén.*

Si se descuidaba, puede que algún día de estos se la ganara. No importaba que para ello tuviera que darle en la *nuca*.

Jeser le había dicho, le había prometido, que la otra que consiguieran iba a ser suya, sin falta.

—Pero que sea una buena; no una mierda como esta —le dijo Rolling levantando el fusil.

Bernardo señaló el arma del Poeta, adivinando el deseo de Manzana de Adán.

—Una igual a esa —le dijo.

Rolling estuvo de acuerdo con el tipo de arma que le prometió Bernardo.

—Pero que sea luego —asintió—. Esta carajada ya me tiene cansado.

—Sí, hombre, calmate, ya vas a ver.

El Poeta y Manzana de Adán se parecían bastante. Los dos hombres eran morenos, bajitos —un metro sesenta y dos—, musculosos, pómulos salientes, cuello grueso, mentón delgado, barba puntiaguda, con señales de que dentro de pocos años estarían calvos por completo y, para acabar de completar la semejanza, se ponían todo el tiempo gafas oscuras, hasta en la noche.

Ambos sujetos exhibían un tatuaje en el lado derecho del pecho: tres pares de dedos. Los seis pertenecían a los meñiques de la mano y del pie. Estaban colocados uno encima del otro en una pirámide invertida. Arriba del triángulo de unos cuatro centímetros de alto había una cadena gruesa recogida en un bucle. Y, sobre este moño rojo pálido, el número siete en latín.

El mismo cuadro en ambos hombres.

Poseían más grabados en las piernas y en las pantorrillas, todos con escenas igual de peculiares, de misteriosas, cuyos significados solamente los

portadores tal vez sabían. O quizás ni ellos. Rolling tenía otro, medio empezado, en el hombro. Era —iba a ser aparentemente— un paisaje en un día claro, de mucho sol.

Los individuos, sin embargo, valoraban de muy distinta manera estas similitudes físicas y decorativas que casi los hacía idénticos. El Poeta, por ejemplo, se sentía feliz de su parecido con Manzana de Adán —según él, el tío tenía un aspecto fuerte, varonil, que era tal como quería ser, tal como quería verse—; este, en cambio, aborrecía literalmente tener un aire con aquel *enano negroide que más parecía un mico*; y negaba rotundamente que se asemejaran ni tan solo un poco.

Manzana de Adán siempre deseó ser blanco y alto. Y tener los ojos azules, no café. Si hubiese tenido los millones que tenía Michael Jackson, haría tiempos se hubiera mandado a cambiar el color de la piel, tal como lo hizo el cantante pop. Rolling no podía ni ver a la gente de baja estatura y negra. Todas las personas con este aspecto eran automáticamente sus enemigos declarados. Como el tirano Hitler con los que no eran de su raza.

Donde se perdía por completo la similitud entre estos dos bandidos era, además de la del desacuerdo en la apreciación física, en los gustos que tenían para vestirse. Sobre todo en lo tocante a los pantalones. Mientras al Poeta le gustaba usarlos bombachos, Manzana de Adán prefería que le quedaran topados. Rolling tenía las piernas delgadas, y la verdad era que los calzones ajustados no le favorecían. Pero él no se fijaba en eso. Los consejos que le habían dado para que los usara un poco más flojos le habían entrado por un oído y salido por el otro. Siendo sincero, al sujeto con problemas serios de alelitiosis y ya sin un colmillo no le quedaba bien nada. La elegancia no era su fuerte. Hasta el pelo era feo: liso, tostado, con al menos tres remolinos en la cabeza. Simplemente su cabello era indócil, así se echara un bote entero de 38 onzas de gelatina. Había experimentado todos los estilos de peinados habidos y por haber y ninguno lo había hermoñado. Ahora andaba tocado a lo Don King. Quizás era el que mejor le sentaba de los que ensayó con sus greñas color zopilote.

Manzana de Adán, que ya le empezaba a salir la papada y a formársele patas de gallo, combinaba los pantalones con camisetas de tela delgada y fresca, también flojas, dos tallas más grandes de las que hubiera debido ponerse. El romántico de los cinco tíos andaba con este tipo de prendas siempre, adornadas únicamente con una bolsa en el pecho, donde a menudo atesoraba un lacito blanco con tres nudos. Su talismán. Toda la vida era más

cómodo vestir con estas camisas. Eran más fácil de ponerse, que aquellas con ese montón de botones. Y no tenía que planchar nada. ¡Lo que le sulfuraba andar quitándole las arrugas a la ropa! Pese a que nunca había estado en el ejército, su color preferido era el verde.

Con los zapatos, no obstante, era más flexible. Como podía calzarse sin prejuicios unas botas vaqueras, podía ponerse unos de oficina, unas sandalias o bien llevar tenis. Y se los ponía sin ton ni son, sin tomar en cuenta la ocasión. Empero, como todo mundo, tenía su par de “cachos” favoritos. Eran unos de lona gris con bordados y ribetes negros y celestes, con la suela roja, de goma, que usualmente llevaba sin amarrar y sin calcetines —Rolling nunca se cubría los pies—, lo que hacía que la piel de la parte del pie que le quedaba adentro del zapato le sudara, llenando de un olorcito viciado el ambiente unos metros alrededor de él.

No eran unas zapatillas deportivas vistosas y caras para presumir, sin embargo, a Manzana de Adán eso le tenía sin cuidado, ya que entre los afanes de su vida nunca había estado el de “montarse” en unos Nike, Puma o Air Jordan de mil dólares —su sueño era andar armado con una pistola sin par, hecha por él. Un revólver pequeño, en apariencia insignificante, pero con la potencia demoledora de una bomba. El otro deseo era comprar un barco e irse a vivir solo al mar y no volver jamás a tierra. Gran admirador de las momias egipcias, había considerado la posibilidad de que, cuando muriera, lo momificaran.

Pero si los zapatos eran baratos y sencillos, no las camisas y los pantalones y demás ropa. La futura momia siempre andaba vestido con prendas caras. La marca más bajera que usaba era Tommy Hilfiger. Y además tenía un buen fardo. En sus cinco cajas de cartón, repletas, guardaba suficiente como para ponerse una muda diaria los trescientos sesenta y cinco días del año sin repetir. Allí había indumentaria Old Navy, Dockers, Ralph Lauren, Lacoste... Los perfumes que se echaba en el cuello y en el sobaco no los podía comprar tampoco cualquier pelagatos; eran de marcas: Ckone, Polo, Eternity, Jockey Club, Adidas... Y no se ponía poquito. Un frasco de 100 ml le duraba a lo sumo dos semanas. Se aplicaba en la mañana y en la noche, antes de acostarse. A diario. Diariamente también se untaba crema especial en la cara. Pomada para humedecer la piel, para las espinillas, para las arrugas. Ungüento para todo.

A menudo traía una trenza dorada, amarilla y negra, que se había hecho atada a la muñeca; en la oreja derecha, prendido un arete de fantasía; y una

cadena plateada, de esas que se les ponen a los perros para sacarlos a pasear, colgada de la cintura. Al tipo le gustaba andar cargado de accesorios. Anillos, cadenas, medallas. Cada vez llevaba más. Había empezado a ponerse pendientes en las cejas, en la nariz, en la lengua y en el ombligo. Comenzó a cortarse el pelo, desentendiendo textura y rebeldía, de manera diferente y extravagante, sin importarle el resultado; resultado, por cierto, desastroso. Usaba unos estilos de corte de cabello que muchos considerarían ridículo, pero que para él eran originales nada más. Mes a mes —o antes, porque en ocasiones se lo cortaba a las tres semanas o a los quince días— era uno nuevo. Todos inventados por su persona. Rapado o bien corto a los lados y un gran moño arriba, en forma de chonga de regalo; un mechón cayéndole sin sentido en la frente hasta la boca. O se lo quitaba todo, y solo se dejaba una punta de veinticinco centímetros de alto en la coronilla. Una vez se lo cortó solamente de la parte superior, quedándole como si fuera nido de pájaros. Su imaginación no tenía límites en este sentido. Asimismo, se lo pintaba. No de un color que le combinara con el tono de la piel. Usaba cualquier matiz. Se lo teñía de anaranjado, amarillo, verde... A veces las tres tonalidades al mismo tiempo. Un tío curioso, horrible con esos sus caprichos estafalarios.

Si el demonio viviera, y si es cierto de que todos tenemos un doble, Manzana de Adán sería el doble de Satanás, sin duda.

Bernardo, hombros cargados, piernas y brazos largos y las manos pequeñas, de uñas cuidadas, reposado, jeans, camisa de botones metida en el pantalón, zapatos deportivos y un metro setenta y siete centímetros de alto, por su lado, llevaba, aparte de la Ceska Zbrojovka CZ100, semiautomática, calibre 9 x 19 mm, un rifle de asalto Kaláshnikov con 300 balas y mira telescópica, equipado con diez cargadores de repuesto.

Trescientas balas le alcanzaban para el “tiro” que iba hacer esa noche, pero Jeser no estaba conforme con esa cantidad y había conseguido más en el mercado negro, ahí mismo donde adquirió —y obtenía todos los pertrechos siempre— la AK y los demás artefactos.

A Bernd, cuya apariencia no tenía nada que ver con la del típico delincuente desalmado, como más tarde diría el detective Jubal Cristales, más bien con la del presidente de una sociedad de beneficencia, un aspirante a cura, un joven altruista o simplemente un ciudadano común y corriente que está al día con los impuestos y no se mete con nadie; pero no con la de un criminal curtido y perverso, ya que, cabal, eso era el tío; le gustaba la Kaláshnikov, más que cualquier otra arma, porque no pesaba mucho, era fácil usarla, no era

necesario estarle dando mantenimiento a cada rato, eran eternas, más baratas —la que llevaba le había costado 120 dólares— que la mayoría y, siendo uno de los rifles que más se fabricaban en el mundo, se hallaban prácticamente en todas partes, hasta en una farmacia, de donde se había robado una que se exhibía sin balas en una vitrina colocada atrás de uno de los mostradores laterales.

Además de la AK 47, con la que iba armado esa noche, Pelado Bernd tenía una colección de estos fusiles, que mantenía enterrada en un hoyo astutamente tapado en un gallinero cerrado de su casa, y que incluía versiones paracaidista, deportiva, para operaciones especiales, de colección —esta era la que se había robado en la farmacia—, francotirador.

La que más le gustaba de la docena que poseía era una Rk 62, 7,62 x 39 mm, versión finlandesa para paracaidistas. Un arma *de película*. Era como todas las demás. El mismo sistema de gases, el cerrojo rotativo y el cargador curvo, rayado. Lo que según él la hacía *de película* era la culata plegable esquelética, que se doblaba para un lado, para la derecha del rifle.

Para los gustos estaban hechos los colores.

Bernardo, cuyas aficiones de pequeño, aparte de jugar pelota como casi todos los pequeñines, eran pintar y tocar el piano, instrumento que a decir verdad tocaba con maestría, con la habilidad de un genio, sentía tremenda admiración por el combatiente ruso Mihail Timofeyevich Kaláshnikov, el creador del fusil de asalto soviético, por su espíritu inventivo en algo de “gran provecho para la humanidad” —para Jeser cualquier cosa que a alguien se le ocurriera idear que sirviera para matar (cuchillos, venenos, cuerdas...) era de “gran provecho para la humanidad”. Tanto así, que ya había intentado, al menos una vez, cambiarse el nombre por el de su ídolo, cuya foto en blanco y negro de tamaño gigante tenía colgada enfrente de la cama en la que dormía, de modo que lo primero que veía cuando se levantaba en la mañana era la imagen del excombatiente de la Segunda Guerra Mundial.

En la yema de los dedos de en medio de las manos y de los pies se había grabado las letras AK y el número 47.

El delincuente jefe de la cuadrilla de sayones, que todos los días en la mañana y en la tarde practicaba tiro al blanco con conejos corriendo a una distancia promedio de doscientos metros —a roedor que apuntaba, roedor que mataba. A todos les pegaba justo en la cabeza. Era raro que el tiro cayera en otro lado del ágil cuerpo del mamífero de orejas largas y cola corta. ¡El tío tenía un pulso endiablado! Pegarle a un animal (Lázaro Balmore) muchísimo

más grande que un conejo y a menos trecho, sin duda sería más fácil—, con el propósito de tener afinada la puntería, portaba también en la nalga una pistola P6 con silenciador. En la guantera del carro llevaba otra.

En la caja del salpicadero escondía una cartera llena de documentos con fotografías suyas, pero con datos de personas que no existían: licencias, tarjetas de crédito, pasaportes, cédulas. Recibos, cheques, vales, pases para el cine y recortes del diario, iban sueltos.

En el maletero, debajo de un montón de diarios viejos, ocultaba dos metralletas Skorpion de fabricación checoslovaca y un fusil 6,5 x 52 Mannlicher-Carcano, arma peligrosa y de gran precisión que había usado Lee Harvey Oswald para matar al presidente estadounidense John Fitzgerald Kennedy.

Todos los sujetos llevaban chamarras de cuero negro que habían comprado en una venta de ropa usada. Las prendas que venden en esos lugares son buenas y baratas —Bernardo las compró a dos dólares cincuenta centavos cada una—. Se hallan piezas hasta en un dólar. Si uno se rebusca se pueden encontrar incluso en menos. Y no es necesario caminar mucho para toparse con uno de esos negocios. Los hay en todas partes.

Abajo de la chumpa tenían puesto chalecos, igualmente oscuros, a prueba de balas. Esta ropa no la habían conseguido en el mercado negro ni en un baratillo. Un amigo de Jeser, que era agente policial con grado de subinspector, se los había pasado. Los gorros que llevaban en la cabeza también se los dio él.

Los chalecos y las capuchas eran parte del uniforme reglamentario de las fuerzas especiales de la Policía.

Setecientos ochenta metros al noreste de La Atalaya, donde Bernardo y sus compinches acababan de despertarse y levantarse para comer algo, por el lado de abajo del pueblo, el detective Yobani Uriel Urbano Cerritos, vestido con sencillez, estaba parado delante de una pizarra verde con marco negro de un metro de ancho por dos de largo, colgada a media altura de la pared, en uno de los tres cuartos que tenía la DPP, departamento creado en el año dos mil siete.

La habitación que le habían asignado a su equipo, igual que las otras dos, era grande, espaciosa comparada con las que suelen tener la mayoría de secciones policiales del mundo. De nueve metros cuadrados, los tres hombres y la secretaria recepcionista, Yuridia Estefanía Sandoval, llamada con respeto y cariño mi Niña por sus compañeros de trabajo, laboraban de manera

desahogada, tranquila, detalle que valoraban, pues sabían en las condiciones poco cómodas en la que trabajaba la generalidad de sus colegas. Ellos mismos venían de divisiones donde los salones que ocupaban, por sus medidas reducidas, más parecían el maletero de los autobuses, que otra cosa. Y, además, acogedora. No solo por la amabilidad de los inquilinos, que, sin importar el ánimo en el que se hallaran, era una de las primeras normas internas que el equipo de investigadores se había impuesto, sino también por la decoración de la habitación, que tenía un gran parecido a la sala de una vivienda común y corriente. Cuadros, calendarios, muebles, floreros con flores frescas, objetos decorativos, lo hacían sentir a uno familiarmente bien, como en casa. Y la pecera, que acababan de llevar a petición de Yobani, con su docena de peces de varios colores, tamaños y formas, que no se cansaban de nadar, terminaba de hacer todo más agradable.

En la pizarra se encontraban, fijos con chinchetas en las cuatro esquinas, tres cuadros de cartulina celeste y, sobre estas, había pegadas otros tantos dibujos en blanco y negro, en medidas de treinta por cuarenta y siete centímetros, de los sujetos que la policía había marcado como los delincuentes más buscados del país en el último año.

Los retratos hablados estaban identificados solamente con el nombre de pila, con el alias. Y el delito por el que se les acusaba. El primero, por robo de furgones; el segundo, por asesinato, y el tercero, por timador, truco viejísimo pero efectivo. En el mundo siempre iba a haber gente a la que se le podía tomar el pelo con facilidad.

En la parte de arriba de las fotografías se leía la frase *se busca*. Escrita con yeso en letras mayúsculas de molde un tanto fea, el aviso estaba copiado en inglés y español. Abajo, al pie de las fotos, la recompensa que ofrecía la Policía por información que llevara a la captura de los malhechores. Por el primero se prometía \$30,000; por el segundo, \$100,000, y \$60,000 por el tercero.

Bernardo Jeser, alias Bernd, se ubicaba en medio.

—Este es el chico al que tenemos que buscar y detener —les dijo Uriel, señalando con un lápiz el dibujo de Bernardo, a los policías investigadores Roberto Jubal Cristales y Obed Alexánder Parras, que estaban sentados cómodamente en unas sillas azules alrededor de una mesa llena de papeles, ambos con un vaso de té de jamaica helado en la mano, poniendo atención a lo que les decía Urbano, con quien se conocían de mucho tiempo atrás, desde la época bonita de la adolescencia, antes de que entraran a la Policía, a la que

primero llegó Cerritos, luego Roberto y, por último, Obed, cuando no pensaban en otra cosa que en andar siguiendo a las muchachas de la colonia — residían en asentamientos diferentes— de clase media baja en la que vivían con sus padres en hogares humildes y estables—. De momento es poca la información que tenemos de él. Pero algo es algo. Con esto ya podemos empezar a buscarlo —les pasó a cada uno una página con algunos datos de Jeser: alias, edad, talla y peso aproximado—. Léanla.

Roberto y Alexánder, bajando la cabeza al mismo tiempo, se pusieron a ojear los apuntes enseguida.

—No es mucha —dijo Jubal al terminar de leer.

—Los datos son muy pobres —asintió Alexánder, levantando la testa cubierta con una gorra de tela azul—, pero, como decís vos, Yobani, algo es algo. Comparado con las ocasiones en que hemos empezado una investigación partiendo de cero, ahora podemos presumir que ya llevamos el caso a la mitad.

—Eso sí —admitió Uriel, pegándose golpecitos cadenciosos en la palma de la mano con el lápiz.

—No parece que el tipo sea tan malo —dijo Cristales, mirando con detenimiento el retrato robot de Jeser en la pared.

—Caras vemos, cualidades no sabemos —advirtió Parras—. Si nos vamos por las apariencias —continuó arreglándose la cachucha—, el sujeto pasa perfectamente por una monjita.

—Igual que la mayoría de los forajidos —convino Urbano, sin dejar de golpearse la mano—. La generalidad tiene la pinta de buenas personas. De criaturas bien portadas. Pregúntenles a sus vecinos y se los pintarán como a los individuos más piadosos del planeta. Eso decían de Armin Meiwes y miren la buena pieza que resultó ser.

—Pero éste quizás sea el que aparenta menos maldad de todos —comentó Roberto—. Solo mírenles los ojos. Parecen los de una mujer. Femeninos, tiernos. Y también las cejas. Véanlo bien. Parece que se las depilara. Yo tengo una tía que se las rasura y se le ven más o menos así —se le quedó viendo un rato al morro—: ¿Saben ustedes a quién se asemeja la nariz de este tipo? A la de Britney Spears, igualita a la de ella. Nadie pensaría que un sujeto con estas características sea un asesino. No tiene el perfil del malhechor típico.

—Caras vemos, cualidades no sabemos —repitió Obed.

Cerritos se dejó de pegar y, pensativo, empezó enseguida a rascarse suavemente el mentón delgado con la misma mina. El detective no había

sacado la barbilla de su papá, policía que ya estaba retirado, ni la de su mamá, señora de cincuenta y cuatro años que trabajaba como asistente clínico en un hospital privado. Más bien tenía un poco de los dos, lo que le agradaba sobremanera, porque, decía, lo mejor que le podían dejar los padres a uno eran, después de la herencia genética, los rasgos físicos. Estos incluso se llevaban a la tumba, contrario a las cosas materiales, como terrenos, dinero u otros bienes, que se dejaban aquí arriba en la tierra para que las disfrutaran terceras personas.

—Tal vez no tenga el perfil —dijo Yobani —; y esa pueda que sea quizás una de las tantas razones por la que hasta ahora todo le haya salido bien al delincuente. Mata, sale corriendo y, al doblar la esquina, empieza a caminar normalmente como si nada. ¿Quién va a sospechar de un hombre de rostro dulce, atractivo y delicado que va andando por la calle tranquilamente? ¡Nadie! Ni siquiera el detective más listo pensaría mal de alguien así. Sospecharía porque tiene que desconfiar de todos, pero no lo podía asegurar.

—Ni siquiera Guido Brunetti —asintió Obed, que a cada rato se alisaba el pelo que se lavaba a los siete días, por lo general el domingo —. Por la forma en que se le ve el labio superior parece que le faltan un par de dientes superiores.

A Uriel le gustó la descripción meticulosa que estaban haciendo sus adjuntos del bosquejo. Cada detalle era elemental. El éxito de una operación cualquiera no dependía de una sola cosa. Era importante cada fragmento, por muy insignificante que a primera vista pudiera parecer éste. Cuando Eric André le dijo a Urbano que escogiera a los elementos policiales que quisiera para que trabajaran con él, se acordó rápido de sus dos viejos amigos, pues, aunque era cierto que no eran ningunos genios, les sobraba voluntad, no les afectaba un ápice trabajar bajo presión —presionados trabajaban mejor— y, lo mismo que él, eran escrupulosos. En ocasiones, demasiado, lo que, por supuesto, a veces tendía a ser malo, porque se podía caer en la inercia, en no hacer nada bajo el pretexto de que algo se hacía bien o no se hacía, puesto que, como lo sabían muchos detectives en la Policía, cualquier lagunita, cualquier detalle técnico en la presentación de la pruebas acusatorias, era suficiente para que un juez desestimara los cargos y pusiera en libertad a un sujeto al que, por ejemplo, se había cogido con un lote de armas, sin el permiso correspondiente, en el maletero del carro.

Hasta la fecha ningún magistrado les había echado a perder ni a Roberto ni a Obed una investigación. Ninguno de ellos había vivido la frustrante

experiencia de ver un año de trabajo irse por la alcantarilla como si nada, por no haber puesto la coma donde la tuvieron que colocar.

Y, otra cosa, eran unos optimistas incorregibles. Por muy mal que fuera la faena, no se desanimaban con facilidad, virtud que era de gran valor para el quehacer detectivesco, donde era común que las cosas no salieran tal cual se habían ideado.

A Jubal, además, le gustaba contar chistes todo el tiempo, lo que ayudaba a suavizar las tensiones. Ocurrencias de todos los colores y sabores. Y en todas las circunstancias. Ante cualquier persona, incluso en presencia de las mujeres. Se sabía cerca de mil quinientos. Y cada día se aprendía uno nuevo.

—La quijada —dijo Cristales pensativo —; la quijada de este sujeto me recuerda a alguien.

—¿A quién? —le preguntó Cerritos, interesado.

Roberto se acomodó en la silla.

—Espérenme —dijo apretándose los ojos con los dedos tratando de evocar a ese alguien; pero al cabo de un rato, no se acordó —. Después les digo, cuando me acuerde —prometió levantando los párpados.

—A parte de estos datos —dijo Parras, mirando el dibujo de Jeser desde su silla, cómodamente sentado, con las piernas estiradas una sobre la otra —; ¿qué más se sabe de él?

En definitiva, este muchacho de veinte y nueve años con la cara de un niño de doce no había nacido para las solemnidades. No solo no le gustaban por aburridos, sino que no sabía cómo comportarse. Así es que, a fin de evitar hacer el ridículo, comportamiento al que le tenía un miedo terrible, mejor no iba a los eventos con estas características. Obed se sentía más cómodo en los festejos menos formales. Le gustaba ir al teatro, a las exposiciones al aire libre, al circo, al estadio, en fin, a todos aquellos acontecimientos en los que no era necesario seguir una conducta grave, seria.

—¿Y cómo hiciste para casarte? —le preguntó Yobani una vez.

—Me llevaron chineado —le contestó Alexander, riéndose entre dientes, sintiéndose un poco apenado todavía.

Avergonzado no por él, ni tampoco por Uriel. Abochornado por su esposa, Lourdes Georgina, quien, por la actitud bayunca de su esposo, a quien había conocido a la entrada de una tienda de venta de teléfonos celulares, llegó a dudar en un momento del amor que decía éste que le tenía. Parras prácticamente tuvo que reconquistarla con una velada romántica, una caminata larga asidos de la mano, como lo hacían cuando eran solo novios, una docena

de besos apasionados, una carta de tres páginas revés y derecho cargada de un gran contenido amoroso y la aclaración de que la única mujer en el mundo capaz de llenarlo era ella.

Al final, después de lo que Álex había hecho, Lourdes le dijo que no estaba muy convencida aún de su querer.

—No estoy persuadida del todo todavía —le dijo.

—¿Qué otra cosa querés que haga para probarte de que sí te amo con locura? —le preguntó Alexánder, agarrándole los dedos con ternura—. Decime, que yo lo hago. Lo que sea.

—Que volvés a repetir lo que has hecho —le dijo ella, nuevamente, sintiéndose la mujer más amada de toda la ciudad.

Parras lo hizo otra vez todo y hasta algo más. Le pidió que se casaran de nuevo.

—¿Te querés casar conmigo? —le preguntó, más nervioso incluso que la primera ocasión, hace cinco años, en el tiempo que él tenía veinticuatro y Georgina veintiuno.

—Sí —le respondió ella, llorando, luego de recuperarse de la impresión, ya que nunca se le ocurrió que Obed le pidiera que le diera el sí de vuelta.

Contraieron nupcias nuevamente quince días después, con un Álex adaptándose a la situación, de una forma tan natural, que nadie hubiera creído que una vez le huyera al protocolo.

—Pocas cosas —dijo Urbano, mirando a Parras—. Al parecer el tipo es un gran glotón. Le encanta bastante la grasa disfrazada de pizza. No hay un día en que no coma pizza. Y no poquito. Él solo se zampa una gigante. Y, al parecer, aún queda con ganas, con hambre. Nuestro muchacho delincuente es un insaciable.

—Pero no le hace mucho efecto la manteca —dijo Cristales, mirando el retrato.

—Hay gente que por más que coma no engorda.

—Es cierto —intervino Álex, quitándose la gorra y volviéndosela a poner.

Hay a quienes los accesorios les lucen y hay a quienes que no. Obed era de las personas a las que no le lucían. Con cachucha se veía mal.

—Yo tengo un amigo que es un tragaldabas en toda la extensión de la palabra y es más delgado que ese palo —siguió comentando Parras, indicando con la mirada la escoba que la señora de la limpieza había dejado olvidada junto al casillero pequeño esta mañana.

—Mi sobrino es igual —dijo Roberto—. El hijo de mi hermano,

Constantino Alonso. Ese chico come y come y no pasa de las mismas ciento veinte libras. Mejor baja y no sube de peso. Ese es un buen detalle —dijo volviendo al hecho que habían averiguado de lo que le gustaba comer más a Jeser—. Ahora solo hay que indagar qué pizza le gusta más. Si la Hut o la Domino's.

—La Pizza Hut —dijo Cerritos—. Parece que la Domino's no le gusta.

—Yo voy de vez en cuando a comer a la Pizza Hut —intervino otra vez Parras—. A saber cuántas veces me he topado con él.

—Entonces, empecemos a buscarlo allí —sugirió Cristales.

—Lo que no sabemos todavía es a cuál restaurante va —explicó Yobani—. O si pide a domicilio. Eric André únicamente me dijo que le gusta la Pizza Hut. Solo eso. No me dio direcciones ni nada más.

—En el de aquí obviamente no, porque no hay.

—No —asintió Uriel—. Tiene que ser de los que están afuera del pueblo. Y esos son un montón. Solo en el centro de la capital hay cerca de ochenta pizzerías.

—Yo, por lo general, voy a la que está en la Primera—dijo Obed—. En el mero centro. Pero que me acuerde nunca he visto allí a nadie parecido a ese criminal de Bernd. La verdad es que no me he fijado bien. Tanta gente que llega.

—Vas a tener que empezar a hacerlo.

Alexánder asintió. A Urbano le vibró y sonó el celular, pero no lo oyó. Roberto y Álex sí lo escucharon.

—Te acaba de sonar el móvil —le dijo Jubal.

Cerritos sacó el teléfono de la bolsa del pantalón, lo encendió, vio un mensaje nuevo, lo abrió y lo leyó.

—Aviso de la compañía telefónica para que compre boletos para la rifa de un carro —dijo, volviendo a la pantalla principal y guardándose el mensaje en la bolsa.

—¿Qué otra cosa se conoce de ese cabrón? —preguntó Parras, mordiendo el lapicero por enésima ocasión, manía contra la que venía luchando en vano desde hacía ya un buen rato.

—Que es un gran novio. Al tío le salen tantas mujeres como pulgas a un chuchito. Es un don Juan con todas las de la ley. Parece que Adonis no era nadie comparado con el tipo.

Obed se sonrió. Igualmente él tenía suerte con las féminas. Mucha suerte.

—También lo que todos ya sabemos —siguió Yobani explicando—. Que es

un salvaje que solo ataca en la noche.

—Como las cucarachas que buscan comida únicamente en la oscuridad — dijo Alexánder.

—Ese es sin duda otro punto a su favor —comentó Jubal.

—Y otro en contra de nosotros.

—Parece que también al asesino ese le gusta ir seguido a los bares, como a la mayoría —dijo Uriel, mirando a Roberto, que se había levantado y vuelto a sentar al instante, para desentumecerse las posaderas.

—Me lo imaginaba; era de suponerlo —asintió éste ya sentado de nuevo—. Los delincuentes acostumbran ir siempre a los bares a relajarse con un par de cervecitas después de haber delinquido. O quizás a celebrar sus desmanes.

—O con una puta. Las mujeres, además, son buenas calmantes —dijo Alexánder, viendo a Cristales y enseguida a Urbano—. Yo diría que mejor que cualquier otra cosa que se haya inventado para esos fines.

—Eso ni dudarlo.

—¿A cuáles? —inquirió Álex, contemplando la cara del asesino de sus compañeros en la pizarra, cuyos rasgos ya casi se había memorizado.

—Me comentó Eric que suele ir a tres; pero no me dijo exactamente a cuáles. Parece que uno de esos lupanares, al que va más seguido, no cierra nunca, pasa abierto las veinticuatro horas, los siete días de la semana —se tronó un dedo, el de en medio, pensando que debían de ser un montón. Preguntó a cualquiera de los dos policías —: ¿Cuántos puteríos habrá que no cierran de noche?

—Pues, no sé, tal vez la tercera parte de los cientos, de los miles que hay funcionando en el país. Había que investigarlo —le contestó Obed.

—No creo que sea complicado averiguar eso —opinó Roberto.

—Esa va a ser la parte fácil del trabajo —estuvo de acuerdo Cerritos, quien les dio otra página con la imagen de Pelado Bernd a cada uno de los detectives.

Era la misma que estaba en el cartel de la pared, solo que más pequeña.

—¿No te dijo el Francés por qué lado lo habían visto?

—No, no me dijo. Lo único que me explicó era que al parecer le gusta moverse en ese ambiente.

—¿Cómo así? ¿O sea que no es un simple cliente? ¿Un parroquiano que llega, se bebe un par de cervezas, se acuesta con una fulana, le echa su polvo y, después, bien servido, se va? —quiso saber Alexánder, que, acordándose de sus colegas lapidados, no se aguantaba las ganas por salir ya a la calle a

empezar a buscar a Bernd.

—Parece que no. André me comentó que tal vez, tal vez, podría tratarse de un chulo —contestó Uriel, mirando por la ventana una bandada de zopilotes que volaban, le pareció a él, por el simple hecho de hacerlo, sin ningún propósito determinado, como cuando uno sale a dar una caminata por ahí y luego se regresa para la casa.

Yuridia Estefanía, con expresión alegre, se acercó y puso encima de la mesa en forma de cohete dos rotuladores de tinta permanente, uno rojo y uno azul.

—Aquí le dejo los rotuladores que me pidió ayer —le dijo a Urbano, retirándose de inmediato, volviendo a su silla, separada por un casillero, de modo que quedaba fuera de foco para sus compañeros. Ella tampoco los veía, solo los oía.

—A, vaya, gracias.

—Te preguntaba porque por aquí nomás hay un par de burdeles que pasa abierto todo el santo día y toda la santa noche —dijo Jubal.

—Uno, creo —le corrigió Obed.

—Yo tenía entendido que dos. Uno de ellos se encuentra de aquel lado —manifestó Cristales, señalando con el pulgar para atrás de donde estaba él, o sea, al costado norte del pueblo —. Quizás a unas diez u once cuabras de aquí.

—Sí, es cierto —confirmó Cerritos —; está a la orilla de la calle, a la derecha, yendo de acá para allá, casi llegando a la fábrica de agua... cómo se llama... no me acuerdo, se me ha olvidado el nombre ahorita.

—La Fuente.

—Ajá, esa, La Fuente, por la gasolinera Shell. Bien se ve cuando uno pasa por ahí.

—¿Una casa morada de dos plantas cuyo techo tiene forma de pañuelo o algo así? —preguntó Parras.

—Esa. Tenía, porque lo cambiaron hace algunos años. Ahora la bóveda es igual a todas. Plana. Además, poseía encima de la techumbre, encaramado en una barra, un peluche. Sin embargo, últimamente no lo he visto abierto. Tal vez lo cerraron. Es posible que la crisis económica también haya afectado a ese tipo de negocios.

—Quizás sí, aunque no lo creo —dijo Cristales —. Como para los comedores y todos los lugares donde venden comida, para estos establecimientos siempre hay clientes, y bastantes. ¿Desde cuándo lo ves cerrado?

—No sé, tal vez hace un mes —dijo Yobani después de pensarlo un poco —; acaso menos, no te podría decir con exactitud.

—¿Hace un mes?

—Más o menos. Como te digo, no te puedo dar la fecha cabal porque no me acuerdo bien.

—Si el viernes lo vi funcionando. Al menos los focos rojos que están arriba de la puerta de la entrada estaban encendidos. Supongo que eso quería decir que se hallaba abierto al público. Incluso había un par de carros ubicados ahí. Dos coches de lujo si no recuerdo mal. Me imagino que eran de clientes.

—¿Cuál viernes?

—Este que pasó.

—Yo también vi prendidas esas bombillas el jueves de la semana pasada cuando me encaminaba para la casa a eso de las nueve de la noche con mi esposa —corroboró Obed—. Por cierto que dos hombres jóvenes de aproximadamente veinticinco años con cascos de motociclistas iban entrando en ese momento. Detrás de ellos marchaba una mujer. No les podría decir si andaba con los sujetos, pero sí que iba para ahí, pues entró igualmente. Yo creo que era una de las muchachas que trabajan allí..., o a saber, quizás otra clienta más. No pude ver si era bonita o fea, ya que la miré de espaldas y además llevaba puesto un vestido café de un solo fondo, que le llegaba al carcañal, dándole el inconfundible aspecto venerable de una monjita. De no haber sido porque se dirigía para ese lugar, hubiera jurado que era una monja clarisa.

—Religiosa ha de haber sido —dijo Roberto, quien tenía una pariente que había estado cerca de un año metida en un seminario con la idea de hacerse hermana.

La muchacha, de diecinueve abriles, estaba preparada para entregarse al Creador de todo corazón; pero ya estando adentro, a los seis meses de su permanencia en el internado, se dio cuenta de que se sentía más lista para rendirse a los brazos de un hombre, otro estudiante que aspiraba a convertirse en cura.

—A lo mejor. Por cierto, era una mujer galanota, alta, así como las que te gustan a vos —dijo Alexánder, mirando con una sonrisa a Cristales.

A Jubal se le puso la cara colorada. Su colega tenía razón. En este sentido él era bastante selectivo. Si bien respetaba a todas las hembras por igual, no se metía emocional ni íntimamente con cualquiera. Las mujeres bajitas,

morenas, delgadas, sin mucha carne atrás no le gustaban. No le llamaban la atención como pareja. En cambio se moría por las que medían más de un metro setenta, blancas —decía que el color le era indiferente, sin embargo, nunca se le había conocido una novia prieta—, rellenitas y con posaderas regulares.

Uriel, que había visto un montón de cosas en su trabajo y aún así se negaba a creer en ciertos hechos, se le quedó viendo a Cristales y después a Álex.

—Por cierto, ¿saben ustedes cómo se llama ese lugar? Yo no sé cómo se llama. Nunca le he visto un rótulo adelante ni en ninguna otra parte donde se identifique.

—Ni yo —dijo Roberto, entrelazando los dedos detrás de la nuca.

—Yo tampoco —reconoció Obed—. Un amigo dice que, cuando lo acababan de inaugurar, hace treinta y cinco años, sí tenía nombre en la entrada. A un lado de la puerta; casi en medio de la pared de enfrente.

—¡Ya tiene su tiempito ese negocio!

—¿No le preguntaste cuál era? —inquirió Urbano.

—Sí, se lo pregunté, pero me dijo que ya no se acordaba bien —manifestó Álex—. Por lo que yo le entendí de lo poco que me explicó era que hacía referencia al tiempo que pasaba abierto. Una denominación rara para este tipo de entidades. No el típico Sala de Masajes Body Sensual o Motel Body Sensual. Según me contó, bastante gente se equivocaba por el nombre. Algunas personas pensaban que se trataba de una oficina de correos; otras, de una agencia de viajes. Cualquiera otra cosa, menos un burdel.

—¿No sería porque estaba ilegal? —preguntó Jubal, soltando las extremidades.

—Yo le hice la misma pregunta a mi amigo.

—¿Y qué te dijo?

—Que no había oído nada de que estuviera funcionando de manera clandestina. Ni los primeros días en que el negocio empezó a operar, ni diez años después, que fue hasta cuando dejó de llegar al puterío.

—Tal vez solo habían querido guardar las apariencias. Quizá a los dueños les daba pena que la gente supiera que se dedicaban a eso. O sus familiares. No a todos los que se consagran a esto les gusta. Muchos lo hacen por obligación. Porque no hallan otra forma de ganarse el pan.

—Hum —dijo Cerritos, poniendo la tesis de Cristales en duda. Las personas bien podían dedicarse a otras muchas cosas más decentes para *ganarse el pan*. Por ejemplo, pensó, *poniendo un negocio de lavado de carros. O uno que se encargara de llevar y traer a los ancianos a sus*

consultas en el hospital. Bastantes abuelitos no tenían quién los llevara a ver al médico —. ¿No podés hablar con él otra vez? Tal vez a tu compadre se le haya olvidado, pero puede que tenga algún conocido que sí lo recuerde perfectamente.

—Lo dudo. No creo —dijo Parras.

—¿Por qué lo dudas?, ¿por qué no creés?

—Falleció hace un año —arguyó Álex, con tristeza, agachando la cabeza.

El hombre, que se llamaba Abraham, prácticamente había sido su hermano. Los dos muchachos fueron compañeros de juegos y estudios hasta los catorce años, cuando los padres de Obed se divorciaron y se separaron. Su papá se quedó viviendo en el mismo lugar, pero él y su mamá se marcharon a residir a otra parte, muy lejos.

—Lo siento. ¿De qué murió?

—De mala praxis.

—¿Mala praxis?

—Si, de mala praxis. Según me contó la madre de Abraham la vez que hablé con ella en la vela, lo llevaron al hospital por una sinusitis, empero, al parecer, por no haber leído bien los datos del paciente, el médico cirujano lo operó de las amígdalas, que de ribete intervino mal. Como era de suponer, el enfermo se les complicó. Los mareos y los dolores de cabeza que sentía se le hicieron cada vez más fuertes y largos. Llegó un momento en que, tantas eran las molestias que sufría, que su cuerpo no pudo más y perdió el conocimiento. Dice la señora que un par de veces volvió en sí, pero que se desmayaba de vuelta. Después de una semana de intentar estabilizarlo de nuevo, el pobre Abraham se les murió. *Lo mataron*, fue la frase triste y lapidaria que dijo la mamá, llorando, resentida. ¿Y quién no? Cualquiera lo estaría. ¿Se han fijado ustedes que los doctores se están equivocando mucho las últimas fechas? ¿No leyeron las noticias del domingo, un reportaje que sacaron en el diario? Hay gente que piensa que lo hacen a propósito, por fregar. ¿Lo pueden creer ustedes? Yo no lo creo. Una versión modernizada del doctor muerte. El periodista, la periodista, puesto que era una mujer, que escribió ese relato del periódico nunca insinuaba eso. Fue un familiar de una de las víctimas la que lo dijo tajantemente. Dolida, de seguro. Les repito, yo no acepto que los galenos estén perdiendo a los pacientes de forma intencional. Claro, a mí no me ha pasado eso, ni espero que me vaya a suceder jamás. Porque si a un pariente mío, por ejemplo a mi mujer o a mi madrecita, le llegara a ocurrir algo así, quién sabe si seguiría pensando lo mismo.

—Cabal. Una cosa es ver que le escupen la cara a otro y otra bien distinta que el babeado sea uno.

—Me pasás ese reportaje para leerlo yo —dijo Roberto, quien no era muy dado a leer, pero que le había llamado la atención la historia.

—Mañana te lo traigo.

—A propósito de la madre de tu amigo Abraham, que descansa en paz; ¿por qué no le preguntás a ella? —le dijo Yobani.

Alexánder se le quedó mirando, extrañado, a su jefe. Por lo que pudo ver, ella no era de esas mujeres. Ni había sido ni sería. El veinticuatro de diciembre iba a cumplir sesenta y cinco años. Muy viejita ya para esos menesteres.

—¿Qué va a saber la señora!

—Ella no —dijo Uriel, queriendo reírse—. Digo para que nos diga los nombres, o aunque sea los apodos, de las personas con las que su hijo difunto se llevaba más. A alguno habrá llevado a su casa. Uno siempre trae a la casa a los compadres.

—Ah, bueno. No, lo mejor es que vayamos primero a la Alcaldía. Se supone que estos negocios tienen que pedir permiso antes de abrir.

—Se supone.

—En teoría así debería de ser —opinó Jubal—; pero en la práctica a lo sumo uno o dos prostíbulos están trabajando con los papeles en regla.

—Al ayuntamiento vamos a ir primero —dijo Urbano, acercándose a la mesa, donde puso el lápiz, jaló la silla y se sentó—. Ahí tienen que saber algo.

—Si es que está funcionando legalmente y si, en el caso de que lo hayan inscrito, los archivos estén completos —dijo Obed, acordándose de pronto del incendio que arruinó parte del edificio del concejo, la sección de archivos, a principios del año anterior.

—¿Vos decís por el siniestro del año antepasado? —preguntó Cristales.

—Del pasado —corrigió Cerritos.

—¿No fue en el dos mil ocho?

—En el dos mil nueve.

—Sí, por eso —contestó Alex—. Ese fuego arrasó con casi todo. Hasta con buena parte de las computadoras donde tenían guardados los documentos. Incluso barrió con un par de discos duros flexibles de no sé cuántos *gigas*, en los cuales habían metido no hacía mucho todos los datos previendo que sucediera precisamente un accidente como el que ocurrió.

—Tal vez no —dijo Yobani, esperanzado—. Algo se ha de haber salvado, y puede que ahí esté la información que necesitamos.

—¿Y al final qué pasó allí? ¿fue un accidente o hubo premeditación? —preguntó Roberto.

—Fue intencional —afirmó Parras.

—Algún empleado descontento.

—Rivalidades políticas.

—En todo caso, si los archivos se chamuscaron o no hay registros de ese lupanar ni nada —dijo Uriel—, entonces vamos a hablar con la señora... ¿cómo se llama?

—Diana Mabel.

—Con la señora Diana Mabel.

En ese momento sonó el teléfono fijo que estaba en medio de la mesa, oculto entre un montón de cosas: papeles, lápices, gorras, vasos. Urbano tomó la bocina, se lo puso en la boca y contestó, como hacía invariablemente, con amabilidad profesional. Después de responder al corto mensaje que le dieron con las palabras *bueno, si, si, ya voy*, colgó.

—El jefe me llama —dijo, agarrando una libreta cuadriculada y un lapicero azul. Se levantó, tocándose la bolsa para ver si tenía el celular—. Nos vemos más tarde, a las dos y cuarto —pensó un momento—; no, mejor a las tres... a las tres y media.

Y salió dejando abierta la puerta.

—Me traés mañana el reportaje ese, quiero leerlo —dijo Jubal parándose.

—¿Cuál reportaje?

—Ese de los médicos, que salió el domingo.

—¡Ah, sí, hombre, yo te lo traigo mañana! —asintió Alexánder, levantándose también—. Ya se me había olvidado.

—El miércoles te voy a dar el DVD que me prestaste la vez pasada. No me ha quedado tiempo de verlo completo. Solamente he visto un documental, el primero, el de las ballenas azules. Por cierto que está interesante ese material. Parece que este cetáceo con sus treinta metros de largo es el animal más grande que hay en el mundo. Solo el corazón dicen que es del tamaño de un carro. ¡Te imaginás vos! ¡Es todo un gigante esa criatura!

—Un gigantón. No te preocupés, allí tenelo, solamente que cuidamelo —dijo Álex, saliendo de la oficina—. El otro reportaje te va a gustar más, el de las sierpes, en especial el de la cobra real. Esa culebra es tan peligrosa que hasta los mismos machos de su especie le tienen miedo. Ataca a cualquiera

que se le ponga enfrente, sea quien sea. Yo lo he visto ya como seis veces y no me aburre. Siempre lo hallo interesante.

—Voy a ver si lo quemo —dijo Cristales, caminando detrás de él.

—Quemalo. Yo también quiero sacar otra copia por cualquier cosa.

—Te voy a sacar una a vos.

—Por favor.

Roberto cerró la puerta con suavidad cuando salieron.

—Ya vengo —dijo soltando el pomo dorado —, voy a ir al cafetín a comprar unos caramelos, ¿no querés que te traiga algo?

—No... bueno, lo que sea de tu voluntad.

Los dos policías investigadores sonrieron separándose momentáneamente.

Lázaro Balmore era un oficial de calle. Su lugar de trabajo estaba allá afuera, no adentro en la oficina. A él no le gustaba permanecer sentado todo el día detrás del escritorio. No le encontraba sentido. Era como ser futbolista y estar viendo el juego del equipo en el que jugaba desde la banca. Era ser y no ser. *O sea, nada*, pensaba el funcionario, que era un gran adicto a leer libros y manuales que tuvieran que ver con leyes y esas cosas. La definición del diccionario de la Real Academia Española (RAE) de la palabra “policía” dice que es el “cuerpo encargado de velar por el mantenimiento del orden público y la seguridad de los ciudadanos, a las órdenes...” y definitivamente esto solo podía hacerse recorriendo las carreteras del pueblo, que era donde se manifestaban las diferentes facetas de la delincuencia. No dentro del cómodo y cálido despacho que le habían dado. *Adornos ya hay bastantes aquí*, se decía, mirando un barco de madera a escala, un trozo de vidrio con las siluetas de las torres gemelas que derribaron en el año 2002 los terroristas musulmanes, un Santa Claus con su bolsa cargada de regalos al hombro, entre otros ornamentos que estaban en un estante gris adosado a la pared de enfrente. *Para qué otro más.*

Así es que, igual como había hecho en los departamentos que había dirigido antes, a partir de la primera semana que lo nombraron nuevo jefe de la delegación policial de la ciudad de Jaquetón, se puso a trabajar de inmediato al mismo ritmo y nivel que sus quince subalternos, quienes lo vieron con agrado y hasta cierto punto con extrañeza, extrañeza de la sana. Es decir, no se limitó a laborar, como la mayoría de sus colegas policías con cargos de mando, desde el confort de su mesa con superficie de vidrio, sino que fue a la calle.

La misma tarde —en la mañana había ido a una reunión de oficiales a la que hubiese querido no ir— del lunes uno de febrero, el primer día en su nuevo cargo, sin que hubiera digerido bien la lonja de pescado en salsa de tomate, las dos cucharadas de arroz simple, la ensalada fresca, el pedazo de queso parmesano, las dos tortillas y el refresco doble de toronja natural —a Balmore no le gustaban las bebidas artificiales; además de que el médico se las había prohibido— que comió en el almuerzo, ya iba para afuera a *poner orden*.

No obraba de esa forma con la idea servil de impresionar a nadie, proceder

que, aunque no lo dijera, siempre había reprobado en los demás. Uno no tenía que ser así. No era la manera correcta de lograr los objetivos en la vida. Esa actitud era inapropiada y, en alguna medida, indecorosa. Era no valorarse. Dudar, desconfiar en la propia capacidad. Era cuestión, aparte de que le gustaba, de justicia. A su modo de ver oficiales y policías eran iguales —para Lázaro no había hombres importantes, solo puestos importantes—. No había diferencias. No tal cual lo veía él. Era verdad que una placa de oficial de alto rango quería decir un grado más elevado que un agente del nivel básico, lo que le hacía merecedor de ciertos privilegios que le estaban vedados a aquéllos. Eso era indiscutible. Pero no que había que dejar de hacer automáticamente ciertas actividades, como la de cumplir algunas tareas administrativas o de realizar trabajo de campo, error en el que caían a menudo muchos uniformados toda vez se graduaban de inspectores, inspectores jefes, subcomisionados, etcétera. *Todo lo contrario* —se decía— *hay que dar el ejemplo*.

En ese aspecto él se apuntaba primero.

Ejemplo, y del bueno, era lo que tanto necesitaban los agentes, sobre todo los jóvenes recién egresados de la Academia, puesto que era en este momento cuando de verdad empezaban a instruirse como policías. A poner en práctica la teoría aprendida. A ponerse en contacto con la dura y cruel realidad. A enfrentarse con lo más negro de la delincuencia. A encararse con auténticos locos con los que la psiquiatría con todos sus métodos y adelantos quizás ya no podía hacer nada.

Baltimore pensaba, a pesar de los problemas de rencor que le pudiera ocasionar con sus compañeros oficiales, algunos de ellos conocidos y amigos suyos de muchos años atrás, y sabiendo de que llevaba las de perder, pues seguro de que todos se opondrían a dejar el acomodamiento y la protección de sus oficinas acogedoras, abordar ese aspecto en la próxima reunión, ya que se había dado cuenta desde su época de agente —y el panorama había cambiado poco—, de que la mayoría de los hombres con puestos de jefatura se pasaban la jornada haciendo nada, mirando las agujas del reloj no viendo la hora de irse, ajustándose con exactitud a las ocho horas de su turno, como si la delincuencia no fuera cuestión de todo el día.

No podía ser, cavilaba a menudo, que los muchachos anduvieran arriesgando sus vidas en las calles repletas de infinidad de lunáticos, y él, por el simple hecho de ser el mandamás, se quedara tranquilo sentado en su escritorio, tomándose una taza de té de hierbas —su bebida preferida— caliente acompañado de unas crujientes tostadas con mantequilla, yendo a

reuniones en las que la mayoría de las veces se llegaba solo a perder el tiempo, que para Lázaro era sagrado, dando órdenes y creciéndole la barriga —la Policía se hallaba repleta de un montón de oficiales obesos; tantos, que estaba preocupado. Inquieto no tanto por la apariencia física, sino por la salud disminuida (un hombre gordo, que por lo general tiene las piernas torpes, no es lo mismo de ágil, ni mental ni físicamente, que uno de cuerpo delgado), lo que venía a restarles efectividad a la hora de combatir el crimen— por falta de ejercicios corporales.

De ningún modo era honrado, para él al menos. Para el resto estaba claro que lo era. Lázaro Balmore, a quien de pequeño lo apodaban Label —La, de Lázaro y bel, de Balmore—, y que en diciembre, el veintinueve, iba a cumplir cincuenta y siete años, aniversario que pensaba celebrar con una parrillada en el patio de su casa, se proponía cambiar esta situación aun a costa de quedarse sin amigos y, podría ser, en la vida todo era posible, sin su ascenso a subcomisionado, que bien merecido se lo tenía ya ratos.

Era común verlo, con dos policías a la zaga —porque Lázaro siempre iba adelante conforme correspondía a su cargo—, con un brillo de emoción en sus ojos castaño-cafés, patrullando atenta y profesionalmente colonias y calles inseguras por lo menos tres veces a la semana, tiempo que, viendo la gran delincuencia que había, consideraba muy poquito. Era parte de su agenda semanal. Hacer rondas continuas era una de sus principales prioridades policiales. La suya y se suponía que la de todo agente. Lo demás podía y tenía que esperar. Cuando las actividades se le acumulaban a tal grado de ocuparle los siete días, escogía las más importantes y, de entre éstas, seleccionaba y se comprometía con tantas como pudiera cumplir bien en cuatro jornadas. Los restantes compromisos los dejaba para después. Las otras fechas las ocupaba con disciplina en las maniobras de vigilancia de las avenidas y asentamientos con mayor incidencia delincriminal.

Era un programa que cumplía con asiduidad. Era raro que se saliera de ese plan. La única vez que lo hizo fue cuando nació su hija; y otra, la fecha en que operaron del riñón a su mamá. Él donó el órgano, que el cuerpo aún ágil y macizo de su madre, de 81 primaveras, aceptó satisfactoriamente. Nunca lo había vuelto a interrumpir.

Todas las semanas salía a patrullar por lo menos tres noches.

De su incursión a estos lugares peligrosos tenía varios recuerdos desagradables: dos balazos. Uno arriba de la oreja y el otro en el lado interior de una pierna, debajo de los genitales, cuyo proyectil de una nueve por poco

se los arranca. El plumazo en el cráneo lo había dejado inconsciente durante medio año. Los cirujanos que lo atendieron abrigaban escasas esperanzas de que volviera en sí. No obstante, se recuperó al fin. Y aunque le enorgullecía el haber resistido a las heridas de los proyectiles, jamás, como sí hacían muchos policías, presumía de ello. A no ser sus compañeros cercanos y los doctores que lo atendieron en el Seguro, nadie más sabía de las lesiones de bala, una de las cuales, la que le penetró cerca del oído, no se la habían podido sacar, lo que algunas veces le provocaba pulsaciones y dolores de cabeza intensos, parecidos a los de la migraña.

Si bien había sentido miedo en los dos incidentes desafortunados —en el que le perforaron la testa, lo agarraron distraído, error que reconocía—, que le sucedieron en el corto espacio de un año —nueve meses—; los golpes de proyectil, en vez de amedrentarlo, de alejarlo de las calles, le hicieron ver de manera más clara que el verdadero trabajo estaba afuera, no en el interior de la delegación.

Mientras se recuperaba del daño en el hospital y después en su casa, en donde su agraciada y hacendosa esposa había ocupado el puesto de la enfermera, haciéndolo admirablemente bien, con la destreza de una profesional de la salud, sus compañeros trataron de convencerlo de que dejara los patrullajes de una vez por todas.

—No es necesario que vos vayás a la calle —le dijo uno de ellos —; para eso están los agentes.

—Sí, es necesario —replicó Balmore con determinación, pensando a la vez si sus colegas acaso no se daban cuenta de que donde estaba el verdadero trabajo era en el exterior del recinto policial —. Claro que es necesario. ¿Cuándo has visto vos a un policía manteniendo el orden público y la seguridad de los ciudadanos encerrado en un cuarto? No tengo nada que estar haciendo metido en la oficina. Soy policía, no administrador.

Otros miembros le habían repetido el consejo, que dejara las rondas, a lo que Lázaro les había contestado de igual forma:

—Sí, es necesario. Claro que es necesario. ¿Cuándo has visto vos a un policía manteniendo el orden público y la seguridad de los ciudadanos encerrado en un cuarto? No tengo nada que estar haciendo metido en la oficina. Soy policía, no administrador.

Al final ahí lo habían dejado, conscientes de que era por demás. Lázaro Balmore no iba a renunciar por nada a salir a las rúas, adonde realmente se sentía policía de verdad. *Si ni las arponeadas que le han hecho los*

delincuentes lo van hacer que deje los patrullajes, tal como se ve, no sé qué otra cosa pueda conseguirlo, pensó con resignación el último compañero que había hablado con él.

Y así como hacía sus rondas y corría los riesgos lo mismo que cualquier otro uniformado, también se presentaba a trabajar a los diferentes turnos. No solo al primero, el más tranquilo, cuando la delincuencia bajaba los brazos un poco. Iba, de igual manera, aunque nada ni nadie lo obligaba, en la noche, en el horario de doce a ocho de la mañana, el momento del día más peligroso.

Las estadísticas decían que la mayoría de los asesinatos se daban precisamente al amparo de las tinieblas. Siete de cada diez personas morían a causa del crimen una vez caída la tarde. El otro tres por ciento a plena luz del día.

—Si esto es cierto —les dijo, preocupado, a sus compañeros antes de que lo agredieran la primera vez —, deberíamos de hacer más patrullajes en la noche que en el día. Si no más, al menos en idéntica proporción, ¿no creen?

Los demás habían continuado con su misma rutina diaria, pero Lázaro empezó a hacer vigilancia nocturna cada vez más seguido. A las tres semanas de haber empezado a salir a patrullar de noche, lo tirotearon dos niños que ya lo esperaban a la una de la madrugada a la entrada de un pasaje que daba a una colonia marginal muy conocida por la cantidad de droga al menudeo que se vendía allí.

Cogido de sorpresa, Balmore logró hacer a como pudo un tiro a las sombras que se escapaban corriendo a grandes zancadas en zigzag, pero, herido en la entrepierna, lo que lo hizo caer al suelo de rodillas, el proyectil le salió disparado directo para el cielo.

Cinco horas más tarde la Policía halló a uno de los pequeños sicarios, de pelo liso y algo rubio, tirado boca abajo a un lado al final de la calleja con tres billetes de cien dólares doblados en el pantalón, que le quedaba grande. Sus dedos aún asían el fusil M-16 A2, calibre 5.56 mm. No se le veían heridas ni golpes en ningún lugar del cuerpo. El chiquillo, pecoso y fornido de apenas unos nueve años, murió de un ataque al corazón. No solo a los viejitos les da un ataque al corazón. También a los niños.

Siendo él su propio jefe, no tenía una fecha especial, cuando se trataba de trabajar en el turno de la noche, para llegar a la oficina. No estaba obligado a ello. Podía venir el lunes, el martes, el miércoles o cualquier otro tiempo; sin embargo, sin saber por qué, el día que más llegaba últimamente era el viernes, tal vez porque imaginaba que, por ser el postrero de la semana, algo que era

cierto, los policías ya estaban cansados y aburridos, y su presencia como cabeza del grupo de agentes podría levantarles el ánimo.

Pensaba bien.

—Un patrón (unos policías así llamaban cariñosamente a Balmore: “Ajá, patrón”, “Ahí viene el patrón”, “Ahí va el patrón”, “Nos llama el patrón a reunión” etcétera), así, si es original —le dijo un agente a otro una noche mientras caminaban detrás de Lázaro por un pasaje especialmente peligroso y teniendo como fondo los ladridos furiosos de una jauría lejana—. Uno se siente más motivado.

—Yo nunca había conocido a alguien como él —dijo, asintiendo, su interlocutor—. Aunque hace poco he entrado a la Policía.

—Ni yo. Y yo ya tengo algún tiempo.

—A propósito, ¿cuántos años tenés de estar en la corporación?

—Catorce. Voy por los quince. Si es que no me matan antes.

—Ja, ja. Alguien así como el subinspector se merece algo más que un puesto de jefe de una comandancia pequeña.

—Lo mismo digo yo. Si continúa con ese ritmo no pasará mucho tiempo en que lo veamos ocupando un cargo más elevado.

—Tal vez el de director general.

—Podría ser el de director general; no sería raro.

—La capacidad la tiene.

—También la voluntad.

—Eso ni se diga.

A juzgar por esta plática breve de los uniformados, era obvio que sus subalternos, además de reconocerle las aptitudes policíacas, valoraban la capacidad que tenía para ponerse en la misma situación de los demás, o sea de los policías, corriendo el mismo peligro que corrían ellos en las rondas, algo poco común en la corporación policial. Tan poco común que, en un cuarto de siglo, nadie —superiores o agentes, nuevos o antiguos— recordaba a un oficial tan sensato como Balmore.

Lo normal en la entidad era la falta de sentido común, en la mayoría de las políticas, que empleaban con sus integrantes. El ejemplo más corriente era hacer trabajar a los uniformados más de la cuenta, como si fueran máquinas y no personas. Lo otro era que los trataban como a empleados de segunda clase, cuando en realidad su función en la sociedad era básica.

Sin la intervención del cuerpo policial, el país sería un caos completo. Claro. Tan claro como que después de sábado sigue domingo. Como que lo

contrario del calor es el frío. Pero, por lo visto, en la institución nadie se daba cuenta de eso. Solo el oficial Lázaro Balmore que, por suerte, todavía estaba joven y era policía hasta el tuétano.

A lo más que llegaban algunos poquísimos superiores del rango de Lázaro era a felicitar con frialdad, con indiferencia, casi de mala gana, a sus subordinados por alguna labor bien hecha, gesto que, éstos reconocían, era bueno, ya que les daba ánimo para seguir trabajando con empeño; pero no como que se jugaran el pellejo igual que ellos y junto con ellos, tal como lo hacía el jefe de Jaquetón.

En la corporación todos sabían de la disponibilidad incansable que tenía para el trabajo, ganándole más todavía la admiración de sus colegas. Empero, su lustre no se había quedado encerrado solamente entre los muros de la institución. La cualidad del superior de la delegación de Policía de la ciudad de Jaquetón se había saltado los paredones y muchos civiles, a través de los comentarios sin malicia que los agentes hacían de él a sus amigos y a sus familiares y de ciertos reportajes escritos en periódicos nacionales sobre su importante vida policial, también ya estaban al corriente de esta particularidad de Balmore.

Civiles cabales y civiles perversos. De todas las conductas.

Bernardo Jeser era uno de esos hombres de comportamiento odioso. Supo algo de Lázaro por casualidad a la entrada de un parque privado una tarde en el instante en que un joven, que de seguro era policía, se lo estaba contando a una mujer trigueña por lo menos una cabeza más alta que él, lo que lo obligaba a inclinarse cada vez que la quería besar, que era seguido. Ahí se dio cuenta Bernardo de que Balmore iba al trabajo en la noche al menos tres veces a la semana. Asimismo, que no tenía días específicos; pero que el viernes era casi seguro que siempre llegaba a la oficina. *Solo falta en algunas ocasiones*, le dijo el sujeto a la joven, que no besaba mal. Y que normalmente aparecía entre las diez y media y las doce.

No fue mucha la información que aquella vez Jeser agarró al vuelo, pero suficiente y exacta como para lo que se le ocurrió hacer más tarde, porque, según se lo dijo —“De eso no te preocupés. Ya lo tengo todo controlado. Sé qué día condenado no falla y la hora a la que asoma su grotesca y asquerosa narizota”— la víspera del ataque al oficial en La Atalaya a Ebers, cuando este le hizo ver que los jefes policiales llegaban en cualquier momento a sus oficinas, Lázaro Balmore llevaba dos meses de estar llegando sin falta a la delegación los viernes entre diez y media y doce de la noche. Con las restantes

fechas no se sabía con seguridad su arribo desde que dejó de apersonarse de manera ininterrumpida los martes y los miércoles. Ahora a veces venía los lunes y los jueves. Otras los martes y los miércoles. O bien lunes y martes. O jueves y miércoles. Se desconocía el tiempo preciso que podía venir. Sin embargo, el viernes invariablemente se presentaba a trabajar a su despacho al filo de la medianoche.

El delincuente de Bernardo Jeser no le tenía tirria al oficial Lázaro Balmore solo por el motivo de que llevaba puesto uniforme, como sucedía con todos los demás elementos de la ley a los que ya había despachado y a los que todavía no. Nada más por eso. Si hubiera sido así, es posible que nunca lo hubiese conocido en su vida, ni tan siquiera visto. Y si lo hubiera matado, el crimen habría ocurrido por pura casualidad, porque sin querer se había topado en alguna parte con él en cierta calle o avenida, lo mismo que con los otros funcionarios.

En el caso del jefe de la delegación de policía de Jaquetón había algo más que un distintivo y la suerte para que Bernardo decidiera agredirlo. Al odio “natural” que experimentaba contra los agentes se sumaba la razón absurda de la notoriedad y el éxito que había logrado Lázaro a base del buen trato que dispensaba al prójimo y, sobre todo, al trabajo duro que hacía.

Estos dos factores, la popularidad y el logro, eran cosas que Jeser no toleraba ver en cara ajena. Era igual que si le dieran un puñetazo en la boca del estómago y lo dejaran sin aire, boqueando. El malhechor simplemente no lo digería. No importaba que el hombre fuese un desconocido para él, como era el caso con Balmore. Bernd no conocía personalmente al oficial. Solo sabía de éste por imágenes. Y por lo que decían. Nunca lo había tratado. Ni saludado. Uno podía llegar a tener celos por el vecino o por el compañero de tarea que va escalando en la vida; pero no de alguien a quien ni siquiera se le sabe el nombre. Si acaso, lo que se puede alcanzar a experimentar por ese desconocido exitoso es alegría. O motivación. Querer obtener triunfos similares. O si no, alegría ni motivación, nada, indiferencia. Jamás pelusa. Sería raro. Casi imposible. Era como pretender sentir dolor, pesar, por una persona que acaba de morir a mil kilómetros de la casa, sin conocerla.

Sin embargo, esta falta de tolerancia que experimentaba Pelado Bernd con los triunfos de un tercero no tenía nada que ver con la envidia exactamente, con la envidia típica que corroe el alma y que lo lleva a uno a desear a como de lugar, aun por medios ilícitos, violentos, lo que ha alcanzado otro, puesto

que no era esto lo que el hombre sentía.

La existencia del delincuente se desarrollaba en un ambiente donde tales sentimientos no tenían lugar en su vida.

Además, si se trataba de eso, de obtener cosas y ganar notoriedad, también él era un individuo que se había hecho una reputación que merecía respeto en la vida, ¿no? Su nombre, o, más bien, por el momento, sus acciones viles, ya andaban de boca en boca por todo el pueblo, el país e incluso más allá de las fronteras. En cualquier lado lo mencionaban casi a diario en grandes titulares la televisión, los periódicos, la radio. Sus asesinatos circulaban en Internet. En los parques, en las iglesias, en los mercados, en el autobús y, obviamente, en las casas, a la sobremesa, o en la sala mientras la familia miraba la tele, de igual forma era tema de conversación.

Sin discusión el homicida, el policida, era el hombre de moda de estos días. Y él lo sabía. Pero eso no era lo importante para Bernardo. En realidad, no le interesaba ni una pizca que su nombre fuera más reconocido que la mismísima bebida energética Red Bull. O, si, le importaba... lo mismo que le incumbían los precios de la canasta básica; o sea, nada, porque esas cuestiones le tenían sin cuidado.

Por lo tanto, no era meramente envidia en el sentido que se conoce lo que padecía. No podía serlo cuando sus conquistas y su celebridad eran muchísimo mayores de las que se había agenciado el jefe de la delegación de Jaquetón.

Tampoco podía mencionarse como el móvil de su propósito de dejar fuera de circulación al oficial la limpieza de las calles de delincuentes que hacía éste, y que un día lo podía alcanzar incluso a él, mandándolo directo a la cárcel a cumplir como mínimo unas tres cadenas perpetuas, o a que lo condenaran a morir por inyección letal, ya que Jeser estaba convencido de que no sucedería nunca eso. Tan seguro se hallaba, que ni siquiera se tomaba la molestia de pensarlo, de verse en esa situación.

Su confianza en este punto se basaba, como en los demás razonamientos que elaboraba, en consideraciones muy simplistas: juzgaba demasiado “brutos” a los detectives para que algún día pudieran echarle el guante. *Ya me hubieran agarrado*, se decía. *Oportunidades han tenido de sobra. Si yo fuera ellos, hace tiempos lo hubiera hecho.*

La razón fundamental que lo indujo a querer quitar de en medio al oficial Lázaro Balmore aquel viernes a la medianoche se debió en gran parte a un hecho sin importancia aparentemente; a una circunstancia por la que pocas

personas, si es que nadie, se atreverían a hacer lo que pensaba hacer Pelado Bernd: ya estaba cansado, “hasta la coronilla”, de estar oyendo el nombre de “ese caníbal” a cada rato.

Nada más frívolo que eso.

—Desayuno, almuerzo y cenó dándome cuenta de algo que tenga que ver con ese cabrón chapucero —dijo hastiado a sus compinches—. Lo oigo a la hora del puto refrigerio. A la hora del café. Me voy a la cama escuchando hablar de él; me levanto... voy al baño... En cualquier puto momento. Ya no puedo soportar oírlo otro minuto más. Por Dios que me va a dar un puto ataque.

Ese fue el motivo verdadero por el que el asesino se propuso acabar con la vida del oficial: la mención exagerada que se hacía por todos lados de él. No tanto el que fuera policía, aunque tenía que ver algo eso, obviamente. Bastante, en realidad. O su arrojo. O que fuese un personaje de la ley. Era la repetición día y noche de su nombre, sus acciones y todo lo demás.

El asesino de policías decía la verdad. Por esas fechas se hablaba de Lázaro más que de nadie. Que de cualquier cosa. Se subrayaba de Balmore sus estrategias para combatir la delincuencia; sus logros positivos; sus números; sus planes; su psicología; sus aspiraciones policiales; de cuando entró a la academia; su primer puesto como jefe; la relación con los demás hombres de su nivel y elementos en general. De su familia; su matrimonio feliz ya longevo; de lo joven que se veía; gustos; gestos; manías; estudios; dónde vivió de niño y adónde vivía hoy; si podría llegar a ser un buen candidato para la presidencia de la república y si sería un presidente competente. De todo. Hasta de los detalles pequeños. La camisa, los pantalones, los zapatos, el cabello negro aún. La corbata. El reloj de pulsera. Incluso de su interés por los animales, las aves, en especial el arrendajo, ese pájaro de plumaje grisáceo, alas a rayas negra y azules, y penacho de plumas levantadas en la cabeza, y su afición a comer hongos —hongos comestibles, por supuesto— dos veces a la semana.

Una radiografía completa. Intelectual y física. Las noticias, los reportajes, las entrevistas, las tertulias que tenían como tema central a Lázaro se excedían en tiempo y espacio en los diferentes medios de comunicación, aun a costa de lo oneroso que les salía. Nadie quizás lo hizo, pero, de haberlo realizado, de seguro habría salido material suficiente como para pasar leyendo o viendo algo que tuviera que ver con Balmore todo un mes completo.

—Pero este día se acabó todo —murmuró Bernd con una leve sonrisa de contento, recostado en el asiento de la camioneta, apuntando su arma hacia la

puerta de la delegación de Policía —. Esta noche mis oídos van a descansar por fin de ese bicho.

Las mujeres hermosas no solo se hallaban trabajando exclusivamente en las glamorosas pasarelas de París, Milán o Madrid exhibiendo los últimos diseños de ropa, zapatos o carteras de Gucci, Óscar de la Renta o Donata Versage.

Los eventos de moda no eran el único lugar donde iban a parar las jovencitas que la naturaleza les había hecho el favor de ser bellas a los ojos de los demás, en especial a las pupilas de los hombres. Otras profesiones, algunas de ellas un poco rudas —o bastante—, y que implicaban un gran peligro, asimismo acogían, por motivos de gusto o a la falta de otro trabajo, una buena parte de las féminas con formas espectacularmente llamativas.

Se les podía encontrar laborando, amén de los desfiles de moda, en puestos secretariales, gerenciales, profesoras, ejecutivas de ventas, en labores de limpieza, salas de belleza, hospitales, de taxistas, azafatas, vigilantes, bomberos, motoristas de autobuses, en la construcción. En toda clase de ocupaciones, incluso en la Policía, y no en el campo administrativo únicamente, sino además como agentes.

En el organismo de seguridad civil también había decenas de hembras guapas, que perfectamente podían estar haciendo tareas más femeninas en otra institución, realizando labor policial igual que cualquier hombre. Trabajo duro, rudo. Peligroso. Propio para los varones. Desde que se creó el cuerpo a principios de la década pasada han desfilado por él señoritas esbeltas, elegantes, de andar y porte notable, que nada le tienen que envidiar a una *miss*.

Por su belleza pura y divina, y, de igual modo, por supuesto, por haber dejado huella como uniformadas, se recuerdan a muchas de ellas. Pero de la que se tiene más memoria es, sin duda, de la señorita Lidia Leydi, que entró a la corporación en 1998 a la edad de diecinueve años.

La tal chica de ojos soñadores, que tenía enamorado a medio mundo, era toda una beldad: elegante, alta, rostro clásico sin imperfecciones, como dibujado a mano por el pincel de un pintor cientos de veces hasta dejarlo acabado, pechos firmes y grandes, pero no demasiado, cintura delgada, caderas levantadas, piernas largas y rellenas, pantorrillas libres de impurezas... Todo en su debido lugar; donde debía de estar; todo a la debida medida. Y, de ribete, una sonrisota que mataba. Que seducía. No le sobraba ni le faltaba nada. Nunca se había visto una hembra ni remotamente parecida a

ella. Ni en la Policía ni en ningún otro sitio. En eso coincidía la mayoría. Para hacer una idéntica a la agente que había llegado al puesto de sargento antes de que la liquidaran de un balazo en el abdomen en una ronda, se comentaba adentro de la corporación, había que quitarle a esta mujer el cuello; a esta otra, el busto; a aquella, las posaderas; a esta otra más, las caderas y la parte carnosa...

De forma extraoficial Lidia ya estaba considerada sin discrepancia por los uniformados masculinos antiguos y nuevos, y las chicas pensaban lo mismo, la reina de las reinas de la institución. Los elementos policiales estaban de acuerdo en que la muchacha mostraba unas formas ni que mandadas a hacer. La llamaban con cariño y admiración Barbie. O Muñequita. O bien Princesita, sencillamente. Aunque ella prefería mejor que la nombraran por su nombre. Barbie era como todos aquellos seres dotados de algo especial: humilde, carente de toda vanidad.

Por supuesto la tonalidad de sus ojos no los exhibía nadie. Y sí, los tenía alguien, pero ese alguien no era un humano, sino un animal: el hermoso y a punto de extinguirse tigre siberiano. El matiz de los luceros de Laydi se parecía bastante a los del felino. Estárselos viendo a este cuadrúpedo era estar mirándoselos a la joven.

En cada promoción que salía iba por lo menos una funcionaria provista de hermosura, con las condiciones necesarias para desfilarse en las pasarelas o en la tarima de algún concurso de belleza nacional o internacional. A veces hasta dos o más. En 2004 se graduaron de la Academia siete primores. *Esto ya parece más un desfile de modas*, bromeó un agente. En el año 2009, a trece años de haberse creado la Policía, la institución tenía en sus filas a 1935 mujeres, entre las que figuraban 21 auténticas beldades dignas de exportación. De hecho, un par de ellas, muchachas de 23 años, que medían un metro con 79 centímetros, y 90-60-90, a pedido de una representación de modelaje a la corporación, habían participado en una exhibición en Milán, en la que mostraron con gran aceptación indumentaria de verano.

Ya estaba terminado el acuerdo para que tres agentes más volaran a Madrid en diciembre. Las chicas iban a modelar ropa interior —tangas e hilos— y abrigos. Una de estas policías, además, iba a hacer un anuncio televisivo sobre la importancia de que las mujeres se hicieran el examen de mama cada cierto tiempo.

El cáncer en los senos se estaba convirtiendo de manera alarmante en una de las enfermedades que más mujeres mataba en los últimos años. Era la

muerte, pero de igual forma el sufrimiento que ocasionaba. En quien la padecía y en los familiares.

Una de las hembras agraciadas que llegaron a la Policía en el año 2008 fue Norah Jemina —ella se encontraba entre las que viajarían a España—, chica de 20 años por demás hermosa. Norah tenía el pelo muy negro y abundante hasta los hombros, como el de Nahomi Cambell, el cuello largo, las pestañas grandes, el busto adecuado y el talle, las posaderas y las piernas con sus dimensiones justas también. Medía casi 1.93 metros de estatura y su piel lucía el tono bronceado, lo que nunca había hecho en su vida, pues le daba miedo coger un tumor maligno.

Jemina venía de una familia de policías y militares, lo que hasta cierto punto influyó en su decisión de entrar a la corporación. Su tatarabuelo fue subteniente en el ejército. Su abuelo sargento, igualmente de la milicia que, a causa de las esquirlas de una granada que le cayó cerca, por lo pies, quedó lisiado de las piernas, el brazo y la oreja. Su papá, policía con grado de subcomisionado. Un tío paterno, Bercian Otoniel, cabo retirado, que luego perteneció a un grupo privado dedicado a darle protección a personas importantes: políticos, cantantes, deportistas. Karhina, prima hermana suya, próxima a convertirse en adulta, quien asimismo prometía ser bella —decían que más que aquella—, ya había dado muestras de lo que pretendía ser ya mayor: agente, como Norah.

No obstante, Jemina sabía lo que quería. Siempre lo supo. Si bien era cierto que se hizo policía porque ciertos miembros del clan lo fueron, gran parte de la elección se debía a ella misma. A una resolución propia. Nunca hubiera sido algo que no deseara.

—Ley —decía cuando le preguntaban al respecto—. Fue un noventa por ciento decisión mía. Poco tuvo que ver el influjo de mis parientes en esto.

Por otra parte, sabía a lo que se atecía. Se conocía bien a sí misma. Advertía sus condiciones. Era joven, alta, de constitución fuerte, pero sin dejar de ser femenina. Asimismo, rebosaba voluntad. Y valentía. No le arrugaba la cara a nada. Le podían estar apuntando a la nariz a cinco centímetros escasos, mas no por eso perdía la obstinación de seguir luchando. Además, era encantadora. No solamente atractiva, sino también simpática de verdad. Muchas mujeres eran muy interesantes, sin embargo, carecían de gracia. Y, por si le faltaba algo, estudiada y expansiva —ya le faltaba poco para terminar la carrera de comunicación social—.

—Esa chica tiene madera —le comentó a la primera semana el director de

la Academia al subdirector, parado frente a un grupo de estudiantes que estaban haciendo ejercicios de calentamiento, entre los que se encontraba Jemina.

—Norah sí que sabe lo que quiere hacer con su vida. Tan jovencita y ya tiene claros sus objetivos. Sin duda promete mucho para la institución.

Solo había un pequeño, “pequeñito” problema con la bella Norah Jemina. Era muy coqueta con todo el mundo. Demasiado, decían unos. Se pasaba. En su modo de vestir y en su modo de actuar. Se ataviaba con pantalones ajustados, bajos de la cintura, y blusas igualmente ceñidas de tirantes de tela delgada arriba del ombligo, en donde era común que se pusiera un arete. Los tacones de sus zapatos rojos o vino no bajaban de los 12 centímetros, lo que le ayuda a ponerle más sensualidad a su caminar, ya de por sí voluptuoso, erótico. *Pero me visto así en el tiempo que estoy con licencia*, se defendía ella, *no aquí adentro en el trabajo*.

Y esa manera presumida tan suya de volver la cabeza cuando la llamaba alguien. La forma arrogantemente agradable de mirar. De arquear la ceja del ojo derecho con frecuencia. Y los brazos, que balanceaba con picardía, elegancia y mesura a cada lado del cuerpo, como si se preparara a levantar el vuelo, tal como lo hace el águila pescadora.

Norhita era un encanto. Una niña en todo el sentido de la palabra. Maliciosa, hermosa, el rostro clásico de porcelana y de voz suave; pero de timbre tan claro que parecía de otro planeta, del “Planeta de las diosas”, según le dijo un compañero, sin ninguna otra intención que no fuera la de hacerle un halago.

La bella Norah fue avanzando rápido en la corporación policial. Pronto fue puesta al mando del dúo o trío de policías que salían a las rondas en las que participó. Después pasó a ser la jefa de una delegación de un pueblo pequeño. Pero, debido a que faltaban detectives, la trasladaron a una Unidad investigativa. Específicamente, a la División Antidrogas. La funcionaria estaba que no cabía de contenta. Su gran sueño: hacer investigación. *Me hace sentir viva, alerta, poner a trabajar los cinco sentidos...*, *perdón, los seis*, explicaba. En más de media docena de veces se hizo pasar por drogadicta. Jemina también poseía un talento especial para la actuación. Jamás, nadie de los vendedores de drogas, receló algo. En vez de sospechar de su persona, lo que hacían era hacerle, como era lógico suponer en alguien con sus características físicas, ignorando por completo con quien estaban transando, ofertas deshonestas. *Yo te daría toda la cocaína que quisieras, solo por una*

noche, ricura, toda, le decían entre otras cosas. Fue aquí, en este Departamento, donde vio por primera vez al policía Yobani Uriel, que, el mismo lunes que se integró Norhita a la sección, abandonó ésta, de modo que no entablaron amistad. En realidad, el agente ni siquiera tuvo el placer de verla en esa oportunidad.

Yobani, naturalmente, como medio mundo en la policía, quedó impresionado gratamente con la anatomía llamativa de Norah.

—No soy de palo —le dijo a un colega—. También siento. No creás.

Lo que pasaba con Uriel era que sus compañeros, desde que lo conocían, nunca lo habían visto darle una cuenteada ni flirtear con ninguna chica. No es que pensarán nada malo de él, puesto que sabían que tenía una novia con la que iba en serio, sino que lo consideraban bastante correcto en este sentido. Es más, unos juraban que ni siquiera las miraba cuando pasaban a la par suya, así fueran angelitos con traseros fabulosos.

—El hecho de que ya estés comprometido —le dijo Obed—, no quiere decir que ya no podés ni mirar a otra mujer. Que le digás piropos a alguien no le hace mal a nadie. No se ofende a nadie. Ni a tu pareja ni a la que le hacés el galanteo.

Urbano, solo había sonreído en respuesta al comentario de Alexánder. Era su opinión y se la respetaba. La suya era que sí, que, al seducir a una tercera chica, aunque fuera nada más por molestar, se le estaba faltando el respeto a la novia o a la esposa. Por otra parte, a él le gustaba aplicar a su vida la frase “No le hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti”. Porque no le hubiera gustado que su futura o compañera anduviera por allí coqueteando con el vecino. No era honesto, así de sencillo. Era, además, faltar al compromiso y, para el elemento investigador de la DPP, la obligación contraída era sagrada.

—¿Nunca se te ha ocurrido participar en uno de esos eventos de belleza? —le preguntó Cerritos a Jemina, sin malicia, convencido de que le iría de maravilla, un sábado mientras se tomaban un refresco con galletas integrales, sentados de frente alrededor de una mesa de pino sin cepillar ni pintar—. Sos una mujer atractiva; bastante atractiva. Yo digo que ganarías.

—Gracias por el cumplido —le dijo ella, contenta, como toda mujer, de que la lisonjearan—; pero no, no me gusta esa actividad. Me parece muy superficial. Además, es una profesión, un trabajo demasiado corto. La belleza se acaba rápido. De los treinta para allá, sino es que antes, todo se va cayendo. La lozanía del cutis, las caderas, la masa muscular, y entonces finaliza la carrera de modelo temprano. No, en la vida me han llamado la

atención las pasarelas. Si acaso, tal vez a modo de pasatiempo. Mas yo no puedo hacer eso por pasatiempo. No tengo dinero. Debo trabajar para poder sobrevivir.

—Esa gente gana buena plata. Tienen sueldos de futbolistas. De miles de dólares semanales. Unas se hacen millonarias.

—No, no me gusta.

—Por lo menos lo deberías de intentar siquiera. Muchas niñas ya quisieran tener las condiciones físicas que tenés vos para entrar al mundillo del modelaje.

—Ya te dije que no me llama la atención.

—Pensalo al menos.

—Ya lo he pensado y, en definitiva, no me atrae para nada.

—¡Solo miren qué casón! —dijo Yobani Uriel, agarrando un lápiz y una libreta de periodista que estaban encima del tablero de mandos del carro.

—Es grande —contestó Obed Alexánder, asintiendo hasta cierto punto atraído. No es que nunca hubiera visto un edificio semejante a ese. Ni que el susodicho inmueble fuera el único en el mundo. Había observado un montón en su vida por todos lados, sin embargo, eran cimentaciones que se usaban para otras cosas: bancos, call center, oficinas del Gobierno, teatros. No como puteríos. Sabía que este tipo de negocios eran buenos, rentables, que dejaban buen dinero, pero no tanto—; igual que esas mansiones de medio centenar de habitaciones de los artistas de Hollywood.

—Y ostentosa —dijo Roberto, mirando, como sus compañeros, las exquisitas ventanas francesas e imaginándose cómo serían de lujosos los cuartos por dentro: piso cerámico, cielos de tabla roca, zarandas contra insectos, servicio de cable, jacuzzi... ¡Ni soñar en llegar a tener un día una casa parecida a esa! ¡con el sueldo que ganaba cada mes, ja!

Yobani, que había empezado a tomar algunas notas en la libreta amarilla rayada, y Obed, convinieron moviendo despacio la cabeza.

El vehículo, un Nissan Almera de cuatro puertas, color azul, con los tres policías detectives vestidos de paisano adentro, acababa de llegar al lugar y se había estacionado en la entrada de la calle del Cementerio, que era donde estaba hoy el flamante harén Las Doce Horas, el refugio de Bernardo Jeser en los últimos meses, según le habían dicho a Uriel unas fuentes que le valían su confianza absoluta. Con el cambio de dueño, el establecimiento también se había mudado de sector, para comodidad y gusto de la selecta clientela. El

grueso de los consumidores del burdel era gente pudiente, con dinero, que se podía dar el lujo de gastarse diez mil dólares en un ratito, sin que les afectara nada el bolsillo. El local antiguo era agradable y amplio, con capacidad para unas ciento cincuenta personas; pero tenía el inconveniente de que, por estar a la orilla de la carretera, no había espacio para parquear los carros, algo que no les gustaba mucho a los parroquianos. Además de que era demasiado visible. Bastantes usuarios habían dejado con insistencia notas en el buzón de sugerencias —algunos, incluso, pedían de favor que buscaran otro sitio—, diciendo que les gustaba la casa de prostitución —ambiente, servicio, meseras —, mas no el emplazamiento en el que se encontraba ubicado, a la vista de todo el mundo.

Tomándole la palabra a los clientes que pedían otro lugar, el nuevo patrón se cambió de sede a las semanas de comprar el establecimiento, instalándose en la mencionada calzada. No se arrepintió. Desde que lo abrió al público tuvo la casa llena todos los días. Urbano había averiguado que los actuales propietarios del negocio eran tres: un italiano, que era el accionista mayoritario, y, naturalmente, el que tomaba las decisiones, quien decidía lo que se hacía o no se hacía, un cubano y un mexicano.

El hombre, el florentino Giannini Giannini, GG, como todo empresario visionario, entusiasmado por el éxito inmediato que tuvo, al mes de haber estrenado el edificio, ya estaba pensando en hacerlo más grande. Había empezado a realizar los primeros tanteos con algunos vecinos para ver si le vendían sus terrenos, varios de los cuales le habían dicho que lo pensarían, dejando entrever, al menos así lo creyó GG, que, si no tenía reparos en gastarse una buena cantidad, podrían hacer trato un día.

El italiano, que de italiano solo tenía el nombre —la gente pensaba que era escocés—, estaba dispuesto a pagar el triple de lo que valían las propiedades si era necesario. Incluso más. Sabía que la inversión la recuperaría en cuestión de meses.

—Deme ya 90 —noventa mil dólares— y es suyo este terrenito —le dijo un señor decidido a venderle el pedazo de tierra de diecisiete metros cuadrados, por el que había dado 15 mil pesos.

GG le dio el mismo día cien mil sin regatear. El vendedor se arrepintió, tarde, de no haberle pedido siquiera los 200.

El nuevo inmueble de la calle del Cementerio, aparte de estar en un sitio más apartado que el anterior, tenía además la ventaja de que se conseguía llegar —y alejarse— a él desde varios puntos. Uno entraba por el lado sur y,

si quería, lograba irse por el norte. O ingresaba por el norte y se marchaba por el sur. Cinco caminos asfaltados iban a dar ahí exactamente. Se podía escoger. La misma vivienda poseía hoy tres portones —cuatro con uno de emergencia que estaba al noreste de la estructura—. Uno al frente y dos atrás. Igualmente, la seguridad se había elevado. Ocho —tres de empresas privadas y cinco de la casa— vigilantes con cuerpos de luchadores daban protección las veinticuatro horas al establecimiento y a sus invitados. Bien formales y bien serios, con un garrote a la vista, rondaban día y noche el local. Adentro y afuera, en el parqueo, que hoy ofrecía capacidad para instalar hasta 300 automóviles en la parte posterior, donde, como tanto lo deseaban los usuarios, pocas personas los veían colarse o largarse.

El *casón*, como bien lo había descrito Yobani, a diferencia de la anterior, ostentaba número enfrente: el 2. El proceso se pasó a llamar así: el Caso 2. Coincidentemente era la fecha en que los policías comenzaron con la investigación. También la del cumpleaños de Eric André y Uriel. Pero estos dos eventos últimos no tuvieron que ver en nada para nombrar la pesquisa de esa manera. Fue por la ubicación que ocupaba el inmueble de Las Doce Horas en la calle del Cementerio, por el que se le designó con ese título.

La pista de la pizza poco a poco fue perdiendo fuerza y, al final, al ver que Bernardo había dejado de comer grasa, tal vez por recomendación del médico, o porque se aburrió, que era lo más seguro, pues llevaba un buen rato haciendo los tres tiempos con esta torta, la abandonaron casi por completo. Solo de vez en cuando monitoreaban ese rastro por cualquier cosa, y dirigieron sus esfuerzos investigativos a la huella que prometía más: el burdel Las Doce Horas, donde averiguaron que el delincuente iba prácticamente todos los días. *Yo diría que vive ahí*, le dijo la fuente a Urbano, una exprostituta, que, aquejada de una enfermedad venérea, el Virus del Papiloma Humano (VPH), había dejado esa actividad y ahora estaba trabajando en un ancianato, en el cual no ganaba ni la quinta parte de lo que devengaba en su trabajo anterior, pero, según palabras de ella, que parecían sinceras, le daba más satisfacciones.

Por otro lado, parecía que el que continuaba matando a los policías seguía siendo un fantasma. Los muertos continuaban apareciendo de manera regular, pero ninguna persona veía al artífice de ellos, a Jeser, cometer las fechorías. *O de verdad ese maniático es un aparecido o a saber*, comentó, preocupado, Erick a su equipo de detectives en una reunión relámpago de las muchas que tenían a diario. Ni tan siquiera nadie, agentes o individuos particulares,

anduvieron cerca de pillarlo. Para Cerritos y su gente era obvia la intuición que tenía el sujeto para aparecer en los lugares solitarios, donde los únicos presentes eran el victimario y las víctimas. *Y contra eso poco se puede hacer*, dijo Roberto, no en tono pesimista ni derrotista, sino realista. O sea que, a los tres meses de haber empezado con el trabajo de dar con el paradero del delincuente, la investigación se mantenía en el mismo sitio. Casi nada se había avanzado en ello por la falta de indicios. Y la cosa tendía a complicarse más porque Jeser había comenzado a quemar de un tiempo para acá a los uniformados. Aparentemente al tío ya no le bastaba ahora solo con lapidarlos y orinarlos. También los calcinaba, dejándolos hechos serrín.

Y la ciencia forense, ni ninguna otra disciplina, en las postrimerías de la década de 2010, tal cual le había dicho que creía Ebers a Bernd, no había inventado todavía un sistema para hacer pruebas en las cenizas. Únicamente en los restos de los huesos, pelo, sangre, dientes, saliva, orina, pero no en el polvillo. Yobani pensaba que, así como se le dedicaban grandes recursos económicos e intelectuales a la rama médica para hallarle la cura al SIDA o al cáncer, de igual modo se debería reservar más dinero y gente para idear nuevas pruebas que permitieran a los policías investigadores atrapar a los delincuentes más ingeniosos que, después de todo, eran tan dañinos para la sociedad como aquellas enfermedades.

Sentados ahí a deshoras —dos treinta de la mañana—, vestidos con atuendos informales, aspecto desaliñado, desprovistos de armas y justo cerca de un lupanar, los jóvenes —Obed Alexander, que era el más viejo de los tres, contaba solo treinta y un años— detectives se parecían más a un trío de hombres que regresaba a casa luego de una noche de diversión, que lo que realmente eran. Cualquiera que los hubiera visto los habría tomado por vagos borrachos que estaban dejando pasar la embriaguez un poco antes de seguir adelante. Alcohólicos prudentes, que sabían que no había que manejar con mucho alcohol etílico en la sangre. No todos los ebrios actuaban con irresponsabilidad. Los había sensatos. Y es que así debía de ser, pues, de lo contrario, se podían exponer a la sospecha y poner en guardia a quien andaban vigilando. O, lo peor y muy peligroso, como muchas veces les había pasado a algunos colegas suyos —también ellos ya habían tenido más de un susto— arriesgarse a que los mataran. O que, en efecto, los asesinaran.

Y el *juego* no era así.

Completaba la facha de juerguista de los policías un Walkman marca LG, varias botellas de cervezas —vacías y llenas— Seven Up, cigarrillos, un

juego de damas y un par de revistas alemanas de mujeres vestidas con escasez regadas en el suelo. Obed, inclusive, iba sin calcetines. Aunque, para ser sinceros, este muchacho, que tenía alrededor de cien lunares en el cuerpo, la mayoría alojados en las pantorrillas, casi nunca se ponía medias. *¿Para qué?* preguntaba. *Además, dan mucho trabajo ponérselas.*

—Para que no te huelan mal los pies, hombre.

—A mí no me apestan. Para eso me baño todos los días. Está bien que no me duchara seguido.

—De todas maneras son necesarios, porque, aparte de evitar el hedor, te protegen.

Alexánder también llevaba dos grandes puros cubanos en las orejas, de las que le colgaban sendos aretes dorados en forma de “e” al revés. Roberto, fuera del cuello en vez de la camiseta celeste pálido, en torno a la nuca, gastaba una cadena gruesa y cara. Uriel, una consola de videojuegos cargado únicamente con el juego de Mario Bros en las diferentes versiones.

El automotor de los detectives se estacionó al lado izquierdo de la calle, yendo de Este a Oeste, o sea de abajo arriba, un par de metros adelante de un chalet verde de lámina, donde vendían toda clase de cosas, desde dulces hasta tarjetas prepago para teléfonos celulares, incluidos reparación de éstos; gas licuado, agua embotellada y en bolsa, piezas para bicicletas —asimismo las arreglaban—, música pirateada; que atendía un hombre musculoso de cabello corto y liso, que se lo peinaba para atrás asegurándose con bastante gelatina para el pelo, y que invariablemente vestía, cual si fuera su uniforme de trabajo, camisetas sin mangas, short y botas de cuero de culebra. El pequeño empresario, de nombre Daulin Cortez, y apodado Vaquero, por los zapatos, que decían que no se los quitaba ni para dormir, se veía mal encarado de lejos con su facha y sus grandes ojos, pero el tipo era de lo más bueno con la gente. Bueno y amable. Y buen conversador; contador de cuentos y chistes de los más variados. Las ocho sillas que poseía recostadas a la pared en el corredorcito exterior no eran suficientes como para que se sentaran las quince o veinte personas que lo iban a ver a diario en las tardes, con la intención única de oírlo decir sus chascarrillos, con esa gracia que tenía para hacerlo.

—Ese Vaquero es un sujeto de verdad parlanchín —le contó Jubal a Urbano, al siguiente día de haber ido al chalecito a hablar con Daulin, con el propósito de ver el lugar adonde iba a parquear el carro cuando llegaran en la noche a vigilar a Bernd—. Apenas si me dejó que dijera yo algo. Todo el tiempo estuvo hablando él.

Detrás de este chalet, en el que en parte se hallaba empotrado, había un muro de ladrillos saltex, de unos once metros de alto, en el que había, en letras blancas sobre fondo rojo, propaganda política de las últimas elecciones para alcaldes y diputados, nueve meses atrás. La pared, que la habían construido hacía poco, tenía una grieta gigantesca a un lado, recuerdo de uno de tantos terremotos de 7.2 grados que había aguantado con valentía en su construcción de escasas semanas, y se estaba empezando a caer por pedazos.

El Nissan Almera había quedado cabal debajo de esa rajadura. A Alexánder le pareció que podía ser peligroso estacionarse ahí. Otro medio temblor y las toneladas de hierro y cemento les caerían encima. Para qué querrían más entonces.

—Deberíamos de parquearnos en otro lado —dijo mirando, preocupado, la gran abertura—. Ese muro carajo nos puede caer en la cabeza.

—No se derrumba —dijo Cerritos, también viendo la grieta—. Si ha aguantado hasta ahora, tiene que seguir resistiendo un rato más. Además —miró para adelante y para el lado derecho—, no hay otro sitio mejor que este para situarnos. Desde aquí vemos perfectamente el palacete sin que nadie nos mire con facilidad. Acá estamos bien.

Bien para que esa babosada nos aplaste, pensó Parras. Si a algo le tenía miedo Álex era a la furia de la naturaleza. A la gente, a un loco asesino como Pelado Bernd, al fin y al cabo se le conseguía controlar o matar si era necesario; ¿pero a un movimiento telúrico apocalíptico?, ¿a un Tsunami? Toda vez empezaba un fuerte Tsunami, lo único que procedía era rezar y esperar a que acabara de pasar por sus propios medios. Ninguna persona podía hacer nada. Ni el papá de uno, ni el presidente de Estados Unidos, por muy poderoso que fuera. Nadie poseía la facultad de ordenarle que se calmara o agarrarlo a balazos a fin de que detuviera la destrucción.

Sin embargo, este muchacho que hablaba semejante a un narrador de fútbol, rápido pero claro, no fue así siempre. Su miedo a la violencia de los seísmos y de los maremotos le comenzó ya estando grandecito, a la edad de catorce años, en el mar, que prefería más que al sueño y a la comida juntos. Los fines de semana que acudía al océano, ya sea solo, con los amigos o con la familia, no había parado el vehículo que lo llevaba, cuando, quitándose la ropa en el camino, dejándola regada detrás de él, ya iba para adentro a que lo revolcaran las olas.

Estas ondas formadas por el viento eran su gran placer en la vida. *Nada como las olas*, decía. *Sentir la sensación de ser empujado, llevado por ellas.*

Y fue justamente una de tales ondulaciones la que le dio un buen susto un día y le hizo tener, de ahí en adelante, una percepción muy diferente de los elementos. La mañana que su punto de vista del medio sufrió un cambio absoluto, el Domingo de Resurrección, se metió, igual que siempre, alegre, un tercio de kilómetro océano adentro. Estuvo jugueteando un rato con las crestas que, para esa hora, las nueve, no alcanzaban todavía los dos metros de altura. Luego, tras unos cuarenta y cinco minutos de estar zambulléndose, el oleaje cambió de repente. No despacio, sino de sopetón. Las aguas se alteraron a ojos vistas. Los serpenteos se hicieron más grandes a cada centésima de segundo. Raudos. Pero Obed, nadador consumado, no les hizo mucho caso. Siguió, tranquilo, bañándose. Y bañándose. Al filo de las diez y cincuenta, ya para salirse con la idea de tomarse un refrigerio, decidió darse el chapuzón final. Hizo unas cabriolas elegantes, se dejó llevar perezosamente por otra ola y a continuación por la siguiente. Feliz, aprovechando los últimos instantes al máximo antes del receso, no se dio cuenta de que la que venía en seguida era una que cuadruplicaba en alzada a las primeras con las que se topó al nomás sumergirse. La masa de agua se le vino encima con toda su potencia, lo embistió cual si fuera un camión, lo levantó y lo lanzó contra el techo de un rancho que estaba a unos veinte metros donde terminó colgado, dislocado, mirando borroso y doble, inconsciente.

Para qué quiso más. Con eso tuvo suficiente.

Necesitó una semana y parte de la otra para ponerse aceptablemente bien.

—A menos que tengamos otro de 7.

—No nos estés salando. ¿Cuándo fue el último terremoto bueno que tuvimos?

—Hace ocho años.

Yobani se quedó pensando. Había notado que por lo menos cada diez años temblaba fuerte.

—A pues no —dijo—, faltan dos años.

—¿Dos para qué?

—Para que la tierra se sacuda fuerte otra vez. ¿No te has fijado que más o menos cada dos lustros tiembla duro?

—No.

—Fijate, ya vas a ver. Un día que te quede chance deberías de consultar los archivos de sismología. A Internet te podés meter.

Alexánder tomó el Walkman de sus piernas y lo puso a un lado del asiento.

—Esta casa parece un palacio en comparación a la otra —dijo, admirando

el edificio completamente rojo, sin ribetes ni nada.

—En comparación a cualquier otra —habló Cristales—. Solo de verla se ve que vale sus cuantos pesos.

—Andará por los quinientos mil o quinientos cincuenta mil dólares —dijo Parras, viendo que, por una de las dos docenas de ventanas pequeñas de enfrente de la segunda planta, una luz blanca se apagó y se volvió a encender de inmediato, como cuando se va la energía.

—Por ahí, así —dijo Uriel, poniendo el antebrazo en la puerta luego de hacer algunas anotaciones en la libreta—. Yo diría que un poquito más, tal vez el millón.

—No cualquiera tiene esa plata —dijo Roberto.

—No cualquiera —asintió Obed—. Es una inversión algo bonita.

—Ni en sueños he pensado tener una mansión así.

—Con esa cantidad de dinero vivo tranquilamente toda mi vida. Todavía me sobraría para dejarles algo a mis hijos y a mis nietos.

El portón negro de hierro de la entrada principal se abrió poco a poco en ese momento. Los policías se quedaron quietos, callados y atentos, preguntándose quien venía saliendo. La parte delantera de un vehículo se asomó a la calle cuando la puerta estuvo abierta del todo. Traía las luces apagadas. Después se encendieron, lanzando adelante un fulgor de luz fuerte que llegó hasta la otra esquina, iluminando el rótulo de un taller de mecánica automatiz: Taller Jerusalén.

—Es un carro —dijo Jubal.

Urbano y Alex asintieron.

El automotor se detuvo un momento. El vidrio se abrió. El vigilante, con los dedos en la cacha de la pistola, se acercó a la puerta del copiloto y se inclinó ladeando la cabeza para oír bien lo que le decía el chofer. Acto seguido se enderezó, riendo y moviendo la barba canosa recortada como si afirmara algo. El cristal volvió a subirse y la máquina caminó para afuera, parándose otro instante en la orilla de la calle del Cementerio. El matón, ya más serio, comenzó a cerrar otra vez el portón pesado con sus grandes manos.

—Una camionetilla —siguió diciendo Cristales, forzando los ojos, tratando de verle la marca—. ¡Y es una Ford Escape! —exclamó, excitado, cuando se la logró mirar en la semioscuridad—. Ah, pero es blanca —dijo en el momento que pasó debajo de la lámpara de la calle, después de doblar a la derecha y encaminarse calzada arriba.

—En la que suele andar últimamente Pelado Bernd —dijo Cerritos,

mirando la parte trasera del carro —es de color oscuro, que no se te olvide.

—No se me ha olvidado, lo que pasa es que en el portón no la podía ver bien. No sé por qué apagaron el foco en el momento cabal en el que iba saliendo la camioneta —Roberto replicó, viendo que el bombillo volvía a dar luz.

—Es igualita a la de Bernardo —dijo Alexánder—. Estoy seguro de que son del mismo modelo, quizás salieron la misma fecha de la fábrica. Es fácil confundirse. En un instante yo también pensé que podía ser su camioneta.

—Tienen razón —agregó Yobani—. A no ser por el tono de la pintura.

El todoterreno dobló a la derecha más adelante, como si fuera para el sur, y los detectives, que lo habían seguido con la mirada, lo perdieron de vista. El vigilante, echando un vistazo para todos lados distraídamente, acabó de atrancar la puerta pesada. Uriel anotó del vehículo la placa, la marca y otras características. Asimismo, el día y la hora.

—Es el primer carro que vemos salir desde que estamos aquí —dijo—. Esta hora parece que no es muy concurrida. La gente por lo visto prefiere mejor dormir. No cabe duda de que la actividad de cabecear, después de la de comer y la de hablar de los demás, sigue siendo la que más le gusta a la gente ¿O no? —le preguntó a Roberto, quien era un dormilón de primera.

—Aparentemente, así es —respondió éste con una sonrisa.

—Y ningún hombre —dijo Álex.

—Tal parece que hoy todos se han puesto de acuerdo en no venir —dijo Urbano—. Aunque no llevamos mucho tiempo aquí.

—Treinta y cinco minutos —dijo aquel, viendo la hora en el reloj digital del Nissan.

Cerritos movió la cabeza. Los tres elementos volvieron a mirar el edificio de Las Doce Horas a la misma vez.

—El dueño de ese castillo debe de tener billetes de verdad —opinó Jubal, observando la hilera de palmeras tiernas en la acera del burdel, luego de un momento breve en que nadie dijo nada.

Yobani la estaba viendo también. Sus abuelos tenían un su huerto de datileras como esas que estaban allí. Se acordaba cuando les ayudaba a cortar las frutas. Era un niño, y le costaba, pero le gustaba.

—Y valor para jugarse ese capital —continuó comentando Cristales, mirando que un viento suave empezaba a mover las hojas de los 18 o 20 palos aproximadamente—. Imaginate lo perdés. El negocio no te pega.

—Este tipo de industrias nunca falla —explicó Uriel, volviendo a

concentrar la atención en el edificio, en la puerta, que no se había vuelto a abrir —. Inversión segura. Esos sujetos saben en lo que invierten su dinero.

Oyeron un ruido como de una puerta que se abre. Se quedaron callados de nuevo, dirigiendo la retina hacia el portón.

—Alguien va a salir —dijo Urbano, sin quitar los ojos de la entrada.

Pero, al cabo de uno o dos minutos, no salió nadie.

—Es cierto —dijo Obed, rascándose el codo con la uña —. Yo nunca he visto que un condenado prostíbulo se vaya a la quiebra. Ya es más fácil que cierre un supermercado o una gasolinera, pero no una mancebía. La mayoría de estos bolados son rentables.

—La mayoría no —replicó Cerritos —; todos son muy provechosos.

—Y a corto plazo. No tienen que esperar mucho tiempo para empezar a ver las ganancias como le pasaría a un almacén de telas, por ejemplo. O a una heladería —Alexánder se miró la articulación, que le quedó colorada de tanto rasparse—. Si alguien me pidiera que le aconsejara en qué invertir —dijo después, riéndose entre dientes —, yo le diría sin dudarle que en estos business.

—Una vecina mía, que a propósito estaba de chupete, trabajó unos meses en uno de estos lugares y, en cuestión de semanas, se hizo de su buena casa, su carro full extras y aún le alcanzó para pagarse los estudios superiores en una institución privada de las caras. El hermano, que era un gran amigo mío, y que por cierto no le gustaba que ella se dedicara a eso, me contó que se echaba a la bolsa 500 diarios. Cuando hacía horas extras ganaba más, por supuesto. Casi el doble. Alrededor de 700 u 800 dólares. Figurate cuánto no se han de embolsar los dueños. Esos tipos han de ser de seguro unos millonarios. Hasta me extraña que todavía no haya aparecido uno de ellos en la lista que hace Forbes cada año de las personas más platudas del mundo.

—Al rato va a aparecer por ahí alguien en los primeros puestos.

Los alrededores seguían en silencio. Desierto. Muerto. Lo único que parecía con vida allí, aparte de los elementos investigadores, eran las palmeras, que, mecidas por los dedos de la brisa tenue, continuaron moviéndose con calma. Yobani Uriel, entretanto hablaba u oía a los demás hablar y escudriñaba para todos lados, prosiguió haciendo anotaciones en el cuaderno. Ya había llenado una hoja completa con su grafía de molde erguida, grande, redonda, bien acabada. Yobani tenía una escritura bastante bonita. *Qué letra más hermosa tiene este muchacho*, dijo en cierta ocasión su maestra de Ciencias Sociales de segundo año de bachillerato, moviendo la cabeza con

admiración el día que se la vio por primera vez en una revisión de tarea. El detective hacía los signos como para presentarlos en un concurso de caligrafía, en el que, de haber participado, hubiese ganado con seguridad el primer lugar. Estaba empezando a llenar la tercera página. Una de las últimas cosas que escribió fue un ruido —grito— lejano, apagado, de auxilio que venía del más allá, por el lado de atrás, de la mansión hollywoodense. Unos gritos de mujer. Cortos, desesperantes. Como si la estuvieran matando a cuchilladas.

—Hasta ahora, que sepa yo, ustedes no sé, ningún hombre que haya puesto un burdel ha quebrado. Cuando un local de estos cierra no es por falta de clientes, sino porque, igual que éste —señaló Las Doce Horas— el edificio ya no les daba abasto; o a causa de que la Alcaldía, por las quejas de la gente, lo ha clausurado.

—Es cierto —dijo Roberto, asintiendo—. Mirá ese vietnamita de Frederick.

—¿Frederick? —dijo Parras.

—Sí, Frederick.

—¿Qué no decís que es de Vietnam? ¡Nunca había oído que un asiático se llamara Frederick!, ¿no será británico o gringo?

—Es vietnamita. Lo que pasa es que se lo ha cambiado pues, según él, es más fácil de pronunciar para los clientes, que Liang, que es como se llama el muchacho en realidad. Y, además, uno de los nombres más comunes en todo el mundo. Acordate que ese sujeto tiene casa de putas por todos lados.

—Marketing, supongo. Maniobra publicitaria. Estrategia de venta.

—Algo así. Por ahí va la cosa.

—Poco original.

—Y poco prudente. Gracias a esa su idea de usar el mismo nombre en todas partes fue que el equipo que lo estaba trabajando lo localizó y atrapó rápido. Como insensato fue el hecho de salir del anonimato. Dejarse conocer por la gente. No sé, tal vez el deseo o la necesidad vana de ser admirado como gran empresario. Como ricachón. Hay personas que no pueden vivir tranquilas si sienten que no captan la atención de los demás.

—Bien dicen por ahí que para idiota no se estudia. Según he oído comentar, ese tal Frederick tiene cinco maestrías en no sé qué.

—Ajá. En Finanzas, Derecho Penal, Relaciones Internacionales... y las otras no me acuerdo. Pero, sí, el Señor Frederick, como también se lo pueden los clientes, es un académico nato. Porque, conforme tengo entendido, se crió

sin tata ni nana. Sin nadie que lo obligara, ya sea de buena o mala manera, a prepararse. No; el tipo es un estudioso de verdad, no de esos que solo hacen la paja.

—Dicen que tiene lupanares florecientes en los cinco continentes —dijo Yobani, poniendo la barbilla en el pulgar y el codo en la puerta, cuyo vidrio bajó un poquito para que entrara algo de aire fresco.

—Rica la brisita —dijo Obed al sentir el refrescante viento helado en la cara.

—Estaba viendo en la red la vez pasada que algunos lo llaman el Bill Gates de la Prostitución —explicó Jubal revisando el índice en la primera página de la revista que le acababa de pasar Álex —. Creo que la comparación vale, aunque pienso que es un poco exagerada. Gana, es cierto, pero no es para tanto.

—Tenés razón, es un poco exagerado, puesto que a la par de aquel, este Bill se queda chiquito —asintió Uriel, mirando un momento la contraportada de la publicación que veía Cristales. Una chica con sombrero subida en un caballo marrón en medio de un prado. Naturalmente, sin ropa—. Los mismos capos de capos del narcotráfico no se le comparan.

—Las mancebías siempre han sido lucrativas, desde los atardeceres de Sodoma y Gomorra —manifestó Parras.

Roberto pasó las hojas con los dedos hasta llegar a la página 13. Una morenota espectacular lo hizo que diera un silbido de admiración. ¡Qué pechos! ¡Qué piernotas! *Con una ubre me conformaría*, pensó.

—En ese tiempo no había burdeles —objetó éste, sin dejar de ver los senos y los muslos de la mujer.

—Si había depravación, tenían que haber prostíbulos. Tal vez no como los conocemos hoy. Pero que los había, los había.

—La Biblia habla de sodomía, mas no de lupanares.

—Tenía que haberlos.

—Las Sagradas Escrituras no afirman eso.

—A de decir en alguna parte.

—Voy a buscarlo a ver si es cierto —dijo por fin Jubal, dudando, ya que casi se había leído el libro de todos los tiempos, desde la primera a la última página, y, que recordara al menos, no había hallado ningún pasaje, capítulo o versículo que hablara de burdeles con precisión textual. O tal vez. Era tan extenso el Antiguo y Nuevo Testamento que quizás lo había pasado por alto. De todas maneras, la pensaba ojear de vuelta. Era una lectura interesante,

entretenida, emocionante, con la que era difícil aburrirse. Claro, había que saber leerla. Leerla e interpretarla para hallarle gusto.

—Buscá, ya vas a ver.

—Ayer me di cuenta por un informante que lo piensan agrandar —dijo Urbano, refiriéndose al edificio de Las Doce Horas—. Le quieren hacer tres plantas más por lo menos. Unos noventa cuartos adicionales.

—Va a quedar como si fuera un hotel de cinco estrellas —dijo Obed, empezando a sentir ganas de bostezar de sueño. Los ojos ya los tenía medio dormidos—. No le va a hacer falta para eso nada.

—Un hotel-burdel.

—Semejante a esas salas de belleza donde además te ofrecen masajes entre comillas —dijo Cristales.

—Cabal. Ni más ni menos —asintió Alexánder dando un bostezo tremendo finalmente—. Tengo ganas de dormir —dijo restregándose los ojos y abriendo la boca otra vez—. Muchas ganas.

—Eso he oído decir también yo —dijo Roberto que, contrario a su compañero, se sentía despabilado.

—¿Qué? —le preguntó Cerritos.

—Que lo van a hacer más grande.

Los policías hicieron una pausa en la plática, mirando a ratos el edificio, a ratos la calle del Cementerio. *Una calzada de emociones opuestas*, pensó Yobani, mientras veía carretera arriba. *Por un lado, la alegría de los que van a la iglesia a celebrar un bautismo, un casamiento o a oír la misa. Por el otro, la tristeza, el dolor de los que se dirigen al camposanto a enterrar a un pariente muerto. O a enflorarlo. A esta vía le deberían de cambiar el nombre*, recapacitó. *La de Los Sentimientos no estaría mal*, se dijo luego de meditar un instante. Sentimientos de regocijo y de congoja. *Le vendría cabal*.

Una llamativa cortina floreada color pastel que se descorrió en la penúltima ventana del lado izquierdo de la segunda planta, en la parte más cercana de donde estaba estacionado el vehículo de los detectives, llamó la atención de éstos. Una silueta de mujer medio vestida se alejó de la abertura después de abrir la tela. Alex pensó que los habían visto.

—Nos vieron —dijo algo inquieto, removiéndose en el asiento.

—No creo —dijo Jubal, más tranquilo que su compañero—. La chica se limitó a descorrer la colgadura y se fue. Nunca miró para afuera ni disimuladamente.

—No nos ha visto —aseguró Yobani—. Esa joven lo que tiene es calor

nada más, y quiere refrescarse un poco. Eso es todo. Mucho ejercicio en la cama —dijo riendo.

Al rato, quizás al minuto, la muchacha regresó, ahora solo con taparrabo, los grandes pechos colgándole, a correr de nuevo el telón, se retiró y, un momento después, la luz blanca del cuarto se apagó, quedando en la completa oscuridad.

—Es hora de dormir —dijo Uriel, pensando en su propio lecho, si bien no tenía mucho sueño.

—Deberíamos de hacer estas guardias nocturnas en el día —dijo bromeando Parras.

Urbano y Cristales se rieron del chiste.

—Pasame otra revista —le dijo éste a Álex.

—¿Cuál?

—Cualquiera. Da igual. Todas tratan de lo mismo.

Obed tomó una al azar y se la dio. Roberto vio la portada rápidamente, leyó el índice, se fue a la página número ocho, y el corazón se le aceleró al ver las pompas de tamaño impresionante de la modelo argentina.

—¡Mirá esto! —exclamó, enseñándole a Alexánder la fotografía a toda página.

—Las mujeres gauchas son bastante hermosas —dijo éste, echándole un vistazo—. Yo no sé por qué en los concursos de belleza siempre les va mal. Más que todo en Señorita Universo. Ahí casi no la miran.

—Ya lo ganaron alguna vez.

—Pero muy pocas, tomando en cuenta lo lindas que son.

Jubal pasó a la carilla nueve, enseguida a la diez, luego a la once, hasta que llegó al final, donde aparecía otra argentinita de infarto.

—¿Qué hora es? —preguntó, cerrando la revista y tirándola otra vez al piso del automotor, de donde la recogió Álex.

—Las tres y cuarto —dijo Cerritos.

—Ya va a amanecer.

—Ya casi.

Tenían un poco más de cuarenta y cinco minutos de haber llegado y, aparte de la camionetilla blanca que salió de Las Doce Horas cuando acababan de llegar, no habían visto entrar ni salir a nadie más. Ni personas ni carros ni nada. La madrugada estaba calmada. En lo que se refería al interior del puterío, solo la mujer en ropas menores que apareció y desapareció dos veces en la ventana para abrir y cerrar el paño y paremos de contar, acontecimientos

que, obviamente, escribió Yobani con detalle. Y el alarido patético femenino. Pero el chillido al parecer tenía otro origen. Aunque el detective también lo hizo constar en su libreta.

—Esperemos un rato más y después nos vamos —dijo Uriel, pensando seguir ahí otros quince minutos como mínimo—. Démosle la ley del cuarto y, si en este intervalo no pasa nada, nos volvemos a la oficina.

—Deberíamos de venir más temprano —opinó Cristales—. Por lo menos a las doce de la medianoche. A esa hora hay todavía movimiento. Algunos clientes están llegando apenas. Quizás entonces, con algo de suerte, veamos por aquí a Bernd.

—La próxima vez vamos a presentarnos a las doce. O un poco antes, a las once. Ahora venimos a esta hora, pues lo que queríamos era conocer la nueva dirección de Las Doce Horas. Saber bien dónde quedaba. No porque, a menos que el horario al que acostumbra asomarse aquí ese asesino de policías, ese policida, sea alrededor de las dos y media de la mañana, no tenemos nada que estar haciendo acá tan temprano cual si fuéramos una partida de locos zombis.

—Mientras no sepamos el momento cabal, sino cabal, más o menos, a que le gusta llegar a ese infeliz, tenemos que montar guardia todo el día, de doce de la noche a doce de la noche —dijo Parras, consciente de que las vigalias iban empezando apenas.

—Todo el tiempo que sea necesario —dijo Urbano—. Luego, cuando ya sepamos algo más acerca de los arribos de ese sujeto enfermo, va a ser distinto. Entonces focalizaremos nuestras visitas a determinados horarios, a los horarios de Bernardo. No como ahora, que solo nos dejamos venir sin tener en cuenta el reloj.

—Vamos a necesitar más gente —dijo Roberto, pensando en la escasez perenne del recurso humano en la corporación. En la Policía siempre hacía falta personal. Bastante—. Hay que cubrir también la parte de atrás.

—Mañana, quiero decir ahora mismo, voy a hablar con Erick de eso. Tal vez no me sale con que no hay policías disponibles.

—De seguro que con eso te va a salir.

—Que no hay, ya lo sabemos; todo el mundo lo sabe. Pero en es-te caso no se trata de que si hay o no hay. Tienen que haber y punto.

—A no ser que queramos seguir velando a más agentes.

—A no ser.

—Necesitamos otros cinco hombres más.

—Nueve. Nueve más nosotros tres, doce. Cuatro policías por cada turno de

ocho horas. Dos aquí y dos al otro lado, allá atrás. Éstos igualmente estarán pendientes de la salida de emergencia. Al menos entretanto lo controlamos. Después nos podemos quedar la mitad. Seis.

—Se te olvida cubrir la salida de emergencia —hizo notar Roberto, que no oyó lo que al respecto había dicho Cerritos.

—Los compañeros que vigilen la retaguardia se encargarán de espiar también esa puerta.

Jubal asintió.

—Ya llevamos una hora aquí —dijo Obed nada más como una aclaración, no dando a entender de que ya se quería ir.

Alexánder, igual que Cerritos y Cristales, iba preparado mentalmente para quedarse allí, sin moverse, todo el año si tenían que hacerlo.

—Hoy sí me gustaría andar una pistola desde el principio —dijo Roberto, reflexionando en la peligrosidad y la violenta animosidad de Pelado Bernd contra los representantes de la ley —. Ese tipo no nos va a amagar si llega a sospechar que somos detectives que andamos detrás de él.

—Vos bien sabés que no podemos andar armados —le dijo Yobani, que ya temía que, fuera Álex o aquel, le iban a hacer ese comentario tarde o temprano. Él mismo lo había considerado al principio. Era normal querer protegerse ante una amenaza. Más si esa amenaza era considerable, como era el caso de Bernardo.

—Hablá con el jefe. Que haga una excepción para este caso.

—No creo que acepte. Acordate que para nosotros es más seguro ir solamente con las manos que con un arma de fuego en la cintura. Al menos por ahora. Más adelante, cuando ya tengamos a punto a ese leviatán, en el momento que sepamos quién es y poseamos pruebas suficientes que lo incriminen de manera tal que no quede duda de que él es el que está matando a los policías, cuando “ese arroz ya casi esté cocinado”, va a ser distinto. Pero a estas alturas de la investigación una pistola en vez de ayudarnos nos perjudica.

Jubal asintió subiendo y bajando despacio el mentón.

—Creo que ya nos deberíamos ir —dijo, no insistiendo más en lo del arma.

—Sí —dijo Uriel —. Encendé el carro y vámonos de aquí. Por este día es suficiente.

Cristales, acordándose todavía de la gauchita, encendió el vehículo, retrocedió un poco, giró el timón a la derecha y, tomando la misma calle por la que llegaron, aceleró, dejando atrás Las Doce horas.

—¿Cuándo vamos a ir de nuevo? —le preguntó Parras a Urbano, dos

cuadras antes de llegar a la oficina de la DPP, mirando a un borracho que estaba tirado de medio lado con los brazos arriba de la cabeza en la cuneta por la que pasaba agua sucia.

—Hoy —dijo Cerritos, dándole también un vistazo al borrachín, quien la víspera le había pedido unas monedas. No le dio nada pensando que, sin duda, como hacen todos los drogadictos con el pisto que la gente les da, iba a ocupar el dinero para seguir bebiendo. En vez de hacerle un bien le causaría un mal —. Ahora mismo a las doce.

—¿Quiénes?

—Vos y Roberto.

—Es mi día libre.

—Olvidate de tu día libre. De aquí para allá se acabaron los dichosos asuetos para nosotros. Hasta que agarremos a ese trastornado.

6

—¡Putá —exclamó, moviéndose en el asiento y estirando el cuello con vivacidad —; por fin encuentro uno!

Bernardo Jeser vio excitado, aproximadamente a tres cuadras, al gran perro después de torcer a velocidad moderada una curva amplia en la autopista. *Ya era tiempo que apareciera un maldito chucho en la calle*, murmuró luego, no viendo el momento de pasarle las llantas encima y *reventarlo*, tal cual había hecho ya con una treintena de animales por lo menos. *Pensaba que ahora no era mi día.*

Redujo la marcha.

Bernardo se había venido fijando a lo largo de la carretera a ver si se tropezaba con un cánido, pero, para su mala suerte, tras de conducir alrededor de unas tres horas y media, no había visto a ninguno. Ninguno, y por eso era mayor su cólera, por el lado en el que iba conduciendo, de norte a sur; porque, por el otro, en los carriles que venían de sur a norte, parecía un desfile canino. Contó no menos de una docena en esa calle, andando la perrada casi en fila india. Era como si —en realidad Jeser lo sintió así— se estuvieran burlando de él. *Infelices pulgosos*, farfulló rechinando los dientes, *me las voy a cobrar antes de lo que piensan ustedes.*

En su largo “trato” con los canes, Bernd se había acostumbrado a hablarles como si se tratara de una persona. *Te llegó tu hora*, le decía al animal de turno. O bien *Hoy te toca a vos*. O *Deberías de buscar un lugar más seguro para dormir*. *Buen provecho*. *Que el Todopoderoso te reciba en Su santo seno.*

Al verlo excitarse de pronto, Rolling, que como los demás malhechores no le sabía esta jarana, le preguntó el motivo.

—¿Qué te pasa —le dijo —, por qué te ponés así?

Cada vez que Pelado Bernd miraba a un perro, aparte de alterarse, entraba en una especie de trance, como si lo que acabase de ver no fuera un simple animal, sino unos senos espléndidos. No le oyó.

—¿Qué te pasa? —le volvió a preguntar el sujeto.

—Nada —respondió por fin Bernardo sin dejar de mirar al chucho que, era claro, estaba disfrutando de lo lindo su siesta matinal.

Era un animal, igual que todos los canes vagabundos, de aspecto desvalido.

Además de viejo, tal vez de unos catorce años. La melena la tenía sucia y larga, tapándole parcialmente los ojos cansados y legañosos, con jiote en el noventa por ciento del cuerpo esquelético. Las patas artríticas. Respiraba con dificultad. Estaba echado con aire fatigoso bajo las ramas de un paterno que daban buena sombra a la orilla de la calle, pero no mucho, pues todavía rozaba el pavimento de la autopista en sí, sin duda viviendo sus últimos momentos de una vida, por lo visto, tirada al perro literalmente.

Bastantes animales alrededor del mundo compartían la misma suerte de muchas personas: no tenían una casa donde vivir, hacían solo una comida al día, nadie les daba afecto...

Jeser, al verlo tumbado allá adelante, agarró bien el timón con las dos manos y, removiéndose en el asiento con nerviosismo, se dispuso a golpearlo. Al menos eso esperaba, porque varios cánidos se le habían escapado en el último segundo por un pelito. Pero la mayoría de ellos habían sido mamíferos más jóvenes que el que se acababa de encontrar, que a las claras se notaba que hasta para levantar los párpados tenía que realizar un gran esfuerzo. Ya ni se diga el que debía de efectuar para ponerse de pie y apartarse, tarea casi imposible ya para él. *Este ni siquiera va a hacer el intento de levantarse*, pensó el delincuente al advertir la decadencia del cuadrúpedo.

Midió al can desdichado, se desvió un poco, movió la palanca de velocidades metiendo tercera y se impulsó más rápido para adelante, listo para remontar el asfalto en el que yacía tendido el animalejo, que no se dolió cuando cabal en ese instante un pedazo de rama le cayó con la fuerza de un perdigón en el lomo pelado. El pobre quizás ya ni sentía dolor de tanta callosidad. Con los oídos trabajándole bien aún —era lo único que le servía de todo el organismo— a pesar de la edad, el perro de hebras grises oyó acercársele con nitidez el ronroneo del motor, pero siguió echado como si el ruido, que a medida que se le aproximaba se oía cada vez más fuerte, no se dirigiera hacia donde permanecía él.

Rolling, que todavía no había comprendido del todo lo que pensaba hacer Bernd con el chucho —por un momento creyó que solo quería asustarlo para que se terminara de salir de la calzada y se apartara más allá donde no corriera peligro de que lo arrollaran—, al ver que éste no se quitaba, le dijo que le sonara el claxon.

—Dale un bocinazo para que se quite —le dijo.

Viendo que no le pitaba, Manzana de Adán estiró el brazo para hacerlo él, pero Pelado Bernd le detuvo la mano.

—Dejá —le dijo volviendo a afianzar el manubrio.

Entonces Rolling, que ya no le dijo nada, entendió lo que se proponía realizar el líder asesino con el animalejo. *Este lo que quiere es matarlo*, pensó.

El perro ya estaba a cuadra y media de las llantas, que le apuntaban directo a la cabeza, ya que era la parte del cuerpo que siempre les buscaba Bernardo para atropellarlos. Cuando apareció ante su vista allá adelante, al acabar de dar la vuelta, se encontraba enrollado, con la nariz debajo de las patas recogidas, pero, justo en el momento en que el auto empezó a subir la autopista, se levantó, dio un par de giros sobre sí mismo buscando la mejor posición y se volvió a tumbar, ya no como antes permanecía, enroscado, sino extendido de lado cuan largo era, con la crisma en la posición adecuada para que las ruedas le pasaran cabal encima. *Así está bien pudrición, así está bien*, murmuró Jeser al verlo echarse según quería él.

El can, dando un suspiro profundo, ya no se volvió a mover, como si su intención fuera precisamente la de que Bernd le destripara la chola. Desde ese instante, desde el momento en el que el sabueso se había colocado en la postura apropiada, lo único que vio el delincuente del animal fue la testa. Todo lo demás, cuello, pecho, lomo, patas, cola, desapareció de su vista.

El carro continuó avanzando cuesta arriba directamente hacia donde se encontraba el cánido descansando. Parecía que ya nada lo podía detener. Ni los frenos; ni un desperfecto mecánico; ni un desliz del conductor. Llevaba buen impulso.

Manzana de Adán, que se había puesto tenso, esperaba, sin mucha esperanza, dado su estado deplorable, que el macho se quitara en el último segundo, cuando el auto estuviera a punto de atropellarlo, tal como había visto hacer muchas veces a otros cuadrúpedos. Sin embargo, el mamífero no daba señales de querer apartarse de la carretera. Lejos de eso, cerró los ojos bien apretados, como preparándose para dormir todo el día. *Animal más baboso*, murmuró, dándolo por muerto, *tal vez así aprende a vivo*.

Pero, cabal como creía Rolling, se movió... para morderse furioso con las encías el enjambre de pulgas de los flancos. Luego, después de dejar fuera de circulación a los pequeños y molestos bichos, y tras dar otro suspiro profundo de satisfacción, con lentitud, se volvió a echar, quedándose tranquilo otra vez, aparentemente sin darse cuenta del peligro en el que estaba.

¡Quitate de la calle, chucho tonto!, refunfuñó Manzana de Adán, que se alegró cuando vio que el can se empezó a mover, según él para retirarse más

de la orilla. Se le quedó viendo al Poeta, que también lo miró, pero no con expresión de angustia como esperaba, sino de diversión, de travesura. Lo mismo encontró en la cara de Yuri. Este, incluso, se frotaba las manos de emoción.

—¡Váyanse todos mucho al carajo! —dijo disgustado Rolling—. ¿No sé cómo les puede alegrar tanto despachurrar a un pobre perro?

—Ya van a ver cómo me cago en ese animalejo infeliz —dijo Bernardo, sin distraerse ni un solo segundo.

No parpadeaba. No movía los ojos. Su concentración era total.

—¿Qué decís? —le preguntó Rolling.

Jeser, en respuesta a la pregunta de aquel, agarró con más fuerza la rueda del volante. Iba manejando idéntico a un motociclista en plena competencia; es decir, con el pecho echado para adelante, casi rozando el timón.

—¿Qué dijiste?

—Voy a aplastar a ese miserable.

—¿Por qué vas a hacer eso?

Bernd, que a medida que se aproximaba al can se iba poniendo más excitado, aflojó los dedos y volvió a apretarlos otra vez. De nuevo lo repitió. Soltó y oprimió.

—¿Qué te ha hecho el animal para matarlo?

Pelado Bernd parpadeó por fin en una ocasión. Manzana de Adán nunca había visto pestañear tan poco a nadie. *Este loco de Bernd debe tener problemas en los párpados, pensó. Ha de ser porque casi no duerme.* Y de pronto se preocupó, puesto que tampoco él estaba cabeceando mucho últimamente. *A mí también me podría pasar lo mismo, se dijo. Sería horrible. Tengo que ver cómo le hago para empezar a dormir más.*

—¿Qué te ha hecho el pobre chucho? —le preguntó por enésima ocasión.

—Nada; ustedes solo miren.

Rolling, Yuri y el Poeta se prepararon a ver lo que iba a realizar Bernardo. Manzana de Adán dio por muerto al perro. Prácticamente el carro ya se hallaba arriba de él. Quizás a unos escasos tres pasos. A setenta por hora ese tramo era insignificante. En millonésimas de segundos se recorría. A esa distancia ni un galgo en sus mejores días podía tener los reflejos necesarios para quitarse a tiempo; menos un canino viejo, semejante a aquel lanudo bañado de pulgas. Hasta le pareció advertir cómo los huesos débiles se rompían. Asimismo, creyó escuchar un grito lastimero.

El Poeta, arrugando la cara, esperando sentir la embestida y oír el

consiguiente desgarre de la osamenta perruna bajo los pies, se tapó los oídos con los dedos. Yuri se le quedó mirando, se rió y también se puso las palmas de las manos en las orejas. Unas ternillas apretadas contra las sienes, tanto que costaba vérselas. A primera vista daba la impresión de que no tenía, de ahí que otro de sus apodos fuera Van Gogh.

De presto, contra lo que había dejado de creer Rolling, el viejo can pareció darse cuenta de su situación apurada y, acordándose de los viejos tiempos, hizo un movimiento rápido para levantarse y apartarse. Muy tarde. No pasó de la intención de pararse. La llanta delantera derecha del automotor le aprisionó de lleno la testuz, arrancándole un alarido lúgubre, parecido al que daría uno si le prendieran fuego estando vivo.

Manzana de Adán lo sintió debajo del auto y, haciendo una mueca de pesar, gritó:

—¡Le agarraste la cabeza!

Jeser también percibió cómo los huesos craneales del canino se rompían todo. Entonces, sus músculos se aflojaron, se relajó y enseguida soltó una gran carcajada.

—¡Ja ja ja —se rió de buena gana —; vieron qué tirado es!

Yuri y el Poeta, riéndose de igual forma ruidosamente, con la adrenalina por los cielos, asintieron. Rolling seguía consternado, y miraba a medio mundo como si los quisiera matar. Como si les quisiera meter una bala en la lengua para que se dejaran de reír tanto.

—Pura chiripa —lo contradijo el Poeta, sin dejar de reírse con la intención de azuzarlo para que volviera a descalabrar a otro perro, pues el evento lo había alucinado —. ¿Te apuesto a que no lo volvés a hacer?

—¿Cuánto apostamos? —le aceptó el desafío Bernd.

—Cinco dólares.

—Muy poquito.

—Diez.

—No; apostemos algo más original.

—¿Cómo qué?

—Un poli, por ejemplo —dijo Pelado Bernd, sin pensarlo mucho.

—¿Un policía? —dijo el Poeta.

—Sí, un poli.

—No te entiendo.

—Sencillo. Mirá, si yo pierdo, mato un polizonte, mejor que sean dos para que la apuesta valga la pena. Pero si yo gano, entonces vos te das a dos polis,

¿entendiste?

—¡Ah, ya! Si, ya caí —dijo el Poeta, asintiendo e imaginándose cumpliendo su parte de la apuesta si perdía —. Me gusta el reto. ¿Por qué no subimos la jugada a tres? —propuso.

—Vaya, a tres.

En el momento en que la rueda de atrás lo remató, el cuadrúpedo casi había muerto. Después del grito que siguió al atropello, pataleó frenéticamente por unos segundos y, luego, convulsionando cada vez menos, murió.

Más adelante, en otro recodo, cuando ya se había alejado bastante del cadáver, Bernardo, disminuyendo la velocidad de la camioneta, miró a Rolling.

—¿Desde cuándo te preocupan los animales? —le dijo.

—Ese perro no te había hecho nada.

—Además, ni sienten. Mirá ése pues.

—No tenías por qué matarlo.

—¡Bah! —dijo Jeser, con indiferencia, volviendo a darle más velocidad al auto. Vio al Poeta por el retrovisor interior —. Un condenado chucho, tres condenados polis —le dijo.

—Aja —dijo éste, asintiendo.

Siendo todavía una jovencita, la bella agente Norah Jemina vivía aún con sus papás, personas a las que, lo mismo que sucede con aquéllos que lo han tratado a uno de modo conveniente, quería mucho. Adoraba y ponderaba bien. Según sus propias palabras, eran *los mejores padres del mundo. De veras, decía. No es solo porque ellos son mis progenitores como podrían pensar con razón. Lo digo porque es la pura verdad.*

Pero Norah estaba en la casa de ellos —después, cuando faltaran los señores, la vivienda sería suya— no solamente a causa de que era una muchachita recién salida de la adolescencia y además sin compromiso. Aun con pareja y ya mayor se iba a mantener cerca de sus papás, de ser posible en el mismo domicilio, que tenía espacio suficiente para que ella, ya casada y con hijos, también viviera con tranquilidad ahí. La estancia era un edificio grande que contaba con cinco cuartos enormes, idéntico número de baños —uno en cada pieza—, dos salas y un patio trasero de varias yardas, donde, cercado debidamente para que no se escaparan, la madre de Jemina criaba aves de corral, si bien nada más como pasatiempo, con una pericia que nada tenía que envidiarle a un experto.

Hija única, la agente, siempre, desde que tuvo uso de razón, pensó que esa

residencia de cemento era demasiado amplia para una familia de tres integrantes como la suya; que, por más cosas que tuvieran y por más espacio que necesitaran para vivir, no llegaban a ocupar ni el treinta por ciento, permaneciendo ociosa el resto de la construcción. El grupo familiar ocupaba la mayor parte del tiempo nada más dos habitaciones, que eran de nueve de largo por ocho de ancho, una de las antecámaras, una ducha y solo un pedazo del jardín. Las raras ocasiones que la utilizaban toda era cuando celebraban alguna fiesta. Ya que, entonces sí, con tantos amigos que tenían, no les alcanzaba la propiedad de una manzana de extensión que se encontraba a orilla de calle. Pero esos eventos eran cuatro o cinco veces al año únicamente. En la fecha que ella cumplía sus primaveras; para las navidades y algún que otro par de acontecimientos casuales.

Con esa inquietud, una tarde, siendo una chiquilla de ocho años, mientras comían palomitas de maíz de una bolsa y miraban televisión sentadas en el sillón de mimbre en la sala principal, tal como solían hacerlo todos los días, le preguntó a su progenitora por qué ella no tenía más hermanitos igual que sus amiguitas. La mamá, apretándola maternalmente fuerte contra el pecho, no le contestó nada, pero, triste, los ojos se le humedecieron hasta casi llorar. Luego, ya de mayor edad, Norah supo la razón del porqué su madre no había agrandado la familia con una criatura más a quien creía haber adorado mucho. Los ovarios no se le habían desarrollado lo suficiente. En realidad, los conservaba como los de una niña, y Norhita prácticamente era un milagro.

Jemina, aunque aceptaba lo que decía la Biblia, no estaba tan de acuerdo con aquello de que, cuando se casaba uno, tenía que dejar a su padre y a su madre atrás casi en el olvido, hablándoles por teléfono y yéndolos a visitar una vez al año unas cuantas horas a lo sumo. De seguro, meditaba, quien escribió eso era un muchacho que se sentía fuerte e independiente y creía que no se iba a ser viejo nunca y necesitar que, ya sin fuerzas y achacoso de cabo a rabo, características típicas de la vejez, le ayudara nadie, porque un viejito era semejante a un niño que, como todo el mundo sabe, requiere del auxilio de los demás.

Pero su argumento más fuerte para no querer dejar solo a sus papás tenía que ver con el escrúpulo. No era posible, cavilaba, que, después de que ellos se han sacrificado por mí, cuidándome en la época de mi niñez y adolescencia, dándome cariño, cobijo, comida, llevándome al médico cuando tenía fiebre, curándome con amor el raspón de la rodilla luego de tropezar en una piedra y caer de bruces, ahora venga yo y me valga, yéndome de sus vidas como si no

hubieran hecho ninguna cosa a favor mío, dejándolos aventados cual trasto viejo y roto que ya no sirve para nada.

Al contrario, se decía, hoy que ya no se pueden valer mucho por sí mismos, es cuando más debo de permanecer con mamá y papá, estar pendiente de sus necesidades, de llevarlos al doctor, igual que ellos lo hicieron conmigo antes, servirles su sopita de verdura calientita que tanto les gusta, en su plato favorito, aquel verde punteado de blanco de plástico tan resistente como el acero, que compraron en la calle hacía casi dos décadas y que ya le habían dicho que era suyo, detalle que, por supuesto, ella había agradecido con lágrimas porque sabía el cariño enorme que sentían por el recipiente sopero.

Norah no terminaba de entender cómo había hijos tan *ingratos* que, al irse de la casa, preferían llevarse mejor al perro o al gato y no a los autores de sus días.

Jemina, que siempre había dormido sola en el cuarto que se ubicaba a la derecha del que ocupaban sus padres, ahora se había pasado al otro, al siguiente, de modo que hoy mediaba uno entre el suyo y el de ellos. Lo hizo no porque ya no le gustara o le hubiese aburrido, ni por ninguna otra razón, sino porque quería *cambiar de aires un ratito*. Más adelante volvería a la pieza que había ocupado sin interrupción durante dos décadas; a *mi refugio*, como ella le llamaba.

Esta otra pieza, igual que toda la casa, estaba pintada de amarillo, color que tenía cinco años de tener, pues era un matiz que les gustaba a todos, incluso al gran perro danés, quien se había puesto a ladrar como enloquecido de enojado el día en que se les antojó teñirla de blanco. El saludable can de nombre Simón, no se calmó hasta que, dos días después, para sosegarlo, tuvieron que volver a colorearla de oro. Cada año, incluso aquellos cuartos que permanecían solos, los repintaban del mismo tono. Algunas veces lo hacían ellos, que les gustaba y sabían hacerlo; otras, cuando por cualquier motivo no disponían de mucho tiempo, le pagaban a un señor vecino suyo, que les cobraba barato y trabajaba bien.

Eso sucedía en el mes de octubre, la penúltima o la última semana, unas fechas antes del natalicio de Norah, que era el 6 de noviembre, estuvieran sucias o limpias las paredes. Era como una especie de tradición familiar. Así fue también esta temporada. La vivienda fue pintada de nuevo de amarillo... salvo el cuarto de la muchacha, que decidió darle otro color, un esmalte más oscuro, un verde vivo, parecido al de la planta que había en una maceta que le llegaba a la cintura, en la puerta del local al que se acababa de cambiar.

Pasó allí sus pocas cosas. A Jemina no le gustaba tener, así fuera ordenado, demasiados objetos en su habitación. Se sentía agobiada, *como si las anduviera en la cabeza*. La cama, el ropero, unos ganchos para colgar las prendas, una mesita de hierro con rodos, un televisor plasma de 21 pulgadas, el espejo sin marco de cuerpo entero, una cesta para echar la ropa sucia y la computadora de bolsillo que había comprado al contado en una tienda que vendía solo cuestiones que tenían que ver con ordenadores. Una silla.

El mismo día en que trasladó los bártulos dejó arreglado todo. No le llevó muchos minutos. Con la ayuda de sus progenitores había terminado de arreglar en hora y media; y esto, que trabajando despacio.

Pusieron la cama en medio de la pared del fondo, y alrededor de ella acomodaron el resto de enseres. El espejo al lado derecho, el ropero a la par del cristal. La mesita con rodos, en la cual subieron la laptop enfundada en su maletín respectivo, al costado opuesto. El cesto un poco más allá de ésta. Y, en otra mesa de laurel blanco que le llevaron en la noche, y que colocó en una de las esquinas de enfrente, el plasma. A la silla no le buscaron lugar. La dejaron por ahí, mientras Norah la llevaba según donde la necesitara.

No usó ni la mitad de la habitación, cuyas paredes empezó a decorar pronto con cuadros, calendarios y fotos suyas y de la familia.

La mamá le llevó más tarde una alfombra nueva y un pequeño estante de pared de vidrio para las joyas y demás accesorios. También un peluche. Un oso panda grandote, casi del tamaño de ella, con el que dormía abrazado invariablemente las semanas que hacía bastante frío. Además de una garrafa de agua y un vaso.

Pocos segundos pasaban de las once de la noche y, como ya se había vuelto normal en esta parte de la ciudad, el lugar permanecía peligrosamente solitario ya ratos. Las calles se habían tornado peligrosas a ciertas horas los últimos meses, y mejor era encerrarse temprano en casa, a menos que uno quisiera que le dieran, siendo optimista, un su buen tajo en el estómago —lo seguro era que al cliente lo desfiguraran a plomazo limpio; o lo desaparecieran—. Atrás había quedado el tiempo sano, en el que se podía deambular por el pueblo a cualquier hora sin riesgo de nada. Lo más con lo que se topaba uno en aquellos días tranquilos y seguros era con borrachitos inofensivos cuyo único delito era no saludar al prójimo, descortesía que no pasaba de molestar ligeramente al vecino, cosa que distaba bastante de provocar un daño de muerte como una puñalada o un balazo, que era tal cual se causaba prejuicio ahora.

El pueblo de Jaquetón había sido uno de los últimos asentamientos donde la delincuencia no había llegado todavía. Pero los nunca se llegan, y en el país ya no quedaban lugares seguros de los que presumir.

No se veía nadie, ni siquiera los animales nocturnos. Al menos no se oían. *El escenario perfecto*, pensó Bernardo paseando la mirada alrededor con una media sonrisa maliciosa en los labios.

El único inconveniente que Jeser veía era que tenía que esperar mucho. Una hora y media era demasiado. En esos noventa minutos podían pasar muchas cosas; por ejemplo, que un vecino mirón y lengua larga llamara al 911 diciendo que cerca de su casa había parqueado ya ratos un carro de aspecto sospechoso pidiendo que por favor fueran a ver. *A pesar de la cantidad de soplones que han muerto por abrir la boca, se dijo, la gente no aprende aún la fórmula ver, oír y callar. Pero no importa*, continuó mascullando. *Sigan hablando, ja ja ja, que así van a seguir muriendo, ja ja.*

Los esfuerzos de la Policía y la Fiscalía por proteger a la gente que denunciaba y testificaba contra atracadores y asesinos habían fallado, pues buena cantidad de los declarantes habían sido muertos por los compinches de los acusados, por haberse animado a colaborar con la justicia.

Para que la intimidación fuese mayor, los delincuentes empezaron a pasarle la factura no solo al delator, sino también a un pariente, que no tenía que ver en nada, de preferencia de los más cercanos, ya fuera un hijo o un padre, como sucedió con una mujer que había declarado en un caso de asesinato el cual vio por casualidad. Mataron a su retoño de quince años en el instante en que iba saliendo del colegio, después de haber comparecido la primera vez y, luego, dos días más tarde, cuando acababa de enterrar y llorar a lágrima viva a su primogénito, a ella le metieron nueve balas en la frente, sin piedad ni respetarle el luto. En cuanto los hubieron acribillado les cortaron con una tijera de podar la mitad de la lengua, que dejaron, en el pecho de los cadáveres, sangrante, encima de un papel en el que habían escrito con rotulador de tinta verde chillón el mensaje en mayúsculas: POR BOCONES.

Las estadísticas que manejaban Policía y Fiscalía en este rubro demostraban que la táctica de disuasión que los bandidos habían ocupado les había dado resultado. Las denuncias, de por sí bajas —solo el dos por ciento de la gente ofendida interponía una acusación, y, del referido porcentaje, arriba de la tercera parte desistía de seguir adelante a medio proceso, debido, la mayoría de veces, a una llamada anónima a su teléfono en la que la amenazaban con matarla si no retiraba los cargos (en otras ocasiones a causa

de lo tedioso, cansado y oneroso de las idas y venidas a los tribunales) —, habían descendido más todavía: en el semestre pasado solamente el 0.3 % de las personas llegó a una oficina fiscal o dependencia policíaca a notificar un delito.

Las instituciones de seguridad pública del país habían intentado revertir esta tendencia a través de los medios de comunicación social, incluidos, por supuesto, los nuevos instrumentos —correo electrónico, facebook, twitter—, donde le pedían al ciudadano que denunciara, pero no lo habían conseguido. ¿Influentes?, ¿quién había dicho que la televisión, la radio, los periódicos... eran el cuarto poder? Un simple mensaje hecho a mano por sujetos que de seguro no sabían nada de propaganda o técnicas persuasivas, a veces con errores ortográficos grandes —POR VOCONES, garrapateaban en ocasiones —, les estaba ganando el mandado.

Sin embargo, Bernd no tenía otra alternativa. Y, si la había, era más arriesgada que la que escogió. Abrió la guantera, rebuscó un rato y sacó luego un par de placas policiales doradas salpicadas de sangre. Rolling las había dejado ahí un día antes, según le dijera aquél. Este había dudado porque era “peligroso”. Los polis los podían parar, revisar el carro y hallar las insignias. ¿Con qué patraña les iban a salir a los perros?, ¿que las habían comprado en el mercado negro para coleccionarlas?, ¿en una subasta? *Los señores agentes no se tragarían ninguno de esos embustes*, pensó. Pero como Pelado Bernd insistió.

—¿De qué manera se los dieron? —preguntó mirándolas como si fuera la primera vez que tuviera una en las manos.

Si no fuese porque Joel y los demás malhechores eran unos asesinos que no lo andaban pensando demasiado para desnucar y descuartizar a un tío, Bernardo tal vez haría ratos los hubiera mandando mucho al carajo. Al delincuente cabecilla no le gustaba repetir la pregunta que ya había hecho. Y con la cuadrilla que lideraba lo tenía que andar haciendo a cada momento, puesto que a los cuatro les fallaba el oído. Tenían una calidad de audición muy baja. Solo oían el treinta por ciento. Era un mal de nacimiento. Un defecto que, tratado a tiempo, como la mayoría de enfermedades, se curaba, pero ninguno de ellos había ido a que lo viera el doctor. Sus padres se hallaban ocupados trabajando. La misma historia de siempre. Así era sumamente difícil que el mundo cambiara un día. En el caso del papá de Joel, emborrachándose y metiéndose polvo blanco por la nariz mañana y tarde. Con una atención paternal así, descuidada, era casi imposible que un niño fuera un adulto cabal,

de bien. *Cría cuervos y te sacarán los ojos*. A la sociedad le estaban sacando los ojos bastantes bandidos. Todos nacieron con ese trastorno. Por lo tanto, había que remacharles la interrogante. Y duro para que oyeran.

—¿Cómo se los dieron? —volvió a preguntar a gritos Jeser.

Esta vez sí escucharon bien.

—De una pedrada en la cabeza —dijo Manzana de Adán, adelantándose a Ebers, que se quedó a medio contestar.

—¿Adónde?

—En la calle que se encuentra detrás del burdel. No la que está exactamente atrás, sino la otra, esa que ya nadie usa por peligrosa.

La arteria que hoy casi nadie ocupaba en el pueblo de Jaquetón era la 25-A, que en un tiempo no muy lejano fue de las más concurridas. Muchos asaltos. Con cuchillo. Dos hombres y una mujer morena y de complexión rolliza que le encantaba enamorar a los hombres que le gustaban. Atracaban en el mediodía. También en la noche. A cualquier hora en realidad. A un peatón o a varios de una vez.

Lo raro era que la Policía nunca se daba una pasada por allí a pesar de las quejas de la gente. Pasividad, complicidad. Eran varias las conclusiones que las personas sacaban. Los vecinos tenían motivos fundados para desconfiar de los guardianes de la ley. Siempre que cogían a una banda de estafadores u otras fechorías, entre los integrantes aparecía un agente involucrado, en ocasiones mandando la agrupación.

—¿Qué horas eran?

—¿Qué horas eran? —volvió a alzar la voz Bernd, sintiendo que cada vez se iba quedando más afónico, lo que le pasaba invariablemente al “hablar” con Rolling o cualquiera de ellos. De ahí que por eso no le gustaba charlar mucho con los asesinos. Solamente lo necesario.

—Como la una.

—Una y media —dijo Ebers, poniéndose bien los agujeros de la capucha, que pensó quitarse, pues le había empezado a hacer sentir calor a pesar del clima fresco. *Esta mierda*, masculló, comenzando a retirársela, pero al final dejándosela.

—¿De la tarde?

—De la madrugada —dijo Rolling.

—¿Iban a pie?

—¿Quiénes?, ¿nosotros?

—Los perros.

—En moto —explicó Manzana de Adán.

—¿Y ustedes?

—Íbamos caminando.

—¿Y cómo hicieron para alcanzarlos?, ¿los apedrearon cuando ellos rodaban en la motocicleta? ¡puta, puntería la de ustedes!

—No. Andaban en moto, pero en el momento en que los agarramos no iban montados en ellas, sino que estaban parados en medio de la calle, junto a los caballos. Quizás contándose chistes, porque se reían a grandes carcajadas.

—Yo creo que se habían detenido a cagar —dijo Ebers—. Se sentía por ahí un olorcito a mierda.

Rolling no recordaba haber percibido ningún mal olor. Aunque tenía una semana de que andaba tapada la nariz y no podía sentir emanación alguna.

—¿A los caballos? —preguntó Bernd—. Qué no me estás diciendo que paseaban en mo...

—Esas pendejadas, las motocicletas.

—Ah. Me confundís vos. Primero me decís moto y luego caballos. Ya estaba comenzando a creer que quizás eran de la montada. A ver si vas llamando a cada cosa con las debidas palabras.

—Eran motorizados —dijo Ebers, flexionando los brazos, como si se estuviera preparando para levantar pesas. Las extremidades del sujeto eran delgadas, pero con la fuerza de un pesista de 105 kilogramos. A este bandido los compañeros lo respetaban más por el vigor que poseía que por ninguna otra cosa. No era un temor gratuito. Lo habían visto cortarle la respiración a un hombre tres veces más corpulento que él —pesaba 78 kilogramos— en un abrir y cerrar de ojos. Menos mal que no le gustaba usarlos mucho, como si no fuera consciente de su potencia enorme. O quizás le daban lástima los demás. O pensaba que no era justo competir en desigualdad de condiciones. Prefería terminar los pleitos con balas o de otro modo —. A subirse iban cuando les caímos con todo por detrás.

—El policía negroide y gordo con cara de rata tierna ya se había encaramado al sillín. Hasta había encendido esa mierda, y solo estaba esperando que el otro cabrón se subiera a la suya para agarrar camino. No obstante, no pudo despegar a tiempo —dijo Manzana de Adán, que era bastante malo para contar historias. Malo y poco creíble. Al oírlo, uno pensaba que se las inventaba, aunque lo que estuviera diciendo fuera verdad.

—¿No llevaban casco? Esas capotas son más duras que la piedra. Aguantan toda clase de golpes fuertes. Incluso el peso de un carro —aseguró Pelado

Bernd.

—Cómo no. Llevaban. Eran azules o negros o azul negros; en realidad no me fijé bien. Estaba muy oscuro. Ni Luna había.

—¿Entonces cómo hicieron para destriparles la cabeza? Los cascos que andan llevando la mayoría de los polis motorizados son de metal. Si no de metal, de un material parecido. Resisten incluso plomazos a quemarropa — dijo Bernardo, acordándose la vez en que le disparó unos tiros a un agente cubierto con un yelmo, y los proyectiles solo habían salido rebotando sin hacerle daño.

—Primero se los quitamos.

—¿Cómo hicieron?, ¿no me vayás a decir que los perros se los dejaron quitar tranquilamente!

—No, hombre. Es que primero los tumbamos al suelo.

—¿Con qué?, ¿con una cachetada en la mejilla, igual que las mujeres? Me acabás de decir que ustedes no llevaban pistolas.

—Con unos garrotos. Con unas trancas del grueso y tamaño de un bate de béisbol, que hallamos a buena hora por ahí botadas. Cabal estaba la mancuerna, como si alguien las hubiera dejado a propósito. Las levantamos procurando no hacer mucha bulla, nos acercamos a los perros y, a los dos al mismo tiempo, les dimos un solo porrazo fuerte en la nuca. Tan duro que a éste —miró y señaló a Ebers— se le quebró el palo en dos pedazos. A mí nada más se me astilló un poco por el lado que lo tenía agarrado. Con uno tuvieron. El estacazo fue rico de veras. No dijeron ni pío. Simplemente cayeron al suelo a la par de las llantas.

Bernardo se imaginó el garrotazo en el cuello frágil, una de las partes del cuerpo más débiles. Un golpe ahí, bien dado, incluso con la mano, y el cliente caía al piso, dormido, prácticamente. Y el palo partiéndose. Un pedazo volando por allá y el otro quedándole en las manos a Ebers, que tal vez se había puesto a reír. El batacazo ha de haber sido compacto, sin duda. ¡Pobre cerviz la de esos desgraciados cerdos! Todo por una simple cagada. *Ja ja ja*, se carcajeó el malhechor. *A algunos policías quizás se les había olvidado que se les pagaba para salir a cuidar las calles, no para hacer caca*, pensó, con ganas de reírse de nuevo.

—¿No los vieron?

—Si no los hubiéramos visto, no los hubiésemos reventado.

—Ellos a ustedes, estúpido.

—Yo creo que no. Ni vieron de dónde les cayó el bastonazo, a menos que

tuvieran ojos atrás —respondió Rolling—. Cuando vinieron a sentir, si es que sintieron algo, ya les había caído el gran leñazo encima. ¡Pum! —Manzana de Adán se golpeó la palma de la mano— se desplomaron redondito. Uno cayó de espalda y el otro de bruces. Yo no sé por qué uno se fue para adelante y el otro para atrás, si a ambos les dimos de la misma manera. Con los ojos en blanco, supongo. En el suelo, bocabajo, le dimos vuelta al otro, al que quedó viendo para el cielo, inconscientes, yo digo que ya estaban muertos, les arrancamos los cascos y les aplastamos las cabezas.

Cabrones más locos, murmuró Jeser, refiriéndose a Ebers y a Rolling.

—¿Qué?

—Nada ¿Y no los vio nadie?

—Solo que el Diablo —dijo Manzana de Adán, riéndose—; no había ni un alma.

—Acordate que en ese lugar nunca pasa nadie —dijo Ebers.

Bernd asintió.

—Si esos polizontes andaban por ahí porque habían ido a dar su cagadita —dijo Rolling—. No por otra cosa.

—Además, era muy de madrugada —dijo Ebers.

—¿Seguro? —preguntó Pelado Bernd.

—Segurísimo —dijo Manzana de Adán.

—¿Qué te preocupa ahora? —le preguntó Ebers.

—Solo les preguntaba —contestó Bernardo, moviendo la cabeza. En realidad, únicamente les estaba preguntando. Lo que quería era que la plática no decayera, puesto que se sentía con ganas de hablar, lo que no le pasaba muy seguido. Se imaginó que uno de los dos le iba a hacer la consulta que le hizo Ebers. —. ¿Y las motos?

—Allá quedaron tiradas.

—Se hubieran remolcado aunque sea una.

—Eso planeamos hacer.

—¿Qué pasó?

—No servían.

—Yo me subí a una de esas mierdas después de que echamos los polis al carro —dijo Rolling que, una vez hubieron matado a los elementos de la ley, había ido corriendo a traer el automotor que habían dejado en la otra calle —; pero no arrancó la cochinita.

—No sabías usarla —le dijo Jeser.

—Sí sé —afirmó Manzana de Adán, que hacía poco había aprendido a

manejarlas —. Es lo mismo que andar en bicicleta. Lo que pasa es que esas babosadas son contra robos. Por más que intenté no las pude encender ni mucho menos mover. Las ruedas de esas putadas estaban como trabadas. No daban vueltas ni para atrás ni para adelante. No porque se veían bonitas. Con una pintadita de otro color y nadie hubiera creído que eran de la Policía.

—La hubieran subido al carro.

—La encaramamos, no obstante, se nos cayó en el camino. En la primera vuelta que dimos. Dio en unas láminas y unos pedazos de vidrios haciendo un gran ruido. Pensamos bajarnos a recogerla y subirla de nuevo, pero los chuchos cabrones empezaron a ladrar cuando oyeron el crujido, y mejor preferimos salir hecho un pedo.

—¿No la amarraron?

—No.

—¡Es que sí son pendejos! —exclamó Bernd, moviendo la cabeza con incredulidad —. ¡Solo a ustedes se les ocurre no maniatar esa babosada!, ¡con razón!

—No teníamos con qué —se justificó Rolling.

—La hubieran afianzado con las cintas de los zapatos, aunque sea.

Ebers y Manzana de Adán se miraron el calzado.

—La próxima vez sean más vivos —dijo Pelado Bernd, volviendo a meter las placas policiales en la caja del salpicadero.

Los elementos investigadores Roberto Jubal y Obed Alexánder llegaron al día siguiente a las diez y media de la noche a la calle del Cementerio. Hora treinta minutos antes que ayer. Yobani Uriel andaba afuera de la ciudad. Temprano en la tarde del miércoles tenía que presentarse a una reunión de las policías regionales donde los puntos que se iban a tocar estaban, entre otros temas, la cuestión del narcotráfico y el lavado de dinero, ilícitos que, sobre todo el blanqueo de capitales, se había disparado en los últimos meses de manera preocupante. No hubiera querido ir, puesto que no quería perder detalle de la investigación; pero era un compromiso que había adquirido semanas atrás de que lo acreditaran al CASO 2. Pensaba, si se podía, acudir al congreso solo la primera fecha. De hecho, ya había efectuado los trámites para que otro policía lo reemplazara la segunda jornada.

—Ya saben, tengan cuidado —les advirtió Yobani a los detectives antes de salir de viaje a la asamblea —; no se vaya a dar cuenta ese loco que andan tras sus huellas, porque entonces no les va a perdonar la vida. No se sumen

ustedes a las estadísticas por un simple descuido. Ante cualquier situación en la que miren que pueden llevar las de perder, váyanse. Mejor que digan aquí corrieron, que aquí murieron.

—Tranquilo —le dijo Jubal al verlo preocupado.

—¿Cuándo vas a regresar? —le preguntó Alexánder.

—Mañana mismo.

—¿Qué no era una reunión de tres días?

—Cómo no, pero yo solamente voy a estar uno ahí. Ya arreglé eso. Otro compañero se va a quedar en mi lugar.

Sin dejar de indagar ni un momento, para entonces los detectives de la DPP ya tenían la seguridad de que Bernardo Jeser llegaba casi todos los días a la casa pública en su nueva dirección. Era raro que no llegara. Se había vuelto su segundo hogar, mejor dicho, su segunda guarida, después de La Atalaya, donde, cuando no estaba matando, se la pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo, reposando en la cama de cartón para estar descansado en la noche. El delincuente solía presentarse por lo general al empezar a oscurecer. Aparecía sin compañía. Según un informante, una mujer, una tan sola vez lo habían visto aparecer escoltado por otro sujeto con cierto aire de boxeador con el pelo revuelto algo largo y mostacho tupido, cuyo nombre se le olvidó por lo singular. Por la descripción breve que hizo del tío, los policías asociaron que era Rolling. Igualmente se iba solo, cuatro o cinco horas más tarde. De seguro pensaba que era preferible así. Andaba desarmado aparentemente. Como consciente de que quien nada debe nada teme.

La joven, que tenía las orejas llenas de aretes, nunca le había visto una pistola, lo que no le sorprendió, ya que no se permitían que los clientes entraran armados al establecimiento. En el interior de Las Doce Horas había por lo menos cinco avisos de PROHIBIDO PORTAR ARMAS ADENTRO colocados en lugares visibles. Además, aclaró, tampoco lo vio empinarse una cerveza, por lo que muchos parroquianos lo consideraban algo raro. Se suponía que uno iba a esos sitios a beber. A echarse una su puta, es cierto, pero también a refrescarse un poco el gollete con alcohol. *Y Bernd no pasa de beberse una soda*, dijo la chica, cuyo trabajo principal estaba detrás del mostrador, por lo que el contacto que había tenido con el asesino en realidad era escaso. *Unas cuantas veces he platicado con él*, expresó ella, *y poco tiempo en todas las ocasiones. Un par de minutos a lo sumo. Nada más.*

—¿Pero sí ya se ha acostado seguido con él? —inquirió Roberto.

—No. En realidad, ninguna.

—¿Por qué?

—No me lo ha pedido. No porque me gustaría.

Dijo que era precisamente por su sobriedad que las chicas lo preferían más a él que a los otros clientes. Muchos hombres se seguían equivocando al tratar de impresionar a una hembra con una botella en la mano. Las trataba mejor. En la cama y fuera de ella. En todo sentido. Las respetaba, además. Nunca le tocó los senos a nadie. Jamás le manoseó el trasero a ninguna. El *policida* era un caballero con las meseras. *Incluso hay unas que están locas por el tipo*, dijo Estrella Soledad, joven de piernas y brazos largos y sonrisa tímida, que aparentaba tener diez años menos de los que tenía en realidad, que eran 25. Parecía de 15.

Adentro Bernardo tenía su lugar favorito. Se estaba allí invariablemente. Rara era la ocasión en que no ocupaba ese sitio. Una mesa que se hallaba al lado de una de las ventanas que daba a la calle del Cementerio y de una puerta de madera que llevaba a una cocina que solo servía de pantalla y, a continuación, unos cuantos pasos más adelante, a un sótano con salida a un costado del edificio, por un taller de fotocopiadoras y un ciber café que era atendido por un tipo anoréxico. Medio mundo sabía a donde lo podía hallar.

No le gustaba estar solo. Por más que estuviera de mal humor, triste o decaído, con frecuencia se hacía acompañar de alguien, generalmente de un compinche. Cuando Ebers, Rolling o cualquiera de los otros bandidos no habían llegado o no llegaban, llamaba a una de las trabajadoras del local para que se estuviera con él un rato, aunque de sus bocas no saliera palabra alguna.

Siempre que entraba, así no tuviera ganas de tomar nada en ese momento, pedía una Coca Cola —Jeser de forma repetida tomaba Coca Cola. La *coca* le deleitaba. Su ración diaria era de dos litros. Para sentirle más gracia se la bebía despacito, trago a trago. Se tardaba hasta diez minutos en acabarse un envase de tamaño normal—, cuya botella tenía cuidado de agarrar con una servilleta por eso de las huellas. Después de paladear la soda con su típica lentitud, se ponía a comer algo de fruta: guineo, manzana o sandía, que le gustaba con la pulpa rojita y azucarada. Si la masa no estaba como le agradaba, exigía que le trajeran otra. Por último, sacaba una golosina del bolsillo del pantalón —todo el tiempo andaba cargando caramelos en la bolsa— y se lo echaba al hocico y empezaba a masticarlo con gran deleite. *Ese Bernd* —le dijo la confidente a Urbano en otro encuentro— *no deja nunca sus dulces. Parece un niño de cinco años.*

Todos llevamos un niño adentro, pensó Cerritos. Él, por ejemplo, como en

el tiempo que andaba por los doce abriles, se alegraba bastante todavía al acercarse la navidad. Igualmente, lo mismo que antes, cuando compraba un par de zapatos no se aguantaba por estrenarlos. O un pantalón o una camisa.

Las golosinas recubiertas con miel y chocolate eran sus preferidas. También las de menta. Acaso tuviera mal aliento.

Usando la misma calle que la víspera, llegaron despacio y se quedaron en el lugar en el que habían permanecido ayer. Obed sacó el papel con el dibujo del retrato robot de Jeser y, arrellanándose en el asiento, se pusieron a esperar con paciencia, característica que todo detective debía de tener casi por ley. Tal vez se le aceptara que careciera de otra, menos esta cualidad. Un elemento investigador podía ser el más bueno en su área, pero si le faltaba la tolerancia de la que hacía gala la gallina clueca, era por gusto. No servía de mucho. Y, entonces, lo separaban. O, sin más explicaciones, no era tomado en cuenta.

Cristales había tenido ese problema al principio. Tenía el defecto muy marcado de que era demasiado ansioso. Cuando lo mandaban a vigilar a un delincuente, al primer día quería controlarlo y, de ser posible, agarrarlo. No podía evitar ser de otra manera. No obstante, viendo que era un detective brillante, quizás el más brillante de todos, lo habían admitido con la condición de que se sometiera a terapia durante seis meses para que controlara la ansiedad. Y allí estaba, con la traba prácticamente superada en un buen 90/95 por ciento.

—A ver cómo nos va ahora —dijo Roberto, notando que había más movimiento que el día anterior.

Los clientes entraban y salían; pero eran más los que ingresaban al establecimiento.

—A ver —dijo Alexánder, también más confiado.

—Si la última información que le dio Brenda —era el nombre en clave de la informante— a Cerritos es cierta, el psicópata tuvo que haber venido hoy.

—Si no ha llegado ahora, va a venir mañana. El tiempo es largo.

—No si en las horas venideras se le ocurre a esa bestia matar a otro compañero. Si sigue con los asesinatos.

Álex se quedó pensando un momento. Apenas dos días atrás habían aparecido los últimos agentes lapidados. Apedreados y carbonizados. Tenían que apurarse. No se refería a eso, sino a que ellos lo iban a perseguir todos los meses que fuera necesario, incluyendo los sábados y los domingos, y las fechas festivas, cualquier día, hasta ponerle las esposas, que hoy eran de plástico. *Había que meter quinta*, tal cual le gustaba decir, puesto que, por lo

visto, el sujeto iba a continuar con su cacería. Nada indicaba lo contrario. La media de un homicidio diario se mantenía inalterable. El policía se preguntó quiénes serían las próximas víctimas de Bernd. Las víctimas directas y las indirectas, *aunque no tan indirectas*, se dijo. Esposas, hijos, madres, hermanos, abuelitos sufrían tanto como el asesinado. Tal vez más. *Este loco tiene que pagar todo lo que le ha hecho a la pobre gente*, juró en voz baja.

La orden era agarrarlo vivo, empero, sino se podía, muerto lógicamente. Parras prefería cogerlo con vida para que sufriera en la cárcel lo que estaban soportando los parientes de los agentes que había matado. No es que le deleitara ver sufrir a las personas, pero con este tío era diferente. Lo único malo, pensaba, es que la penitenciaría no va a ser castigo preciso para este perturbado. Por el daño inmenso e irreparable que había causado, incluso iba venir siendo como un regalo. No digamos la silla o la inyección, que solo mataban, mas no hacían padecer, que era lo que Obed sentía que se merecía el bandido escurridizo.

—Ojalá que no —dijo Alexánder.

—Dios te oiga. Para serte sincero, estoy un poco preocupado. No por mí, sino por mi familia; mi madrecita, mi mujer... No es miedo, sino preocupación. Mortificación por los míos.

Álex era presa de un sentimiento parecido, pero no dijo nada.

El portón verde se abrió y una camionetilla blanca salió a la calle sin detenerse, doblando a la izquierda y pasando a la par del automóvil de los detectives. Pasó de largo, como si no los hubiera visto.

—Es la misma de ayer —comentó Jubal, pensando todavía de qué manera se las arreglaría su familia si llegara a faltar él. Con seguridad se la verían a palitos. La pasarían negras.

—Es la Ford Escape de ayer —dijo Álex, asintiendo y siguiéndola con la mirada —. Placas particulares 418, 132.

—Clientes fieles.

Salieron dos carros más, uno detrás del otro, pero agarraron rumbos distintos. La mayoría de los autos tenían los vidrios oscuros. No se lograba distinguir si el que iba manejando era hombre o mujer, joven o viejo. Un tercer coche, también polarizado, venía bajando y, disminuyendo la velocidad, entró al local, tras lo cual el vigilante volvió a cerrar la puerta.

El hecho de estar llegando seguido al mismo lugar los hacía dudosos de forma automática, no importaba que anduvieran de paisano. No solo para los proscritos, que, siempre huyendo de la ley, recelaban hasta de los gatos, sino

para toda persona. Los tiempos eran apropiados como para desconfiar del mundo entero. Sospechosos de ser cualquier cosa: policías —si uno andaba en pasos malos—, ladrones, secuestradores —si uno era un hombre honrado.

A Obed le había pasado en una ocasión. No como agente. Como civil. Meses antes de que entrara a las filas de la corporación. Cada vez que se acordaba de la escena le daban ganas de reírse. Aunque en aquel momento no le había dado risa. Sino miedo de primero y luego una especie de cólera. Tenía entonces diecisiete años y medio. La época en que las hormonas andan bastante alborotadas. Había llegado por tercer día consecutivo a rondar la casa de una muchacha que le gustaba y quien no le correspondía del todo; pero algo había dejado entrever. De modo que el chico seguía insistiendo. Se abocó alrededor de las tres de la tarde a la vivienda de Claudia, que quedaba en bajo. Álex llevaba unos veinticinco minutos esperando a que la joven saliera, cuando, por el lado de atrás, se le acercó un individuo bien serio cargando en el hombro un hacha.

—Buenas —le dijo el señor medio calvo y barbado, apretando el mango con fuerza, listo para descargarlo.

Álex se dio vuelta lenta y despreocupadamente, pues nunca se había imaginado que por andar detrás de una mujer le fueran a rajarle a uno la cabeza. Una señorita sin compromiso, por supuesto, no casada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le siguió preguntando el hombre, que vivía a la par de la casa de Claudia y que tenía un taller de estructuras metálicas algo grande, al que no hacía mucho se habían metido los ladrones y sustraído soldados, cajas de sierras y otras herramientas. Parras lo conocía de vista y, por los comentarios de la gente, sabía que era trabajador capacitado.

Al llegar, el dueño de la fábrica tenía agarrado el mango del arma blanca con una mano; pero, ahora, al hacer la segunda interrogante, ya lo había afianzado con las dos. Las intenciones del vecino de la muchacha eran claras.

—Nada —le dijo Obed, mirando nervioso el hacha, que brillaba en el lado del filo.

—¿Nada? —le preguntó el señor, pasándose el utensilio al otro lado y mirándolo de arriba abajo.

—Sí, nada.

—Es la tercera vez que te veo parado aquí en esta semana.

—Vengo a ver a Claudia; la muchacha de ahí abajo —le explicó Alexander señalando la vivienda de la joven, que justo en ese instante había salido, aclarándose todo.

—Disculpe —se excusó, ya más relajado, igual que Álex, el sujeto, que había pensado que se trataba de otro ladrón que también le quería robar.

Pero Cristales y Parras sabían que ayer nadie los había visto, por lo tanto, ninguna persona que los viera esta noche podía desconfiar de ellos. Sería la primera vez que los mirara. En todo caso, si alguien llegaba y les preguntaba qué hacían ahí, ya conocían lo que tenían que decir. Que nada más estaban dejando pasar un poco el sueño.

La puerta principal de Las Doce Horas se abrió y cerró varias veces en los siguientes minutos. Trabajo que ejercía un tipo sin barriga y con chaleco idéntico al que usan los periodistas. Un tipo de un metro ochenta y ocho de estatura. Moreno, pelo corto parado y no tan mal encarado como podía pensarse. Es más, de lejos se veía educado, de buenos modales. En realidad, les sonreía a los clientes. Era igual con todos. Tenía una sonrisa que contagiaba. No era el guardián del día anterior. Se parecía, pero no era él. El de la otra noche era más bajito, blanco y usaba lentes. No por lujo, sino por necesidad. Se notaba. Y se reía menos. Con unos pocos. Quizás solo con aquellos con los que calculaba que podría sacar algo. Un tío interesado. De seguro alguien le había dicho que si no se hacía de amigos pudientes se iba a pasar la vida trabajando de vigilante ganando únicamente para medio irla pasando.

La gente entraba y salía con naturalidad a la casa, la única que mantenía actividad en los alrededores toda la noche. Clientes de antaño. *Como el de la camioneta blanca que se acaba de ir*, pensó Roberto. Usuarios viejísimos, no viejos. La verdad era que los había de todas las edades. Incluso individuos que uno no creería, por su edad avanzada, llegaban a echar un polvo. Mejor dicho, a intentarlo. A los ochenta años ya no era lo mismo que a los cuarenta. Vestidos de diversa forma: saco y corbata; con ropas casuales. Algunos hasta con “shorts” y camisetas desmangadas. Lo importante era la diversión, la indumentaria era lo secundario.

Unos parroquianos llegaban solos; otros, acompañados de un amigo o una concubina sonriente. Todos los que los policías vieron entrar iban sobrios. La mitad de los que salieron venían borrachos, la mayoría hombres. Solo una mujer apareció un poco mareada. De seguro sin un cinco en la bolsa. O al menos con una mengua considerable de billetes en la cartera. Estos lugares eran para gastar el dinero. Para guardar, los bancos. Jubal y Parras observaron movilizarse aproximadamente medio centenar de personas. Sin embargo, de todas ellas ninguno se parecía ni por cerca a Pelado Bernd.

El matón de cantina miró una vez para el lado en el que estaban los elementos investigadores. Pero no dio muestras de haberlos visto. El vehículo en el que en esta ocasión viajaban era completamente oscuro. Nada de ribetes. Incluso los rines eran negros. No por gusto en la Policía le habían puesto el apodo de Coche Fúnebre o el Cuervo.

Obed comparaba cada vez el retrato robot de Bernardo con los clientes que salían o llegaban caminando. Con los que aparecían en carro con los cristales oscuros subidos, se mantenía pendiente de las características generales de la máquina. A eso de las once y cuarto los consumidores dejaron de salir del recinto. Brenda había dicho que el asesino permanecía en el lupanar, de cuatro a cinco horas, y que después agarraba camino. De modo que más o menos una hora antes de la medianoche partía de ahí. Pasaron por lo menos veinte minutos para que volvieran a ver surgir a alguien del edificio. Una pareja ya mayor, que a Cristales le recordaba a sus abuelitos, que se estaban muriendo. A la abuelita se la estaba acabando el Parkinson y al señor el Alzheimer. Las medicinas ya no les hacían ningún efecto. La verdad era que nunca les habían hecho nada. O si les hicieron fue mínimo, tanto que ni se notaba.

El Alzheimer y el Parkinson eran dos enfermedades degenerativas terribles. La gente le otorgaba esta calificación a otras, al cáncer o al sida, pero aquéllas no se quedaban atrás. Además, no tenían cura ni se controlaban, así se les diagnosticara y tratara a tiempo. Al paciente que le daba, cada día se ponía peor hasta que, por fin, vencido, la salud diezmada seriamente, sucumbía.

Para Roberto era un golpe duro, y prefería mejor no acordarse del padecimiento de Roberto y Bárbara Candelaria.

—Dos cosas —comentó ansioso Jubal —; o ese sujeto la ha olido o ya no viene tan seguido por estos lados.

—Brenda dice que llega todas las noches, sin falta.

—Pero acordate que ella está descansando. Hace una semana le dieron las vacaciones anuales. Se va a presentar dentro de quince días.

—¿Qué no son dos semanas las vacaciones?

—A ella le dan veinte días. Ya sabés, la clase de trabajo. Muy agobiante. Quiere decir que lleva casi una semana de no saber nada de lo que pasa en el puterío. Si la cosa sigue igual o no, si han llegado clientes nuevos, si han dejado de ir otros, etcétera. Bernd quizás esté entre estos últimos.

—Ahorita es muy apresurado sacar conclusiones —le dijo Alexander —. Apenas estamos empezando a seguirlo.

—Ya son dos días, quiero decir dos noches, que llevamos aquí y aún no lo

hemos visto. ¿No te parece un poco extraño?, sobre todo si el tío no sabe faltar. A mí se me hace que ese cabrón o la ha olido o alguien le fue con el cuento. Alguien le ha dicho que andamos tras él y se ha ido al carajo, dejándonos acá como si fuéramos un par de perfectos pendejos persiguiendo duendes.

—Supongamos que así haya sucedido, que ya sepa que lo buscamos y se dio a la huida, ¿quién fue el que le dijo? A mí no se me ocurre nadie. No hay indicios de que el tipo tenga algún policía conocido, menos amigo. Para vos, ¿quién habrá sido el soplón?

—La fuente de Yobani Uriel.

—¡Brenda!

—Ajá.

—No creo.

—¿Por qué no creés?, ¿qué te hace pensar, estar tan seguro, porque te veo convencido, de que ella no nos traicionaría diciéndole nada a ese asesino? Yo no lo estaría tanto, de hecho, no lo estoy, e incluso...

—Se ve honesta —dijo pensativo Alex—. Muy honesta. Sincera. No me la imagino haciéndola de traidora. Yéndose de la lengua. Se conoce a la gente con solo verla. No te digo que metería al fuego las manos por ella, pero sí me inspira confianza. Lo mismo dice Yobani, que la chica es de fiar. Y yo estoy convencido de que sí. Lo que pasa es que vos todavía no le has hablado. Me refiero con un poco más de camaradería, no con la frialdad y el laconismo del interrogatorio. El día que le hablés familiarmente, y Brenda a vos, y la conozcas mejor, te vas a dar cuenta de que podemos confiar en que va a mantener cerrados esos labios sensualotes que tiene.

—Me extraña, compañero. Como si no hubieras visto suficientes cosas ya para dudar de quien sea. Inclusive de tu nana.

—Es que la siento demasiada cabal.

—¿Será que te has enamorado de ella, Parras? Es hermosa.

—Ja; no se trata de eso. Es guapetona, pero no es eso. Estoy persuadido de que Brenda es de aquellas personas que saben quedarse calladas cuando deben hacerlo. Que cuidan el secreto de otros muy bien. Con el mismo celo con el que protegerían el suyo. Cualidad, por cierto, bastante rara. Quizás un individuo en un millón es así. El resto no le han acabado de decir una confidencia, y ya se la ha ido a contar a otro.

—Pero si ella es reservada, entonces, ¿cómo te explicás el hecho de que esté delatando, en el entendido de que sea cierto lo que dice, a Bernardo?

—Es distinto...

—Si ha traicionado a aquel, nos puede traicionar a nosotros. No veo por qué no.

—Bueno...

—¿Cuándo van a empezar a desplazar a los demás equipos? —preguntó Roberto después de un minuto en que se quedaron callados.

—Tengo entendido que mañana.

—Ahora los tuvieron que haber desplazado —dijo Roberto, cada vez más convencido de que Brenda había puesto al tanto de la búsqueda al delincuente, y que este se había dado a la fuga hacía ratos, dejándolos a ellos aguardando ahí como un par de idiotas, como invitados de honor a la cena de gala sin tarjetas de invitación, de seguro haciéndoles mofa al tiempo que los insultaba abiertamente —. Mañana puede ser muy tarde.

—Estoy de acuerdo con vos. Yo le dije lo mismo a Uriel, pero me explicó que él no podía hacer nada. Que eso no estaba en sus manos.

—¿Qué habrá pasado? Se supone que esto es una emergencia.

—Parece que es cuestión de ajustes. Tienen que acomodar a los policías. Ya sabés que no se pueden dejar tirados los casos que van avanzados. Tal vez los que se acaban de empezar, pero no los que ya adelantaron bastante.

—¿Desde cuándo? —le preguntó Jubal haciendo una mueca de cólera — ¿desde cuándo no se pueden dejar botados? Acordate la vez que me quitaron de las manos la investigación de Sydney Stanley, el Tóxico. A ese delincuente con patas de elefante y cara de boa ya casi lo tenía cogido y aun así me sacaron del caso. Una mierda. Poco me faltó para pedir la baja en esa ocasión. Solo porque necesitaba el sueldo. Si no hubiera sido por el salario, renuncio.

—Sí, me acuerdo. Sin embargo, el nuevo director quiere cambiar eso. Hoy, a menos que sea absolutamente necesario, no te van a remover.

—Vamos a ver si es cierto.

—El hombre viene con todo.

—Así es al principio. Como si de veras. Pero después todo sigue igual. El desorden; las llegadas tardes. Cada quién hace lo que le da la gana. El asunto es que los directores, antes de obtener el puesto, han sido parte de ese relajó y, ahora de jefes, ¿cómo les van a exigir a los subalternos que tienen que acatar las reglas cuando ellos mismos no las cumplieron antes? La situación va a empezar a cambiar de verdad el día en que llegue un director de afuera, para que tenga cara con qué reclamar. Y que no tenga amigos, porque ese es otro problema. Nadie va a ser tan exigente con los amigos.

—A propósito, ¿cómo salieron con el Tóxico?

—¡Y no lo perdieron, pues! El muy infeliz se les fue de las manos. Supuestamente ya lo tenían acorralado. En un cuarto de un mesón. Lo estuvieron llamando y, al ver que no salía, ingresaron a la fuerza tumbando la puerta de madera. Era de esas posadas viejísimas, de los tiempos de mi bisabuela. De modo que, aunque la portezuela era de tabla dura, de roble, no les costó botarla. Al primer golpe se fue abajo. ¿Y qué creés que pasó cuando entraron?, ¿con quién te imaginás que se encontraron?

—¿Con quién?

—¡En vez de toparse con el Tóxico, se hallaron con una perrita que acababa de parir seis cachorritos!

—¡Ja ja ja!, ¿no se encontraba ahí, entonces?

—Cómo no. Escapó por el techo. Mucho lo pensaron para entrar.

—Si estaban seguros de que el tío se escondía en ese lugar, tuvieron que haber entrado sin andar pidiendo permiso. Tratándose de un delincuente como él.

—Eso digo yo. Me acaban de decir que después de que metamos preso a Bernd voy a volver a trabajar con el caso del Tóxico. A empezar de cero prácticamente.

—Suerte, hermano.

—Tal vez me querés ayudar.

—No sería malo, pero no es cosa mía.

—Le voy a decir a Eric.

—Primero lo primero. Ahorita pensemos en Pelado Bernd.
Cristales asintió.

Se quedaron callados un momento, oteando el panorama que, a medida que la noche avanzaba, fue tomando el aspecto típico de un lugar abandonado. Como a los cinco minutos de haber dejado de hablar, una figura que se tambaleaba a media cuesta atrajo la atención de Roberto y Obed. Se enderezaron, atentos. Los dos pensaron de inmediato en Bernardo. Ni por cerca. Era un borrachín. Un hombre bajito, regordete, mofletudo, desgreñado, con la camisa de fuera, el pantalón abajo de la cintura. A Jubal le recordó al hermano de su padre. El parecido con su tío German era sorprendente. El hombrecito venía hablando solo, de seguro locuras, igual que muchos alcohólicos.

—Un borracho —dijo Alexander.

—A seguir la merluza aquí viene.

Sosteniéndose sobre sus piernas débiles a como podía, el beodo llevaba la frente raspada y embadurnada de sangre. Plasma fresca. El flujo además le había teñido casi todo el pecho de la camisa, la corbata y parte del pantalón, que llevaba roto de las rodillas, por cuyos agujeros se le veían también dos grandes heridas coloradas.

Si bien desordenado y visiblemente extralimitado de tragos —a cada paso daba la impresión de que ya se iba a caer—, y a pesar de que andaba sin zapatos y solo un calcetín abierto de la punta, por donde se le salía el dedo gordo, se notaba que el hombrecito no era un dipsómano de cantinas baratas, sino un cliente de bares exclusivos, de esos consumidores que la propina que dejan es el doble de lo que pagan por el servicio que les han dado. Por encima se le veía lo potentado.

—Uno de esos clientes ricachones —dijo Álex.

—¿No será el de la Ford Escape?

—A saber —dijo Parras moviendo la cabeza—. Aunque no creo. Viniera en el vehículo, no a pie.

—Se lo habrán robado.

—También lo hubieran matado. Los ladrones roban el coche y matan al conductor la mayoría de las veces. O por lo menos lo habrían ido a dejar tirado lejos, no aquí cerca.

—Tal vez fueron principiantes. Cacos que empiezan a hacer sus pinitos.

Los policías lo vieron aproximarse más y se rieron levemente cuando el ebrio casi se escapa a despeñar otra vez.

—¡Vaya —dijo Cristales—, miren lo que hace el vicio!

—El vicio no —le corrigió amablemente Obed—; el alcohol.

—Ese tío se ha terminado por lo menos una caja él solo.

—Ha de haber barrido con media bodega de la cantina.

—Mínimo.

El bolo, que no entró a Las Doce Horas, como pensaron los detectives, cerca del automotor de éstos, por el lado izquierdo, ya no pudo dominarse más y cayó embrocado, dando con la nariz en un tronco que se encontraba en la orilla de la calle. Apenas gritó, de tan borracho. No hizo el intento de levantarse y, casi al instante, con una cara de felicidad, se quedó dormido completamente.

Alexánder movió la cabeza volviendo a mirar la puerta del lupanar. Ahora eran dos vigilantes los que estaban abriendo y cerrando el portón. El que acababa de llegar era el custodio que habían visto el día anterior. Se

acordaban de su rostro. A Roberto le pareció oír roncar al ebrio, pero solo era su imaginación.

—Creo que ya es hora de que nos vayamos —dijo Parras, poniendo el retrato robot en el asiento de atrás, debajo de una revista de vehículos modificados—. Mañana será otro día.

Jubal asintió, hizo las mismas maniobras de la víspera y, cada quien sumido en sus propios pensamientos e ideas, volvieron a la oficina pasada la medianoche.

—Me voy pichoncita (a Penélope Galilea no le gustaba mucho que su marido le dijera así, puesto que, con cuarenta y tres años y nueve meses, ya no se creía tan jovencita, no obstante, en vista de que a él le encantaba, no le decía nada. Después de todo se lo formulaba con cariño) —le dijo Lázaro Balmore a su bella esposa, dándole un beso de despedida en la mejilla, como siempre que salía para el trabajo o para otro lugar —. Vendré mañana temprano.

—Cuidate —le dijo ella, agarrándole los dedos con suavidad y delicadeza, al igual que cuando eran novios, y asimismo besándolo, pero no en el cachete, sino en los labios —. Sabés que te queremos mucho. La niña y yo.

—Yo también las quiero. A vos y a la nena. Sin ustedes ya no podría vivir. Son mi...

Se calló. Penélope estaba llorando. Galilea lloraba cuando su compañero le decía ese tipo de cosas, por eso era que, para ahorrarle “sufrimientos”, casi no se las expresaba. Era demasiado susceptible. No como su madre o su padre, sino como su hermana mayor, que suspiraba por todo —la luminosidad carmín que precede al surgimiento del Sol era suceso suficiente como para hacerla sollozar—. Pero a Lázaro le gustaba. Se sentía más querido. Y para el jefe policial nada mejor que sentirse amado. Y más por la persona que uno tanto quería en la vida.

En cuanto al amor, Balmore no se quejaba. Adoraba y lo adoraban. No todos tenían esa suerte. Eran pocos. Una mujer idolatraba a su pareja, pero éste no soñaba con ella. O al revés. El hombre se hallaba enamorado de su hembra, sin embargo, la chica deseaba a otro. En cambio, él no. Veneraba y era correspondido. Y bien. Lo percibía. Lo vivía a diario, pues su consorte era de lo más expresiva.

Lázaro volvió a besar, hoy en la frente fresca, pero siempre con la misma efusividad y cariño, a su compañera de veinte y tantos años, agarró la pistola de servicio, de la Policía, de la gaveta de la mesita que permanecía al lado de la cama extramatrimonial, regalo de su madre —su progenitor había muerto a la semana de que se casara—, se la metió debajo de la camisa y, así, armado, salió a la calle iluminada por la Luna, donde, apoyado de espaldas a un muro que estaba enfrente, un hombre joven vestido de paisano, que se entretenía con

una pelota de goma, lo esperaba. En el instante en que Bruce de la O, el agente motorista y a la vez su escolta desde antes que lo transfirieran a la delegación de Jaquetón, lo vio aparecer por el vano, todavía arreglándose el pelo negro, fue a su encuentro a paso vivo, lo saludó quitándose la gorra que llevaba puesta, muestra de respeto que el oficial detestaba de la vida policial, así como muchas otras, y a continuación le abrió la puerta delantera del copiloto para que se subiera. Balmore, tal cual hacía de forma invariable, le devolvió la cortesía con un movimiento de cabeza, subiéndose al vehículo cuyos asientos estaban helados. Ese viernes había sido un día en especial frío. La temperatura andaba por los cuatro grados centígrados. El pronóstico era que se mantendría ese tiempo hasta el próximo lunes. ¡Con lo que Lázaro aborrecía este tipo de clima!

El muchacho, de piel morena y cabello rizado corto que de igual manera andaba llevando su respectiva arma, un revólver Smith and Wesson Chief's Special que había usado solo en una oportunidad, cerró la puerta, rodeó la parte delantera del automotor y asimismo se subió no sin antes echar una última mirada alrededor, medida que había empezado a ensayar a los pocos días de haberse incorporado a la Policía. El carro arrancó, fueron dejando atrás el pasaje Casa Blanca, donde el oficial vivía apacible y armoniosamente con su pequeña familia desde hacía unos nueve años, desembocando a la Calle Internacional.

Bruce, después de que vio que no venía nadie ni a uno ni a otro lado, dobló a la izquierda y, luego de andar alrededor de veinte minutos por un tramo de asfalto relativamente recto, bajando la velocidad, tomó un desvío zigzagueante a la derecha y se introdujo a la carretera Circunvalación, calzada que conducía a la de la Autopista, llamada así porque unos doscientos metros más allá, iba a dar precisamente a la autopista, vía moderna de seis carriles, y por eso la gente la identificaba con ese nombre, aunque en realidad se llamaba calle 25 de Abril —la calzada Las Oscuranas, dos cuadras y media adelante, torcía a la diestra, enlazando con ésta—, la misma por la que un momento antes acababa de pasar Bernardo Jeser y su pandilla de delincuentes: Yuri, Rolling, Ebers y el Poeta.

Faltaba un cuarto para las once de la noche.

Esta era la ruta habitual que Lázaro hacía para llegar al trabajo. De día y, como hoy, de noche. También para volver a la casa. Una vivienda modesta, sin lujos, sin ostentación, pero agradable. Nada más dos cuartos, la cocina y un patiecito en la parte de atrás en el cual había una hamaca de tela de tres

colores en la que descansaba cuando gozaba de licencia, y, detrás de ésta, un tobogán de plástico azul y amarillo donde jugaba la pequeña Bessy todas las tardes luego de hacer las tareas que le dejaban en la escuela, un colegio privado al que había ido desde el nivel maternal, prekindergarten, kindergarten... —ya iba a cuarto grado—. Si las cosas no cambiaban, seguiría estudiando allí hasta el bachillerato.

La pequeña de nueve años, que vivía diciéndoles a sus papás que quería tener un hermanito, ya había aprendido la lección: primero los deberes escolares y después el tobogán, las muñecas o lo que quisiera jugar. Pero no lo contrario. Los primeros días había costado, empero pronto comprendió que era lo mejor, pues, con las tareas terminadas, podía disfrutar más el juego, divertirse con libertad, sin estar pensando que tenía que resolver los trabajos extraula.

Baltimore, sentado a la derecha en el asiento del copiloto —por lo común se sentaba atrás— con el cinturón puesto, iba viendo maravillado para todos lados. Para él la mejor parte del día era la noche, especialmente por esa quietud de iglesia que hacía que uno sintiera como que los papeles se invirtieran y fuera el alma el que llevaba al cuerpo y no el cuerpo al alma. Fijando a continuación la mirada adelante en las rayas blancas que dividían la calle en dos carriles, le empezó a decir a de la O sus planes familiares de fin de semana, con ganas de que éste lo oyera, tal vez para suavizar sus culpas. El oficial no dejaba de sentirse culpable cuando, a veces, por cuestiones de trabajo, desplazaba a un plano secundario a la familia.

Ninguno de ellos se lo había reprochado, no obstante, intuía que estaban inconformes con el poco tiempo que les dedicaba.

—Había quedado de llevar ahora a Penélope y a Bessy a la casa de mis papás, pero lo dejé para la próxima semana, para el otro sábado. Bessy se muere de las ganas de ir allá. Quiere bastante a sus abuelos. También ellos la aprecian mucho. La tratan como si fuera su propia hija. Igual que a mi señora. Adoran a Penélope Galilea. Papá y mamá siempre respetaron mis relaciones. Nunca me trataron de elegir pareja. *Después de todo* —me decían—, *ya estás grandecito*. Es otra de las tantas cosas que les agradezco sobremanera. Solamente espero tener la misma actitud con mi peque —acabó diciendo con cierta duda.

En el fondo sabía que no sería así, a menos que el chico fuera cabal, honrado, conforme quieren los papás que sean los novios de sus vástagos. De lo contrario iba a “aconsejar” a Bessy que tuviera cuidado con quien se

comprometía en el aspecto emocional. En otras palabras, que lo dejara, que él no era buen pretendiente para ella.

Al volante del Nissan Sentra rojo con asientos grises, de la O le oía hablar de su familia no sin cierta envidia, envidia de la buena, pues no todos los hombres tenían el privilegio de tener una parentela a la que querer y, además, con la que se llevaba de maravilla. Nada de pleitos; nada de insultos. Completa armonía. El amor que había dentro del grupo era obvio. Lo mismo que con los demás familiares. Su madre —también su padre— tenía excelente química con su esposa, a quien quería con el cariño y la intensidad de un descendiente suyo. *Mucha gente no goza de la misma suerte que disfruta mi protegido*, se dijo el guardaespaldas. Era bastante común que suegra y nuera se odiaran a morir, llegándose a tratar de brujas para arriba unas a otras. Si es que no se agarraban a golpes. Ellas no. Se respetaban y querían como ascendiente y retoño. De hecho, Penélope le decía a la progenitora de su marido, mamá, y ésta a ella, hija. Análogo afecto filial existía entre Balmore y sus suegros. En definitiva, el oficial era una persona afortunada, pensaba Bruce, deseando que igualmente a él le fuera igual de bien en ese sentido.

El jefe de la delegación de Jaquetón siguió hablando con su voz clara y serena, tan serena como para tranquilizar a un histérico en un instante:

—A Bessy le encanta bastante correr con el pelo al viento en medio de los árboles y bañarse en la piscina que hay en la finca de mis padres. En realidad, no es una piscina parecida a la de las ciudades. Es una poza de unos dos metros de honda y agua muy limpia y heladita. Rica. Nunca se aburre de nadar. Prácticamente hay que sacarla de ahí a la fuerza. No es por nada, pero si continúa así, va a llegar lejos como nadadora. Bueno, si es que decide dedicarse a eso.

De la O asintió. Ya la había visto bracear. Un montón de veces. Sin duda la niña era una bañista excelente; dueña de un estilo desenvuelto y efectivo, que es lo que al final hace grande a los deportistas, acuáticos y no acuáticos. La efectividad. No le sirve de mucho a un atleta de cualquier disciplina deportiva ser elegante si no es práctico. Había que ser eficaz antes que otra cosa. La pequeña además era poseedora de una velocidad en la alberca que a Bruce le parecía *absurdamente rápido*. Una rapidez deslumbradora, fuera de serie.

—Igualmente le gusta el piar de los pájaros —continuó comentando Lázaro—; pero, más que nada, le complace tirarles granos de maíz para que vengan hacia ella y tenerlos cerca, tocarlos de ser posible, lo que, naturalmente, no sucede. Esos animalitos son muy ariscos. Es una pequeña muy dada a la

naturaleza. Árboles, agua, aves, esas cosas. Claro, por supuesto que a mí me agrada bastante que se sienta atraída por los elementos. Solo espero...

—Lo mismo que mi hija —lo interrumpió de la O.

—¿También a ella le gustan los animales?

—Sí. Reese se muere por los loros. Por cierto, que la semana pasada le compré una parejita de pichones. Están bonitos, de colores muy vivos. Mañana voy a pasar al mercado a comprarles alpiste.

—Solo espero que siempre sea así —siguió Balmore, retomando la explicación anterior—. Que más grandecita no le dé por irse a meter a las discotecas o pasarse sentada todo el día ante la computadora dañándose los ojos.

—Yo tengo la misma inquietud que usted.

—Bessy Yasmín salió a su mamá. La madre de mi mujer me cuenta que Penélope era igualita a ella. Para su cumpleaños, el próximo mes, me ha pedido que la lleve al Zoológico. No desea una celebración tradicional de dulces y piñatas, sino ir a ver a los animales. Se quiere estar todo el día ahí. Y toda la noche si se pudiera. Eso creo que no va a ser posible. Ya me lo dijo. Ayer, justamente. Lo estoy pensando. Para los chiquillos son importantes las fiestas, para su crecimiento emocional, me refiero. Les ayuda a socializar. Mi esposa dice que sería bueno que la llevemos al Zoo y que también le hagamos una pequeña fiesta.

—Las dos cosas son significativas para los chicos —dijo Bruce, rodando la penúltima cuesta, más empinada que las anteriores. Sin embargo, el carro la subió sin dificultad. Las revisiones periódicas de los mecánicos de la Policía daban resultado. Tenían que darlo. Siempre existía la posibilidad de tener que seguir a un par de delincuentes en fuga o de atender la llamada de emergencia de una víctima de asalto, de un ataque cardíaco o de violencia intrafamiliar, delito este último cada vez más común. Como habitual se estaba volviendo que las mujeres maltrataran a los hombres. Verbal y físicamente. En la Fiscalía había por lo menos una docena de denuncias de maltrato dentro de las familias en dicho sentido.

Había damas que se habían tomado muy en serio lo de la igualdad de género y, con ese pretexto, o más bien agarrándose de dicha equidad, al parecer se estaban desquitando años de tropelías masculinas. Lo raro de esto era que nadie decía nada. Ni Derechos Humanos, que llevaba ratos bajo la dirección de una fémina, ni las organizaciones femeninas. Ni siquiera la prensa, en la que las mujeres ganaban terreno, desplazando a los hombres, le

hacía mucho espacio en sus noticias. Tal vez, después de todo, eso de que unos y otros eran iguales solo era cierto cuando el varón denigraba a la hembra; pero no si era la señora la que humillaba al señor, que se le seguía considerando, contrario a aquellas, a las que no se les podía ni mirar feo por error, porque entonces el universo entero ponía el grito en el cielo, valientemente fuerte, capaz de soportar lo que se le viniera encima, incluyendo, por supuesto, los entuertos mujeriles.

¡Pero a ellas, cuidadito con tan solo dirigirles la vista de un modo desagradable! Pues en tal caso medio mundo femenino protestaba.

En estas cuestiones había mucha tela que cortar.

—Por cierto, está invitado a la fiesta de cumpleaños de Yasmín —asintió Lázaro—. Naturalmente con su pequeña... ¿cómo dijo que se llama?

—Bárbara Reese.

—Con Bárbara Reese.

—Entonces ya decidió que también le va a hacer una fiesta. Me acaba de decir que aún lo estaba pensando.

—Si, me acabo de decidir.

—Gracias. ¿Cuándo va a ser?

—El 27 de febrero.

De la O se quedó pensando un momento, haciendo cuentas. Tenía varios compromisos para el mes de febrero; entre ellos, el más importante de todos, llevar a comer a su mujer el catorce, fecha del amor y la amistad. Anualmente, para esa época, hacía lo mismo. Cenar afuera con ella. Solos. Sin la niña. Sin Bárbara Reese, que dejaban con alguno de los abuelos paternos o maternos. Como en el tiempo que estaban solo comprometidos. Luego de siete primaveras —tres de novios y cuatro de casados—, la comida del día de los enamorados en el restaurante el Sombrerón —llamado así por la forma que le habían dado a la estructura en general, que, en efecto, se parecía bastante a un sombrero—, cuya especialidad era la mariscada, poco más o menos se había vuelto una ley familiar. Pasara lo que pasara, Bruce siempre cumplía con esa norma con religiosidad. No importaba si se sentía enfermo —a menos que fuera de gravedad—, deprimido o cansado —para su señora, aunque lo estuviera, nunca se encontraba rendido.

El catorce del segundo mes de todos los años, de la O no estaba disponible para nada ni para nadie, excepto para su cónyuge Carolina, “Carito”, Isabel, joven de un carácter a la vez exigente y tolerante, lo mismo con sus hijos que con su marido, que le admiraba susodicha cualidad. De la misma manera

actuaba con los amigos.

Además, tenía programada una visita al dermatólogo que, por el trabajo, había venido dejando para después. Hacía poco más de un mes que le habían salido en las pantorrillas unos granos parecidos a las ronchas. Le empezaron como unos puntitos negros, sin embargo, con los minutos, se le fueron haciendo más grandes y rojos. Rojos oscuro. Primero le comenzaron en una pierna, la derecha; luego, más tarde, también le salieron en la otra. Tal vez no fuera nada grave. Quizá solo una simple alergia, pero era mejor estar seguro para evitar complicaciones. *A tiempo todas las enfermedades tienen cura* —le decía su mamá cuando a veces se ponían a platicar acerca de un pariente o un vecino que se estaba muriendo a causa de una enfermedad que se le había agravado por no haberla tratado en el momento que le iniciaba.

—¿Qué día cae? —le preguntó a Lázaro.

—Domingo. Domingo 27.

Domingo 27, murmuró. Ese día no tenía compromisos con nadie. Iría.

—¿Y por qué dejó la excursión a donde sus papás hasta para el otro sábado? —le dijo doblando una curva a la derecha.

—No podía dejar de venir a la oficina. Hoy es viernes. Más ahora que la situación se está poniendo bastante fea. Prácticamente a diario están matando a un compañero. Es preocupante —dijo Balmore agitado.

El agente también se sentía intranquilo. Todos los policías en la corporación, que estaba por cumplir 26 años de fundación, lo estaban. *¡Vaya celebración!*, había pensado Bruce. Algunos al extremo de necesitar un poco de ayuda profesional. Y lo más alarmante era que la cosa no daba señales de acabar. Cada día se recrudecían más los atentados contra los elementos de la institución, cuya Academia había experimentado una baja sensible de aspirantes —igualmente decenas de alumnos habían desertado en las últimas semanas por lo mismo—, temerosos de convertirse en los próximos sacrificados.

—A propósito, patrón, ¿cómo van las investigaciones?

—Bastante atrasadas. Casi igual que cuando empezaron. Esa banda, suponiendo que sea una banda, de lapidapolicías es más escurridiza que el hielo. La nonada que sabemos es que a los delincuentes lo único que les interesa es asesinar policías. Lo que es obvio. Sus actividades criminales se limitan a eso: eliminar a nuestros compañeros. Pareciera que se han propuesto acabar con la institución. Y, por lo que se ve, lo están logrando rápidamente. Demasiado rápido diría yo. Ya llevan, según el último conteo, alrededor de

dos decenas de muchachos matados. Veintitrés, para ser exactos ¡Veintitrés en un poco más de una quincena! Se imagina. Uno por día. Al ritmo que van al finalizar el mes habrán liquidado a treinta muchachos. Estos sí son asesinos de verdad. No roban, no secuestran, no contrabandean drogas. Hasta donde se sabe, nada de esas cosas. Su hobby es matar agentes. ¿Quién o quiénes serán los siguientes representantes de la ley muertos por esos canallas, de la O?, le preguntó a Bruce, sintiendo un mal presentimiento. De seguro en este instante están atacando a un colega; o se preparan a hacerlo —se calló un momento. De la O se le quedó mirando de reojo un segundo—. Y que acostumbran a ir, sobre todo el cabecilla, al burdel que está en la calle del Cementerio, allá arriba, en el centro del pueblo. No sé si ya ha oído hablar de él. Es nuevo de estar ahí. Apenas hace unas cuantas semanas que empezó a funcionar.

—Sí, lo he escuchado mencionar. Ya lo conozco, además. Por fuera únicamente, porque no he entrado —dijo Bruce, bajando la velocidad para evadir una bolsa negra de basura, supuso. En realidad, lo que tenía el recipiente adentro era una cabeza humana sin cabello, ojos, nariz y labios—. Este pueblito siempre me ha llamado la atención. No tanto por lo pequeño, dicen que los habitantes no pasan de doce mil, sino por el nombre. Si no recuerdo mal, Jaquetón es una de las tantas especies de tiburones asesinos que hay en el mar.

—En efecto. Según los zoólogos marinos, el jaquetón está entre los animales más peligrosos que viven en el agua.

—¿Y por qué le habrán puesto ese nombre al pueblo?, ¿habrá habido escualos por estos lados? Dicen que antes, aquí esto era un lago, parecido al Titicaca, solo que más pequeño.

—Ajá, antes, hace más de doscientos cincuenta años, hubo acá una gran laguna; pero los tiburones viven solo en el mar, no en los lagos. De modo que el calificativo no creo que le venga del hecho de que hayan nadado peces por estos lados. Yo supongo que le pusieron así por esas cuatro enormes piedras puntiagudas que están colocadas una sobre la otra como los colmillos de la boca que se hallan en esa colina de ahí enfrente —dijo Lázaro, asintiendo y señalando la cúspide del cerro Yac—. Los dientes cortantes del jaquetón.

—Esos escualos son peligrosos, pero a la vez fascinantes —dijo asintiendo de la O, pensando en que la teoría de su jefe tenía sentido. También él ya lo había meditado. Creía que el nombre del pueblo estaba relacionado con esas rocas de unos cinco metros, dispuestas por la naturaleza de una forma que semejaban justamente caninos.

Tanto el oficial como el agente suponían bien. El pueblo se llamaba así, Jaquetón, por esas piedras que se miraban casi desde cualquier punto cardinal de la ciudad, e incluso más allá —las urbes vecinas, varios de cuyos habitantes le habían hecho videos y tomado fotos para usarlos de fondos de escritorio de sus computadoras, igualmente contemplaban el cuadro.

El monumento —la Alcaldía y la gente ya la consideraban como tal— se mantenía al natural, fuera de unos pequeños retoques para que la dentadura pareciera más real. Asimismo, se le daba mantenimiento y seguridad, pues, dada la popularidad que había alcanzado, no hubiera sido raro que algún inconforme la hubiese querido dañar.

—Y glotones —dijo Balmore—. Más que otra cosa son glotones. Esos peces pueden pasársela comiendo todo el día y no se llenan. Su voracidad no tiene límites. Los chuchos no son nada a la par de ellos.

—Si yo no hubiera sido policía me hubiera gustado ser zoólogo marino, especialista en tiburones.

—¡Ah! —dijo, sorprendido el oficial. Nunca pensó que a su guardaespaldas le gustara la zoología.

—Me gusta —dijo con una pasión tal que no le quedó duda a Lázaro.

—Todavía está a tiempo —trató de motivarlo Balmore—. Apenas tiene veintiocho años. Debería de inscribirse en alguno de esos cursos que dan los fines de semana.

Bruce se quedó pensando en lo que le sugirió Lázaro Balmore. La idea le parecía buena. La verdad era que ya lo había considerado y proyectado varias veces. Porque, precisamente, como le dijo el oficial, pensaba que, a sus veintiocho primaveras, aún era el momento. A esa edad uno todavía tenía todas las energías del mundo y podía hacer mil cosas sin que el cuerpo lo resintiera demasiado. Trabajar, jugar, ir de camping, volver a trabajar... Pero, en las dos ocasiones anteriores que lo intentó, que se había decidido por fin a estudiar, se topó con que no disponía de oportunidades para hacerlo. No le daba chance el trabajo. Con esos turnos tan apretados de la Policía era casi imposible contar con minutos libres. Y los pocos que poseía debía de dárselos a su familia, a su mujer y a su hija, que se resentían de los escasos períodos que pasaba con ellas. Así se lo había reclamado ya un día la mamá de la niña.

—Me empieza a parecer que con quien como no es con mi esposo, sino con un extraño —le dijo un sábado en la mañana mientras se desayunaban una taza de leche de soya enriquecida con avena acompañada de un buen pedazo de pan integral untado con mantequilla vegetal.

No era una indirecta. Era una directa. A semejanza de muchos hombres, también él cayó en el craso error de pensar que con llevar dinero a la casa era suficiente, olvidándose de los momentos que necesitaban su esposa y su primogénita estar con él. Una vez que reconoció su yerro, mejor dicho, que ella lo pusiera al tanto de su descuido, cambió y empezó a pasar más minutos con sus dos *cielitos*, tal cual solía referirse a ellas con cariño, con lo que prácticamente ya casi no tuvo horas libres para dedicarlo a otras faenas.

En definitiva, por este lado, por el lado del espacio disponible, sencillamente le era imposible ponerse a estudiar. Pero el obstáculo no era solo ese. También estaba la inestabilidad de los horarios y la variabilidad de los días que le daban licencia en la corporación. No había seguridad que siempre le iban a dar permiso los sábados o los domingos. En cuanto descansaba lunes como jueves o domingo. Cualquier fecha. Y en realidad los fines de semana era cuando tenía menos tiempo para hacer otras cosas ajenas a la actividad policial, ya que, debido al aumento de la delincuencia, por lo general estas dos jornadas se le suspendían las concesiones hasta a un noventa por ciento de los agentes.

Incluso por lo mismo, por lo absorbente que era su trabajo, contra su deseo y contra lo que pensó que nunca iba a pasar, había tenido que dejar de ir a la iglesia, donde —y esto era lo que le dolía más, pues de verdad sentía el deseo vehemente de ayudar a las personas— hacía poco había sido elegido consejero matrimonial, quedando mal con los que le habían confiado esa tarea tan importante.

Por momentos este joven, al que los vecinos ponían de ejemplo, quería hacerse dos para poder cumplir con los compromisos y a la vez hacer parte de lo que deseaba realizar; pero comprendía, y esto hacía que no se sintiera frustrado, que uno no podía acometerlo todo en la vida, y que lo importante en realidad no consistía en la cantidad de cosas que se efectuaban, sino en disfrutar y desempeñar bien las que se ejecutaban, así fueran solo unas cuantas.

Bruce de la O, el hermano Bruce, había empezado a ir a la iglesia al año de estar en la Policía y, tras pensarlo un poco, comenzó a hablarles del Señor a sus colegas cuando podía, muchos de los cuales habían resultado más receptivos de lo que hubiera esperado él a sus mensajes cristianos. Lunes, miércoles y viernes oraban, antes de comenzar el turno, de pie o arrodillados y ya debidamente uniformados, cinco minutos en un cuartito desocupado que se encontraba a la par de la oficina de Lázaro Balmore que, consciente de que no

hacían nada malo —en el reglamento interno de la institución no se mencionaba ninguna indicación respecto a prohibir estos actos religiosos—, los dejó decir sus oraciones al Creador.

Más de alguna vez se les había unido en sus rezos, sin embargo, el jefe de la Policía de Jaquetón no era tan devoto que se diga. Creía en un ser superior, en un Dios, pero hasta ahí nomás. Nunca fue a una iglesia. Ni cuando estaba pequeño. Su papá y su mamá eran ateos cabales, y, más que confiar en un Ser Supremo, creían en que había que portarse bien con los demás, tratarlos con consideración, así como quería uno que lo trataran.

De pequeño a de la O le decían el Inter —no sabía por qué le habían puesto así— de apodo; ahora lo apellidaban Misionero.

Lo mejor era irse olvidando de su sueño. Bruce ya se había hecho a la idea de que jamás llegaría a mirar de cerca a un tiburón. A no ser que fuera en fotografía. Mucho menos a conocerlo íntimamente. A los animales se les podía llegar a conocer lo mismo que se alcanza a comprender a las personas.

—¿Y qué han averiguado de ese negocio? —le preguntó de la O a su jefe resignado, interrumpiendo sus pensamientos.

—Aparte de que se acaba de instalar en esa calle, hará unos meses, que pasa abierto todo el tiempo.

—Tendrá bastante demanda.

—Parece que pasa lleno día y noche.

Misionero, asintiendo, esquivó otro bache y después un tercero. Seguido. Los dos hoyos de tamaño regular. De la anchura de un barril de petróleo. Y hondos. Casi de treinta centímetros. La calle 25 de Abril se estaba arruinando rápido. Solo tenía diez años de que la habían terminado. Cuando por lo general duran en buen estado treinta. Las empresas cada vez le iban tirando más al dinero que al trabajo bien hecho.

—Usted dijo que era de lujo.

—Sí, de lujo.

—¿Es un negocio exclusivo?

—El edificio es suntuoso, de estilo moderno, pero en realidad allí llega todo tipo de gente. Lo que todavía no se sabe es si tiene áreas destinadas para las diferentes condiciones sociales de los clientes.

—¿Como los barcos?

—Ajá, exacto. O los trenes. O los mismos aviones.

—¿Ya hay hombres vigilando ahí?

—Sí; desde hace varias semanas —explicó el oficial.

—¿Las veinticuatro horas?

—Están patrullando la jornada entera. Hay doce detectives divididos en tres turnos dedicados a observar el burdel permanentemente. Dirigidos por el investigador Yobani Uriel. ¿Lo conoce?

—¿A quién?

—Al detective Yobani Uriel Urbano.

—Ah. Pensaba que se refería al establecimiento comercial —dijo Bruce, serio—. Sí. Fuimos de la misma promoción. Ahí lo conocí. Prácticamente desde el primer día nos hicimos grandes amigos. Yo a Yobani lo veo como si fuera mi hermano en realidad. Es un tipo con el que rápido se puede hacer amistad. Además, es honrado, enemigo de las mentiras, así estas sean piadosas. Van quedando cada vez menos individuos en el mundo que posean sus cualidades. Es un muchacho admirable. La conducta moral que caracteriza hoy a las personas es la mala fe. La falsedad. Y es un buen elemento, un buen policía. Inteligente. Disciplinado. Trabajador incansable. Se lo digo no porque sea mi camarada personal, sino porque realmente tiene esos atributos.

—Lo tiene usted en muy alta estima.

—Es la verdad. No estoy inventando.

—Por cierto, que lo quería en el equipo de investigadores. Más bien todavía lo quiere. Al parecer también él tiene una opinión excelente de usted como policía. Cree en su capacidad. Considera que le puede ser de mucha ayuda. Yo igualmente lo creo —Lázaro no le negaba elogios al agente que pensaba que se lo merecía—. Le ayudaría bastante.

—Gracias —dijo con modestia de la O—. Él y yo siempre nos hemos llevado bien. Como colegas y como amigos.

—Ya veremos si más adelante se va a trabajar con él. Cada vez está insistiendo que lo necesita en el grupo.

—Soy un profesional. En cualquier momento estoy dispuesto a ir a donde me llamen. Trabajo es trabajo. Si me dicen que prepare las maletas que voy para Irak, Libia u otro país de Oriente, lo hago corriendo.

—Esas misiones son para los soldados, no para los policías. Usted es policía.

—No importa —dijo Misionero, solemne—. De todas maneras, iría. Solo me pongo el uniforme camuflado y ya estuvo; listo.

—Vamos a resolver eso mañana o a más tardar pasado mañana.

—Le repito, estoy a la orden.

Baltimore asintió, pensando ya en quién iba a ser su nuevo guardaespaldas.

—¿Cree usted que los canes que están apareciendo muertos en las calles son obra de los mismos locos? —le dijo Bruce, acelerando un poco más —. ¿De los mismos animales que asesinan a nuestros compañeros?

Lázaro, rascándose la barbilla, se quedó cavilando un rato.

—Digo, por el modo que los matan.

El oficial seguía pensativo.

—De idéntica forma que a los policías.

Lázaro Balmore se restregó la cara con las manos, como si se acabara de despertar.

—Aplastados de la cabeza.

—No lo creo —dijo por fin el oficial, bajando las manos y poniéndolas en las piernas con los dedos abiertos, cuyas uñas su esposa le había cortado en la mañana, después del baño y antes del desayuno —. Estoy convencido de que lo son. Los verdugos de los agentes y los canes son los mismos chiflados. Tan seguro como que me llamo Lázaro Balmore. Son los mismos delincuentes. Que no le quepa duda.

—¿Qué es lo que quieren demostrar esos individuos con eso?, ¿y a quién? No le veo mucho sentido.

—Para usted quizás no lo tenga, pero para ellos sí. No se le olvide que todo comportamiento tiene un porqué, una razón. No se hace ninguna cosa solo por el hecho de hacerlo. Nada en absoluto. Hay algo detrás de los asesinatos. Odio, venganza, qué sé yo. Incluso podría tratarse de un encargo.

—¿Sicariato?

—Ajá.

—Sigo sin hallarle mucho sentido —dijo Misionero, luego de un rato.

—O tal vez únicamente lo estén haciendo para divertirse —dijo Lázaro —. A mí se me imagina que por ahí va la cosa. Ese es el motivo verdadero por el que los están matando. Solo vea lo que realizan después de que les han aplastado la cabeza. Ya me los figuro tirándose las grandes carcajadas a la hora que hacen pis encima de ellos. Es más, yo creo que lo que les importa no es tanto matarlos, sino ultrajarlos.

—¡Vaya, diversión!

—Algunas personas se regocijan mirando por la televisión concursos de belleza; otros, yendo a cazar mariposas. Estos sujetos lo hacen humillando a sus víctimas.

—¡Vaya, diversión! —volvió a decir, meditabundo, en voz baja, Bruce.

—Yo me quedaría con esa hipótesis. Aunque serán las investigaciones las

que aclaren el móvil real de esas muertes.

—¡Es descabellado! —exclamó de nuevo de la O, acordándose de una noticia que había visto en la televisión en la que unos delincuentes le agujereaban los ojos con un picahielo a su víctima cientos de veces, con una tranquilidad que daba escalofrío.

—De que lo es, lo es.

—¿Por qué cree eso?, ¿por qué se le imagina que los bandidos esos están sacrificando y zahiriendo a los policías solo para distraerse?

—Porque por el momento no se me ocurre otra justificación. Podría ser rencor reprimido quizá. Rencillas viejas. O... Únicamente son suposiciones. Y usted, Bruce, ¿qué piensa?, ¿cuál es su opinión de lo que está pasando?, ¿por qué causa cree que esos excéntricos se han dado a la tarea de destruirnos como si fuéramos un azote para el pueblo, como una droga nueva a la que hay que hacer desaparecer para evitar que los muchachos no la vayan a usar? Cuando hace un rato me dijo que no le hallaba mucho sentido, ¿a qué se refería?

De la O disminuyó la velocidad para pasar un túmulo y, luego, después de franquearlo, volvió a acelerar la máquina.

—Con el respeto que me merece usted y su punto de vista —le dijo Bruce al oficial, que estaba esperando su respuesta —, yo no creo que esos maniáticos estén acabando con los compañeros agentes y los animales, por pura distracción. Ahí hay algo más. Por muy loco que alguien sea no se pone a jugar de esa manera. Tal vez si agarren de regodeo destripar a los cánidos, pero no a los policías. El pasatiempo no es el único motivo de sus actos. Seguro que no. Existen otras causas, sin duda.

—Entonces, ¿por qué se imagina que lo hacen?

Misionero se quedó callado un momento.

—Yo más creo que son sujetos que, por alguna razón, sienten aversión por los agentes y por todo aquel que lleva puesto un uniforme encima —dijo, luego de un par de segundos—. Porque parece que además han matado a varios vigilantes privados de supermercados, almacenes, hoteles y gasolineras. Incluso de camiones repartidores de gaseosas, agua, churros, gas...

—Sí; últimamente la han agarrado contra ellos también ¿Cree usted eso?

—Sí. Lo que habría que averiguar es el porqué de esa antipatía hacia nosotros. No creo que sea de gratis. O tal vez. Quién sabe —dijo levantando los hombros.

—Su razonamiento tiene sentido. Así como hay gente que siente odio por

las prostitutas o por los periodistas.

—Por eso le digo.

—¿Y qué me dice de los cánidos?, ¿por qué considera que se han ensañado con ellos? Esos animalitos no llevan puesto uniforme de vigilantes o policías.

A Bruce de la O le pareció divertido el comentario del oficial respecto a que los perros no usaban traje reglamentario igual que los agentes, y se sonrió.

—Tal vez ven en los chuchos a un policía —dijo, serio de nuevo.

—¿Cómo?, ¿qué parecido puede haber entre un elemento policial y un perro?, ¡yo no le veo ninguno!, ¡ninguno!

—Ni yo. Al menos desde el punto de vista físico, claro. Para empezar, ellos tienen cuatro patas y nosotros solo dos. De lo que sí me he dado cuenta, y me imagino que también usted, es que los delincuentes se refieren a nosotros despectivamente como a los perros.

—Sí, lo he oído —dijo Lázaro—. Y toda la culpa de que nos hayan puesto ese mote desagradable la tienen esos malos agentes a los que les gusta pedir dinero a cambio de no poner una esquila a los conductores que se pasan la calle con el semáforo en rojo, van manejando borrachos, no andan portando la licencia de conducir o la llevan vencida, en vez de aplicar la ley tal cual debe de ser. Lo he escuchado cientos de veces. Asimismo, me he enterado por ahí que nos dicen patos y otros adjetivos que se me han olvidado ahorita.

—Lo de patos yo no lo sabía, hasta ahora que me lo está diciendo usted —dijo asintiendo Bruce.

—Y las mordidas, y no es que lo esté avalando, para nada, van a seguir mientras no se le mejore el sueldo a la tropa. Nadie vive con cuatrocientos dólares mensuales en estos dorados tiempos; cuando el costo de la canasta básica anda por las nubes.

—Al menos en parte. Siempre hay gente inconforme. Entre más ganan, más quieren. Por consiguiente, tienen que ver de donde rascan dinero extra. Si no, mire esos dos presidentes de las autónomas que están siendo enjuiciados por lucro ilícito. Aparentemente no les alcanzaban los cinco mil y pico de billetes que ganaban al mes. La verdad es que esa plata no es suficiente si se poseen tres mujeres y diez hijos que mantener. Además de que a esos individuos ya no les gusta andar en carritos baratos y de doce meses de antigüedad. Se rebajan. Solo les atraen coches costosos, de cuarenta de los grandes para arriba, y que sean recientes. Si se puede, si es posible, del año siguiente. Sin contar la casa, que tiene que tener como mínimo veinte cuartos y un patio trasero de las dimensiones de una cancha de fútbol. Piscina, jacuzzi, juegos mecánicos...

—La avaricia, junto con el odio y la envidia, sigue estando sin duda entre los trastornos que más inducen a las personas a hacer cosas que no deberían.

—Precisamente por eso de las mordidas es que digo yo que quizás ven en los caninos a los policías —dijo Misionero, asintiendo—. En sentido figurado, por supuesto.

—Y entonces los atacan imaginando que somos nosotros.

—Correcto. Solamente hay que ver la forma cómo los matan. Ni más ni menos que de la misma manera que están liquidando a los compañeros. Idéntico. Más claro no puede estar el móvil de las muertes de los chuchos. Tan clarito como que dos más dos son cuatro. Aunque, tal cual dice usted, la investigación es la que establecerá lo que está motivando a esos sujetos a asesinar a policías y canes; pero le aseguro que la cosa va por ahí.

Baltimore asintió lentamente.

De la O, acabando de hablar, terminó de subir la enésima cuesta de la calle 25 de Abril, condujo más despacio, viró con lentitud a la izquierda y empezó a bajar la calzada Las Oscuranas, nombre que encontró siempre raro y, sobre todo, feo. Había andado cerca de sesenta metros, cuando, de repente, se detuvo, echando a Lázaro hacia delante ligeramente.

—¿Por qué se detiene? —le preguntó Baltimore, reclinándose de nuevo en el respaldo de tela del asiento.

—Observe ese automóvil que está allá adelante —le contestó Bruce, con cierta aprehensión, señalando la Ford Escape verde, cuyos ocupantes, al mirar acercarse unas luces, se espabilaron, afianzando bien las armas, el dedo índice en el gatillo.

La norma en las relaciones dentro de los integrantes de la familia de la agente Norah Jemina, era el respeto mutuo. Sus papás se habían tratado así comenzando con el noviazgo, en realidad desde que eran amigos, porque primero fueron conocidos y después enamorados, hacía más de veintitrés años. En el matrimonio feliz los Llanos Mercado siguieron con la misma pauta de comportamiento sano. Respetándose el uno al otro. Continuaron manteniendo la consideración con la pareja el día que nació la niña y fue creciendo hasta hacerse grandecita. Por tanto, eso fue lo que vio y vivió toda la vida, la deseada criatura que, a solo minutos de haber abandonado el vientre materno, ya daba señales claras de tener un carácter independiente. La chiquilla, naturalmente, adoptó igualmente esa conducta, y, así como sus mentores la estimaban, del mismo modo ella los consideraba.

Era una forma bonita y sana de coexistir para el grupo detrás de esas cuatro paredes. Vivir y dejar vivir. Hacer y dejar hacer. Ciertamente que había límites. Dejar hacer no significaba en este clan bien avenido, de ningún modo permitirle al otro pasar por alto las leyes, por ejemplo. O, peor aún, pisotearlas. No se trataba de eso; sino de tolerar las cosas buenas, correctas, aquellas que no le hacían daño a nadie.

Con esa cualidad como bandera, el clan había llevado durante un poco más de dos décadas una vida apacible, pacífica, donde cada quien tenía, entre otras cosas, su espacio, su privacidad. Los progenitores el de ellos y Norah el suyo. Nadie podía entrar al cuarto del otro sin tocar la puerta y esperar unos cuantos segundos antes de hacerlo, de manera que, sí, para el caso, alguien estaba sin ropa, le daba tiempo de medio cubrirse con una toalla por lo menos. Cuando la hija iba a la pieza de papá y mamá, tocaba la tabla un par de veces y esperaba. Solo después abría y pasaba adentro. Lo mismo hacían los señores. Así es que, por ejemplo, Jemina, en su habitación, se quitaba y ponía el atuendo con tranquilidad, sin miedo a que la fueran a ver desnuda, lo que, sin duda, la habría hecho ponerse *más roja que un tomate* de la vergüenza, pues la confianza en la familia no llegaba tan lejos.

La mamá la había bañado y vestido por última vez una semana antes de que cumpliera los ocho años de vida. De ese tiempo para acá, aunque ella quería seguir haciéndolo, Norah, sintiendo una pena horrible de que la mirara sin ropa, ya no la dejó que lo hiciera. “Dejame, mami —le había dicho esa postrera ocasión—. Yo puedo bañarme solita”. Ella, considerando esa petición como una expresión más de su modo de ser autónomo, le permitió desde ese día que se duchara sin ayuda. Nada más intervenía si la nena se dejaba jabón en algunas partes del cuerpo o no se restregaba bien ciertas áreas, como detrás de las orejas, lugar que incluso a las personas mayores se les olvidaba o no podían asearse convenientemente.

Jemina, igual que muchas chicas de su edad, cuando se encontraba sola en su cuarto permanecía en pelotas. No por morbosidad, sino por comodidad. Si el calor estaba bueno, con mayor razón. Miraba la televisión —los deportes, toda clase de juegos, y las noticias. Era raro que viera otra cosa—, comía, se echaba la siesta y leía el diario a cuerpo descubierto, el aire producido por el ventilador palpándole sin descanso la sensual desnudez.

Ese día, sábado luminoso de noviembre, un mes después de su cumpleaños, aprovechando que no tenía que ir a trabajar este fin de semana —se presentaría a la Policía hasta el martes en el turno de la tarde—, se despertó a

las nueve y media de la mañana bostezando de satisfacción tras una noche de veras reparadora, pues durmió a pierna suelta ocho horas seguidas, se levantó animada y, silbando una canción de Marc Anthony, artista que le gustaba, se fue a meter a la ducha para darse una buena mojada, *un baño de loco*, donde, entretanto se humedecía y enjabonaba con su jabón y champú preferido el pelo y el cuerpo de maniquí, siguió chiflando con alegría, dejando ver unos dientes blancos y perfectamente parejos, como si un dentista se los hubiera ajustado. Norah cuidaba su dentadura cual a una criatura recién nacida. Se la limpiaba cuatro veces diarias, usaba hilo dental otras tantas ocasiones y utilizaba enjuagues bucales especiales. Además, iba a visitar al odontólogo cada tres meses.

—Exagerás un poco, hija —le dijo su papá una vez.

—Quiero llegar a los cien años con los dientes sanos, sin manchas ni caries. Como los tengo ahorita, mirá —le contestó ella enseñándoselos.

La chica se gastaba una fortuna en el cuidado de su dentadura, pero era un dinero que consideraba bien invertido. No solo por la higiene —el mal aseo de la boca era la causa de muchas enfermedades—, sino también por la presentación. La agente estaba convencida de que los caballeros lo primero que le miraban a la mujer no era el fondillo como muchos creían. Lo que de entrada le veían eran los dientes. En parte era por eso que ponía gran esmero en cuidárselos. No es que anduviera desesperada por los hombres, que correteara detrás de ellos, pero se sentía halagada cuando la enamoraban, y, más todavía, aunque los rechazara, si le decían que fuera su novia. Asimismo le divertía.

Bañarse no le llevaba a Jemina más de diez minutos en un día normal, es decir, cuando había que ir a trabajar o debía de cumplir con otro compromiso; pero, si tenía lugar, como ahora sábado, permanecía ahí todo el tiempo del mundo, y salía hasta que se aburría —en realidad le fascinaba bañarse, y nunca se cansaba de remojarse.

Al terminar de echarse el chapuzón final, cerró el chorro —se aseguró que no quedara goteando—, agarró la toalla gigante —parecía una cobija—, se secó con energía el cabello ondulado tirándole al rubio, las axilas, el pecho, la cintura y las piernas y, desnuda, salió de la ducha para su cuarto; se terminó de secar bien con otro paño, que colocó después en el respaldo de la silla, abrió el ropero que había comprado con el segundo pago que le dieron en la Policía, jaló la gaveta donde guardaba la ropa interior, el último de abajo, revolvió un rato y sacó un hilo blanco con rayas celestes. Siguió buscando y cogió algunos

más, un par de tangas entre ellas. La mayoría todavía tenían la viñeta puesta. No los había usado aún. Luego empujó el cajón con la rodilla, se fue a parar delante del espejo sin marco, idéntico al que usan en las salas de belleza, se dio la última secada y se puso el primer mini bikini, que se vio en el cristal para ver cómo le quedaba. Evidentemente le venía magnífico. ¡Huy! — exclamó —; *qué nalgona me miro*. Era algo digno de contemplar, de enmarcar, lo mismo que toda ella. Jemina era fotogénica. Y, así como se encontraba en este momento íntimo, mucho más. Estaba hecho un caramelo de miel y chocolate espolvoreado con maní.

El hilo era una prenda que casi no se ponía porque no se terminaba de sentir cómoda. Se le metía. Le molestaba. Y, además, la vez que se puso uno, los hombres en la calle le dijeron obscenidades. Algunos, incluso, se atrevieron a tocarla descaradamente. Para estar en la casa se los vestía de tiempo en tiempo tratando de acostumbrarse, pero le estaba costando. Pensaba que nunca se llegaría a habituar a ellos.

Luego, viéndose las pompas otra vez con vanidad —Norah sabía que no tenía que envidiarle nada a la chica mejor dotada del mundo—, mientras se alejaba con su contoneo que hacía suspirar a sus colegas masculinos de la corporación y a los hombres en general, fue a la mesita donde mantenía la computadora, que ya había sacado del maletín, conectó el cable, levantó la tapa, apretó el botón para encenderla y, acto seguido, ya encendida y lista para usarla, activó la cámara fotográfica, que comenzó a tomar fotos una por una.

La agente, alejándose la distancia justa para que el aparato pudiera encuadrarle todo el cuerpo, de frente, de lado, de medio lado, de espalda, sacando de modo seductor el trasero un poco, el pecho, un pie adelante el otro atrás, agachada... de todas las formas posibles y usando la media docena de hilos de distintos diseños y colores —de tamaño todos eran iguales—, al cual más provocativo, se hizo alrededor de treinta retratos. Sudando ligeramente, se agarró un descanso pequeño en el que aprovechó para beber agua. A continuación, ya más fresca, llevó la laptop a la cama y, casi en las mismas poses, solo que en posición de acostada bocabajo, boca arriba, semiarrodillada o arrodillada, se tomó otras tantas instantáneas encantadoras.

La máquina, que era de modelo reciente, pudo haber sido de calidad ínfima, pero las imágenes igualmente hubieran sido llamativas. En estas cuestiones muchas veces valía más la figura de la modelo que el equipo que se ocupaba para plasmarla.

Al concluir estas dos fases, o lo que los fotógrafos profesionales llamarían

sesiones, o algo así, bebiéndose otro par de vasos más de agua, reposó de nuevo. Después, sentándose en la cama sobre las piernas cruzadas, se puso a mirarlas detenidamente. En unas de ellas, asintiendo con la cabeza, se detenía más tiempo que en otras, que eran las menos. Casi todas le gustaban. No porque las había tomado ella, sino porque de veras estaba satisfecha de cómo le habían quedado. De su trabajo. Al terminar de verlas, las volvió a repasar, quizás con más atención que la ocasión anterior. Quería estar segura de que las que escogiera fueran las mejores. En total se estuvo entre cincuenta y cinco y una hora quince minutos en eso. Una vez que acabó con la exploración a profundidad, las guardó en la carpeta “mis imágenes”, de mis documentos, que cerró con las teclas Alt y f4 —Jemina cerraba las ventanas que abría usando esta combinación de piezas. Sentía que era más cómodo que hacerlo con el puntero.

Tras otro breve reposo, se levantó apoyándose con sus lindos brazos en la cama, dejando la *compu* en el colchón, y, descalza, se fue a abrir nuevamente el ropero y sacó la segunda gaveta, más llena que la primera. Extrajo de allí adentro unas medias, un “short” muy corto, unos tirantes, unos sostenes pequeños —éstos, igual que los pantis, se encontraban en una bolsa blanca— y una blusa de tela brillante que, por sus medidas, parecía que era de una criatura de nueve años. La mayoría de las blusas que tenía Norah eran de niña. Así como las camisetas. También retiró del compartimiento una gorra oficial de la Policía, a cuyo emblema bordado en la parte de adelante le pasó los dedos un momento. Con estas cosas en las manos, volvió a cerrar la caja, esta vez con el pie. Agarró luego un cinturón, del que colgaba una pistolera, que permanecía suspendido de un clavo acerado metido en la pared a la izquierda del armario. Después cogió de arriba del mueble para la ropa —tuvo que subirse a un banco para poder alcanzarla— una pistola que enfundó en el estuche.

Todas las prendas eran negras.

Regresó a un lado de la cama, donde dejó todo. Se quitó el bikini sugerente, lo olió, lo tiró al catre hecho puño, se trajeó una tanga y empezó a vestirse la ropa que acababa de agarrar del cajón. Primero las medias, luego el pantaloncillo, que le quedó ajustadamente cabal, enseguida el brassier, dos tallas menos de la que correspondía, pasando por la blusita, hasta llegar a las botas militares. La cachucha, que se colocó de manera formal, como si fuera a presentarse ante un superior, se la encasquetó por último. Fue a mirarse al espejo otra vez, cogió la laptop, la puso en la mesa y comenzó de nuevo el

ritual de las poses. Terminó en veinte minutos. Se fotografió otras treinta o cuarenta veces. Semivestida, ya no se tomó acostada. Nada más parada.

La policía se reproducía concentrada. Solo de cuando en cuando ponía atención a los ruidos exteriores de la casa, ya que sus papás habían salido a hacer unas diligencias y volverían a eso de las once y media de la mañana. Y ya faltaba un cuarto para las once, de modo que restaba poco para que regresaran con las hamburguesas que les había pedido. Ella no era muy aficionada a la *fast food*, mas últimamente le había dado por comerla. Es que la verdad era que no era una comida sustanciosa, pero sí muy sabrosa. Comparable a las pupusas. O a los ricos tamalitos. Eso no se podía negar.

Igual como lo hizo con las que se había hecho antes, se entregó a revisarlas al terminar. En tanto las miraba, sonrió un par de ocasiones. Por lo visto no estaba conforme del todo con algunas de las instantáneas, pues se levantó y se fue a tomar otra docena. Después de que examinó estas últimas se cambió de ropa. Tenía millares de minúsculas gotas de sudor en el cuerpo. Se quitó el atuendo policial y se puso un jeans celeste, una camiseta verde claro y unas sandalias romanas que, como todas las prendas que se ponía, le quedaba bien.

Salió del cuarto y al rato volvió con un vaso doble de té de manzanilla helado en la mano. Se bebió un buen trago, lo dejó en la esquina de la mesa y comenzó a ver, a partir del principio, las imágenes. Ahora no se limitó a ir las viendo tal cual había hecho antes, sino que fue borrando aquellas que no le parecían o no le servían para lo que se las había tomado. En esta primera selección borró de la computadora más de la mitad, unas cincuenta aproximadamente. En la segunda ronda mandó a la papelera de reciclaje otro veinticinco por ciento y se quedó solo con veinticuatro instantáneas, una parte con hilo y la otra vestida de policía.

En la tercera y última clasificación, las eliminó casi todas, quedándose nada más con cinco, dos de ellas con el “short”. Las miró y revisó una y otra vez hasta que, después de verlas desde todos los posibles ángulos, decidió borrar las fotografías en las que aparecía desnuda. *Están bonitas, pensó, pero son demasiadas atrevidas, qué va a pensar de mí él; que soy una cualquiera; una regalada.* Enseguida conectó la impresora láser marca Canon a la laptop, la encendió y le dio imprimir. El dispositivo le preguntó si en blanco y negro o a colores. Norah le dio a colores, y la linotipia empezó a realizar su trabajo, el rodillo empujando el papel para afuera. La primera de las páginas comenzó a salir poco a poco. Tras unos segundos, surgió completa. Mientras empezaba a grabarse la segunda imagen, la agente Norah Jemina la agarró para mirarla.

Venía borrosa, como si los cartuchos ya no tuvieran mucha tinta. Lo raro era que el artefacto no se lo había advertido. Tenía su rato de estar fallando. Estaba muy vieja. Ya había pensado comprar otra un día de estos. Del próximo pago que le hicieran. Abrió la puerta, sacó los depósitos y los llenó con la jeringa. Colmados, los metió de nuevo en su lugar y le dio al dispositivo periférico nuevamente la orden de grabar luego de responder que *sí* a la interrogante de si había instalado o sustituido el cartucho de tinta y a continuación de hacer clic en *aceptar*. Las fotos salieron nítidas por fin. A punto, las introdujo en un sobre blanco que compró con ese propósito, lo selló, le puso el destinatario, apagó los aparatos, guardó todo y, tras sorberse la bebida que le quedaba, se tiró a la cama, de espalda, con los brazos extendidos, satisfecha y un tanto rendida, durmiéndose al momento, no dándose cuenta de cuando reaparecieron sus padres cargando con el mandado.

El lunes siguiente, luego de asearse y desayunarse, salió a dejar el sobre con las instantáneas adentro a la oficina de correos, servicio público que aún le gustaba usar, pues lo consideraba más seguro que las nuevas modalidades electrónicas, donde, pensaba con justa razón, era fácil que “los hackers” se lo interceptaran.

La pareja de hombres con la apariencia inconfundible de matones se le acercaron despacio por detrás a Bernardo Jeser, cada quien llevando en las manos dos botellas de cerveza congelada que acababan de sacar de la cámara refrigerante, y que dejaron caer en la mesa antes de sentarse. Las garrafas les quemaban los dedos.

—¡Putas —dijo uno de ellos, sacudiendo vivamente las manos con una mueca de dolor —quemán estas mierdas!

Bernardo permanecía solo en la mesa. No hacía mucho que acababa de llegar. En realidad, se iba sentando. Eran las tres de la tarde de un día miércoles nublado y caluroso, y también él, abrumado por el calor impresionante —38 grados—, se encontraba saboreando una bebida helada, una soda. Se hallaba apoltronado en el mismo lugar de siempre. Con los antebrazos apoyados en la superficie, se les quedó viendo a los sujetos, entre extrañado y temeroso. Era la primera vez que los veía. No se los *podía*. *¿Qué querrán estos maricones?*, se preguntó a la defensiva. Pero ellos a Jeser sí. El bandido más alto y de camisa cuadriculada ya lo había visto varias veces. Su compañero había oído uno que otro comentario de un mozalbete nuevo llamado Bernd.

—¡Vaya qué no! —dijo este otro, que era más pequeño, pero de todas maneras alto. Un metro ochenta y tres. Por ahí así.

Jeser agarró la botella y, mirando de reojo a los tipos, se bebió un segundo trago. Los pendencieros se sentaron familiarmente a uno y otro lado de él, casi enfrente. El altote, enrollándose la manga de la camisa a medio antebrazo, le preguntó a Bernd, a quien todavía se le podía ver en los ojos la inquietud por aquella compañía inesperada:

—¿Qué hay? —inquirió mirando la gaseosa.

—¿Qué ondas? —interrogó Pelado Bernd a su vez, mirándole al individuo la papada descomunal que le colgaba de la barbilla. *Por lo menos dos kilos de carne*, pensó. El abultamiento carnosos casi le llegaba al sujeto a la altura de las chiches, que también tenían unas dimensiones fuera de lo común en un hombre.

—¿Cómo te llamas?

—Bernardo. Bernardo Jeser, ¿por qué?

—Te preguntaba.

—Lo de Bernd por Bernardo —dijo el otro individuo, más bien aclarándose a sí mismo que preguntándose a Pelado Bernd.

Este asintió con lentitud.

—¿Más soda? —le preguntó amable el grandulón al ver que ya se le estaba acabando la bebida.

Bernardo, que iba por la segunda Coca Cola, le dijo que no con la cabeza, y a continuación cogió unas monedas que tenía en la mesa e hizo un movimiento como para levantarse, pero el sujeto más bajito y cara de recluso, lo detuvo, poniéndole los dedos en el brazo.

—Esperate —le dijo.

Guardándose las monedas en la bolsa trasera del pantalón, Bernd se volvió a sentar en la silla, mirando alternativamente a los hombres. Ya hacía ratos se había dado cuenta de que los tipos que lo rodeaban congeniaban con el delito, aunque el grandote tratara de mostrarse educado. La amabilidad no era una conducta que tenía que ver necesariamente solo con las almas buenas. También la poseían las personas malas. Un tío podía haber sido el más fino del mundo y ser un delincuente de primer orden. Un despiadado. Un malvado. Así los había un montón. Corteses hasta decir ya no, pero de la misma forma sanguinarios hasta decir ya no. Sintió más miedo del que ya sentía, porque, si bien aparentaba estar de lo más sereno, no lo estaba. No ahora, ante la presencia de estos desconocidos con catadura de hienas. Por lo general Pelado Bernd no

era asustadizo. Para que algo o alguien lo pusiera a temblar debía ser amenazador de verdad. Aquellos sujetos, que hablaban poco y no dejaban de mirarlo, lo eran a un nivel superlativo.

—¿Qué? —le preguntó Bernardo, medio sentado, listo para pararse de nuevo, con una mano en la pierna y la otra en la mesa.

El de la cara de patibulario, el que la tenía más acentuada, al verlo asustado, le dijo amigablemente para calmarlo:

—Nada, calmate, tranquilo.

Jeser trató de tranquilizarse.

—Sentate bien —le dijo el mismo hombre.

Bernd le hizo caso, y se sentó como se encontraba antes, cuando llegaron los sujetos.

No sabía qué pensar exactamente de los fulanos. De quiénes se trataba. Como podían ser policías, podían ser perturbados asesinos que habían llegado a matarlo. Si algo tenían las casas de lenocinio era lo peligroso. Lo intuía. Además, alguien se lo había advertido. En los cafetines de esta clase en cualquier momento podía haber un puyado o un baleado. Y no era raro que, por confusión, “le pusieran” al que no era. *Si estos dos matones de pacotilla han venido para asesinarme, yo, que no le debo nada a nadie, y que mi falta más grande en la vida ha sido holgazanear, voy a ser otro de los miles que mueren por equivocación*, pensó. Dicha reflexión hizo que sintiera escalofrío en todo el cuerpo y empezara a sudar de pies a cabeza. Igualmente que el estómago se le acalabrara. Estaba muy joven para morir. *Y cabal, ahora que la vida me está tratando mejor que nunca*, suspiró como con ganas de querer llorar.

O tal vez se trate sencillamente de clientes. Y nada más quieren hablar con alguien, y, al verme solo, vinieron a sentarse conmigo —siguió cavilando—. *Pero, no* —se convenció—, *su actitud es sospechosa. No se trata de una simple plática. Estos se traen algún otro propósito entre manos.*

—¿Qué pasa? —preguntó con impaciencia, segundos después.

—No pasa nada, muchachito.

Se oyó el ruido de vidrios rotos. Fuerte. Bernardo, intranquilo como se hallaba, dio un brinco en la silla, asustado. Los parroquianos, atraídos por el estallido y en un acto natural de curiosidad, voltearon la cabeza para el lugar donde se escuchó el estrépito. A una mesera se le había caído, en medio del establecimiento, un vaso de vidrio con cerveza, que se quebró, dejando regado en el suelo un montón de pedazos de cristales cortantes. La bebida fermentada

mojó el piso, poniéndolo liso y pegajoso.

—¡Cuidado, preciosura! —dijo un hombre chiquito de pelo largo y colocho de voz grave que, secándose las pringas, que le habían caído en la cara, con la manga de la camisa que tenía estampado en el lado izquierdo del pecho un corcel y un número en el otro, se levantó corriendo a ayudarle a la muchacha a recoger los restos del recipiente —. Yo te ayudo, encanto.

—Gracias —le dijo la mujer mirándolo de reojo.

El hombrecito también la miró, pero no al rostro, sino a las piernas, y un poco más arriba.

—¿Cómo te llamás?

—Nohelia.

—Lo mismo que mi hermanita.

Ella le sonrió sin verlo.

—¿A que horas te vas para tu casa?

—A las doce.

—¿Te puedo esperar?

—Tengo novio —dijo ella, recogiendo el último pedazo de vidrio.

—¿Por qué trabajás en este lugar?

—No encontré ocupación en ningún otro lado. Solo en una fábrica de aluminio, pero me pagaban muy poco. Aquí gano algo regular.

—Yo podría darte todo el dinero que quisieras —le dijo el sujeto, viéndole la entrepierna. La tanga era celeste.

—Gracias —negó ella, con otra media sonrisa, parándose y dándose la vuelta. —; también le agradezco por la ayuda.

—Estás superapetitosa, Nohelia —suspiró el hombre, mirándole los glúteos, en tanto se volvía a sentar de nuevo.

Los demás clientes, sin decir ni hacer nada, volvieron a lo suyo.

—¿Hace ratos te encontrás aquí? —le preguntó a Bernardo el sujeto más grande, que de igual forma se estaba regocijando con la perspectiva del maravilloso fondillo de la trabajadora del vaso roto.

—Hace unos veinticinco minutos.

—¿Andás solo?

—No.

—¿Con quién has venido?

—Con aquél —dijo Jeser, levantando el brazo derecho y señalando a un chico como de su misma edad y más o menos vestido igual que él, que se encontraba cerca de la puerta. El mozalbete, que movía las manos con

vivacidad, estaba de perfil a ellos.

—¿Con quién? —le preguntó el sujeto, estirando la nuca, mirando en la dirección que le había dicho Bernd.

—Con aquel que está allá —respondió el futuro policida, volviendo a señalar con la botella de Coca Cola.

—¿A dónde?

—En aquella mesa.

—¿En qué mesa?

—En la que está por la puerta.

—¿La azul?

—No, la otra.

—¿La verde?

—No, la que está al otro lado.

—¿La de mantel rojo floreado?

—Esa.

—Ya, ya la vi —dijo el otro individuo, asintiendo, al tiempo que se daba palmadas suaves en el estómago, de seguro tratando de contener un ventoso.

—¿Con cuál de los tres venís? —le preguntó el alto y regordete, mirando al trío de muchachos que acababa de empezar a reírse a moco tendido, llegando las risas hasta ellos con claridad, como si estuvieran en la misma mesa. Algún chiste. O tal vez se estaban riendo de una estupidez. De una bobería. O quizás de la imaginación de alguno de ellos. Los chicos siempre tenían un motivo para carcajearse. Para estar alegre. Si no era por una cosa, era por otra. La diferencia entre viejos y jóvenes no era solo cuestión de fuerza y vigor, sino también de rigidez emocional. De disposición mental. La gente mayor andaba por la vida con gesto severo, serio, sin ver nunca el lado gracioso de la existencia, mientras que los adolescentes a todo le veían lo jocoso.

—Con el que está moviendo las manos.

—¿El de la gorra?

—Con el que ha parado de reírse —el joven al que se refería Pelado Bernd había cesado de sonreírse; sin embargo, al momento empezó a troncharse de nuevo, ahora más fuerte—, bueno, con el que había dejado de hacerlo hace un rato.

—¿El que está mirando para la ventana?

—El otro —negó Bernardo.

—¿El que parece liebre?

—No.

—¿El peludo?

—Tampoco —le contestó Jeser, meneando la cara —; el que habla con la mujer blanca, de minifalda.

Dos meseras, con el tono de piel muy parecido, acababan de llegar a platicar con los chicos. A preguntarles si querían que les trajeran algo de comer o beber. Ambas vestidas de la misma forma y el mismo color de ropa. Una se sentó y la otra se quedó de pie.

—Las dos son chelitas y andan con mini.

—Sí, pero la que está sentada.

El sujeto, puesto que un hombre rollizo le tapaba la visibilidad, alargó más el pescuezo e inclinó la cabeza a la izquierda, viendo al fin a la mujer, que se paró en ese instante. Un cliente de aspecto intelectual que se encontraba a cuatro mesas le estaba pidiendo a voces que le llevara más cerveza. *¡Tres botellas!*, le gritó fuerte enseñándole un trío de dedos.

—¡Ah, ése! —dijo el tripudo.

—Ajá.

El tipo se le quedó mirando un buen rato detenidamente.

—A ese crío creo que ya lo conozco —dijo por fin dudando, sin dejar de examinarlo.

Después, al mirarlo con más atención, dijo:

—No, no es él. Aquel cabrón es un poco más alto y un tanto más moreno. Además, se peina de modo diferente y tiene un lunar en medio de la frente ¿Cómo se llama ese tu amigo?

—Ebers.

—No, a pues no, aquel se llama Brandon Aníbal —dijo el grandulón, luego de unos segundos de pensarlo —. Bien dicen que todos tenemos un doble. Yo no lo creía mucho; pero ya veo que es cierto.

—A mí, la vez pasada, cuando estaba sentado descansando en una banca de un centro comercial, un tío que permanecía echado en otra que quedaba casi enfrente de donde me encontraba yo, se me quedó viendo bastante feo un buen rato, como si quisiera despellejarme —asintió su amigote —. De seguro me había confundido con otro loco. “A huevo” que cada uno de nosotros poseemos un alelado que se nos parece horrores andando por allí.

Su compinche asintió. A él le pasó algo parecido por los mismos días. Pero con una chica.

Entretanto éste alargaba el pescuezo, del cual le colgaba una cinta gruesa, semejante a las que usan los curas para amarrarse la cintura, pero más

delgada, Jeser vio que tenía en la garganta una cicatriz todavía fresca, como si se la acabara de hacer. No era una herida cualquiera. Era grande, cerca de una cuarta. No era lesión de bala. Bien se veía que era de cuchillo. Ciertamente, quien le hubo dado el navajazo había tenido la intención de cortarle el cuello. El hombre se había salvado de morir degollado de puro milagro. Porque estaba claro que solo un milagro lo había podido ayudar. Bernd contó rápido las puntadas: treintiuna. Ya no le cupo la menor duda de que el tipejo no era una buena pieza. Y el otro seguro no se quedaba atrás. *¡Piecitas con las que me he venido a topar!*, se dijo con ironía, más preocupado que nunca.

Por un momento nadie dijo nada. Únicamente más miradas. Se miraban entre ellos y echaban un vistazo a los demás clientes del bar, que, según se hacía tarde, se iba llenando más. Era tal la cantidad de parroquianos que llegaba, que parecía una iglesia en un día domingo. Al rato, el sujeto más pequeño, viendo con disimulo a la izquierda y a la derecha, sacó un rollo de billetes de cien dólares y, sin formular comentario, lo puso frente a Pelado Bernd.

Éste, sorprendido, se le quedó viendo primero al dinero y después al individuo, que le enseñó los dientes. Bueno, parte de los huesos, ya que le faltaban varios. Los de enfrente de la hilera de arriba. Un puntapié en una riña callejera se los arrancó de cuajo. Pero al hombre no le importó. Es más, se puso contento, pues antes le dolían. Ahora ya no sentía aquel *maldito* dolor. El malhechor bendijo aquella severa patada con una bota con cubo de acero que le propinó el agresor solamente porque le había pasado rozando el hombro con el suyo. Había gente que sí era delicada de verdad y se liaba a golpes por nada. Lo puteó y a continuación lo golpeó. Al fulano nunca le habían dado un porrazo tan oportuno.

—Tuyos —le dijo.

Bernardo se le quedó mirando con curiosidad al rollo de papeles verdes. Era la primera vez que veía tantos. Quizás unos cinco mil.

—¿Y esto? —le preguntó, viéndolo siempre.

—Cortesía de la casa. Agarralo, es tuyo, te lo regalamos.

—¿Para qué o por qué?

—Vos agarralo.

—¿Para...?

Igual que muchos delincuentes, Jeser había entrado por casualidad al hampa. Contaba entonces diecisiete años cumplidos. La edad en que ninguna cosa es suficiente, tiempo en que se quiere saber más, probar más y, si se

puede, abarcarlo todo de una bolichada; vivir *un día a la vez*. Aburrido de los vaciles —jugar pelota o naipes, fumar cigarrillos, cuentear (sin pasar de allí) a las niñas de la colonia— que se daba todas las tardes a la entrada del pasaje con sus amigos desde que tenía doce, había buscado otros lugares donde experimentar cosas diferentes. Por cosas diferentes el adolescente entendía música ruidosa, mujeres con las que acostarse y tal vez aguardiente. Nada más eso. En su cabeza de niño no había otras ocurrencias que le provocaran. Había oído hablar de sujetos que mataban, robaban o raptaban, sin embargo, tales actividades no iban con él. No solo no iban con él, sino que ni siquiera se había detenido a pensar en ello. Era como si esas prácticas no existieran o sucedieran lejos. Sencillamente le daban lo mismo. Quizás en alguna ocasión se sintiera conmovido ante la noticia de una barbarie, pero hasta ahí no más.

No necesitó rebuscarse mucho para encontrar uno de esos sitios. Lo halló rápido. Esta clase de lugares están por todas partes, incluso cerca de donde, por ley, por ética o por moral, no deberían estar: las escuelas, las iglesias...

Con esa intención había llegado con sus amigos un día sábado en la tarde al cafetín Las Doce Horas, un negocio que únicamente conocía de vista. En ese entonces el bar era un edificio mediano, de dos niveles, de fachada morada, que llamaba la atención por su techo en forma de pañuelo. Era una estructura vieja, pero bien conservada, que tenía como otro de sus atractivos el gracioso osito nevado de corbatín rojo que estaba sentado en una varilla de once metros de largo y que salía de uno de los relieves del techado.

El establecimiento no exhibía nombre enfrente, como la mayoría. Podía pasar por una casa cualquiera. Lo único que ostentaba en medio de la pared de adelante y que no tenía nada que ver con las actividades que se hacían adentro, era un dibujo grande de una bandeja llena de frutas. Muchas personas se engañaban por esa pintura, y con frecuencia llegaban a preguntar por duraznos, melones...

El cafetín Las Doce Horas, que había sido estrenado hacía once años y medio, a mediados de 1998, no cerraba nunca las puertas al público. Era su política; así hubiera solo un cliente, lo que, desde que lo inauguraron, no había pasado jamás.

Ahí, de entrada, Bernd se había sentido bien, “como si aquí hubiera vacilado siempre”. El ambiente interior era alegre, igual que en todos los bares. Había música ruidosa, camaradería entre la clientela, bebidas refrescantes en las cuatro cámaras, gente de sobra con quien platicar. Adentro era grande y limpio. La dueña puso cuidado en esto, comenzando por la

primera semana. La higiene era para ella de las cosas más importantes en una aventura empresarial similar a la suya. Barrían y trapeaban el piso, lavaban los baños y cambiaban la ropa de cama por lo menos cuatro veces al día. Era obligación asear todo el tiempo, incluso las fechas en el que el movimiento era menor, como en las ocasiones en que llovía bastante y recio.

Había por lo menos unas sesenta y cinco mesas distribuidas en filas de dos entre pasillo y pasillo, que se hallaban alfombrados de rojo. Al fondo, los cuartos para las actividades carnales. Y, atrás de éstos, otros de doble planta, que, por lo general, hacían las veces de bodega, pero, cuando las demás habitaciones no daban abasto para atender a los clientes que llegaban un rato a solazarse sexualmente, eran habilitados también como piezas íntimas.

Lo que el mozo andaba buscando exactamente.

A simple vista el lugar se veía sano. Ni siquiera había las típicas fotografías de mujeres desnudas en las paredes. Las mesas estaban limpias de mensajes obscenos y de cualquier otro género. La docena de jovencitas de cuerpos bonitos, vestidas —era quizás lo único “malo”— con blusas hasta el ombligo, “faldas-jeans” azules a media nalga, delantal blanco y gorro negro, andaban por los pasadizos anotando y sirviendo las órdenes de manera educada y respetuosa.

El primer día que llegó a Las Doce Horas, como pasa siempre que uno mira por primera vez a una chica, más si es atractiva, Pelado Bernd se había pasado la tarde mirándolas con la boca abierta, de admiración, actitud comprensible dado los monumentos. Para cuando, a las siete de la noche, salió del cafetín, ya se sabía el nombre de las muchachas y también ya tenía su preferida: Cricia Sabrina, mujer de características nórdicas. Todo era bello en la joven, pero era ese su contoneo particular al andar; cual si estuviera caminando en una pasarela, lo que había influido para que se fijara más en ella que en ninguna de las otras once conejitas.

Bernardo había empezado a hacer nuevos amigos desde el mismo sábado. Toda clase de compañeros. A estos sitios asistía de todo. Simples borrachos, hombres que solo llegaban a tener sexo y se iban, o solamente a beber, obreros, políticos —éstos componían la mayoría—, empresarios, desocupados —igualmente los ociosos eran la generalidad—, policías —tampoco ellos se quedaban atrás—, vagos, ex servidores públicos, drogadictos... Por supuesto que no podían faltar los delincuentes. Ladrones sin importancia, blanqueadores de dinero, comerciantes de mujeres, asesinos... Se topó con gente de todos los estratos y profesiones. No había tenido

problemas para llevarse bien con la mayor parte de los concurrentes. Menos aún los parroquianos con él, que lo encontraban bastante agradable. Callado, pero simpático.

Las relaciones se daban de forma casual. Alguien llegaba, veía a un hombre solo, se acercaba amistosamente, le daba la mano sonriendo, se sentaba con él, le preguntaba cómo se llamaba, el otro le decía cuál era su nombre, lo invitaba a un trago y ya eran amigos. A veces una mirada fortuita de mesa a mesa seguida de un movimiento de cabeza era suficiente para que comenzaran una amistad estrecha.

En pocas semanas Jeser ya conocía a la mayoría de los parroquianos. Al menos a los que llegaban seguido. Siempre había consumidores que dejaban de ir por un tiempo y después volvían. Algunos se perdían hasta un año o más.

El Viejo Pavarotti y el individuo de cuerpo esquelético, quienes también habían empezado amistad ahí, tenían casi dos años de no llegar a Las Doce Horas. Simplemente se habían tomado unas vacaciones. Ya se les extrañaba. Eran de los clientes que se portaban mejor; es decir, que consumían más y eran más generosos que cualquier otro comprador con las propinas. Además de que sabían conducirse. No daban muchos problemas. Cuando ya estaban perdiendo el juicio por tanto alcohol, dejaban de tomar y, antes de perderlo por completo, se iban. Por eso era que Bernd todavía no se los podía. Él apenas había aterrizado hacía unos cuatro meses y medio. Ni tan siquiera había oído hablar de ellos. Le habían contado de un hombre chiquito de cachetes inflados que no paraba de platicar... solo. Un loco suicida. Un médico psiquiatra retirado que, después de trabajar varias temporadas con pacientes con achaques mentales, se había contagiado. Le habían referido que una vez este sujeto de aspecto aristocrático se había aventado de un puente por el mero gusto de hacerlo. La Policía lo buscaba para evitar que se matara. Y de un tercero, de igual modo enano, que a lo único a que llegaba al cafetín era a lloriquear, quejándose de su jefe, de sus hijos, de lo injusta que era la vida, en fin, de todo. Sabían que era un tipo calmado, hostil a las reyertas. No entendían por qué acostumbraba llevar un cuchillo con dientes de serrucho metido en los calcetines.

Quizás por puro alucín.

Pero de los individuos que se sentaron con él, dándole dinero, no le habían dicho nada. Tal vez porque los habían olvidado. Hacía tanto tiempo que ya no llegaban a Las Doce Horas. O posiblemente por miedo. Adentro todo el mundo sabía que a los sujetos, como a la mayoría de la gente, no les agradaba

que anduvieran hablando de ellos por detrás, así fueran lisonjas. Al que se atrevía a hacerlo le daban su buena tunda. Ya habían aporreado a más de alguno por ese motivo.

Pavarotti era un viejo conocido del lugar. Había sido uno de los primeros clientes. Un hombre de casi dos metros de altura, de colosales cachetes y barrigón. La mayoría de los 120 kilos que pesaba estaban embutidos ahí, en la panza, que la tenía cubierta de grandes estrías. A los varones también les salían hendiduras en la piel, si bien se les veía menos feo que a las mujeres, a quienes se pretendía ver perfectas. Era corriente que el ombligo, cuando se ponía camisas de botones, se le saliera. Ese día andaba una prenda de abotonar. La cicatriz que le había quedado después de que le cortaran el cordón umbilical no era redonda, sino estirada. Se le miraba horrible. El tío tendría unos cuarenta y cinco años. Pelado Bernd calculó que contaba la misma edad de sus padres: cincuenta y dos.

El apodo le venía porque se asemejaba bastante a Luciano Pavarotti. En la voz, en la barba y en el cuerpo. Una vez, en un centro comercial muy concurrido, un niño inocente le había pedido un autógrafo pensando erróneamente que era el tenor italiano. Él se lo había dado siguiéndole el juego. Se llamaba Pedro y le gustaba el sobrenombre que le habían puesto. La ópera le había cautivado desde chico; empero, su ídolo no era Luciano Pavarotti; era Plácido Domingo. No sabía porqué, pero los italianos nunca le habían caído simpático, tal vez a causa de que siempre habían presumido de tener a las doncellas más atractivas del mundo, punto de vista con el que no estaba del todo de acuerdo.

Para el sujeto las hembras más seductoras del planeta vivían en Brasil, no en Italia, aunque aceptaba que ellas tenían lo suyo. Pedro había jurado no volver a casarse —se había divorciado seis veces— sino era con una carioca deslumbrante. Y que supiera bailar la samba como los dioses para que le enseñara a zapatearlo —el individuo sabía bailotear el merengue, la salsa, la rumba y media docena más de danzas, menos esa coreografía de origen africano, que le parecía lo último, la mamá de los movimientos rítmicos.

Pedro, que al presentársele la ocasión terminaba con sus víctimas cortándoles los miembros con una sierra, se había pasado la tercera parte de su vida atentando, luego de que dejara el oficio de dibujante de tatuajes. Empezó afanando gallinas a los vecinos. Nadie lo vio jamás. A continuación, más confiado, se metió a robar a las casas. Era un ladrón nocturno. Solo robaba de noche, a primeras horas de la madrugada, de dos a cuatro. De día

era raro que asaltara. Una tan sola vez lo había intentado, mas la sirena de un patrullero lo desanimó a completar el atraco. No iba armado. ¿Para qué iba a llevar una pistola cuando los blancos de sus escamoteos dormían a pierna suelta? Pero, por si lo pillaban —no creía que lo sorprendieran—, tenía una salida no del todo increíble: era sonámbulo, algo que era cierto. Varias veces lo habían tenido que ir a traer a la calle dormido, aun hoy de grande.

En un año, en el que sustrajo cerca de ciento siete mil dólares en objetos, entró y salió de las viviendas como Pedro por su casa. A la Policía ninguna vez llegó una denuncia de sus rapacerías. Alentado por su buena suerte y un poco aburrido de hacer lo mismo —*en la variedad está el gusto*, decía—, se decidió a dar el gran salto: entrarle a los furgones blindados. A su modo de ver, estos toscos camiones cargados de pesos, contrario a lo que pensaba la gente, eran un blanco fácil. Solamente era cuestión de inmovilizar —o matar si se oponían— a los dos o tres custodios que cuidaban el vehículo, agarrar las bolsas rápido y salir corriendo cual criatura acosada por un enjambre de avispas. *Nada más sencillo*, aseguraba.

Se había puesto como meta asaltar uno cada semestre. La había cumplido con fidelidad. En el momento que dejó esto llevaba seis atracos, todo un récord para una sola persona. Y era un mortal acaudalado. Se había embolsado tres millones de pesos. El exclusivo centro de esquí Monte Bachelor de Oregón, donde se pensaba pasar una temporada larga, “hasta que me aburra”, por fin era accesible a su bolsillo.

Últimamente se dedicaba a buscar gente que matara. Sicarios. Se había vuelto contratista. Pagaba entre diez mil quinientos y quince mil dólares, IVA incluido, por cliente despachado. No era un patrón agarrado, considerando lo que daban otros a sus empleados homicidas.

La ocasión en que se habían acercado a Bernd por primera vez en Las Doce Horas, Pavarotti venía de cerrar otro trato. Matar al arzobispo del principal templo católico del país, un tipo un poco problemático y bastante ordinario, pero muy querido por la feligresía. *Y supermetido*. Más que nada, meticón. Los domingos, en las homilias, hablaba de la necesidad de aplicar la pena de muerte a los delincuentes peligrosos, entre ellos a los sicarios, a los que los contrataban y a todos los que tenían que ver *con esa horrible plaga*. Y el Viejo Pavarotti se sentía aludido naturalmente. Y amenazado. Con todo, no le había gustado mucho cuando le dijeron a quien había que suprimir, porque, a pesar de lo entrometido que era el prelado, lo consideraba un Santo. Sin embargo, de todas maneras había aceptado. En primer lugar, él iba tras la

plata. La víctima era lo de menos. Si tenía que contactar a un asesino para que despachara a su mismo padre, y ello le redundaría en una buena cantidad de pasta, lo haría sin poner reparos.

—¿Para qué? —le volvió a preguntar Pelado Bernd al sujeto flaco, que, como si sintiera frío, se estaba restregando las manos con energía.

Pavarotti sacó de la bolsa del pantalón un recorte de diario con una fotografía a colores, lo desdobló, lo alisó en la mesa con los dedos y se lo dio a Bernardo para que lo viera. Jeser agarró el papel y se puso a mirar la foto detenidamente.

—¿Lo conocés? —le preguntó al rato.

—Sí —dijo Pelado Bernd, sin dejar de mirar el pedazo de periódico con la imagen — ¿por qué?

El Viejo Pavarotti sonrió con malicia. Luego de zamparse el último trago de cerveza que le quedaba de la segunda botella, se metió la mano en la cintura, extrajo una pistola y, señalándole el retrato con la cabeza al tiempo que se deslizaba horizontalmente el dedo en la garganta, se la pasó a Bernardo por debajo de la mesa.

—Mandalo a evangelizar al Diablo.

Bernardo Jeser había hecho sus cálculos. Había conjeturado que el oficial Lázaro Balmore iba a llegar cerca de las diez de la noche porque sabía que siempre venía media hora antes al trabajo. No obstante, ya había pasado ese lapso. Faltaban veinte minutos para las doce. O sea que, según las cuentas del asesino, el policía jefe ya estaba algo atrasado. Una sombra de impaciencia — y de duda— se empezó a dibujar en su semblante. *Después de todo quizás la hagamos de unos perfectos imbéciles*, pensó tratando de no perder los estribos. Pero dicho pensamiento le pasó rápido. Aún había tiempo. Aparte de que podría ser que también arribara un poco más tarde de lo que normalmente acostumbraba aparecer por la delegación. *Lo importante es que venga ese cabrón hoy*, se dijo. *Segundos más segundos menos, ¡bah, que importa eso!* Se le quedó viendo de reojo a Yuri, a continuación a Ebers y así sucesivamente a todos los noctámbulos. *Al cual más loco*, murmuró como si él fuera una buena persona, un alma de Dios.

En apariencia ellos se miraban más calmados que él. Solo Mormón y Rolling se veían como, no intranquilos, sino ansiosos de querer entrar ya en acción. Estos dos últimos facinerosos eran las más recientes adquisiciones de Bernardo. Delincuentes bestiales. No tenían que envidiarle nada al Poeta ni a ningún otro asesino habido o por haber en cuanto a crueldad. Al menos eso le había llegado a los oídos de Jeser, que había hecho buenas migas con los tíos. La facha la poseían de sobra de seguro.

—¿Y qué tal si a ese condenado oficial de pacotilla le da por no venir justo hoy? —preguntó Joel empezando a sentir una incipiente desesperación.

—Entre diez y media y doce —dijo Bernd a modo de respuesta, mirando la hora en el vehículo—. Faltan todavía algunos segundos para las doce.

—Además, hay que darle la ley del cuarto —comentó Manzana de Adán, con un aire de cansancio tal que no lo podía disimular—. Contando con ese compás de espera tenemos más de media hora aún. Treinta y cinco minutos.

Pelado Bernd, repiqueteando en la culata de la pistola con las uñas, asintió examinando la nariz retorcida de Rolling. Mirándosela, aquél puso en tela de juicio la perfección de la naturaleza. *Si como decían que la naturaleza era perfecta, ¿por qué hay personas tan feas?*, se preguntó.

—Para mí que ese renacuajo ya está ahí adentro —expuso el Poeta,

mirando la bombilla amarilla que estaba arriba de la puerta de la calle de la Delegación, que se apagó y de nuevo se volvió a encender al instante.

—Estuviera su carretón ahí —dijo Ebers, viendo al único patrullero que se hallaba colocado en la acera inmediata, que era donde dejaban los carros policiales cuando no andaban vigilando las calles —. No se ve.

—Tal vez el guardaespaldas solamente lo vino a dejar y se fue de nuevo.

—Tenemos ratos de estar aquí. Lo hubiéramos visto.

—Posiblemente...

—Dejen de suposiciones mierdas —dijo Bernardo, autoritario —. Ya parecen viejas chismosas. No ha venido, hombre.

El Poeta y Ebers, que se removieron en el asiento, bastante molestos por la tiranía de Jeser, dejaron de hablar.

Un frente de perturbación atmosférica se comenzó a sentir en ese instante. Esta vez sí habían atinado con el pronóstico los meteorólogos del Centro Nacional de Meteorología (CNM). Venía con tal fuerza el viento que, a pesar de que acababa de empezar, rápido heló el aire, haciendo que la temperatura ambiente descendiera a los ocho grados. Los sujetos, sin embargo, con las ventanillas subidas hasta arriba y abrigados con los pasamontañas y las chumpas gruesas, aparte de los chalecos a prueba de balas, apenas sí percibieron un ligero frío. En realidad, en el pequeño compartimiento lo que se sentía era calor. Bernd, por ejemplo, abrumado por el bochorno, se desabrochó la chumpa. *Calorina más hijoputa*, gruñó mientras se desabotonaba el primer botón.

Manzana de Adán quiso bajar un poco el vidrio para que entrara algo de aire, pero Pelado Bernd le dijo que no lo hiciera.

—Dejá eso —le dijo, pensando que un movimiento podría llamar la atención de alguien.

Rolling alejó el dedo del botón mientras hacía un gesto de sofoco.

—Aguantate. Solamente unos minutos más y nos vamos al carajo. Además, no sos el único que se está asando en este horno ambulante.

—Agua.

—Me dejás un poco —le dijo Ebers, tendiéndole su botella.

Pero aquel se la bebió toda.

—Te dije que me dejaras un poco —rezongó Mormón, un tanto molesto.

—No aguantaba la sed —le explicó Manzana de Adán, devolviéndole el recipiente vacío.

—Para qué quiero esa mierda vacía —le dijo Ebers, mirando para otro

lado.

—Cuando volvamos te la voy a comprar.

—Yo ya la...

A lo lejos, detrás de los sujetos, como a unas tres cuabras, se oyó el zumbido de un carro acompañado del nítido lamento de la sirena de una ambulancia, ¿o sería de la Policía? La alarma de uno y otro equipo no se dejaban de parecer. Los cinco hombres escucharon atentos, no sin cierto temor, con el corazón comenzándoles a latir con mayor rapidez segundo a segundo. Todos se le quedaron viendo a las armas un rato. El sonido se fue acercando a ellos cada vez más hasta que les pareció que lo tenían justo atrás de la espalda, y, entonces, preocupados, se dieron vuelta raudo. No había nadie ahí. Solo era su imaginación, la imaginación de aquellos que saben que no andan en nada bueno, y que, tarde o temprano, debido a sus aventuras ilícitas, les va a caer la ley encima. El ruido del motor, junto con el chillar del silbato, se fue desvaneciendo despacio a la distancia, dejándose oír del todo finalmente. Bernardo y compañía respiraron más tranquilos.

—¿Ambulancia o policía? —preguntó el Poeta.

—Era el pito de una ambulancia —dijo Rolling, que, en un tiempo, el año que cursaba quinto grado, había sacado un curso de primeros auxilios.

—A mí me pareció que era de la poli.

—Se parecen bastante.

—Son casi iguales.

—Es fácil confundirse.

—Sea lo que sea, ya pasó —dijo Jeser, mirando para arriba, para el cielo, a través del parabrisas oscuro.

El firmamento estaba lleno de miles de estrellas esplendentes. Bernd nunca había visto tantas en su vida. El espectáculo le pareció hermoso. Y se quedó un su buen rato con la cabeza levantada. *Una, dos, tres...*, empezó a contar en voz baja. Después de un momento, cuando ya iba por la cien, se convenció de que se podía pasar la noche entera y no las alcanzaría a computar todas.

El viento que había llegado del Norte, sin que se dieran cuenta, había arreciado más y las ramas de los árboles se movieron como si fueran las manos de un gigante queriendo agarrar algo con sus dedos deformes. Entonces sí empezaron a sentir frío. Pelado Bernd se abotonó nuevamente la chamarra. Joel se puso a frotarse con energía las manos para entrar en calor de nuevo, lo que consiguió luego de unas cuantas frotadas vigorosas. El Poeta comenzó a toser con fuerza. Era una carraspera de fumador. No se le calmaba. Ebers le

dio un caramelo mentolado. Al instante de que se lo comió se le aclaró la garganta, pero al rato volvió al nivel anterior al dulce y, en cuestión de segundos, parecía una vieja tosigosa al recrudecerse el espasmo.

Al parecer la golosina, en vez de ayudarlo, lo había empeorado.

—El dulce fue el que me jodió más —dijo el Poeta entre jadeos cortos, sobándose la garganta sudada.

—Has pillado una pulmonía —le dijo Yuri, algo en serio.

—Te estás muriendo, hermano —bromeó Manzana de Adán.

—Cobijate más —le aconsejó Ebers, pasándole una toalla gastada que se encontraba por ahí —. Eso te va a caer bien.

—Tal vez así dejás de fumar —lo sermoneó Bernardo.

—Tengo meses de no echarme un cigarrillo —contestó a como pudo el Poeta —; es ese frío condenado el que me jodió.

—El cáncer aparece a los cinco años de que la gente ha dejado de tragar humo.

—Un jarabe te caería bien —le dijo Yuri.

—¿Y aquí dónde demonios consigo un maldito jarabe?

—Yo solo te decía.

—Sí, doctor.

Joel se había puesto unos guantes negros de lana sobre otros azules, también del mismo tipo de tela, seguro de que, a medida que pasaran las horas, se iba a poner más helado. No se equivocaba. En el último medio minuto el frío había bajado dos grados y ya estaba a seis, y prometía seguir cayendo.

—Putá, nunca había sentido una helada semejante a esta —dijo, percibiendo cómo la baja temperatura le iba filtrando la piel y le comenzaba a llegar a los huesos —. La hipotermia me va a matar. Voy a morir igual que un miserable náufrago en alta mar entre agitadas olas de quince metros de alto.

Al único al que parecía que no lo ofendía el clima glacial era a Ebers, que, aparte de Jeser, era el que más dirigía la vista para el edificio de la Delegación, a la que, desde que llegaron, no había entrado ni salido nadie. Al parecer este delincuente desecado tenía una resistencia al frío como la de la foca en las aguas gélidas.

—¿Frío? —se mofaba de los demás bandidos —, Ja ja ja, parecen mujercitas. Saquen los suéteres floreados y pónganselos.

Las estrellas seguían brillando en lo alto con la misma intensidad. Un pedazo de Luna iba asomando la cola al oriente, y los árboles y los techos de las casas se empezaban a distinguir con mayor claridad. *Y el muy cabrón que*

no se apura, musitó, con preocupación, Bernd, contemplando el satélite, que le impresionó menos que los luceros, consciente de que su camioneta, aun siendo de un color oscuro, también sería más visible. *Si a uno de esos holgazanes se le ocurre salir ahorita y ve para este lado*, pensó un poco frustrado, *es casi seguro que nos mira. Entonces la cagamos. Tenemos que darnos a la huida sin haberle tocado un pelo a ese policía de mierda estirado*.

Cabal, lo que estaba rumiado el delincuente en ese momento, una mujer agente apareció en la puerta arreglándose la gorra oficial de la institución, parándose en medio del marco. Era bastante espigada. Casi topaba en la parte alta. Después de que se la acomodó, salió al pequeño patio embaldosado, deteniéndose a mirar el patrullero que se encontraba a la izquierda. Los otros dos automotores andaban en ronda y el cuarto, en el taller, por un problema del motor. Le estuvo viendo algo al carro, algo de la parte de abajo, sin darse cuenta de que cinco pares de ojos la espían ansiosos desde allá arriba. Al parecer a la llanta. Luego quitó la vista de la rueda y curioseó para un costado, hacia el sitio opuesto en el que se hallaba la Ford Escape. *Perrita*, susurró Rolling.

—Que no se le ocurra mirar para acá —dijo hablando suave, Pelado Bernd—. Bajá esa carambada —le indicó a Manzana de Adán al advertir que éste le apuntaba a la mujer —; no es a ella a quien le tenemos que dar.

La uniformada estuvo atisbando un rato pasaje abajo y a continuación se volvió a ver otra vez al vehículo policial. Acto seguido, la palma en la cacha de la pistola, retrocedió, dio media vuelta y regresó de nuevo al interior de la delegación, sin dar muestras de haber notado nada anormal. La noche estaba aparentemente tranquila.

—Más te vale, cariño —dijo Bernardo, relajado, con una media sonrisa que le hizo fruncir el lado derecho de la boca—. Más te vale.

Obviamente la mujer policía no vio nada que le llamara la atención. Nada que no fuera lo que todo el tiempo había visto y oído a esas horas cuando salía a ver afuera, cosa que hacía casi todos los días que trabajaba de noche: las casas con las luces interiores apagadas y las exteriores prendidas, la calle solitaria y callada, el canto de uno que otro gallo confundido. También escuchó los ladridos de algunos perros que olían algo a saber a dónde. Los canes siempre tenían un motivo para ladrar, contrario a lo que creían algunas personas. Había quienes pensaban que los cánidos se ponían a dar gruñidos solo por el hecho de hacerlo, así como a veces la mente se dedicaba a

recordar experiencias pasadas nada más por evocar, por un simple capricho.

Tal cual le dijo Ebers al pasarle la toalla, el Poeta ya se sentía mejor con el calor que le había dado la tela después de que se la echó encima, y, para su tranquilidad, prácticamente había dejado de sacudirse.

—Ya me está pasando —dijo tosiendo cada vez menos, quitándose el paño y mirando a Ebers, que asintió con un movimiento lento de la mandíbula.

Pocos segundos más tarde volvieron a oír el ronroneo de otro automotor, no obstante, sin la prisa ni la bulla del que escucharon antes. Un tanto menos preocupados que la ocasión anterior; pero de todas maneras preparados para cualquier eventualidad, lo percibieron lejos, luego cerca y, finalmente, otra vez distante.

—Otro loco al que le cogió la noche parrandeando —dijo Yuri—. De seguro la mujer lo va a recibir con los brazos abiertos y una buena taza de café humeante —agregó con ironía.

—Una buena puteada es la que le va a endosar —dijo Manzana de Adán—. Las viejas pueden aguantar que no les pasés la pasta de la quincena, que no seas cariñoso con ellas, incluso que echés una cana al aire; pero no que llegués en la madrugada. Eso sí que les revienta.

—Después de todo esta hora no es tan sola —dijo el Poeta, mirando al líder homicida.

—El otro carro que venga va a ser el de ese manido —dijo Jeser, que opinaba lo mismo que Rolling en cuanto a que a las mujeres no les gustaba que su marido viniera a la casa poco antes de que aparecieran las primeras luces.

—Si en el siguiente cuarto de hora no viene —opinó éste apretando y soltando el gatillo del arma con suavidad—; es que no va a venir.

—Siempre de pesimista —recriminó Ebers a Manzana de Adán de la manera que lo hace un padre con su hijo de siete años; con firmeza, pero sin gritar, haciéndole sentir de esa forma su autoridad sin ofenderlo.

—No nos puede fallar —dijo sobando el costado del artefacto Jeser—. Si algo tiene ese cabrón es que es puntual. Lleva alrededor de dos meses viniendo todos los viernes sin faltar. Ya no tardará en aparecer por allí. Ahorita ha de ir recorriendo la última cuesta —añadió atisbando de nuevo para atrás por el retrovisor colocado en el techo.

—Siempre hay una primera vez —dijo Rolling.

—Sería demasiada coincidencia que faltara precisamente hoy —dijo el delincuente cabecilla, razonando cada vez más igual que Manzana de Adán. Estaba empezando a creer que Lázaro Balmore quizás no iba a presentarse

este día, pues pocos minutos faltaban ya para las doce de la noche, la hora tope a la que sabía aparecer el oficial. Segundos después era difícil que acudiera al trabajo. *Si cabal a la medianoche no ha llegado*, también le oyó decir al policía en el parque, *es que no va a llegar*.

—Y si esa caricatura de oficial engreído no viene —le dijo Rolling a Bernd, pensando en ametrallar la Delegación —¿qué vamos a hacer?

Pelado Bernd no le contestó. No quería ni pensar en que Lázaro no iba a concurrir. Todo el tiempo había estado tan seguro de que acudiría a la oficina, que no tenía un segundo plan. Otro policía volvió a salir, pero esta vez este elemento de la corporación se entró rápido. Solo salió a sonarse la nariz con un pañuelo que dobló y se metió en la bolsa del pantalón después de que se limpió los mocos.

—Algo se sospechan; ya nos vieron —comentó el Poeta, levantando el arma luego de que el agente traspuso la puerta —. Ya son dos polis los que van saliendo.

—No nos han visto —le aseveró Bernardo —. ¿Creés que si ya nos hubieran descubierto no habrían venido a ver?

—Tenés razón —asintió el Poeta, bajando el fusil.

—¿Ya viste la nueva mamacita del noticiero?

—No, no la he visto.

Roberto Jubal le estaba preguntando a Obed Alexánder, y aquel se refería a Mayela Estefanía, mujer que había representado a su país en el evento de belleza internacional de Miss Universo en el año 2009, en el que había quedado entre las diez hembras más hermosas del planeta, y que había llegado a cubrir la plaza que dejara Alexandra Raquel, otra beldad, que pasó a la competencia, de seguro ganando el doble de lo que devengaba en el Canal 7 de televisión.

Los periodistas poco a poco se estaban dando su lugar, y muchos de ellos ya cobraban salarios muy parecidos a los que percibían las celebridades del cine y la música. Por la labor sacrificada —trabajar más de ocho horas diarias; comer a deshoras y en cualquier parte exponiéndose a coger una úlcera; vivir pendiente y tenso todo el tiempo a una llamada de la Redacción para ir a cubrir un accidente a mitad de la noche, etcétera— que hacían y por el riesgo al que se exponían, se lo merecían. Comenzaba la semana y los investigadores esperaban, impacientes, sentados detrás de sus escritorios en la DPP, una llamada.

Una fuente adentro del local de Las Doce Horas les había dicho que, toda vez que Bernardo Jeser asomara, los iba a llamar de inmediato. El policida había vuelto a aparecer. El informante le dijo a Roberto y a Obed que era bastante probable que compareciera el lunes, porque este día se presentaba a laborar la última trabajadora contratada y, por lo general, era Bernardo el que le daba la bienvenida, el que platicaba y se acostaba primero con ella. *A eso de las nueve, viene*, les aseguró Lobo. *Yo les voy a estar llamando a las nueve y media más o menos*. Así es que, para calmar el desasosiego, se habían puesto a hablar de Mayela, la nueva locutora de las noticias del horario estelar de la Estación 7 desde hacía cerca de un mes.

A pesar de la preparación intensiva que recibió en su tierra y en el país en que se celebró el acontecimiento final de belleza, Estefanía, pasados treinta días, aún se notaba nerviosa delante de las cámaras, aunque menos que en la primera fecha, donde se equivocó por lo menos unas cinco veces —en una de ellas, en la que tenía que mencionar al mandatario de la nación, en vez de decir, presidente, dijo presente. “El presente de la República...”

—¡Buena está! —dijo Roberto dando un suspiro.

—¿En cuál emisión? —le preguntó Alexander, interesado. Este detective, si bien le ponía atención al contenido de los noticiarios, estaba más pendiente de las presentadoras, que, se había fijado, todas, sin excepción, como las actrices que protagonizan las telenovelas, eran bonitas. Nunca había observado a una mujer con la cara fea leer en “el teleprompter” — ¿en la de la tarde o en la de la noche?

—En la de la tarde.

—¿En la de la una?

—No, en la de la tarde-noche.

—¿La de las seis?

—Esa.

—¿Qué ondas con ella?

—Está rica la mamazota.

—Un día de estos que me quede chance la voy a ver. ¿A las seis decís?

—Sí. También lo repiten en la noche, a las doce. Yo por lo común lo veo en la medianoche. Es el momento en el que me queda más lugar. No, ¡pechos que se le miran! Sobre todo cuando lleva una su blusa floreada negra algo escotada.

—A mí no me gustan mucho las mujeres de bustos gigantes.

—¿Por qué? No hay nada mejor que eso.

—No sé, mucha grasa. Me atraen más que tengan las caderas grandes, parecidas a las de Jennifer López. Con solo tocarle las nalgas a esa nenota me conformaría.

—Esperate a que te oiga el puertorriqueño. Dicen que el tipo es celoso a morir. Incluso con solo que le miren a la mujer le incomoda. Bueno, que, con una venus así, cualquiera. Yo no la dejaría ni salir al patio con tal de que ningún libidinoso le dirigiera ni tan siquiera la mirada. ¿Me vas a decir vos que no?, ¿que no tengo razón? Yo comprendo al boricua.

—¿Qué pasa con que me oiga? Yo solo estoy manifestando que me gustan como las de ella, no que la voy a conquistar. Aunque no te niego que me gustaría. Quizás una semana de estas vaya por esos lados y le pida el teléfono. Nunca se sabe. En cuestiones del amor no hay nada escrito. ¿Quién quita que salgamos algún día? ¿No me vas a decir que jamás has visto tipos feos —no es que yo esté diciendo que soy feo— agarrados tiernamente de la mano con damas guapas? La vez pasada que iba por la calle Alcor, por aquel edificio que se está cayendo y donde viven casi todos los drogadictos de la ciudad, antes de cruzar por la avenida Rusia, vi a un tío abrazado con una chica cautivadora, así como las que te atraen a vos. Alta, delgada, con un andar majestuoso. Además, dicen que ese salsero no le presta mucha atención con tantas giras en su agenda. Y que ya están teniendo problemas. Eso cuenta la prensa del corazón. Infidelidades del muchacho, parece. Incluso unos medios gringos ya hablan de separación. Es cierto que las hembras necesitan sexo, pero asimismo que las traten bien. Bien en todo sentido.

—No, pero siguiendo con esa nenita de las noticias. ¡Cómo me gustaría que me entrevistara a mí!

—¡Ja!, yo diría que ya estás encaprichado con ella.

—Yo diría que sí. Por ahí me han llegado rumores de que le van a dar un espacio de entrevistas. Los domingos en la mañana. Pero las personas a las que va a interrogar no serán individuos de la política ni economistas encumbrados, sino gente del pueblo que ha logrado salir adelante contra viento y marea. Hombres sencillos, a los que nadie les da importancia. Como nosotros dos. Como el vecino.

—¿A qué horas?

—Eso sí no lo sé todavía.

—Va a ser un poco raro el espacio.

—¿Por qué?, ¿por el tipo de persona que va a entrevistar?

—Por el día —dijo Álex, moviendo la cabeza—. El domingo por lo

general es deportivo ciento por ciento. No he visto muchos programas de diálogos esa fecha. Ni “reprise” siquiera. Incluso ver uno el sábado es algo extraño. A menos que sean coyunturales. Como los que tienen que ver con las elecciones de las autoridades de una nación.

—Hace falta esa clase de emisiones televisivas en el país —asintió Roberto—. En realidad, en todo el mundo. Para motivar a la familia a salir adelante, a pesar de las fatalidades, que nunca faltan en la vida. Yo fuera dueño de un Canal produjera y transmitiera al menos un bloque de ese tipo a la semana.

—La cuestión sigue siendo, y creo que lo continuará siendo toda la vida, lo económico. Es cierto que la televisión y los demás soportes son un medio para entretenerse, una fuente de información, etcétera; pero también entidades de capital, que sus fundadores, con más fluido rojo en sus venas de empresarios que de periodistas, han creado para lucrarse. Y, mientras no cambie eso, los programas culturales y de ese género van a seguir teniendo poco o ningún sitio.

—Algo de eso me dijeron en la U.

—¿En la universidad? No sabía que habías hecho estudios superiores.

—Hice un semestre nada más. En la facultad de Humanidades. Periodismo.

—Yo intenté estudiar esa carrera, pero la nota no me alcanzó para entrar a la universidad. Reprobé los exámenes. Los dos años. El siguiente ya andaba dando vueltas para ingresar a la Policía, que igualmente me gustaba, y me olvidé de intentarlo de nuevo. Mejor dicho, ya no tuve tiempo.

—Solo espero que un día se fije en mí y me mande una invitación a su programa.

—¿Por qué no le enviás un correo?

Jubal se quedó pensando.

—Sería un abuso —dijo al rato—. Si ni siquiera me conoce. Tal vez que ya me conociera aunque fuera de vista. Así como están las cosas ahora, va a pensar que la quiero secuestrar o algo por el estilo. No, no sería buena idea.

—Eso depende.

—¿Cómo?

—Puede desconfiar de vos si los mensajes que le mandás son ofensivos, groseros, subidos de tono, y si ya de un solo le vas diciendo que te gusta e invitándola a salir. O si le escribís mañana y noche. Sin duda que pensaría y sentiría que la estás acosando. Cualquier muchacha creería lo mismo, hasta la más liberal y atrevida. Si querés vamos al ciber hoy en la tarde después de

que salgamos de trabajar. Te dijera que fuéramos a la casa, pero la máquina se me ha arruinado. Esas laptops son una babosada. Al año empiezan a fallar. Si por lo menos fueran baratas. La más cómoda vale trescientos cincuenta dólares. La mía me costó cerca de seiscientos billetes. Aparte de que la Internet también me está fallando mucho. Se me desconecta a cada rato. Ya llevo quince días así. Hace una semana llamé a la compañía para reportarles el problema, sin embargo, no han llegado todavía a ver qué pasa, a corregir el defecto. Creo que me voy a cambiar de proveedor. Estos son muy deficientes. Y pedantes, que es lo peor. La vez que fui a hacer el contrato, la recepcionista, que por cierto era bastante fea, me salió bien grosera, casi me gritó la mujer. Poco faltó para que me pegara.

—Las empresas le deberían de poner más atención a las relaciones públicas, al trato con los clientes —dijo Cristales—. Todavía hay empresarios que no reconocen el valor que tiene esta área en sus negocios. Lo ven como un gasto innecesario, cuando es todo lo contrario. Yo, si en equis o ye almacén o institución me tratan mal ya no vuelvo ahí, a menos que me vea obligado a hacerlo, que no tenga otra opción.

—Vamos a un cibercafé en la tarde —asintió, despacio, Parras—. Necesito buscar el significado de unas palabras raras que no hallo en el diccionario. Entretanto yo busco en Google, vos enviás el mensaje.

—En Google se encuentra todo. Allí te aviso otro rato —le aseguró Roberto.

Yobani Uriel entró en ese momento hablando por el celular. Llevaba el diario del día doblado debajo de la axila.

Jubal y Obed, mirando a Yobani, se callaron.

—Lean esta nota —dijo pasándole a Alexánder el periódico abierto en la página donde estaba la noticia que les llevaba a enseñar cuando dejó de hablar por el aparato, que se guardó en el pantalón, pero que inmediatamente extrajo de nuevo y puso en medio del escritorio de hierro y madera, a la par de un organizador escolar.

Parras tomó la publicación con las dos manos y se puso a leer el informe periodístico de tres columnas que había escrito el redactor de la sección policial, un muchacho que escribía con un estilo fresco y ameno muy original y que, alentado por un colega que le profetizaba que le iría bien como literato, había empezado a darle forma al argumento de su primera novela policíaca. Los dos elementos motorizados calcinados.

—Ahora los comienza a quemar el muy cabrón —dijo Obed, dándole el

rotativo a Cristales, que primero vio la foto, acto seguido el titular y por último leyó el escrito.

Alexánder hizo al revés.

—A ver qué se le ocurre después —comentó Roberto, haciendo un movimiento de incredulidad con la cabeza al terminar de leer el material.

—No sé qué más —dijo Álex, visiblemente consternado.

—Quemar es lo último que se le puede ocurrir a un asesino hacer con su víctima —observó un Uriel triste, aunque no vencido—. No solo acaba con su vida, sino también con su cuerpo. Lo borra por completo del mapa. Se deshace enteramente de él.

Sin embargo, incinerar no fue lo último que pensó el delincuente hacer con los uniformados. Jubal y Parras, y asimismo, Urbano, no tardaron mucho tiempo en darse cuenta qué otra cosa proyectó hacerle Bernardo a los policías que mataba. Los empezó a cortar en pedacitos y a tirarlos en bolsas negras atadas a la entrada de los puestos policiales y juzgados, siempre en las horas de la noche. Primero completos, en pedazos, pero enteros. Luego solo fragmentos. Nada más la cabeza; el torso; los brazos; las piernas; los pies.

—¿Por qué le habrá agarrado ahora de calcinarlos? —preguntó Cristales, volviendo a coger el periódico de las manos de Obed para mirar la foto otra vez. Los 146 kilogramos —uno pesaba 74 kilos; el otro, 72— de los dos cuerpos de los motorizados reducidos a no más de 1.8 kg de ceniza.

Ni Cerritos ni Alexánder contestaron.

—¿Por qué? —volvió a inquirir Roberto al ver que nadie le respondía la pregunta.

—Tal vez solamente sea cuestión de placer —conjeturó Yobani, releyendo el titular al revés.

—¿Cómo así?

—No sé. Al quemarlos...—Uriel se interrumpió—. Dejémosles ese trabajo a los psicólogos criminológicos. Esa es tarea de ellos. La de nosotros es atrapar a ese homicida empedernido. ¿Ya les llamó la fuente?

—No, no nos ha marcado —respondió Álex—. Dijo que se iba a comunicar con nosotros a las nueve y media o diez, y ya son las once y veinte y no ha telefonado.

—Algún problema habrá tenido. Quizás no se ha podido quedar un rato solo. Debe de tener un gran cuidado, sino pierde. Un pequeño barrunto de esa basura o de uno de sus correveidiles y lo matan en el acto. Él lo sabe. Hay que tenerle paciencia. De un momento a otro pega el timbrazo.

—Para mí que vayamos a talonear a Jeser por los contornos del negocio la última vez y, sino aparece, entremos —manifestó Jubal.

—No podemos dejar de vigilar afuera. Aunque tomemos otras medidas, la guardia exterior siempre la vamos a mantener. Voy a hablar con el jefe para ver si es posible que nos apoyen otros cuatro detectives por lo menos. Así acechamos a ese excéntrico también desde adentro. Sin embargo, la falta del recurso humano no es el único problema que tenemos. Ni el más grande. El escollo mayor que seguimos teniendo es la orden judicial para entrar. No sé por qué diablos no nos las mandan nunca. Sin ese documento, por gusto, ni pensar en ingresar al edificio. Muchas de las leyes siguen siendo absurdas. Deberíamos poder acceder al local sin ningún carajo papel oficial en la mano. Está bien que se tratara de un sitio respetable, como una escuela, ¡pero ese!

—Yo no creo en los presentimientos, pero, no sé, se me hace que Bernd ya se dio a la huida de nuevo. Y hoy de seguro por largo tiempo. Ya sea porque la ha olido o porque alguien le ha llegado con el chisme o por pura deducción lógica. Sabe que sus desmanes no pueden pasar inadvertidos, y que nosotros ya andamos detrás de él.

—Eso lo conoce desde que mató a los primeros policías —expuso Parras, parándose para arreglarse el pantalón y tomando asiento de nuevo —. A menos que fuera amnésico.

—Apenas ayer mató a los compañeros motorizados —dijo Cerritos —. No andará muy lejos de aquí.

—Los asesinó y se fue mucho al carajo. Eso es sencillo. Lapidó, roció gasolina, encendió el fósforo, lo tiró y escapó —explicó Roberto.

—Creo que le voy a pedir a Eric André ocho agentes más —dijo Yobani, pensándolo mejor —. Vamos a necesitar municipales que van a entrar a ver que el negocio tenga los papeles en regla y no esté infringiendo las leyes, surtidores de bebidas, repartidores de pizza, proveedores de gas... Por lo menos unos diez detectives estarán entrando y saliendo del lupanar las veinticuatro horas durante tres días. Si en ese lapso no vemos a Pelado Bernd, es que nos ha dejado con “los moños hechos”. Y entonces...

—Y entonces el caso se va al archivo como otros cuantos miles.

—Y entonces empezaremos de nuevo. No pienso darme por vencido. No hasta que haya hecho lo imposible. Y espero que también ustedes.

Obed y Cristales asintieron al mismo tiempo.

—Contá con nosotros —le dijo aquél.

—En el momento en que le pongamos las esposas a ese individuo, les

prometo interceder con el jefe para que les den tres meses de licencia con sus sueldos íntegros —les ofreció Uriel—. Y, de ser posible, un pequeño aumento para cuando vuelvan. Si se puede antes.

—Con un mes y el incremento me conformo—dijo Roberto.
Alexánder estuvo de acuerdo con Jubal.

—Siéntese —le dijo Eric André a Yobani Uriel, con amabilidad, señalándole con la cabeza una de las dos sillas que estaban delante del escritorio, luego de contestarle los buenos días con la misma frase.

Yobani se acomodó asentando las palmas en los muslos.

El jefe de detectives, que tenía un dulce de fresa en la boca, dejó de leer, metió el lápiz en la página para saber a dónde se había quedado, cerró el cuaderno rayado número diez y lo puso a un lado de la mesa.

Sentado formalmente en la silla, la de la izquierda, como si estuviera en el consultorio de un médico en espera de ser visto por éste y ante gente extraña, Uriel lo vio hacer estos movimientos con la mayor calma. Veía lo que hacía, no a él. Eric era lento para todo; para hablar, para caminar, para comer — André se tardaba hasta cuarenta y cinco minutos en terminarse un plato de comida —, para mover las manos.

Urbano, que en el camino de su oficina a la de su jefe se había ido preguntando para qué lo mandaban a llamar, no acertaba aún a pre-decir el motivo de la convocatoria, pero tampoco se preocupó por sacar sus propias conclusiones. No tenía elementos para hacerlo. Últimamente todo en la operación había marchado bien. En especial a lo que se refería a comportamientos de indisciplina. Ni él ni su pequeño equipo de detectives recién formado habían cometido ninguna falta. Por otro lado, la última reunión de trabajo acababa de ser ayer al comienzo de la tarde. *A menos que se le haya quedado algo en el tintero*, se dijo.

—¿Qué tal le va? —le preguntó el Francés en tanto se disponía a abrir una de las tres gavetas que tenía el mueble al lado derecho.

—Bien.

Eric se le quedó mirando.

—¿Bien, bien?

—Perfectamente, gracias —asintió Cerritos, rascándose el muslo con disimulo —. ¿Y usted?

—Gracias a Dios bien. Nada más este dolor en el cuello, que no se me quita.

—Una pastillita.

—Dice el médico que es estrés. Me ha recomendado reposo. Al menos que

reduzca las horas de trabajo. Si no, podría ser peligroso para mi salud. Dañino al extremo de morirme.

—La tensión es más perjudicial de lo que a simple vista parece.

—Ya me estoy dando cuenta de eso —dijo André.

—Debería de hacerle caso al doctor.

El Francés asintió.

—Usted sabe que esta es la policía, ¿verdad? —dijo Eric después de dejar pasar unos cuantos segundos.

—Sí, por supuesto —contestó Yobani, extrañado, preguntándose qué pasaba, que por qué el jefe le hacía esa pregunta hasta cierto punto tonta. Claro que estaba al tanto de que era el Cuerpo encargado de mantener el orden público del país. Ahí trabajaba él como detective. Lo comprendía mejor que nadie —. Es la Policía.

—Y que es una institución seria.

—Sí —respondió Uriel.

—No la secundaria.

—Ajá.

El Francés, apoyándose ligeramente en la mesa con la mano izquierda, se inclinó un poco a la derecha estirando el brazo.

—¿Por qué me está diciendo todas estas cosas? —le preguntó Urbano —. ¿A qué viene todo esto? No entiendo. Le agradecería que fuera más claro.

Eric haló el compartimiento de lámina y tomó el único fólter que había adentro, lo abrió y cogió el sobre blanco que contenía, el cual puso en el escritorio, delante de él. Colocó la carpeta, abierta, encima del cuaderno que estaba leyendo hacía un rato.

Igual que la vez anterior, Urbano no se perdió detalle de los movimientos de su jefe. Éste asió el envoltorio de vuelta, hizo como que leyó el pequeño texto impreso en la parte superior izquierda y después se lo pasó a Cerritos, que lo tomó, poniéndose a leer de inmediato las cuatro líneas. Vio su nombre y su dirección; pero no el apellido de la persona que se lo mandaba.

—¿Y esto? —dijo —. ¿Quién me lo envía?

—Ábralo. Saque lo que hay adentro. Dése cuenta por usted mismo.

Yobani, arrugando la frente, le dio vuelta al sobre, levantó la pestaña y extrajo el contenido: las dos fotografías sensuales de Norah Jemina. André lo miró a los ojos, que no se movieron, concentrados en las imágenes, para ver su reacción. El muchacho, sorprendido por completo, mirando a la agente de arriba abajo, desde la suela de los zapatos hasta la gorra, se removió,

nervioso, en el asiento.

—¿Quién es? —inquirió, turbado, Uriel, viendo la fotografía en la que Norah aparecía vestida de policia, concretamente la ropa.

La gorra puesta de manera coqueta, la camisa policial bastante ajustada por todos los lados y desabotonada de arriba. El pantalón, que le ayudaba a resaltar las formas de unas piernas y unas caderas de por sí bien formadas, corto, muy corto y muy tronconero, bajo el cual se le veía, en la parte alta, una pequeña pieza de la tanga rosada con dibujos de flores rojas y blancas. Se fijó en las lustradas botas militares perfectamente amarradas hasta el último hoyo. Después reparó en el cinto, del que le colgaba una pistola 9 mm.

Luego pasó a echarle un vistazo a la pose tentadora. La chica aparecía con las manos como si estuviera apoyada en la pared, semicurvada la espalda, la cabeza vuelta ligeramente hacia atrás, de cuyos ojos —más que todo el derecho, que era el que se veía— salía una mirada sugerente. Los enormes senos, que estaban echados para adelante, apenas cubiertos por un pedazo de tela que la modelo hacía pasar por sostén, también eran excitantes; las nalgas se veían levantadas, con claras intenciones de provocar.

—¿Me va a decir que no sabe de quién se trata? —le preguntó Eric, moderado, sin un atisbo de amonestación, tal cual era su estilo.

André, ante una falta o error de un subalterno, nunca lo reconvenía. Aunque ciertamente tampoco le aplaudía. Más bien trataba de balancear las cosas.

—No; no la conozco —dijo Urbano, moviendo la cabeza.

Lo mismo que a los demás auxiliares, el jefe de detectives conocía bien a Cerritos y sabía que, si alguna falta se le podía achacar, esa no era la de ser un condenado embustero. En la vida lo había oído decir una mentira. Y ahora no se lo imaginaba mintiendo. El Francés meneó la punta de los pies, que tenía uno sobre otro; y miró para afuera por la ventana un pedazo de nube que se había quedado suspendida en el cielo, le pareció, mientras el resto se movía perezosamente a levante. Eric se había preguntado algunas veces a qué velocidad promedio se desplazaban esas masas de vapor de agua. Y por qué lo hacían en todas direcciones, como a lo loco. Como si anduvieran perdidas. Las que estaba viendo en este momento se dirigían hacia Oriente; pero las que vio solo unas pocas horas antes enfilaban con rumbo Poniente.

—Examínelas bien —le dijo, sin dejar de observar las nubes de verano, que le pareció verlas moverse más rápido, de repente, como si alguien les hubiera dado un empujoncito.

—¡Pues, no sé! —exclamó Yobani después de mirarlas de nuevo con

atención. Luego dijo, más por comentar algo que por otra cosa —. Quizás una admiradora.

—Me llegó a mí ayer —explicó el jefe de detectives, echándole un vistazo al sobre vacío al otro lado del escritorio.

—Entonces son para usted, no para mí.

—Me llamo Eric André, no Yobani Uriel.

Urbano vio sin leer de nuevo las letras en la esquina de la envoltura. El Francés miró el saliente del sobre, que fue para donde después concentró la vista aquel, sin duda preguntándose que por qué, si la carta no era para su jefe, éste la había abierto. La indiscreción era fea. Deslucía la buena imagen que se pudiera tener de los individuos.

—Así venía —le aclaró Eric, intuyendo la pregunta que se estaba haciendo su subordinado —. Lo puse aquí en la orilla —indicó el lugar en que lo había puesto— mientras se lo daba a usted cuando se cayó. Entonces salieron volando las fotografías. Así fue como las vi. No crea que yo rasgué la pestaña para curiosear.

Cerritos metió nuevamente las instantáneas en la envoltura de papel y se las dio a André, que las volvió a sacar enseguida.

—Véalas otra vez —le dijo dándoselas —. Fíjese bien en su cara.

Yobani tomó de nuevo las fotos, las miró, ahora todavía con mayor atención que las veces anteriores, y, en este instante, por fin, la reconoció. Era ella, la nueva compañera de oficio; la agente que acababa de llegar con la última promoción y de quien, desde la primera ocasión que la vieron los colegas uniformados, habían comenzado a hablar acerca de su cuerpo, de lo bonita que era, etcétera. Uriel ya la había visto antes de pasada en el interior del edificio —a medio año habían transferido todas las áreas investigativas de la Policía a un mismo bloque a efecto de hacer un trabajo mejor y, a la par, algunas economías. El inmueble se ubicaba enfrente de la sede central de la corporación, conocido como “El Fortín”, por su parecido con un castillo—, e inclusive la había saludado, pero no se había fijado en la mujer, es decir, no físicamente al menos.

Sin embargo, algunos comentarios le habían llegado en el sentido de que la chica era bastante atractiva; pero eso a él le daba igual, pues ya se había comprometido a casarse con su novia de nueve años de idilio en los próximos meses, y el concepto que tenía referente a la fidelidad no era el del descaro, como la gran mayoría, incluyendo cada vez más a las mujeres —las últimas estadísticas en el rubro de la infidelidad, los porcentajes entre éstas y los

caballeros estaban casi iguales. Unos estudios hablaban del 52 por ciento para el sexo masculino y el 48 para el femenino, una diferencia de apenas cuatro puntos. En otras investigaciones se citaba, incluso, que la hembra era más desleal que su contraparte: 63 sobre 37—, de personas en el mundo. Sabía que debía de haber respeto dentro de las parejas porque así se lo decía el sentido común y, además, porque así se lo habían enseñado en la casa. Y Urbano se consideraba un hombre de principios sólidos.

—¡Ah, sí! —dijo, poniendo de nuevo las fotos en la mesa, encima de la funda, delante de él, con un leve gesto de alegría en su cara por haber adivinado al fin quién era la criatura de las imágenes—. La conozco, es Norah Jemina, la nueva colega de la que tanto anda hablando todo mundo en la corporación. Pero, ¿y por qué me las manda? —preguntó después de un momento, levantando la vista de las instantáneas y mirando a su jefe, que se había sentado formalmente.

—Pues, tal cual dijo usted hace un instante, entiendo que en broma —le explicó André —, es admiradora suya.

—¡Ah! —exclamó bastante sorprendido el detective —¡admiradora mía!

Él nunca había sido tan exitoso con las jóvenes, ni aun de chico, en la escuela o el vecindario, por eso su desconcierto. Igual que todos, había tenido sus aventuritas por ahí, más o menos serias con alguna que otra niña, pero no como para presumir de su atracción. *La verdad es que solamente he andado con tres novias*, le había confesado a Roberto.

—Ajá. Al parecer le gusta usted.

Cerritos se preguntó por qué diablos a uno le salían más mujeres ya estando comprometido con alguien. Era un fenómeno que había notado no solo en su persona, sino también en sus amigos. Mientras estaba libre, disponible, apenas había una muchacha que se fijaba en él. Pero, cuando tenía novia y ya no podía hacer nada, se le aparecían varias. *Y, para variar, hermosas*, pensó contemplando a Jemina.

No sabía si a las hembras les pasaba lo mismo, pero imaginaba que sí, puesto que, para su dolor, a su prometida decenas de romeos la rondaban.

—Pero sí yo ya tengo mi media naranja.

—Dígame, Yobani, cómo es que Norah le ha mandado estas fotografías.

—No le entiendo, jefe.

—¿Hay algo entre ustedes?

—¡No! Si apenas la conozco. He hablado con ella solo una que otra vez. Además...

—Mire, Uriel, como usted entenderá, no lo he mandado a llamar para reñirlo ni menos aún para felicitarlo por su infidelidad, suponiendo que la haya; por ser favorecido con el amor y la admiración de una mujer; ni, incluso, por el tipo de material amoroso que le han enviado. Ni tan siquiera por el jueguito. Eso a mí no me importa. Sino por el lugar en donde le han remitido las postales.

—Pero yo qué culpa...

—Que no vuelta a pasar, muchacho.

—Creo que no es a mí a quien le debería de llamar la atención, sino a la agente Jemina.

—También a ella ya le mandé a hablar. No tardará en venir por ahí. Bien, ahora a otro tema; no me ha entregado el reporte de ayer —dijo Eric tomando una libreta grande, abriéndola en la tercera página y viendo la fecha (cada cara de las hojas de ese cuaderno tenía anotado arriba año, mes, día y hora) —.

—¿No se lo he traído?

—No, no me lo ha entregado.

—Cómo no, si se lo entregué.

—Pues, no lo veo anotado aquí en la libreta —observó y revolvió unos papeles en la mesa—. Tampoco miro el informe acá en el escritorio. Quizás se lo dejó a la secretaria. Si está seguro que lo trajo ayer, a ella se lo ha de haber dejado. Le voy a preguntar otro rato, luego de que hable con la compañera Norah Jemina.

—Ah, sí —se acordó Urbano —. A su ayudante se lo di. Cuando vine, usted ya se había ido.

—Ayer me fui temprano —asintió André —. Una hora y media antes. Tenía una fuerte jaqueca. Además, el almuerzo me cayó mal. Casi toda la tarde y toda la noche me la pasé metido en el baño vomitando. A ese pescado le faltaba fuego.

—¿Pero ya se encuentra mejor?

—Me está pasando. Eso era todo.

Cerritos se levantó para irse; sin embargo, no se movió.

—¿Sí? —le preguntó Eric.

—Ya llevamos aproximadamente dos semanas vigilando los alrededores de Las Doce Horas y no hemos visto a Bernd todavía —explicó de pie —. Custodiaremos el negocio un plazo más y, si el sujeto no aparece, vamos a entrar.

—Hum —murmuró el Francés, pensando en la arbitrariedad en la que, debido a que no tenían la orden para ingresar al establecimiento aún, incurriría Yobani y su equipo al dar ese paso. Y él, por supuesto, ya que, al final, era el que autorizaba que se hiciera algo o no —. ¿Cuánto tiempo más exactamente?

—Una semana.

—Esperemos otro poquito. Quizás unos diez días. Tal vez en este intervalo nos envían el condenado papel.

—Voy a necesitar refuerzo para eso. Unos ocho detectives por lo menos. Si me puede conseguir doce, mejor.

—El problema es de dónde los agarramos. Que hubiera personal disponible le consiguiera el doble con mucho gusto.

—Este es un caso especial.

—Lo sé, detective, no es necesario que me lo aclare.

—Hay que priorizar. Y rápido. Si no, así como marchan las cosas, ese asesino terminará con media Policía en pocos meses. Va por buen camino de conseguirlo.

—A ratos me da la sensación de que el único delincuente que hay en el país es ese bicharraco desgraciado.

—No lo es, pero sí el único que se ha atrevido a embestir a los agentes de forma sistemática.

—Ese tipo está chalado de encerrar. ¿Cómo se le ocurre terminarse a la Policía? Ahorita somos cuarenta y cinco mil uniformados. Más las nuevas promociones. Más los mil doscientos elementos que se incorporan anualmente a la institución.

—Hay locos de locos.

—Y éste es uno de ellos —asintió André—. ¿Algo más? —le preguntó al ver que no se movía.

—No, nada —dijo Uriel, quien, después de darle la mano, se empezó a alejar de la silla.

—¿Qué hago con esto? —dijo Eric, agarrando el sobre con las fotos, cuando Urbano ya se dirigía a la salida—. Es para usted.

—Devuélvaselo —le contestó Cerritos, deteniéndose—; es de ella —dijo, volviéndose y saliendo de la oficina.

En el momento en que Yobani dejaba el despacho, el jefe de detectives volvió a poner la carta en la mesa, a la espera de que llegara la agente. Entretanto aparecía ésta, a fin de avanzar un poco más, tomó la libreta nuevamente, la abrió por donde se había quedado y se puso a leer de nuevo.

Uriel se encontró con Norah a la salida de la oficina. Haciéndose los dos a un lado para dejar que pasara el otro, se saludaron con un *hola, ¿qué tal te va?* y se rieron, cada quien por razones diferentes. Jemina lo miró de reojo de arriba abajo cuando el detective recorría el pasillo camino a su propio local, en el que sus compañeros se hallaban afanados revisando las fotocopias de unos expedientes voluminosos de un delincuente que, en sus fechorías, sesenta y siete años atrás, había cometido sus delitos de una forma bastante parecida a como los ejecutaba Bernardo hoy.

Bernardo Jeser, que ya se empezaba a desesperar, miró por el retrovisor interior por enésima ocasión —sin que se diera cuenta, tanto giro del cuello ya le estaba pasando la factura, y un dolor leve que en fechas posteriores se le agravaría, se le había comenzado a manifestar a un lado de la nuca— desde que llegaron cada vez con menor esperanza de que el oficial Lázaro Balmore apareciera ese día y, finalmente, vio que algo del tamaño de un automóvil pequeño, una sombra, se movía a su espalda, a unos sesenta y cinco o setenta metros, acercándose palmo a palmo a ellos. De las dimensiones de un vehículo, mas no de la forma, pero el delincuente cabecilla, excitado por la aparición de la presa, no reparó en eso. Automáticamente dio por sentado que era el automotor del policía. *Por fin viene ese hijo de perra*, se dijo, sintiéndose contento de, en primer lugar, no verse burlado por Lázaro, y, segundo, porque lo iba a asesinar: su gran obsesión de los últimos días.

—¡Vivos! —dijo, moviéndose en el asiento y levantando la Ceska ZbrojovkaCZ100 a la altura del pecho —; ahí viene ese cabrón.

Los demás sujetos, preparándose también para atacar, se voltearon todos a la vez para mirar, meciendo la camioneta un poco con su movimiento.

—¡Hey —los regañó Bernardo —, no se muevan mucho, carajo!

El carro, privado del impulso de los encapuchados, se dejó de bambolear al momento, quedándose quieto de nuevo. Jeser se volvió a concentrar en su próxima víctima uniformada. La sombra, atrás, a la que no le quitaban el ojo ninguno de los delincuentes, se desplazaba despacio, lo que, debido al estado de ánimo en el que había comenzado Bernd a caer, lo encendió más, estremeciéndose de pura cólera. Apretaba y aflojaba el gatillo una y otra vez, en tanto se mordía el labio inferior, que se le palidecía.

Una enorme nube hacía ratos se había colocado debajo de la Luna llena, cerrando la luz que irradiaba, oscureciendo el entorno, tanto que los delincuentes no alcanzaban a mirar más allá de los tres metros. Debido a lo

oscuro, era difícil distinguir aunque fuera un poco de qué se trataba; pero, dada la hora y sabiendo de que era el momento en que Balmore venía a la delegación, el forajido líder no necesitaba verlo para saber quién se aproximaba. Tenía que ser el oficial. No podía ser otra persona. *Por fin mis oídos van a descansar de ese poli*, dijo entre dientes —. *Ya estaba asqueado del muy maldito. Que el oficial Lázaro Balmore aquí, que el oficial Lázaro Balmore allí. Peor que estar oyendo las promesas de los políticos en campaña.* Al asesino tampoco le caían muy bien que digamos los políticos. No solo porque se embolsaban sueldos jugosos sin hacer nada, sin hacer *ni mierda*, sino por la sarta de mentiras que decían. Sin embargo, su ojeriza no llegaba al extremo de matarlos. Todavía.

Rolling, que tenía una vista muy aguda —miraba más claro y más lejos que el normal de la gente, incluso en condiciones adversas, como hoy—, heredada por sus antepasados —su tatarabuelo, su abuelo y su papá poseían unos ojos únicos—, aguzó la visual tratando de distinguir el bulto.

—No es él —dijo categóricamente después de reconocer la silueta, viendo ahora por el espejo lateral, por el mismo en el que miraba Bernd —; no es el *chucho*.

—¿Y quién más va a ser?, ¿quién más puede ser a esta condenada hora?, ¡solo que un fantasma imbécil! ¡que existieran de verdad!

El Poeta, Ebers y Joel, éste de medio lado y los otros dos oteando por los espejos de ambos costados, igualmente hacían esfuerzo por identificar la figura, pero no lo conseguían. Yuri ni siquiera veía nada. Únicamente las tinieblas, aquellas en las que, lo mismo que sus compañeros de fiesta, había vivido la tercera parte de sus veintiséis años de vida. *No veo lo que es ni una putada*, dijo para sí.

—No es el policía. Es un animal —insistió Manzana de Adán, quitando el dedo del percutor y volviéndose a poner el arma en las piernas, que se le empezaban a engarrotar por la falta de movimiento. Agarró el fusil y estiró y encogió las patas hasta que sintió que le volvía a circular la sangre de nuevo.

—El animal de Lázaro —dijo Joel, metiendo la llave en la cerradura de encendido sin soltarla.

El Poeta y Ebers sonrieron bajo el algodón que les tapaba la cara.

—Una vaca, un toro o algo así —dijo Rolling —. No es el condenado polizonte.

—¿Y qué diablos va andar haciendo una vaca puta por estos lados a esta hora? —preguntó Pelado Bernd echando chispas.

—No veo ninguna luz —dijo el Poeta—. Si es el patrullero de ese delincuente con uniforme, por qué no trae las luces encendidas.

—Vio la camioneta —dijo Bernardo—. Nos ha visto. Trae los focos apagados para que nosotros no lo veamos.

—A menos que el motorista tenga ojos de águila, igual que los de este loco de Rolling, no veo cómo pueda manejar con esta negrura sin ir a parar a la cuneta. Además, se mueve muy lento. Un carro avanzaría más rápido.

Con cada paso que daba, la sombra se hacía más grande, pero aún era imprecisa. Jeser seguía en sus trece, creyendo que Balmore era el que venía, llegando, incluso, a escuchar el ruido del motor con claridad.

—¡Agarrá otra vez esa carajada! —le largó a Manzana de Adán al ver que se ponía el arma en los muslos.

Rolling lo hizo solo por no discutir.

—¿Qué hacemos? —preguntó el Poeta, que no había estado en la reunión en la que afinaron los detalles, dando por hecho de que Lázaro era el que se acercaba—. ¿Nos bajamos y lo hacemos mierda aquí no más?

Bernd le dirigió una mirada de reproche. Habían hablado de que lo iban a dejar pasar, luego lo seguirían y, justo en el portal de la dependencia, lo matarían. *Le podemos dar en la nuca en cualquier parte*, había dicho éste entre trago y trago de soda, sentado, a medianoche, en el piso de La Atalaya en torno a unos dados, *pero mejor a la entrada de la delegación para que vean que tenemos el sartén por el mango. Que los tenemos cogidos por el culo, y que somos capaces de meternos hasta la cocina si nos da la gana.*

—No vayás a hacer una pendejada —le dijo Pelado Bernd—. Lo vamos a dejar que pase, lo seguimos y le sembramos el fondillo de balas en la puerta. Eso es lo que haremos. No se te ocurra bajarte ya.

—¿Para qué tanta cosa? Bajémonos y hagámoslo trizas aquí mismo ¿Para qué esperar a que llegue a la puerta?

—Ya te dije.

La sombra moviente pareció detenerse un momento, un momento que Bernardo sintió como un siglo. *¡Apurate, porquería!*, musitó rechinando los dientes.

—Se ha parado —dijo Ebers, quien, durante los últimos instantes había hablado poco, agobiado por el sueño y un dolor de espaldas crónico.

Se volvió a desplazar.

—Nuevamente está caminando.

Por fin te llegó tu hora gran cabrón, musitó Pelado Bernd, que seguía

creyendo que Lázaro Balmore era el que se presentaba. *Toda vez pase, te movés*, le explicó a Yuri, quien no dijo nada, pendiente del movimiento atrás. *Ya saben, al mismo tiempo. Le vamos a tirar todos simultáneamente. Que quede hecho un puto colador.*

El bulto ya se encontraba a un par de metros. Bernardo le dio un codazo en las costillas a Joel para indicarle que estuviera listo, que no se fuera a mover ni antes ni después. Jeser echó un vistazo rápido para la delegación. Luego de la mujer policía ya nadie había salido. Aunque de eso no habían pasado muchas horas; unos tres minutos a lo sumo. *Ojalá que no se le ocurra salir a ningún perro en este momento*, se dijo el asesino. *Porque entonces nos jode la puta ceremonia.* Cuando se volvió, el “oficial” ya se hallaba casi junto a ellos.

—¡Putá, qué mierda! —vociferó Bernd al darse cuenta de que, según le dijo Manzana de Adán, no era Lázaro el que iba llegando, sino un rumiante—. No es ese estúpido.

Era una vaca grande, la más enorme que ninguno de los delincuentes hubiera visto en su vida. A excepción de Rolling, que ya sabía de quién se trataba; y de Pelado Bernd, que dio un puñetazo en el vidrio de la ventanilla, los demás hicieron esfuerzos para no soltar la carcajada. Bernardo estaba que echaba chispas, y estalló en cólera, empezando a putear y a pegar manotazos y patadas como una cabra loca al automóvil.

Los detectives llegaron, vigilaron y se fueron de Las Doce Horas la millonésima vez sin haber visto a Bernardo Jeser. A los otros equipos no les había ido mejor. A estas alturas de la pesquisa era bastante evidente para los policías investigadores que el delincuente asesino ya había sospechado que algo raro que tenía que ver con él estaba pasando, y había escapado. Había dejado de llegar a aquellos sitios que frecuentaba seguido, entre ellos este negocio. A La Atalaya tampoco se asomaba ya. La unidad que mandaron allí lo único que halló fue un montón de basura en la que vivían cientos de roedores. La conclusión no podía ser otra. *Demasiada casualidad que no fuera así*, le dijo Roberto a su compañero en tanto veía salir del prostíbulo a un hombre de la tercera edad tomado de la mano con una mujer de una gracia extraordinaria que cronológicamente podría ser su tataranieta. Obed, que había pensado que “el señor rabo verde” bien tendría los años del padre del papá de su progenitor, asintió levemente, repitiendo la frase *demasiada casualidad*.

Luego de esperar afuera unas tres horas más o menos, al final de la jornada,

ya sin ninguna certidumbre, con la sensación más nítida que nunca de estar haciendo nada, de estar perdiendo el tiempo, los elementos investigadores, sintiendo la ruina de tanto desvelo y esfuerzo físico y emocional, volvieron a la DPP convencidos de que era el momento de acometer el segundo paso: entrar al lupanar.

Regresaron a eso de las dos de la madrugada, dejaron estacionado el vehículo en su lugar y se fueron a descansar un rato a unos catres que se encontraban en un cuarto contiguo que servía de dormitorio para el personal que trabajaba en el turno de la noche, mientras clareaba el día para ir a dormir otro momento más a la casa, ver a la familia, comer, bañarse, cambiarse de ropa y regresar en la tarde a la oficina a continuar con la investigación, donde ya estaba trabajando Yobani Uriel, revisando unas fotografías de los primeros uniformados asesinados por Bernardo.

Yobani tenía la costumbre, cuyo consejo le dio un profesor de bachillerato que le impartía la materia de Inglés, de revisar los materiales —fotos, texto, marcas, sangre, lo que sea— decenas de veces. Siempre había la posibilidad de que se le escapara a uno algo, un detalle; una coma, una palabra, cualquier cosa.

Aun después de que el caso se había resuelto o había prescrito, si disponía de un espacio en su agenda, Uriel volvía a mirar los expedientes, tal vez ya no para robustecer las pruebas, sino para sacar ideas de cómo orientar la investigación que estaba llevando en ese instante o relacionar formas de actuar de aquél con este asesino. O para comparar. Si bien era cierto que las maneras de obrar de los delincuentes aparentemente tenían sus grandes diferencias, en el fondo se parecían bastante, lo que, si se tenía cuidado en eso, la tarea se hacía, no más fácil, pero con seguridad más efectiva.

Urbano le insistía esto a su gente. Roberto Jubal y Obed Alexánder ya estaban empezando a proceder del mismo modo concienzudo que su jefe inmediato. Cada vez se les veía menos en el cafetín de la corporación charlando con sus compañeros, tomando café o jugando naipes, y más leyendo y releendo abstraídos documentos gruesos de diez, veinte, treinta años atrás.

Esa tarde que volvieron, en la reunión rápida e informal que tenían a diario antes de comenzar la jornada, le dijeron a Cerritos, que ya había tomado la misma decisión, que era el momento de entrar al edificio siempre impecablemente bien cuidado, igual o mejor atendido que una catedral. El inmueble se lo merecía, la verdad. Y también los clientes, quienes dejaban mes a mes en la caja un aproximado de un millón y medio de dólares netos. A

veces, más todavía. Casi los dos millones.

Roberto no lo podía creer. Ni Obed.

—Ya lo había decidido —les dijo ante la quinta taza de café descafeinado humeante del día (se bebía una media de ocho. Eran vasijas pequeñas) que estaba tomando de un recipiente de cartón, cuyo aroma agradable les llegaba a sus socios, sentados en las respectivas sillas secretariales detrás de sus mesas ordenadas.

—¿Cuándo? —le preguntó Cristales, que también bebía algo caliente, pero no café —nunca le había gustado esta bebida—, sino una taza de chocolate, que siempre lo paladeaba cargado.

—Hoy mismo.

—¿Y la orden de registro? Ya sabes que, sin ese papel condenado, por gusto, no podemos entrar, no podemos hacer nada; es decir, de poder podemos, pero no debemos.

—Sin esa orden —dijo Yobani—. Ya esperamos bastante. Y si por eso nos ponen en cuarentena, que nos pongan. En este caso sí creo que el fin si justifica los medios. Quizás al principio no le guste a nadie, pero después lo van a comprender. Lo que sí que vamos a tener cuidado es de no echarle mano si lo vemos. No solo para no caer en un delito; o a causa de que vayamos desarmados, sino porque no nos toca. Ese no es trabajo de nosotros. La función nuestra es vigilarlo y, una vez controlado, avisar a la fuerza correspondiente para que lo apresen.

—El hecho de que no lo agarremos no quiere decir que no vayamos a consumir una infracción —dijo Obed, bastante preocupado, pues hasta ahora tenía la hoja limpia, y así quería seguir, ya que pretendía llegar lo más alto que se pudiera en la Policía. Por otra parte, le daba un miedo tremendo ir preso —le rogaba a Dios diariamente para que no se presentara esa circunstancia— por lo infernal que era estar ahí y por la pérdida de tiempo que significaba permanecer encerrado. *Los minutos perdidos, incluso los santos los lloran*, solía decirle su mamá aún hoy en día.

Desperdiciar una semana ya era demasiado, no digamos cinco o seis años, que era con los que los iban a castigar por la falta que estaban a punto de cometer.

—Es una cuestión en la que he meditado bastante —aclaró Uriel consciente del riesgo de la decisión—; pero llega un momento en que se deben sopesar los lances. Dejar que ese sujeto siga matando a los compañeros a cambio de respetar ciertos códigos; o pasar por alto estos y parar las muertes. Y he

llegado a la simple conclusión de que vale más lo segundo. No hay nada tan importante como la vida. La Biblia lo dice. La Constitución también. Y no es que me quiera convertir en un héroe ni cosa por el estilo. No me interesa eso. Además, esperemos no llegar a esto. Eric André está de acuerdo.

—¿A qué?

—A pasar sobre las leyes.

—Si vamos a entrar ahora mismo, ya no tenemos mucho tiempo que digamos.

—Aún contamos con unas cuantas horas —dijo Urbano, viendo el reloj de pared con el logo del Real Madrid en el fondo.

—Si tropezamos con ese anormal, dudo que no nos abalancemos sobre él —dijo Cristales—. Puede ser la única oportunidad que tengamos para agarrarlo.

Cerritos no dijo nada, empero, sabía que Roberto tenía razón. El deseo de sacar de circulación a Pelado Bernd para que ya no continuara con su escalada de asesinatos y para que pagara sus delitos, sin duda podría más que el temor a infringir la ley y ser castigado. Eso no lo había considerado, pero tal vez fuera posible que dieran ese paso a última hora. Echársele encima al tipejo y encadenarlo.

—Cierto —asintió Yobani.

—¿Te van a dar los refuerzos que pediste? —preguntó Álex.

—Supuestamente pasado mañana me los van a mandar.

—Los necesitamos hoy, no pasado mañana.

—Es lo más pronto que los pueden enviar. Yo le insistí a Eric que los necesitaba para ayer, pero me dijo que era imposible.

—¿Cuándo aparecerá el día en el que ya no tengamos problemas de carencia de personal en la Policía?

—Temo que llegue ese momento. Al contrario, creo que empeorará la escasez. Va a ver una época en que un caso, por más complicado que sea, solamente lo llevará un detective. Te acordarás, Alexánder.

—De ahí que no anden diciendo que la culpa es de nosotros, que no hacemos nuestro trabajo bien, que somos deficientes.

—Ya se está acercando la hora de invocar al Chapulín Colorado.

—Ja ja, tenés razón. Ese Chapulín va a poner quietos a todos los delincuentes en un abrir y cerrar de ojos.

—Y nos deja sin empleo —dijo Jubal—. No, mejor que no lo llamen.

—La criminalidad es como la enfermedad —explicó Uriel—. No se

acabará jamás. Eternamente estará ahí. Siempre va a ser parte de la naturaleza del hombre. Parte de estar vivo. Acaso se reduzca, pero no desaparecerá. No te preocupés, seguirá habiendo trabajo de por vida para los policías.

Cristales asintió.

—¿Y quiénes van a entrar? —le preguntó éste.

—¿Entrar a dónde?

—A Las Doce Horas.

—Obed y yo.

—Como otro par de clientes más, ávidos de placer.

—Exacto.

—Te aconsejaría que llevaras una pistola por cualquier contingencia. Pese a que no estés autorizado. Tal vez —Roberto estaba seguro— te esté proponiendo con ello a que te pasés por alto las leyes, el fin del policía, los derechos de la gente y no sé qué otras cosas más; pero este sujeto no merece ni tan siquiera una de esas consideraciones.

—Lo que nos estaríamos saltando si fuéramos armados, más que nada serían las órdenes de André. Aunque él es bastante sensato. Sabe que este loco de Bernardo no es ninguna buena pieza a la que hay que darle ventaja. Estaría de acuerdo de seguro. Molesto, pero de acuerdo, que son cosas distintas.

—Yo cargaría una.

Urbano lo pensó.

—Ustedes se podrían convertir en las siguientes víctimas de ese condenado pillo; en los cadáveres número treinta y dos y treinta y tres. No es que los quiera afligir ni los esté salando, pero ese individuo...

—Gracias —le reconoció Cerritos su preocupación—. Gracias. Te lo agradezco, te agradecemos tu inquietud por nosotros. Pero no. Vamos a ir así no más. Sin armas. Confiemos en diosito que no nos va a pasar nada.

—Reconsiderará tu decisión.

—Ya la reconsideraré. A las cinco y media vas a presentarte vos a la embotelladora. Allí van a darte el uniforme oficial de repartidor de cervezas. Gorra, chaqueta... la vestimenta completa. Te asignarán al Equipo número 11, que es el que cubre la zona donde se encuentra el lupanar. Irás con otro par de chicos que no saben de qué se trata. Primero proveerán a esa tienda pequeña que se ubica dos calles antes. A continuación se irán directamente a Las Doce Horas. Ahí descargarán cerca de la tercera parte del camión, lo que es...

—Casi todo.

—Ajá... lo que es bueno porque se van a llevar un su buen rato, dándote

chance de permanecer algún tiempo adentro sin que parezcás sospechoso.

—Pero me imagino que las cajas las vamos a dejar en la bodega, no en el bar, que es donde creo se está Pelado Bernd.

—Las últimas —dijo asintiendo Yobani—, quizás unas quince o veinte, no las vas a llevar al sótano, sino arriba.

—¿Cómo no las vas a llevar? ¿Qué no decís que dos trabajadores van a andar conmigo en el camión?

—Las cajas solo vos las subirás al bar.

—Te entiendo.

—A los otros descargadores los van a poner a que cambien de lugar las botellas, de modo que no sospechen nada. Entretanto vos, ojo al cristo, estarás subiendo y bajando al área de la taberna. Diligencia que poco tiene de extraordinaria. Siempre alguien realiza esa faena, por lo común un empleado de la casa. La diferencia es que ahora no la efectuará uno de ellos. No hay nadie disponible simplemente y por tal razón lo está haciendo un obrero de la embotelladora. Además, quién se va a turbar por eso. Quién va a notar algo raro en ello.

—Alguien que deba algo. Bernardo, por ejemplo.

—Que fuera consciente de sus excesos.

—¿Creés que no es responsable de sus maniobras?

—Se me hace que no. No, pienso que sí. Ese demonio sabe en lo que anda metido. Entiende que, cuando está matando a un policía, está matando.

—Me refiero a que si distingue de que sus actos son buenos o malos.

—¿Cómo explicás la circunstancia de que haya dejado de llegar al lupanar? Yo no creo que por pura casualidad. O porque se aburrió. Nada de eso. El tío comprende que los crímenes que ha consumado son detestables, reprobables, indeseables, abominables.

—Pero el hecho de que sepa de que lo que está haciendo es algo malo, no lo priva de disfrutar sus desmanes.

—Claro de que no. Y si se ha ido, como sospechamos, es para que no lo cojamos y le evitemos de seguir deleitándose con sus asesinatos. Tras las rejas se le haría imposible del todo.

—Ese Bernd es un loco por lo que hace —opinó Obed —; no porque haya perdido el juicio. Que ya no sepa cómo diablos se llama. O qué mes sigue después de enero. Viene siendo algo así como un psicópata selectivo.

—Uriel, solo una pregunta —dijo Roberto.

—Dale.

—¿Esos otros dos cargadores son policías o simples trabajadores?

—No, obreros de la embotelladora.

—Ah.

—Cargás en cada viaje nada más una caja. Y andás despacito, a modo de hacer tiempo.

—Además, para que no te cansés mucho, en caso de que te veás en la necesidad de salir corriendo —también le aconsejó Álex.

—¿A dónde van a estar sentados ustedes? —preguntó Cristales asintiendo con suavidad.

—Parras, justo cerca de la puerta principal de entrada.

—¿Y vos?

—Yo, a dos mesas de donde se tumba Bernd.

—¿Por la que lleva a la calle del otro lado?

—Esa. Lo que va a ser que pasés a la par de la silla en la que esté yo.

—Eso me va a hacer sentir más confiado.

—Igualmente a mí.

—¿Estarás de frente o de espalda a la puerta?

—De lado.

—Ok; de acuerdo.

—Una cosa más.

—Decime.

—En el caso de que terminés rápido de subir las cervezas, pedís una bebida y te la tomás despacio en tanto que mirás desinteresadamente para todos lados.

—Bien, de acuerdo.

—Pero de pie. No te vayás a sentar. Eso si ya sería un poco raro. Los repartidores de bebidas siempre andan corriendo para salir a tiempo para poder cubrir la ruta, y un cargador sentado llamaría la atención; y llamar la atención de nadie es lo que menos queremos.

—Esto último no es necesario que me lo expliqués; ya lo sé.

—Nunca está demás un pequeño recordatorio.

—Me queda una duda.

—¿Ajá?

—La bebida.

—¿Con cuál bebida?

—Con la que me tendría que libar si se llegara el caso ¿soda o cerveza?

—Lo que vos querrás, hombre —le dijo Yobani, conociendo lo que, si se

veía en la necesidad de hacerlo, iba a pedir, pues sabía que lo más fuerte que Roberto se había sorbido en su vida había sido un ponche de huevo.

Bernd, que al parecer no pensaba dejar en paz a los canes de la ciudad hasta acabar con el último de ellos, hubiese continuado viento en popa con su propósito desagradable si no le hubiera pasado lo que le sucedió aquella bendita —maldita diría él— fecha al comenzar la tarde, luego de echarle encima el vehículo a uno más, mientras manejaba en una carretera con escaso tráfico. Las horas vespertinas eran las mejores; en estos momentos era cuando el número de animales que se tumbaba a descansar aumentaba. Casi se podían ver de forma regular a cada cuadra. Perros que se echaban la siesta en una sombra tras de basurear. Pelado Bernd, que se dio cuenta de este detalle bastante tiempo después, al llevar matados alrededor de la docena y media, había atropellado a muchos en los primeros instantes de la segunda mitad del día.

Fue un acontecimiento insólito en cuanto a la determinación del can de atacar, quien no solo se limitó a ladrar y a seguir al delincuente, según lo hacen normalmente, sino que dio un paso más, mordiendo y mordiendo a su atacante con la ferocidad propia del cachorro enfermo de rabia, cual si se quisiera cobrar de una vez todo el daño que Bernardo le había provocado a sus congéneres y, por un pelito, también a él. Era un animal que parecía poseer más que instinto. Por lo visto era un chucho inteligente, capaz de diferenciar, de distinguir lo bueno de lo malo. De la hora que llevaba echado allí, no había atacado a ningún automovilista. Nadie le había hecho nada. Jeser intentó matarlo, y el cuadrúpedo respondió a la agresión.

El policida había terminado después de la aventura bastante mal herido. Además de pasmado, desconcertado, igual que se quedaría uno cuando le da duro un contrincante al que se pensaba que se podía derrotar sin despeinarse.

En la vida se hubiera imaginado un ataque de esta manera de un perro ni de otro tipo de bestia, a excepción, claro está, del león; pero el félido vive en la selva, no en la ciudad, y Bernd, ni sonado se hubiera ido a meter ahí nunca. Es decir, una arremetida —al menos así lo vivió y lo sintió el asesino— personal, como si el cuadrúpedo lo hubiera estado esperando a él especialmente. *Estoy convencido de que el muy maldito carajo me la tenía jurada*, le dijo casi convencido a Rolling, en tanto éste le aplicaba compresas en las terribles heridas en la cara, el pecho y el brazo del lado izquierdo. *Eso te pasa por andar jodiendo a los pobres cachorros*, le había dicho Manzana de Adán.

Dejá de regaños mierda y curame rápido, que sí me duelen estas morderuras putas, le respondió Bernardo arrugando la jeta del gran dolor que sentía.

Jeser iba sin compañía esa vez, como la mayoría de ocasiones que agredía a los animales para evitar los sermones inevitables de sus compinches, mayormente de Rolling, que *parece mi tía Zoila aconsejándome*. Zoila, hermana de su papá, lo quería igual que a un hijo y lo aconsejaba seguido; pero, semejante a todo muchacho rebelde que además se cree que ya sabe más de la vida que los demás, no había querido seguir recomendaciones de ninguna clase, y ahora ahí estaba, convertido en un homicida que se encaminaba con firmeza a consagrarse en el señor de los asesinos. Manejaba en medio del asfalto caliente platicando consigo mismo —cual si fuera loco, Bernd a menudo hablaba y se reía él solo— y mirando para todos lados, buscando otra presa perruna, que le seguían siendo indiferentes respecto a la pinta o la raza. La totalidad, sin distinción, debía ser aplastada. De morir. Había dejado constancia de ello en repetidas oportunidades.

Ese era su día de suerte. Vio un chucho más adelante, luego otro, separados por una distancia de una media cuadra o algo así, de modo que pensó arrollar con el mismo impulso a los dos. Al menos eso esperaba. Si es que el que reposaba más allá, que se veía ya bastante vencido, con el aspecto de tener un pie ya en la tumba, no se quitaba. Era la primera vez que se le presentaba esa ocasión soñada por tanto tiempo, prácticamente desde que los empezó a matar. En realidad, su sueño era pasarle las llantas a tres de un solo. Pero, hasta este principio de tarde, nada más se había encontrado con uno.

Pelado Bernd midió, apuntó el vehículo y metió quinta, echándole a toda velocidad encima el carro al primer perro, un animal joven y grande, el más grande de todos con los que se había topado, de aproximadamente dos años y medio, que se apartó de un salto enérgico justo en el momento en que las ruedas delanteras lo rozaban. El can cayó con las patas de atrás dobladas, pero, con la energía de la juventud, se rehízo enseguida y se puso a seguir con brillo al automóvil que lo aventajaba, tal vez por unos quince metros, ladrándole con furia, como tocado por la mano del ángel del mal.

Bernardo lo miró por el espejo, un tanto sorprendido de que lo estuviera acosando, empero, más extrañado aún de cómo se le quedaba viendo: poseso, tal cual uno vería a su peor enemigo, que ciertamente Jeser lo era del tuso. Estaba asombrado, pero no asustado. Todavía no. Se olvidó del otro chucho, que había cogido camino por una vereda entre unos matorrales marchitos no muy altos, de donde un cuarteto de pajarracos salió volando y protestando

cuando vieron al animalejo pasar junto a ellos. Un avechicho, incluso, se atrevió a picotearlo en el lomo ya casi liso por completo.

Con sus patas y zancadas largas, el animal acortó con increíble facilidad la distancia en un segundo y, antes de que el delincuente se diera cuenta, se encontraba cara a cara con el can, que le tiró una dentellada a la nariz, que Bernd logró esquivar por un pelo. Sintió el aliento cálido del canino en el rostro.

Los ladridos del perro eran fuertes —un martillazo bien dado en una plancha de hierro no hubiera sonado más duro—, y Pelado Bernd creyó que se quedaba sordo. La exasperada fiera, la trompa llena de espumajo, tiró, ladrando, otra vez una segunda mordedura asesina, cruel, a la faz de Bernardo, que de vuelta consiguió sortearla por un palmo. Aceleró bruscamente con intención de dejarlo atrás, pero el can también corrió más rápido, alcanzándolo enseguida de nuevo sin necesidad de esforzarse mucho. Redujo la velocidad, el cánido imitó la maniobra, gruñendo y tirando mordidas con sus grandes colmillos. El sujeto volvió a repetir la operación; el galgo hizo lo mismo. *¡Chucho del demonio!*, chilló el hombre con la esperanza vaga de que este regaño lo alejara; sin embargo, el cuadrúpedo, lejos de eso, se encabritó más aún, y acometió, sin dar muestra de cansancio visible, en verdad excitado.

Jeser invocó por primera vez en su vida desde la adolescencia al Altísimo. *¡Dios!* —dijo, deseando que Él viniera a sacarlo del apuro, conteniendo y calmando al perro, en cuyo rostro empezó a ver la mismísima cara del Diablo, ese en el que, como en el Señor últimamente, no creía que existiera. De pronto sintió algo caliente entre las piernas, seguido de un penetrante olor a orina. Se estaba meando en los pantalones. Los orines le llegaron a los carcañales y a continuación al piso del carro, en donde se formó un charco.

Bernd, que realmente estaba aterrado por la agresividad del cánido, repitió el procedimiento de acelerar y detenerse, acelerar y detenerse. Lo hizo por lo menos una docena de ocasiones, sin suerte. El *Diablo* no se le despegaba por nada. A Pelado Bernd le salía más fácil subir el vidrio, que llevaba medio bajado, y arreglaba el problema. Sin embargo, en su aflicción tremenda, no se le había ocurrido. Más adelante el can patilargo, ejemplar de raza inferior, pero hermoso como el de la progenie más elevada, logró encaramar las patas delanteras a la puerta y se guindó agarrándose bien, el automotor apresurando y frenando, lo que hacía que las nalgas del animal colgaran para allá y para acá graciosamente.

Era una escena digna de una película de Hollywood.

Al momento Bernardo, quitándose las mordidas, empezó a perder el dominio del volante, y el carro, sin control, igual que si fuera conducido por un borracho, anduvo peligrosamente en zigzag un buen tramo. Después de un patinazo en el que el auto redujo la velocidad, el perro, aprovechando la coyuntura, impulsándose con las patas traseras, tras un intento fallido, logró meterse a la cabina pequeña para su gran cuerpo, quedando en los brazos del chofer, que frenó con brusquedad. El *Diablo* salió disparado para adelante, chocó con el parabrisas y luego volvió a caer en el regazo de Jeser. Éste lo empujó con la mano derecha justo cuando el chuchó le soltaba a la garganta la dentellada número cien de la tarde.

El galgo cayó pesadamente de lomo en el semicuero marrón del asiento, se dio vuelta en el acto y, abriendo las fauces salivosas, de nuevo se le fue encima a Bernd, que metió la mano mientras el automotor corría otra vez desbocado hacia una antena de telefonía celular que se hallaba siete metros afuera de la carretera. Le agarró la manga de la camisa y la carne del brazo. El hombre gritó. La Ford Escape se detuvo con un frenazo poco antes de pegar con los hierros de la base de la torre, haciendo que el perro saliera rodando nuevamente para atrás. El asesino, olvidándose de la tarascada, sacó la pistola y encañonó al can; pero este se movió más rápido, se arrojó sobre él, le afianzó el cañón y, a punto de que apretara el gatillo, se lo quitó de un tirón. El arma rodó al suelo, detrás de *Diablo* que, enseñando los dientes rojos de sangre del delincuente, daba la impresión de tener el brío intacto a pesar de tanto esfuerzo.

El cánido se pasaba la lengua en los labios, lamiéndose el líquido grana de olor acre. Se lanzó de nuevo a atacar, pero un tajo certero en el cuello le quitó ímpetu a su impulso. Siguió atacando, sin embargo. Débil. Con menos de la tercera parte de su fuerza. Sin duda, *Diablo* era un perrazo con sangre de pelea, descendiente de Pitbull tal vez. Con la cabeza desprendida del cuerpo—solo unos cuantos jirones los mantenía unido de forma precaria—, continuaba acometiendo. Otro, herido de gravedad, hubiera salido corriendo con la cola metida en medio de las patas. Este cachorro no. Seguía mostrándose agresivo aun con todo.

Pelado Bernd le metió otro cuchillazo furioso en la tráquea abierta y el perro se desvaneció, desangrando, en el asiento. Jadeando y limpiándose la sangre con la mano, Bernardo se apeó, abrió la puerta del copiloto y, sujetando de las patas delanteras al can, lo bajó halándolo con brusquedad. *Maldito infeliz*, murmuró, tirándolo al suelo, por sus pies. Se inclinó, asió la

pistola salpicada de su flujo y del animal del piso del vehículo, se volteó, le apuntó al cuadrúpedo y le disparó todas las balas procurando no fallar ningún tiro. *Maldito*, volvió a proferir, *maldito rabioso*. El cuerpo se estremeció al impacto de los proyectiles a quemarropa.

Cuando regresó al volante, satisfecho de haber acabado con el tuso, empezó a temblar fuerte. De miedo y de cólera. *Condenado hijoputa*, dijo entre dientes, encendiendo la camioneta, reculando y agarrando camino, buscando la dirección sursureste.

Por primera vez en años, en tanto manejaba, iba pendiente nada más de la calle. Los canes, de un momento para otro, habían dejado de ocupar su atención mientras se desplazaba carretera adelante. Si no le hubiera sucedido este incidente feo, sus siguientes víctimas hubieran sido una perra de pastor alemán que yacía echada a medio camino con las siete crías de nueve días de nacidos. Era una pastora grande, del mismo cuerpo del que le acababa de plantar cara; pero ni siquiera la vio.

—“¡Hoy sí —dijo Bernardo Jeser, iluminándosele los ojos de alegría perversa al ver los primeros destellos que despedían las luces de los faroles delanteros del vehículo policial sin distintivo en el que viajaba Lázaro Balmore —; hoy sí ahí viene el perro!

—¡Al fin! —dijo Yuri, también alegrándose, viendo el barrido suave que hacían el par de reflejos a medida que el automotor corría la calle semicurva.

—Ahora sí es él —confirmó Rolling, haciendo gala otra vez de su aguda vista, siguiendo con los ojos y el arma el recorrido regular del coche.

No bien se había perdido el rumiante en silencio carretera abajo y no bien había dejado de proferir insultos Bernardo, por el engaño del que acababa de ser objeto, cuando las bombillas del automóvil aparecieron atrás en la vía. Las Oscuranas era una calle que se podía transitar rápido si se quería, porque, aunque era angosta, lucía bastante recta. El carro, sin embargo, venía lento, a pesar de que solo faltaban segundos para la medianoche. *Bueno, de todos modos mi obligación de acudir luego al trabajo es en el día, no en la noche, de manera que dele despacio*, le dijo Balmore a Bruce de la O, que a cada rato miraba la hora al manejar.

—No puede ser otro, es él —aseguró Jeser, arreglándose la capucha de modo que los ojos le quedaran cabal en los agujeros del pasamontañas que olía a nuevo. Era la primera vez que lo usaba.

Igual que lo hizo Bernd, los demás enmascarados volvieron a coger las armas de las piernas, que era donde las habían tenido todo el tiempo, y, simultáneamente, apuntaron los cañones al fulgor como si ya fueran a disparar. *Calmados*, los serenó aquél, *calmados, hombre*. Los noctámbulos bajaron los trastos, pero sin quitar el dedo del detonador. El índice de Pelado Bernd apretaba de forma suave el gatillo. Lo soltaba y lo presionaba. Su pulso era firme, pese a que parecía nervioso, algo raro en su persona. Quizás fuera el chasco de hacía un segundo. O tal vez que los minutos se iban y el oficial no venía.

Los potentes reflectores delanteros del automóvil iluminaban su paso quince metros al frente de él. A más de quince de distancia aún, los destellos todavía no llegaban hasta la Ford Escape, que se movió ligeramente. Joel lo había corrido un poquito para adelante, dejándolo listo para seguir al oficial.

—¿Me bajo? —dijo el Poeta viendo las luces.

—¡Cabrón, ya te dije lo que vamos a hacer! —le gritó sin levantar la voz Bernardo, dando una mirada rápida a la delegación.

Hasta antes de que apareciera el vehículo de Balmore, Jeser había sentido que el tiempo pasaba veloz; hoy lo sentía muy lento. *Hijoputa, maldito, movete rápido*, dijo en un susurro apremiando a Lázaro, como si éste, retirado aún, lo pudiera oír. El automóvil, sin embargo, ajeno a la súplica del delincuente, continuaba yendo despacio. *¡Mierda!*, estalló el cabecilla, *apurate infeliz, bueno para nada*. Pero el carro siguió avanzando a paso de tortuga. Después de otro tramo corto, se detuvo.

—Se ha parado —dijo Manzana de Adán viendo de reojo a Bernardo, que chasqueó la lengua lanzando un juramento.

—¡Putá, mierda! —rugió Pelado Bernd.

—No estamos ciegos —le dijo el Poeta a Rolling, que miró a aquél un segundo con los ojos entornados.

—No se mueve —volvió a decir Manzana de Adán.

—Se habrá quedado sin gasolina.

—No seás pendejo —dijo Bernardo.

—O se le jodió. Esas chatarras de la poli no sirven ni mierda. Muy viejos. Son modelos de los ochenta.

La máquina, luego de unos minutos inmóvil, comenzó a caminar de nuevo.

—Está andando nuevamente —dijo Rolling.

—¡Ya cierren la trompa, carajo! —aulló bajito Pelado Bernd.

A unos ocho metros de ellos aproximadamente, el automóvil del oficial, que iba en neutro, haciendo un ruido apenas perceptible, volvió a mermar la marcha. Manzana de Adán ya no dijo nada. El Poeta tuvo la intención de decir algo, pero también prefirió guardar silencio. Las luces se apagaron y se volvieron a encender otra vez. Luego, de nuevo lo mismo. Los bandidos enmascarados no dejaban de mirar ni un instante.

—¿Qué creés? —le preguntó Ebers, que casi no había abierto la boca los treinta minutos anteriores, a Pelado Bernd.

—Nada, que se han de estar preguntando qué hace este carro aquí a esta hora. ¿Qué más?

—Y si habrá gente adentro.

Bernardo asintió.

—Gente muerta —dijo Joel, cayendo en la cuenta de que la nueva modalidad delincencial era dejar los cadáveres al interior de los vehículos y

no tirados en la calle, fueran los automotores de las víctimas o no.

Los últimos habían sido un hombre de veinte y tantos años y dos jovencitas, que fueron hallados una semana después de que desaparecieran en un microbús blanco cerca de una quebrada, en un terreno baldío. Amarradas al respaldo de los asientos y sin la cabeza, que se encontraban metidas en bolsas, que los asesinados tenían agarradas firmemente con ambas manos, como si temieran que alguien llegara y se las quitara.

Cada día estaban apareciendo más muertos dentro de coches. La Policía no sabía cuál era el mensaje que se quería mandar con eso. Tampoco la Fiscalía. *No tenemos ni idea*, aceptaron las dos instituciones ante las cámaras. Al menos eran sinceros.

—Con solo que no se le vaya a ocurrir husmear —dijo el Poeta.

—Ya está husmeando —dijo Yuri.

—Me refiero a que se le ocurra venir a ver qué hay adentro, hombre.

—¿Y?

—Y no va a hacer eso sin antes pedir refuerzo. Entonces la tortilla se nos da vuelta y los fritos vamos a ser nosotros, no él.

—¡Se quieren callar ya, carajo! —gritó Bernd, que no dejaba de encontrar remotamente posible lo que estaba diciendo el Poeta —. ¡Cállense, maldita sea, cállense! No se va a bajar. Es pendejo, pero no creo que para tanto. No se va a bajar del carro.

El automotor de la Policía pronto estuvo cerca de la Ford Escape. Justo momentos después de que Pelado Bernd terminara de reñir a Yuri y al Poeta, estaba a menos de un metro y medio o dos de la camioneta, donde se detuvo con el motor encendido. Tras un segundo caminó otro poquito y casi se le puso a la par. Los pasajeros se miraron; mejor dicho, los delincuentes vieron a los policías, porque éstos, dado lo oscuro de los vidrios del todoterreno, no lograron distinguir los cañones que les apuntaban ni los gorros que les tapaban el rostro a las personas que ocupaban los cómodos asientos.

Las lindas meseras de falda corta y pechos descomunales, que apenas se tapaban con un pedazo de tela de licra se paseaban entre las mesas del local atendiendo las llamadas y los pedidos de los centenares de clientes que llenaban el local. No todos los parroquianos las citaban para pedir más cerveza o las infaltables boquitas. Algunos querían nada más estar un rato a solas con ellas, cosa que las criaturas divinas hacían de buen gusto, pues, después de todo, para eso permanecían ahí. Para atender los deseos

libidinosos de los consumidores. Si el negocio dependiera solo de la venta de cervezas y sodas, hacía ratos hubieran tenido que cerrarlo. El noventa por ciento de lo que entraba a la caja de Las Doce Horas se lograba a través de los servicios sensuales de las chicas, que por cierto tenían gran demanda de los asistentes, no solamente por la hermosura de sus cuerpos —cuerpos de modelos, de top-model—, sino también por el conocimiento y la destreza con que manejaban el oficio.

La mayoría de los hombres entre aquellos que habían ido a varios puteríos estaban de acuerdo en que, en este rubro, no había jovencitas que se les igualara en el país. *Se ganan bien la plata*, decían.

Los dueños del negocio nunca habían tenido una queja del exigente público para con ninguna de las muchachas, “de sus muchachas” —los primeros tíos con los que se acostaban las bellas hembras al empezar a trabajar ahí, después de que lo hicieran con Bernardo Jeser, desde luego, era con los patrones—, en este aspecto. Y en ningún otro. Ellas sabían estar a la altura de las exigencias, a veces exageradas, de los usuarios. Y, más bien al contrario, eran éstas las culpables del éxito tremendo de la empresa. Los propietarios estaban conscientes de ello, por eso que, cuando les pedían que les mejorara el sueldo, accedían a elevarles los honorarios con gusto. En ocasiones les aumentaba la paga sin que aquéllas se los pidieran. Aparte de las tres bonificaciones que les hacía periódicamente. La primera a finales de marzo; otra a medio año, en junio, y, por último, en el mes de septiembre.

Las nenas se lo ganaban a fuerza de sus cuerpos perfectos y a la destreza con la que lo usaban en la cama.

El Código de Trabajo no hablaba nada de esto, pero los patrones, para bien de sus empleadas, y para el de ellos propio, ciertamente, nunca hicieron caso de lo que decía este libro.

Yobani Uriel entró a Las Doce Horas por la entrada principal, caminó en zigzag entre las mesas con paso normal, cuidando de tropezar con los muebles, como otro parroquiano más que venía a echarse una cervecita, y se sentó en una silla que se encontraba junto a la pared. Mientras andaba buscando el asiento, echó un vistazo para el sitio donde se sentaba Bernardo Jeser, pero en el utensilio no había nadie. Estaba vacía. Tampoco se veía que hubiese sido ocupada antes. Al momento de haberse acomodado se le aproximó levantando un lado de los labios pintados solo por encimita, tal cual le gustaban a él que se lo tiñeran las mujeres, Sacha Winifred, una hembra de veras espectacular que acababa de salir de un cuarto del fondo con un cliente que todavía no

terminaba de sujetarse el pantalón y que se miraba satisfecho por la manera en la que había invertido su dinero —cien dólares costaba el rato— a preguntarle qué iba a querer. A su nariz le llegó el aroma agradable a vainilla fermentada combinada levemente con limón, cardamomo, jazmín, bergamota y laurel del perfume Imperial Majesty.

“Rata de dos Patas”, de Paquita la del Barrio, empezó a sonar en ese instante. Yobani sonrió al oírla. Le provocaba risa lo que decía la canción. Esa mujer no perdonaba a los hombres, les daba con todo. *Por lo menos es franca*, había pensado cuando la escuchó por primera vez, en el pequeño radio SONY que tenían en la DPP.

—¿Qué le traigo? —le dijo la hermosa Sacha, parada a su lado, acercando el lapicero a la libreta para apuntar.

—Una soda, por favor —le dijo Uriel, viendo para todos lados de manera casual.

—¿De qué sabor? —le preguntó Winifred, mirando la cámara llena de bebidas —. Hay Coca Cola, Pepsi, Salva Cola...

—Una Pepsi.

—¿Algo más? —dijo, anotando.

—Hum.

—Tenemos antojitos: yuca frita, pastelitos...

—No, nada, solamente, gracias.

—Ahorita se la traigo —dijo ella, dando media vuelta.

—Gracias.

Urbano no pudo resistir la tentación de mirarla en el instante en que se retiraba. Era una mujer escultural de verdad. Y las grandes pompas. Igual que sus socias de arte —el coito también era un arte—. Desde que dejara los estudios superiores, Cerritos no había visto tantas jóvenes guapas reunidas en un mismo lugar. A la universidad solo nenas bellas, dotadas de bonitas posaderas, llegaban. Al menos esa era la sensación que tenía uno. Sin qué ni para qué se le vino a la cabeza el tema de la infidelidad, que tocó meses atrás con su novia. *No me vayás a bajar*, le dijo ella mirándolo a los ojos. *Cómo te vas a poner a creer que te voy a engañar*, le contestó él, dándole un beso tierno entre las cejas, seguro de que nunca le sería infiel, convencido de que no habría estímulo posible para hacerlo caer en el adulterio. Y ahora estaba en presencia de varias tentaciones, señuelos carnales capaces de inducir al pecado hasta a un beato. *Imposible permanecer leal ante estos ganchos*, se le ocurrió meditar sintiendo ya ganas de ponerle una cita a Sacha. Empero, luego

se sintió culpable de ello al pensar en su prometida y desechó la idea rápido, poniéndose a discurrir en otra cosa, en la cosa por la que se hallaba metido ahí. En todo caso, si la invitaba, únicamente iba a ser como parte de su trabajo, para informarse del paradero de Bernardo, quizás hacer tiempo o tal vez despistar. Pero de ninguna manera con fines románticos.

Obed Alexánder entró tres minutos más tarde que él por la misma puerta y se sentó en su sitio, a unas ocho mesas de Yobani, casi enfrente, de modo que se podían ver sin problema. Intercambiaron una mirada rápida. Mientras Winifred le traía la soda, teniendo como fondo musical la canción “Rata de dos Patas”, el detective se puso a vigilar a izquierda, derecha, adelante y atrás con indiferencia, sin mostrar ningún interés aparente. Le pareció que la mayoría de los clientes se la estaban pasando de lo lindo. Unos reían a grandes carcajadas, felices.

El grueso de las mesas las ocupaba hombres. En unas tres o cuatro había mujeres haciéndoles compañía. Jovencitas ajenas al negocio, que habían llegado con ellos. Solo una permanecía ocupada por damas. La que estaba junto a Obed, que no dejaba de observarlas de reojo porque una de ellas le sonrió cuando llegó. Cinco señoras que quizás pasaban de los cuarenta años. Se veían sobrias. Con trajes de oficina. Las madres —Uriel se imaginó que ya eran mamá— también necesitaban darse su escapadita. A continuación, se puso a recorrer con la vista los muebles, empezando por la que se encontraba a la par de él a la izquierda y deteniéndose en aquellas en la que creía ver a un individuo que se parecía a Jeser. Siguió mirando y, de pronto, se detuvo, dando un respingo que, de fuerte, temió que alguien lo descubriera.

A un costado y ligeramente al frente, en una mesa repleta de cervezas, se hallaba el Viejo Pavarotti en compañía de otro sujeto. De espalda a él. A nadie en la corporación se le habría ocurrido. Hacía casi un año que le habían perdido la pista al tío. No sabían nada de Pedro. Incluso, algunos pensaban, estaban convencidos de que había muerto. A Medicina Legal llegó un cadáver idéntico al del malhechor, cuya identidad se desconocía, pero, que, por las características físicas, los detectives creían que se trataba del delincuente que ocupaba la casilla número cuatro entre los más buscados del país. Le dio miedo. Conocía el historial delictivo del tipo. Asimismo sabía de su bien desarrollado sexto sentido; la capacidad increíble para adivinar, sobre todo para acertar si un hombre era o no agente; esa facultad que hasta ahora le había valido para frustrar los cercos que le habían puesto los elementos investigadores. Y también para matar a dos uniformados que lo andaban

buscando en una cafetería. Los descubrió y les mandó enseguida café hirviendo en el que echó veneno. Para apantallar, los funcionarios se tomaron un sorbo. En diez minutos se encontraban muertos, con la cabeza encima de la tabla, los brazos colgando flojos, faltos de energía, y echando mucha sangre por los oídos, la nariz y la boca.

Los policías que llevaban su caso se sentían asustados por la clarividencia tan desarrollada que se gastaba el Viejo Pavarotti, llegando a considerar imposible atraparlo.

Uriel solo esperaba que el mutilador no mirara en él a un detective, puesto que, si así era, seguro que su existencia llegaba a su fin hoy. Comenzó a rezar —ya lo había hecho, antes de salir para allí, en el departamento, sentado en su escritorio—. Yobani siempre oraba. No solamente cuando estaba en un apuro. También lo hacía si todo marchaba sobre ruedas en su vida. Era una plegaria rápida, pero profunda y cargada de fe, que, sabía, era lo importante. Uno podía orar las veinticuatro horas del día y todos los días, mas, si no creía, era por gusto. No servía de mucho. Le pidió al Señor que lo protegiera y terminó recitando parte del versículo 4 del Salmo 23: ..., *no temeré mal alguno, porque Tú estarás conmigo...*

Del segundo sujeto, de Luis Hermán, individuo delgado, un tanto panzudo, de mirada poco amigable, que hacía un guiño horrible cada vez que hablaba, no sabía nada, pues ignoraba su identidad, pero no necesitaba conocerlo para saber a qué se dedicaba. *Como mínimo es un robafurgón de los grandes*, pensó, dando unos golpecitos en la mesa con los dedos tratando de actuar lo más natural posible. *Por algo está con ese asesino. Dime con quién andas y te diré quién eres.*

El elemento investigador, sin embargo, también se alegró con encontrarse al Viejo Pavarotti ahí, puesto que eso significaba que los delincuentes que llegaban a Las Doce Horas a diario, o cuando llegasen, pensaban sin duda que el lugar era seguro, libre de la molesta presencia de la policía. *Si este sujeto está aquí, dedujo esperanzado, es bastante probable que igualmente ande por acá Bernd. Tal vez no haya escapado después de todo.*

Los transgresores formaban un contraste muy marcado. No en el aspecto de sus cuerpos, ya que, a no ser porque la barriga de uno era mucho más abultada que la del otro, se parecían bastante, ni en la ropa que llevaban puesta; camisa a cuadros manga larga remangada arriba de los codos, jeans flojos y botas puntudas, sino en las voces. Pedro hablaba fuerte, ronco; Luis, todo lo contrario. Su timbre era suave, semejante a la de un niño de once años, pero

no tanto como para que no se le escuchara. Cerritos lo oía bien. Sin desatenderse del asunto por el cual permanecía en el burdel, siguió con interés la plática de los sujetos, que, de antemano, sin haberlos oído todavía, sabía por dónde podía ir. No se equivocó.

—No creo que sea cosa del otro mundo —oyó decir al Viejo Pavarotti, con una voz que más parecía la de un sobrio que la de un borracho, porque ya casi lo estaba, mirando de frente a Luis, que, en cambio, se sentía bastante mareado y ya empezaba a ver doble a pesar de haber bebido menos cerveza que aquél.

—Hum —murmuró Hermán, con los ojos rojos y los brazos en el canto de la mesa, quizás temiendo caerse.

Álex, que advirtió la cara de sorpresa que había puesto su colega al descubrir a Pedro sin saber por qué, pues él aún no lo había reconocido, seguía observando el ambiente, atento a cualquier movimiento sospechoso. La cuarentona le sonrió de nuevo. Le devolvió la sonrisa en tanto se echaba un dulce de leche a la boca.

—¡No, en serio! —continuó diciendo Pedro, con su ronquera que le había valido para que más de alguna mujer se le ofreciera. A muchas féminas les gustan los hombres que tienen una inflexión de voz fuerte. Es su varón ideal. Puede ser feo, pero si habla destemplado, se sienten atraídas por ellos.

—No te creo —dijo Luis, con los ojos fijos en los pechos que se le salían a Marly Gisela, camarera que siempre le había gustado; pero con quien nunca se había acostado no porque no quisiera, ni porque no pudiera pagársela —siendo la más bonita de todas, irse a la cama con ella era prácticamente un lujo. Seiscientos setenta y cinco el polvo—, ni tampoco porque lo rechazara; sino porque tenía miedo de “clavarse”, tal cual le había pasado en cierta ocasión con una puta de otra “sala de masajes”, y prendarse significaba arriesgarse a meterse en problemas con otros que la consideraban suya.

Además, en cuestiones de amor, Hermán era un tradicionalista. Quería la hembra nada más para su persona. Era lo primero que le aclaraba a su futura novia antes de iniciar una relación. *Quiero que seás únicamente para mí*, le pedía. Se lo proponía en serio. No obstante, Luis no dispensaba el mismo trato a sus queridas. Él podía tener siete mujeres si deseaba y nadie tenía que reclamarle por ello. *Eso si querés*, les decía a las chicas. Y muchas estaban de acuerdo. Lo aceptaban a pesar de sus infidelidades. El adulterio cada vez se veía como algo normal en las parejas. *Con solo que no me dé cuenta*, era la única condición que se le ponía al otro para que fornicara. Y ya casi ni tal requisito. La permisividad había llegado al extremo de dejar que el marido, o

la esposa, tuviera sexo con otra persona delante de ella o él; incluso, que participara en el acto.

Hermán estaba lejos de ser el príncipe azul con el que soñaban las jóvenes, pero era educado con ellas, haciéndolas sentir los seres más importantes del planeta.

Sacha Winifred, que se acababa de cambiar la visera por otra del mismo color —la primera se le cayó y una compañera que venía atrás la pateó antes de que la pudiera recoger—, siempre sonriente, le trajo la bebida a Yobani, que le dio las gracias otra vez.

—Gracias —le dijo el detective.

—Para eso estamos —le dijo Sacha, alejándose de nuevo.

La miró nuevamente, pero ya no como antes, sino tal cual vería a su hermana o a su mamá, sin morbosidad. Estaba pendiente de que subiera Roberto con la primera caja de cervezas. Ya tendría que ir subiendo las gradas. Observó que una camarera fue a la mesa del Viejo Pavarotti con una bandeja metálica repleta de bebidas y vasos plásticos largos con cubitos de hielo. La jovencita, que luego supo que se llamaba Catalina, puso todo en el mueble, colocando después en el azafate las botellas vacías para llevárselas.

—Gracias —le dijo Pedro a la muchacha cuando se volteaba para irse, a la vez que le daba un pellizco y acto seguido una cachetada en la nalga y le decía, suspirando: *¡rico, mamacita!*

La chica le sonrió profesionalmente al Viejo Pavarotti, que le tiró un beso haciéndole un guiño, se volvió y fue a atender dos mesas más allá a otro grupo de bebedores que se reían a carcajada limpia, por lo visto, muy conscientes de que ahí se llegaba a disfrutar, no a aburrirse, como de seguro sí pensaba el individuo lamido y calvo de a la par, que, desde que aterrizó, no había parado de bostezar, haciendo un gran ruido cada vez en desconsideración de los demás consumidores, en especial de aquellos que estaban cerca de él, entre estos Pedro y Luis, que ya le habían mandado en una ocasión que se callara, o que, al menos, le bajara volumen al estruendo que salía de su boca. *Ponete aunque sea un trapo en el pico*, le había sugerido éste.

El sujeto se calmó un rato, pero al momento había comenzado de nuevo con el sonido terrible.

Cerritos advirtió que al Viejo Pavarotti y compañía les dispensaban un trato especial, aunque, a decir verdad, ahí a todos los usuarios se les trataba bien. Ese era otro detalle de Las Doce Horas que les gustaba a los clientes. Aquí eran atendidos como personas a las que había que satisfacerles sus

necesidades espirituales y carnales y no solo como entes a los que se les limpiara la cartera lo antes posible.

Lázaro Balmore vio para adelante, siguiendo la dirección que le señalaba el dedo de Bruce de la O.

—¿Y ese carro? —le preguntó a Bruce, inclinándose los pocos milímetros que le permitía el cinturón de seguridad. No sonaba alarmado.

De la O movió la cabeza para los lados.

—No sé —dijo, paseando la mirada por todo el vehículo; hasta donde la luz se lo permitía—. A las siete y media que salí para su casa no estaba allí. Por lo menos no me fijé. O quizás sí y no lo vi. Creo que iba hablando por teléfono. Mi hermano me habló cuando salía para recordarme que no se me fuera a olvidar comprar mañana la medicina para el lumbago de la tía Kimberly.

Las luces del automotor policial alumbraban parcialmente el automóvil parqueado a un costado. Lázaro lo observó con atención.

—Es una camioneta —dijo al rato.

—Ajá —asintió su guardaespaldas tratando de mirarle la placa, pero no se la distinguió—. No le veo la matrícula —dijo, acercándose con cautela un poquito más, viendo cada vez mejor la camioneta.

—No tiene —dijo Balmore, que era lo primero en lo que había reparado.

—Está colocado para salir —explicó Bruce, luego de un momento, fijándose en las llantas delanteras—; con los neumáticos orientados hacia el interior de la calzada.

El oficial asintió, volviendo los ojos otra vez para el lado en el que debería de estar la placa. Ni provisional siquiera. En ningún sitio. Al menos hasta donde les dejaba ver la luz. No había nada de extraño que hubiera un carro estacionado en la calle. Hoy que venían habían divisado un montón a la vera. Todos los días veían cantidades. Pero sí que estuviera sin matrícula. Y más a media noche.

—Tal vez solo la tenga adelante —comentó Lázaro agarrando una lámpara grande del tablero de mando para alumbrar la parte delantera del automotor cuando lo rebasaran.

De la O sospechó algo raro. *¿Estará abandonado?*, se preguntó. No tenía esa cara. No tenía la apariencia característica del automóvil que ha sido abandonado a un lado del camino, sino que se hallaba bien colocado. *¿O sería otro de esos coches fúnebres, con dos o tres cadáveres desmembrados, sin*

cabeza, todavía calientes adentro? El contenido de esta segunda interrogante le pareció más probable que lo primero. ¿O acaso estaban esperando a alguien?, ¿a ellos? Esto era lo que había recelado.

—¿Qué estará haciendo allí aparcado a esta hora de la noche? —le preguntó Balmore, sacándolo de sus cavilaciones.

—Pues, no sé exactamente, pero me parece muy sospechoso. Está sin placas y, además, no parece estar abandonado. Fíjese bien.

—¿Habrá gente adentro?

—No le sabría decir; lo ignoro —le dijo Bruce, andando otros centímetros—. No se logra ver hacia el interior. Los vidrios son muy oscuros.

—Es un auto de lujo.

—Sí —asintió de la O viéndole los rines—. Una Ford Escape. Desconozco el modelo, pero como mínimo es del año pasado. No porque de éste.

—Mire.

—¿Qué? —dijo Bruce, levantando la vista de las ruedas.

—Vi que se bamboleó un poquito —dijo Lázaro, tocándose la Glock 17 calibre 9 x 19 mm en la cintura—. Me parece que hay alguien ahí.

—Yo no veo que se mueva.

—Ahorita ya no; pero hace un ratito, sí. Lo vi clarito.

—¿No habrá sido el viento?

—No hay viento en este momento —dijo el oficial, atisbando a un lado las ramas de los árboles, que se veían quietas—. Además, para mecer ese carro se necesita un ventarrón, no una brisita.

El agente le echó un vistazo rápido a su fusil en el asiento trasero y también se tocó la pistola que llevaba al cinto.

—Dele un poquito más adelante.

De la O anduvo otro tanto y se volvió a detener.

—Póngasele a la par —le dijo, con el arma en la mano—. Pero antes enfúndese el chaleco —le ordenó, poniéndose el suyo.

Bruce, protegido el busto, hizo rodar el vehículo policial.

El local interior de Las Doce Horas era como se lo habían imaginado los policías y como se los habían descrito las fuentes, una de las cuales murió mientras se duchaba en su casa una mañana —sintió un dolor fuerte a un lado del estómago, se lo agarró, se dobló y cayó ya muerta—; amplio, aseado, elegante, y gustosamente decorado, con grandes cuadros y espejos que, en

algunos lados, cubrían las paredes de azulejos azul turquí ornamentados con figuras geométricas sencillas pero bellas. Y limpio. Aquí no había colgadas en los muros las características fotos de mujeres en hilo, de los burdeles baratos, sacadas de los periódicos o las revistas. Ni tampoco los focos rojos que, en vez de alegrar el ambiente, lo entristecían, empujando al cliente a ponerse más amargado de lo que había llegado. Acá no existían tales cosas. Los fundadores del mencionado negocio no querían algo así para sus invitados. La idea de ellos era crear un lugar en el que las penas se olvidaran. Donde uno llegara apesadumbrado y saliera radiante, *rejuvenecido* moralmente, ante todo. Claro, el parroquiano gastaría un poquito más que en otros sitios, sin embargo, ¿qué era eso en comparación con el beneficio espiritual que iba a conseguir? Era un costo bajo ciertamente. Y lo habían conseguido con bastante éxito. Solo había que ver la cara de contento de la concurrencia al dejar el local, transformados, muy diferente de cuando llegaban: descorazonados, desanimados, con una mueca de congoja en la cara tal, que era imposible no compadecerlos.

El piso estaba alfombrado —alfombras persas, de hierba— y el sistema de ventilación era de lo último. Las mesas, de hierro, habían sido hechas para uso exclusivo del negocio por una de las mueblerías más famosas de Italia. Lo mismo que la cristalería y toda la mantelería, que venía de Francia.

Lo único que rompía la armonía en el interior era la música. Se oían melodías tranquilas, suaves, que relajaban la mente, pero, la mayoría del tiempo, eran temas para despechados, al estilo de Alejandro Fernández, Alicia Villareal y Son by Four. Y una que otra para borrachos. Sin embargo, cada vez las tonadas líricas ganaban terreno, y se escuchaban más a menudo. De hecho, en los casi veinticinco minutos que los elementos investigadores tenían de estar metidos ahí, solamente un verso de corte no lírico había sonado: “Rata de dos Patas”, de Paquita la del Barrio.

Al no más entrar, Yobani percibió el efluvio agradable revolotear en el aire. Le pareció que olía a jazmín, a campo.

Desde su silla, Uriel pudo ver a un costado a través de una ventana angosta de vidrio fijo un gran patio cuyo pasto se veía que acababan de cortar —la podadora se encontraba a un lado—. Tal vez unas treinta y cinco yardas cuadradas —Urbano calculó cuarenta, aunque no era tan bueno para hacer cálculos de esta clase—. Al fondo estaba una piscina más o menos grande y honda de líquido azul en el que se reflejaban las luces de los faroles que iluminaban como si fuera de día la grama y la copa de varios árboles frutales en flor, entre ellos un solitario cocotero ya cargado de cocos. Era una noche

clara, con calor, que invitaba a ir a pegarse una remojada. Cerritos sintió ganas de darse un chapuzón. Tenía años de no bañarse a altas horas en un estanque. En realidad, jamás se había metido al agua caída la tarde, cosa que consideraba romántico. Se le ocurrió pensar que en cuanto acabara con el CASO 2 iría a nadar a la alberca. Con la que iba a ser su esposa. Bueno, si es que quería. Quizás no le gustara. Lo considerara una tontería. De todos modos, la invitaría, y, si no deseaba acompañarlo, viajaría solo. Después de todo el de la idea era él, no ella.

Un juego para niños parecido a los que se ven en los restaurantes y un grupo de árboles decorativos, también podados no hacía mucho tiempo, completaba el conjunto. Ah, y el trotón estilizado que se hallaba amarrado a un grueso poste de hierro, cerca de los palos. Por su forma, el detective pensó que era árabe. A Yobani le gustaban bastante los caballos y estaba suficientemente informado con respecto a las razas, origen, alimentación, años de vida y todo lo que tenía que ver con ellos. Además, era un jinete experto, si bien era cierto que se había caído una vez zafándose el brazo derecho, que fue del lado que cayó fortísimo dando volteretas. La culpa fue suya —de modo que la imagen que poseía de los équidos, a pesar del accidente, seguía siendo la misma—, no del animal blanco con apenas una pelusa negra en la cola y en una pata delantera que era de un primo hermano suyo.

A Uriel le encantaba montarlos, pero le gustaba más lo inteligente, tranquilo y confiados que eran con las personas. Casi a semejanza de los perros.

Él siempre había admirado a estos animales.

Aunque era la primera vez que entraba a un lugar de éstos, rápido se sintió atraído por el ambiente, que, a no ser por las ropas que llevaban puestas las mozas, no presentaba un aspecto de casa de putas. En un momento, incluso, se preguntó si Las Doce Horas era prostíbulo en realidad. Él hubiera apostado a que no; que era cualquier otra cosa, menos un puterío.

Urbano no sabía de muchos lugares así. Un concepto diferente. Estaba fascinado de manera favorable —no es que lo aprobara—. No había subido a la segunda planta, empero, conjeturó que era igual que abajo. O tal vez mejor todavía. Del todo presentable, decente, mundano, con las grandes camas y espejos por todos lados. Incluso en el techo, para que los adúlteros se pudieran ver en tanto se saciaban la libidine con una maniquí, con una de las camareras, con Winifred. Se imaginó a Sacha haciendo el amor. Pero no de manera mecánica, como parte de su trabajo, sirviendo solo de objeto sexual. Sino viviéndolo, pidiendo más excitada en extremo. *Sería lindo ser ese en*

quien de sacia, se dijo.

No le extrañó que la gente no parara de venir al lupanar con gran entusiasmo, a pesar de lo caro que era, dispuesta a divertirse, ocupando poco a poco las sillas —Cerritos se maravilló de que, aunque ya no se veían espacios vacíos por ningún lado, los que iban llegando siempre encontraban dónde sentarse.

Yobani se había sentido inquieto por su seguridad y la de su colega en un primer momento, al no más trasponer la puerta; pero luego se encontró más tranquilo —no del todo—, puesto que se dio cuenta de que nadie lo miraba, que era una de las cosas que lo tenían preocupado: sentirse espiado, pues, no obstante lo bien que sabía desenvolverse, más de alguno podría notar que era policía. Estaba claro que las personas en Las Doce Horas iban a lo que iban. A distraerse, no a observar ni a hablar de su vecino de mesa, incluso si era la primera vez que llegaba éste, como era su caso.

Acá todo confabula para que uno se sienta bien, pensó el investigador. Para que uno se sienta cautivado. Él no tenía ni media hora de haber entrado y ya se hallaba envuelto en la atmósfera del burdel muy a gusto. Si ese Bernardo ya no viene aquí —se dijo el detective, cavilando en lo agradable que se la pasaba ahí el cliente —; no será por mucho tiempo. No creo que abandone este Edén así por así. Ya estas Evas —añadió, al ver pasar delante de su persona a otra maravillosa muñecota.

Bernardo Jeser sabía inconscientemente que disponía de un grupo de bandidos a toda prueba y, sobre todo, leales. Lo habían demostrado ya más de una vez. Con eso tenía. No había necesidad de averiguar la hoja de vida de cada uno de ellos. Sus antecedentes. Además, nunca lo había hecho, ni lo iba a hacer. ¿Para qué carajo iba a andar viendo el currículum de los sujetos que se le unían? La suya era una banda de delincuentes asesinos, no el Departamento de Recursos Humanos de la Human Rights Watch. Se suponía que los tíos que se le pegaban sabían a qué jugaban y, por lo tanto, que no se trataba de nada bueno. En consecuencia, ello significaba que eran individuos detestables, con un buen récord criminal de seguro. O, al menos, que estaban dispuestos a empezar a creárselo. Con sus buenas millas recorridas delinquiendo.

Como quiera que sea y por cualquier duda —hasta ahora Bernardo no tenía ninguna—, a sus oídos le habían llegado los comentarios de algunas de las hazañas de sus compinches, que por cierto eran dignas de cargar, en el caso de que se premiaran los crímenes igual que se recompensan los mejores goles de un torneo, con el galardón. Y con una ventaja terrible sobre los restantes contendientes, que no dejaría lugar a dudas que quién era el mejor. Los bandidos se distinguían en especial por su originalidad y su brutalidad desmedidas hacia las víctimas, a quienes, más que todo el Poeta y Joel, seguían castigando aun después de haberlas matado. No lo hacían para asegurarse que las habían asesinado, sino porque así eran ellos simplemente: bestiales. Por otra parte, para cometer sus actos nefandos, no se andaban escondiendo, como si liquidar a alguien no fuera nada malo. Yuri, incluso, ejecutaba aunque la Policía estuviera cerca, a unos palmos de distancia de donde cometía el hecho. Sabía que las leyes le favorecían; que los agentes no le podían disparar con libertad mientras escapaba corriendo en zigzag —Joel corría rápido a pesar de sus piernas cortas. En una prueba cronometrada que le hicieron en la escuela demostró que era capaz de atravesar sin esforzarse los cien metros sin obstáculos en menos de once segundos—, puesto que se exponían a ir a la cárcel ellos mismos. *¡Tírenme, pues, perros!* —les gritó en cierta ocasión a unos polis que lo sorprendieron robando en tanto huía veloz sacándoles el dedo.

Del historial de Ebers y de Rolling le habían llegado escasos detalles. En

realidad, ninguno. Lo que sabía de ellos era solamente lo que habían hecho con el Poeta, que por cierto tampoco era la gran cosa. Ebers callejeaba con el Poeta, cuando este baleó quitándole la vida a aquella señora, a la salida del almacén de ropa, que surtía de vestidos para quinceañeras y bodas, delante de su hijo, que la esperaba afuera, a quien también disparó asesinandolo, porque no le quiso dar la cartera con dinero que llevaba debajo del brazo. Pero el bandido únicamente lo había seguido. No hizo nada. No había tocado a la mujer. La verdad era que no andaba ni armado.

Rolling atracó un surtidor con el Poeta —este robó en su vida trece estaciones de servicio, todas ellas en pueblos pequeños, alejadas del bullicio y la aglomeración de la gran ciudad, para poder desbandarse con facilidad—. Lo mismo que Ebers, Manzana de Adán solo se limitó a mirar y a vigilar a que las víctimas, el guardián y el cajero, no fueran hacer algo indebido. Y a pegarle una patada en la cara al custodio al intentar levantarse —cuando el Poeta entró seguido de Rolling, gritando “¡la pasta, la pasta!” Néstor, uno de los dos vigilantes del negocio de gasolina, tenía la mano puesta en el pomo, pues en ese instante iba a salir, siendo arrojado a un costado, yendo a caer sentado a la silla plegable de metal que estaba adosada a una de las paredes del pequeño recinto. Las patas traseras del asiento se doblaron al caerle encima los 80 kilogramos que pesaba el uniformado. La escopeta se le zafó de los dedos, cayendo cerca de sus pies. La quiso recoger inmediatamente para repeler el asalto, pero Manzana de Adán, que se había quedado un poco atrás del Poeta, lo paró en seco asestandole un fuerte puntapié en la boca.

De haber vivido, el custodio hubiera tenido que ir a que le hicieran una placa. Veinte de los treinta y dos dientes habían salido volando.

Ese fue todo el papel que jugó Rolling en el asalto a la estación de servicio, que se prolongó más de la cuenta, alrededor de cuarenta y cinco minutos, mientras que el Poeta se encargó de asesinar, tanto al centinela que había querido volver a tomar el arma, como al cajero que le había dado largas al asunto con la esperanza de que alguien avisara a la Policía y frustrar así el robo. No obstante, aunque su ayuda fue mínima y no mataron a nadie, no por eso dejó de ser colaboración. Además, en ningún instante, ni antes, ni durante, ni después de los hechos se mostraron renuentes. Se veían decididos. Es más, Manzana de Adán, incluso, quiso despachar al administrador, pero el Poeta, deseoso de sumar puntos en la cuadrilla, y también queriendo impresionar al compadre para ganarse su respeto, no lo consintió, consumando el ajusticiamiento él.

Eso era todo. Las intervenciones en actos de asesinatos de Rolling y Ebers en la partida de Bernd se restringían a esos dos hechos solamente. Y es que tampoco se les podía exigir más por el momento.

Aquellos delincuentes a los que no les faltaba nada para parecerlo llevaban poco tiempo con el clan de Pelado Bernd. Esa fecha, a medianoche, cuando esperaban a que llegara el oficial Lázaro Balmore, Manzana de Adán iba a cumplir un mes y siete días, y Ebers, a quien nadie le sabía el nombre, lo mismo que al Poeta, detalle que no le importaba a ninguno de ellos, justo dos meses cabales. Eran los novatos de la banda, aunque un par de años mayores que los demás. No obstante, “pintaban bien”. Tenían aspecto de vivir al margen de la ley. Y que les valía un rábano lo que tuviera que ver con ello.

Jeser le halló a Rolling, aparte de matarife, traza de drogadicto. Y de vendedor de droga. Más de esto último. El tipo vestía con buena ropa, señal de que manejaba dinero. Indumentaria de marca. Cara. Valoró los zapatos que llevaba puestos, el primer día que lo vio, en más de mil dólares —costaban mil cuatrocientos—. Unos Air Jordan negros con ribetes rojos. Llamativos. La camisa ostentaba en el pecho un caballo con un jinete agarrando un bastón en posición de pegarle a una pelota. Una polo original. Algo sucio, descuidado, sí, cual vagabundo crónico, pero enfundado en atuendos que solo se vendían en almacenes grandes.

Se lo encontró por primera vez en la puerta de La Atalaya. Manzana de Adán estaba fumando y bebiendo con una mochila Xtreme color mostaza llena de ropa a un lado. Cuando iba entrando con un cigarrillo que ya llegaba a la colilla en la boca, un viernes ventoso por la tarde, casi oscureciendo, Rolling le ofreció, serio, un cigarro entero encendido. *Hace frío*, le dijo dándoselo. Bernardo, sin decir nada ni asentir, lo agarró, botó el que llevaba y se lo empezó a fumar, invitándolo a que entrara.

Con Ebers se conocieron en una iglesia católica, donde Jeser había entrado un minuto siguiendo a una mujer, no por otra cosa. Aquél solía llegar con frecuencia allí a rezar. Por costumbre más que por religiosidad. Desde hacía unos once años. Se encontraban sentados en la misma banca, cuando se les acercó una pareja de la tercera edad con una criatura en brazos a preguntarles cierta dirección. Dijeron que estaban perdidos. Uno de ellos orientó al hombre y a la mujer, pero el otro lo contradijo, y entonces se enfrascaron en una conversación. Por fin, no muy convencido, más perdido que antes de pedir ayuda, el matrimonio se fue y los sujetos se quedaron ahí, todavía discutiendo adónde quedaba el lugar por el que consultaron los esposos.

—Eso queda allá —dijo uno señalando hacia el Sur.

—No, acá —dijo el otro indicando y mirando para el Este.

Así siguieron un rato cada quien tratando de convencer al interlocutor de que la razón la tenía él, tras lo cual, sin ponerse de acuerdo, se volvieron a sentar, quedándose callados, sin mirarse, como dos desconocidos que eran. Después, a los tres o cuatro minutos, Ebers se paró y se fue. Momentos más tarde abandonó el templo Bernd, que se tropezó en el pequeño patio delantero del santuario con el sujeto buscando algo en la cartera. Se saludaron con la cabeza al reconocerse y, a los días, se entretenían jugando Yenga con el Poeta, Joel y Rolling en La Atalaya.

Pelado Bernd se sentía cómodo con ellos. Lo único que le molestaba de Rolling y de Ebers, a más de la sordera que lo forzaba a desgañitarse para que lo atendieran, era que no podían mantener cerrada la boca un momento. Eran bastante ruidosos. Los sujetos hablaban hasta por los codos. De cualquier cosa. A cualquier tema, por insignificante que fuera y por muy poco contenido que aparentemente tuviera para hablar, le daban con tan grande esmero, que había que detenerlos para que se callaran, porque los malhechores, de su parte, no lo hacían. A Bernd ya lo tenían un “poquito” cansado con tanto “picoteo”, tal cual decía el bandido cabecilla. Y enojado. *Cállense, cabrones*, les largaba, molesto, *solo mierdas hablan*. Pero a los tíos por un oído les entraba la exhortación y por el otro les salía. Por eso es que hoy, este día que se mantenían ahí a medianoche, adentro del todoterreno esperando al oficial, Pelado Bernd no se dejó de extrañar que permanecieran demasiado quietos. Ebers y Manzana de Adán apenas habían dicho nada. Se preguntó si acaso habían cogido pánico. No se veían asustados. Que, con el rostro cubierto, era difícil reconocer con claridad las emociones que los dominaba en ese instante. Por el brillo que les notó en los ojos, más bien le pareció que estaban envalentonados y excitados, como si estuvieran a punto de hacer el asesinato de sus vidas.

Los delincuentes asesinos, al igual que los deportistas, también tenían sus soplos memorables. Entre todos los ilícitos, en el bandido había uno que había sido el más importante en su carrera delictiva, uno que, ya sea por la importancia de la víctima, por cómo se dio el hecho o por cualquier otro motivo, se le había quedado grabado en la cabeza como algo especial. Su hora de mayor gloria.

—¿Qué les pasa a ustedes dos? —dijo Bernardo, examinando a Rolling y a Ebers—. ¿Por qué están mudos?, ¿acaso les han comido la lengua los ratones?

No me vayan a salir ahora con pendejadas, con que se están cagando del miedo.

Manzana de Adán y Ebers se miraron ante el comentario de una manera que, si Jeser los hubiese visto, no hubiera sabido qué pensar exactamente.

—Nada —le dijo, sin mirarlo Rolling, con un tono calmado, inalterado—. ¿Qué me va a pasar? A mí no me sucede nada. Te estás imaginando cosas.

Bernd se le quedó viendo a Ebers a ver qué le decía.

—Será que ese reptil no venía nunca —le dijo éste, dirigiéndole una mirada rápida.

Pelado Bernd volvió a concentrar toda su atención en Lázaro, medio satisfecho con la respuesta que le dieron aquéllos.

—Procuren que las balas no les vayan a salir disparadas para otro lado cuando hagan los tiros —dijo, cerrando y abriendo el ojo derecho, como si le hubiese entrado una basura.

—No te preocupés —le contestó Ebers de una forma que a Bernardo le pareció un tanto misteriosa.

Manzana de Adán optó por el mutismo.

Urbano Cerritos seguía, sin descuidar detalle de lo que pasaba a su alrededor, el hilo de la plática que sostenían bastante interesados el Viejo Pavarotti, que se levantó una vez y se volvió a sentar, y Luis Hermán, quien mecía las piernas al ritmo de la canción que sonaba en ese momento.

—Vos nunca creés nada —dijo Pedro, restallando la lengua, moviéndose en la silla—; te voy a explicar.

Yobani no sabía quién de los dos llevaba la voz cantante, quién era el patrón. Supuso que el Viejo Pavarotti. Pero su compañero también tenía aire de ser un líder, y se comportaba como tal. Su comportamiento no era sumiso con aquél, sino de igual a igual.

—Desembuchá, pues —le dijo Luis, sin un dejo de docilidad, todo lo contrario, lo que le vino a corroborar al detective, que le sonrió sin malicia a Sacha cuando pasó dos mesas más allá delante de él, lo que había sospechado. Ese sujeto sin duda era otro pez de los gordos. Otro delincuente importante. Se preguntó quién sería. Y cuál su campo. ¿El secuestro? El tipo tenía cara de secuestrador, ¿falsificador?...

—A eso voy —dijo Viejo Pavarotti.

—Dale —lo presionó Luis, apoyando un codo en la mesa y asentándose con los dedos el cabello medio largo que lucía limpio y lustroso.

—A las cinco cierran allí —comentó el bandido, aludiendo al banco de la ciudad vecina que había pensado atracar, una importante sucursal con bastante tiempo de estar funcionando en el lugar y con mucho movimiento de clientes, lo que era lo mismo a considerable flujo de dinero. Pedro sabía que por lo menos millón y medio de dólares semanales. *Dos millones me chivateó alguien* —una de las subgerentes cincuentona, ya muy canosa y fea, con quien había comenzado a flirtear solo por pasar el tiempo— *de por ahí*, le aseguró a su compinche, levantando una ceja y echándose un trago, en tanto lo miraba de soslayo.

—Todos los bancos cierran a las cuatro.

—El HSBC no; en el HSBC trabajan hasta las cinco. Al menos en ese. No sé en los demás.

—Eso ya lo sé —se acordó Hermán.

—¡Entonces, por qué carajos...!

A Luis no le gustó el tono en el que le contestó esta vez el Viejo Pavarotti, y se le quedó viendo de una manera que éste interpretó como de incomoda.

—Disculpá —se excusó, observando la botella que tenía agarrada del cuello —, es la chicha. Disculpá.

Uriel, luego de mirar a Alexánder, que empezó a tamborilear en las piernas, dirigió la vista hacia el lugar por donde iba a aparecer Roberto llevando en la espalda la caja de bebidas fermentadas. Ya tenía que haber subido con la primera. La mesa que supuestamente ocupaba Bernardo seguía desocupada. Una muchacha trabajadora se había ido a sentar allí, apuntó algo en su libreta de pedidos y a continuación se levantó arreglándose la falda por atrás con una mano. Se retiró y volvió a traer el lapicero que dejó olvidado. No parecía nerviosa a pesar de los cientos de pares de ojos lascivos que la acechaban. Ya estaba acostumbrada a ello, como la mayoría de sus compañeras.

La gente continuaba llegando, terminando de llenar los pocos sitios que aún quedaban disponibles. Después de que terminó “Rata de dos Patas” siguió una tonada de Bach. Y enseguida una de Beethoven. *Los genios*, pensó Urbano. *Los genios tenían mucho que agradecerle a Dios por ese don. Era mentira, no todos poseían una gracia. Si no...* Alguien a un costado comenzó a reírse a grandes carcajadas. Luego se empezaron a reír otros también.

Cerritos pidió más gaseosa, que le llevó en un santiamén una morena de pelo liso con madera de relacionista.

—Primera vez que lo veo aquí —le dijo la morenita de rostro dulce — ¿O ya había venido antes?

—Puede que sí —le contestó el policía — Y usted ¿lleva trabajando ratos acá?

—Voy a cumplir una semana.

—Ah; es nueva.

—El domingo cumplo siete días.

—¿Y se ha sentido bien, le gusta el trabajo?

—La verdad, no, no me gusta. Lo hago por necesidad. Mi abuelita está enferma, y necesitamos ciento noventa y cinco mil dólares para que la operen afuera —le explicó queriendo llorar.

—Podrías buscarte otro empleo —la aconsejó después de que ella se repuso.

—Lo he buscado, pero no se halla. He mandado currículums a más de cien empresas y no me han llamado. Estaba desesperada. Ví el anuncio en el diario, vine y aquí estoy.

Yobani sintió que la chica le decía la verdad. Siguieron platicando. Más bien ella hablando y él oyendo. Empero, no a la mesera, sino a Pedro. Luego de un minuto a lo sumo, la mujer del bar se levantó, poniéndose de acuerdo con el detective para platicar otro día, pero en un lugar menos público. *Tal vez en mi casa*, le dijo. *Y de paso conoce a mi abuelita. Que su madrecita pronto se ponga mejor*, le deseó Uriel, asintiendo.

Cuando la camarera se retiraba, Jubal llegó con el primer viaje. Cargaba un botellero tal como le había dicho Urbano. Con su uniforme nadie sospecharía nada. Se miraron rápidamente con éste. Lo mismo que con Obed.

Cerritos empezó a sentir que alguien lo estaba observando. Lo que tanto temía. Adivinaba quien podría ser. No podía ser otro. En efecto, era el Viejo Pavarotti. Se preguntó si el asaltabancos lo había reconocido como un policía por fin. *O quizás me ha confundido con un amigo de la infancia*, pensó luego. *O solo me está mirando por pura curiosidad*. De cualquier manera, se inquietó un poco. Bastante, a decir verdad. Si no hubiese sabido la identidad del sujeto tal vez hubiera reaccionado de modo diferente.

Lo sorprendió viéndolo. Cuando volteó la cabeza hacia él, preocupado aunque sin demostrarlo, el delincuente lo contemplaba con fijeza a la cara. Al menos eso le pareció. No obstante, por lo que pudo advertir, no había malicia en su mirada. *Acaso solo está curioseando al nuevo cliente después de todo*, se dijo el detective. Solamente olisqueando quizás. Nada más. En el momento en que se vio pillado fisgoneando, Pedro apartó la vista rápido, dirigiéndola a

la mesa, a las botellas. Yobani, para evitar recelos, también orientó las pupilas para un grupo de hombres que iba saliendo, pero siempre poniéndole cuidado con el rabillo del ojo por si el hombre volvía a prestarle atención. El individuo ya no volvió a interesarse en su persona.

El policía investigador se sintió más tranquilo.

Una hora más tarde, todo seguía lo mismo. Aparte de la impresión de toparse con el Viejo Pavarotti ahí, y de oír sus planes de asalto al HSBC del pueblo inmediato, ninguna otra novedad más. Uriel se preguntó cuántos atracos, crímenes y otros delitos se concebían y acordaban cada día bajo el techo de Las Doce Horas.

Sacha Winifred reapareció en ese instante.

—¿En qué pensás? —inquirió, arreglándose la gorra negra de malla.

—No; en nada.

—Te noté un poco pensativo.

Urbano se sonrió.

—Vi que hablabas con mi amiga —le dijo, terminándose de acomodar la cachucha.

—Ah, sí, me estaba platicando de su abuelita, de lo enferma que está. Y que tal vez pueda ir a verla un día de estos. A propósito, cómo se llama. Se me olvidó preguntarle el nombre, y ella no me lo dijo.

—Ann Wendy. Sí, la pobrecita se encuentra muy mal. Es el hígado. Aquí en el país no la pueden operar. La solución que le han dado es que la intervengan afuera, en Inglaterra o en los Estados Unidos.

—Sí, eso me comentó —asintió Cerritos—. Es triste.

—Y caro, carísimo. La pobre Ann está sufriendo. Llora mucho. Dice que en la noche casi no duerme. Lleva tres meses cerrando los ojos una o dos horas a lo más. El tiempo que tiene de estar indispuesta mamá Licha. Mamá Licha es como su madre. Con ella se crió prácticamente. La quiere bastante. Le duele el alma verla enferma. Esto no le gusta, pero lo hace porque necesita la plata.

Yobani movió la cabeza, pensativo.

—Y a propósito, ¿dónde trabajás? —continuó hablando Sacha, haciendo como que le tomaba un pedido. Le podían llamar la atención si la oían conversando de otras cosas en horas de trabajo.

—En una oficina.

—¿Contador? Tenés cara de que te fascinan los números.

—No; abogado.

—¿Abogado?

—Si, abogado, leyes, esas cosas.

—Sí, ya sé, mi papá era defensor.

—Ya no ejerce, se retiró.

—Lo mataron.

—Lo siento, de verdad.

—Unos narcos —explicó Winifred, hablando más suave—. Querían que los defendiera, y, como no quiso, lo asesinaron. Muchos balazos en la cara. Quedó irreconocible. Fue horrible. Cuál es tu área, ¿penal?

—No, civil.

—Ah —dijo la muchacha, con alivio. ¿Nos vemos aquí o en el parqueo a la salida? —dijo, dándose la vuelta mirando la libreta.

—Primero quiero saber cuándo.

—El lunes. El lunes salgo temprano. Solamente hago medio turno. Podemos aprovechar para visitar a mamá Licha. Ese día también sale luego mi amiga. Con ella nos podemos ir.

—Mejor en el parqueo. Pero no me has dicho si tenés novio o qué.

—No me lo preguntaste.

—Cómo no, te lo pregunté.

—Perdón, entonces —dijo la chica con una media sonrisa de veras encantadora, igual que lo era toda ella—; no, no tengo ¿y vos?

—Tampoco. Tengo años sin novia —le respondió, formal—. Parece que a las mujeres no les gusto mucho que se diga.

—Mentiroso.

—No, cómo no, en serio.

—Me voy —dijo Sacha—; quedemos así.

—De acuerdo.

Yobani vio subir por segunda ocasión a Cristales, que lo miró casualmente. Álex también platicaba con una mesera. Roberto lo advirtió, y deseó haber ido él en vez de uno de sus dos compañeros, que, le pareció, se la estaban pasando fenomenal. Un trío de hombres que se hallaba a un costado de Uriel se levantó y, a su paso, el que caminaba adelante le rozó el antebrazo. Solo se le quedó viendo, tranquilo. Iban borrachos. Un individuo ocupó la mesa que dejaron los beodos.

—¡Hey! —le gritó a Urbano al nomás acomodarse.

Cerritos hizo como que no era con él.

—¡Hey, muchacho, vení a sentarte conmigo acá! —insistió el hombrecillo, con cara de ocupar en el Gobierno un puesto elevado—. Yo invito.

Algún ministro o algo así, pensó el detective, acordándose del exfiscal que habían matado unos matones en una cantina, por una mujer, no hacía muchas semanas. Lo leyó en el periódico al día siguiente del hecho.

Al ver que el policía no le hacía caso, el burócrata se levantó y se fue a sentar con él, con la confianza de un viejo camarada.

—Amigo —le dijo, dándole la mano con una sonrisa.

—¿Qué tal le va? —lo saludó el elemento investigador, estrechándose.

—Por aquí...

—¿Qué van a pedir? —les preguntó, aproximándose, una muchacha lista con el lapicero para apuntar, dirigiéndose más que todo al señor.

Anotó lo que le dijo el empleado estatal y se fue.

—Esa nena me gusta —dijo éste, mirándola.

Yobani movió la cabeza ojeando al sujeto.

—Tengo días de no ver al faldero de Pelado Bernd —dijo, sin sutileza, el joven funcionario, volviendo los ojos hacia Uriel — ¿y vos?

—No sé quién es ese señor Pelado Bernd —respondió Urbano, sin demostrar que estaba interesado en el tema. —. Es la primera vez que vengo acá. La verdad es que no conozco a nadie en este lugar.

—Me lo imaginaba. Yo tampoco te conocía. No te había visto antes. Ese Bernd es buena onda. Lo único malo es que quiere a todas las chicas para él solo. Si te ve hablando con esa morenaza —se refería a la que les acababa de tomar la orden, no a Ann Wendy—, o con cualquier otra, con demasiada confianza, no le va a gustar. Se va a enojar. Puede, estoy seguro, de que te saque una pistola y te mate.

—Gracias que me lo ha dicho —le dijo Cerritos, pensando en Winifred y en Wendy. Siendo así, se preguntó el detective, ¿por qué ellas, si sabían cómo era de posesivo Bernardo, se estaban mostrando tan amistosas?, ¿o lo ignoraban?, ¿o nada más, cansadas de que el policida las tuviera esclavizadas, querían platicar, aprovechando su ausencia, con un hombre diferente? Esto no le pareció lógico, pues, con tanta gente ahí, era por demás que alguien no le dijera nada de su confianza con el nuevo parroquiano. ¿O acaso eran informadoras de Jeser, y por ser desconocido él, las habían mandado a que averiguaran quién era? O tal vez... Pensó en el Viejo Pavarotti. Quizás Pedro las enviaba porque había temido de su persona. Sin embargo, las dos mujeres se veían honestas. Sinceras. Por cualquier cosa, optó por guardar más la distancia todavía.

—Si no busca nada en serio con la hembra, no hay problema. Un polvito lo

puede echar con tranquilidad, pero si ya quiere algo formal, ahí sí ya no se lo aguanta.

Yobani no formuló ningún comentario. Esperó a que el tío continuara hablando. Platicando del asesino para ver qué más podía descubrir de él. Así lo hizo el burócrata, aunque, sin saber que se refería a Jeser, ya no sobre esta cuestión, el tema de las empleadas de Las Doce Horas, sino acerca de los asesinatos de los policías.

—Haber cuándo cogen a esa bestia que está eliminando a tanto policía — dijo —. Ya lleva su buena cantidad. Yo...

—Aquí están las bebidas —cortó la camarera para frustración del detective, ya que el empleado del Gobierno, al irse ella, cambió de tema, posiblemente porque se le olvidó de lo que estaba chismorreando o porque pensó que era un asunto espinoso, platicando ahora, entre sorbo y sorbo, de la crisis financiera mundial, cuya culpa se la echaba toda a los dueños del petróleo, el costo de la vida y cosas por el estilo.

A Uriel le pareció que el hombre se hallaba bien informado en estas materias.

El tiempo pareció detenerse en la calle Las Oscuranas. El vehículo en el que se desplazaba el oficial no se movía. Adentro de la Ford Escape, los delincuentes se habían quedado callados y quietos. Incluso la naturaleza, el viento y la lluvia, y también la Luna, que, cubierta por una gran nube negra que se había ido a poner debajo de ella en ese preciso momento, dejó de derramar sobre la Tierra su tenue y mágica luz. Igualmente los animales; los perros y grillos. Pasaba ya la medianoche. Eran las doce y tres minutos. Otro policía salió de la delegación, tal vez un poco extrañado de que su jefe no había llegado aún, cuando era muy puntual. Siete cabezas siguieron sus movimientos con suma atención. Con las manos en la cintura, los pies separados, miró carretera arriba, viendo si venía Lázaro, sin embargo, no vio ninguna cosa. Solo un par de bultos, cerca, casi juntos. En la oscuridad muchas veces se percibían cosas que no eran ningún objeto en realidad. Pero carro, nada. Tras unos segundos, se volvió a entrar, pensando que quizás Balmore no iba a presentarse ese día.

En el silencio, Bernardo estaba considerando la posibilidad, tal cual había querido hacer el Poeta en repetidas ocasiones, de bajarse y matar al oficial allí mismo. Ojeó de soslayo al bandido, que tenía fija la vista en el automotor policial, con aire impaciente. Éste sintió la mirada y, adivinando lo que

pensaba Jeser, le preguntó.

—Qué decís, ¿me bajo? —le dijo sin mirarlo.

Bernd giró los ojos hacia Lázaro sin contestarle.

—Yo me voy a...

—Bajate, pues —le dijo Pelado Bernd apuntándole en la oreja —. Bajate. ¿Qué estás esperando para bajarte de una buena vez, cabrón? —le preguntó al ver que el Poeta no bajaba de la camioneta, metiéndole la boquilla del arma en el oído hasta lastimarlo.

—Hey, muchachos, tranquilos —dijo Ebers lacónicamente —; tranquilos.

—Calmate, está bien —dijo el Poeta, doliéndose, volviendo a tomar la posición de antes —. Vale, no me bajo, como vos digás.

Bernardo le retiró la pistola y se volteó con lentitud, mirándolo, irritado, mientras giraba la cabeza.

Jeser solo sabía el momento en el que llegaba Balmore a la delegación, pero nada más. Entre otras cosas, ignoraba las características del carro, que le habían dado en la Policía: color, placas, modelo... *Podría tratarse de otro pasajero*, pensó. *¡Maldita sea!*, casi se sermoneó por no haber averiguado más acerca del oficial. Si se bajaban y tiroteaban al vehículo con los pasajeros y resultaba que no era él, habrían perdido la ocasión, porque los estampidos atraerían a los uniformados que estaban de turno en el edificio azul y blanco que se encontraba allá adelante, quienes, sin duda, pedirían refuerzos. *Entonces la cagamos* —se dijo—. *Nos cagamos en la mierda*.

No obstante, fue una duda momentánea. Rápido le pasó. Ese auto era el del perro. Seguro que sí. Ahí venía él. Ahí estaba él.

¿*A qué hora te vas a mover pues, reptil?*, masculló tratando de distinguir las figuras adentro del coche. *Movete de una puta vez, maldita sea*.

—Creo que mejor será que le demos aquí —dijo Yuri, moviéndose.

—Sí —lo secundó Rolling.

—Jodámosle el culo ya.

—Caminá, reptil infeliz, caminá —murmuró Pelado Bernd desconociendo las opiniones de aquéllos.

—Yo digo que deberíamos de darle la bienvenida acá como dice el Poeta —volvió a insistir Joel, rascándose la espalda, tratando de no moverse mucho—. Si no, aquí vamos a amanecer. Por lo visto ese pedo no piensa irse nunca.

—¡Oí! —dijo el Poeta al escuchar a lo lejos cantar a un gallo.

—Esa gallina cabrona está loca —dijo Bernardo.

—No es gallina, es gallo —le explicó sonriéndose Yuri—. Las gallinas no

cantan.

—Lo que putas sea.

Bruce, después de que se puso el chaleco antibalas negro, igual al que andaban llevando los policidas, ganó los pocos metros que le faltaban para alcanzar a la Ford Escape, y se estacionó junto a la camioneta sin apagar el motor. Quedaban un poco debajo de la todoterreno. Lo miraron un rato en silencio.

—Baje un poquito el vidrio —dijo luego el oficial Lázaro Balmore con el arma en la mano.

De la O lo bajó.

—Más.

El cristal descendió otro tanto.

—Así está bien.

Miraron por la rendija para la ventanilla polarizada de la puerta de adelante, levantando la vista.

—No se puede ver adentro —dijo el guardaespaldas.

—Son muy oscuros esos vidrios —convino Lázaro, parpadeando.

—El polarizado es demasiado fuerte —dijo Bruce, agarrando la lámpara color verde y alumbrando los cristales, sin que eso le sirviera de mucho para poder observar en el interior de la camioneta.

—A ver cuándo terminan de prohibir que la gente oscurezca, así sea mínimo, los vidrios de los vehículos de una vez por todas —asintió Balmore—. ¿Desde qué hora estará acá?

—Como ya le dije, al momento en que partí para su casa a traerlo a usted no se hallaba aquí —explicó el agente, iluminando de nuevo—. Bueno, que hoy que me acuerdo, no me fui por este lado, sino por el otro, por aquel —dijo, señalando con el pulgar el sector contrario al que estaba la Ford Escape—. No tiene que tener mucho tiempo. Apuesto a que va llegando.

—Es una camioneta nueva —dijo el oficial, mirándola de punta a punta.

—Lo que le dije.

De la O enfocó la ventana del copiloto otra vez, dirigiendo unos instantes el resplandor en el mismo punto. Acto seguido esparció la luz para la puerta de atrás. Finalmente, para todo el carro, de su lado. La lámina brillaba.

—No parece haber nadie adentro —opinó Lázaro.

—Ajá, ¿Me bajo a ver?

—Alumbre de nuevo.

Bruce iluminó.

—Saque la mano. Estire el brazo. Trate de acercar la lámpara. Tal vez así logremos mirar el interior.

—No se ve nada —le dijo de la O, moviendo la cabeza, después de aproximar el foquillo a la ventanilla todo lo que permitió el largo de su brazo.

Baltimore se quedó pensando un segundo.

—Baje, pero tenga cuidado, no vaya a ser que nos llevemos un chasco —le dijo, luego de un momento.

De la O se zafó el cinturón de seguridad, quitó el seguro de la puerta, la abrió y se empezó a deslizar. Asentó el pie izquierdo en el suelo que alumbró con la linterna y, cuando iba a poner el otro, Lázaro lo detuvo.

—Espere —le dijo, estirando la mano—. Mejor no. Súbase de nuevo.

El guardaespaldas se encaramó al vehículo otra vez, poniéndole el dispositivo de seguridad a la portezuela. No se puso el cinturón.

—¿Ya lo habrán visto los compañeros? —preguntó, acomodándose y volviendo a ver nuevamente la camioneta.

—No creo —dijo el oficial, dándole una ojeada a la delegación.

—¿Por qué cree que no?

—Digo. Si es que se va parqueando como dice usted, lo dudo. Además, el agente que acaba de salir no dio muestra de ello.

—Esa es la impresión que me da a mí —asintió el subalterno—. Este carro acaba de venir. A lo sumo hará unos veinte minutos. O posiblemente menos. Aún puedo percibir el calor del motor recién apagado.

—Vamos a preguntarles a los muchachos. A lo mejor ellos ya vinieron a ver. Quizás ya la vieron. Aunque con esta negrura como boca de lobo, quién sabe. Está bien oscuro.

—Hace un rato había Luna.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Hum... no le sabría decir. Tal vez hace unos tres cuartos de hora. Antes de que saliera de su casa.

—Quién, ¿yo?

—Sí.

—Ah. A eso de las seis y media me acosté a dormir y no me desperté hasta que llegó usted. No me fijé. Vamos.

De la O hizo rodar las llantas. Siguieron inspeccionando la camioneta mientras la dejaban atrás y se encaminaban para la delegación.

—¿Quiénes se hallan de turno hoy? —preguntó Bruce, volviendo los ojos

para adelante.

—Frank, Carlos y Anna —dijo Lázaro, viendo un ratito más y luego también volteando la cabeza.

—¿La nueva policía?

—No, ella se llama Ana no Anna. Casi se pronuncian lo mismo. Se confunde uno.

—Están bajando la ventanilla —dijo Rolling, susurrando.

A la expectativa, la ansiedad se había apoderado del espíritu de los encapuchados.

—La bajan más —volvió a decir Manzana de Adán, dejando entrever en el tono de su voz la tensión.

Todos, unos inclinados y otros semiladeados, miraban, pero no veían deslizarse los cristales. Al menos con nitidez. Solo como algo que se medio movía. Solamente como un borrón vago. Ebers no distinguía ni eso.

—Yo no veo un carajo —musitó.

—Acercate aquí —le indicó Rolling, apartándose para que aquél ocupara su sitio.

—¿Ves?

—No; no veo lo que es ni mierda.

—Esperame.

Ebers se quitó, regresando a su asiento.

Un instante después la luz potente de la lámpara de Bruce los alumbró débilmente en la cara. Primero iluminó a los de adelante, a Bernardo y a Joel, y a continuación a los pasajeros de atrás.

—Cabrón, perro —masculló Jeser, manteniéndose inmóvil.

El foco los dejó de alumbrar.

—¿A ver qué más se le ocurre hacer al hijo de puta? —preguntó el Poeta, bajando la voz como los demás forajidos.

—Va a venir a meter su nariz sucia mocosa al carro —dijo Yuri—. Vendrá a ver si hay alguien aquí adentro.

Bernd lo miró.

—¡Ya ven que les dije! —dijo Joel, luego de que la luz los dejara de iluminar por segunda vez, la puerta del conductor se abriera un instante más tarde y enseguida un zapato, una bota lustrada, empezara a bajar buscando posarse en el suelo pavimentado.

Los cinco enmascarados, todos al mismo tiempo, alzaron las armas a la

altura del pecho, listos para disparar.

—Se está metiendo de nuevo —dijo Yuri al momento cuando vio que el pie izquierdo de Bruce se detenía, se volvía a introducir al auto y se cerraba la puerta con un golpe suave.

—Niña —dijo Pelado Bernd—. Tiene miedo la mamaíta. Culero. Igual que todos los polis. Son unos culeros bien hechos. Apurate, nena, que tenés que ir a darle pecho al bebé.

—¡Ja ja! —se carcajeó Joel.

El Poeta también se rió.

—Marrano, infeliz, ¿qué esperás para comenzar a caminar? —refunfuñó Bernardo, luego de unos minutos en que los policías dejaron de intentar hacer nada.

—¡Se está moviendo! —exclamó Yuri, poniendo los pies en los pedales indicados y afianzando la rueda del volante.

—Eso, angelito del demonio, eso —aprobó Jeser, retorciendo la boca de contento—. Andando, perrito, andando.

—En mi vida había visto una noche tan cerrada —dijo el oficial, viendo el edificio de la delegación policial apenas acababan de alejarse de la Ford Escape.

—Lo más raro es el cambio repentino —asintió Bruce—. La negrura, es cierto, es inusual, pero que estando claro, de pronto, en cuestión de un segundo, se ponga opaco, sí que es un fenómeno poco común. Me imagino que algo así va a ocurrir el día del juicio final, el día de la venida de Cristo, que, según los evangélicos, ya está cerca. Digo, para empezar. El comienzo.

—Ajá, podría ser —dijo Lázaro, oteando por el espejo para atrás.

La todoterreno continuaba ahí mismo. No es que la viera, pero tampoco percibió ningún movimiento. De la O también echó un vistazo, con igual resultado. Cero desplazamiento.

—No se mira —dijo Balmore volviendo la cabeza.

—Nada.

El guardaespaldas aceleró un poquito y luego volvió a rodar normal.

—¿Qué sucede?

—Sentí como que el motor se quería apagar.

—A este carro le acaban de dar una buena revisada en el motor.

—No creo que ninguno de los muchachos lo haya visto.

—¿El motor?

—No, el vehículo allá —le explicó Bruce mirando el espejo.

—¡Ah!

—A menos que hoy se hubieran ido por aquí.

—¿No salen por este lado cuando van a patrullar?

—No; no siempre. Por lo general solo pasan por acá al regresar de hacer la ronda.

—¿Por qué? —le preguntó Lázaro, volviendo a echar un vistazo a su espalda.

—No sé.

—Yo este extremo ocupo cuando salgo. No todo el tiempo, pero sí la mayoría de las veces.

—Los compañeros, no. Ignoro la razón de ello. Se dirigen por aquí abajo, cruzan a la derecha y desembocan en la calle allá adelante.

Lázaro Balmore y Bruce de la O volvieron a ver para atrás, usando los dos el espejo interior. Unas pringas empezaron a caer en ese instante, mojando el cristal levemente. El agente puso a trabajar el limpiaparabrisas de todos modos.

—Los muchachos andan vigilando —comentó el oficial, advirtiendo, a cuarenta metros, que faltaban tres carro patrullas.

—Solamente un coche hay allí —dijo el guardaespaldas, mirando el único patrullero aparcado en la acera de la delegación.

—Ese es al que le empezaron a fallar los frenos ayer.

—También la dirección.

—Pero a las tres y media de la tarde prácticamente ya no hay nadie adentro del banco —le dijo el Viejo Pavarotti a Luis Hermán.

—Nadie. ¿Y los trabajadores? —le preguntó Luis —. ¿Y los trabajadores, qué?

Yobani Uriel vio que Pedro se le quedó viendo al compadre de una manera que quería decir: “No seás pendejo, mi hijo, no me refiero a ellos, sino a los clientes”.

—Te estoy hablando de los usuarios —le recalcó.

—Necesitamos a alguien para protegernos.

—Para eso están las cajeras, hombre. Además, podemos echar mano de los vigilantes. Agarramos a uno de ellos. Tenemos que cogerlos a todos.

—Los custodios cargan armas.

El Viejo Pavarotti crujió la sinhuera.

—Les quitamos los fusiles —gruñó—. Desarmados son más inofensivos que un microbio.

—Un microbio puede matarte en dos patadas.

—Si lo dejás. Si lo dejás, hasta una pinche gripe te puede mandar derecho al osario.

—Tampoco.

Urbano acumulaba ya por lo menos unas tres cuartillas de nota mental acerca del atraco que estaban planeando Pedro y Luis. Aparte de otros detalles, como las características físicas de los malhechores. Por ejemplo, aquél ahora llevaba el cabello y la barba blancos en su totalidad. Y estaba más delgado. Además, hablaba el doble de ronco, según recordaba el detective. *Voz fuerte, aguda*, decía en la ficha policial del sujeto. Hoy se le oía como el ruido que hacen los camiones de la basura. Lo que no sabía aún era el día en que pretendían asaltar el establecimiento. Ni siquiera aproximadamente cuándo. Solo la hora, que al final habían acordado para la mañana. Tenía que saberlo para pasarle el dato a la Policía.

—¿Y por qué no llegamos antes, a las nueve y media o diez, cuando esté lleno eso? —preguntó Hermán —. Así aprovechamos la confusión de la gente para salir de ahí tranquilamente, sino con tranquilidad, al menos con escasas probabilidades de que nos reconozcan; o que nos agarren; o que nos disparen

—continuó—. ¡No creo que los vigilantes sean tan pendejos de tirarnos en medio del gentío! —terminó, satisfecho de la exposición del asunto y, tal cual pudo observar Cerritos, seguro de haber convencido al Viejo Pavarotti, como, en efecto, pasó.

—¿Disparar?, ¿los custodios?, ¿con cuáles trastos, si van a hallarse desarmados?

—En todo caso, a mí me parece mejor en las horas matutinas. Además, está más fresco, ¡ja ja ja!

—Como vos digás. Ah, y de paso, nos llevamos con nosotros a Génesis Argentina.

—¿A Génesis Argentina? ¿Quién es Génesis Argentina?

—Una de las cajeras. La mayor de todas, la que se encuentra en medio.

—¿Qué ondas con ella?, ¿secuestrarla?

—No, bueno, sí. Es que me gusta la hembra.

—¿Y la vieja canosa?

—Que se joda; muy fea. Empezando por los dientes. Los tiene todos torcidos.

—Ya dos tiros sí que va a estar complicado.

—No va a ser nada.

—Las mujeres se ponen histéricas apenas miran una pistola, así sea de juguete. ¿Cómo demonios vas a escapar con Génesis gritando? La ciudad completa se va a dar cuenta de que te la estás llevando a la fuerza. No, primo, la poli se te echaría encima y te cogería antes de que la podás meter a la nave. Y con vos, a mí también.

—Esa no. Esa tiene los nervios bien puestos. Se asusta lo normal, y hasta ahí. No se pone a chillar cual chiflada paciente psiquiátrica.

—¿Cómo lo sabés?

—Mi hermana me lo dijo.

Hermán sabía que el Viejo Pavarotti tenía una pariente, Margareth, varios años menor que él. Pero la treintañera, que por cierto estaba buena, vivía en el extranjero.

—¿Tu hermana trabaja ahí?, ¿qué no vive en...?

—Se vino de Australia. No le gustó mucho el país. Sí, son compañeras de trabajo. Ya la asaltaron una...

—Presentámela.

—Está casada.

—¿Y eso que tiene?

—Es más fiel que Jesucristo. Te la presentaría, mas no te serviría de nada. No la harías caer. Te rechazaría.

Yobani los veía de vez en cuando, pero no los dejaba de oír ni un momento, memorizando hasta el último dato.

—Ya la asaltaron una vez —continuó diciendo Pedro con su ronquera—. En otro banco.

—A quién, ¿a tu hermana?

—No, hombre, a Génesis. Y, según me contó Margareth que le había dicho una amiga en común que igualmente era cajera y que estaba echando el bofe en la misma empresa que Argentina el día del asalto —semanas después las cambiaron de sucursal a las dos—, ni siquiera se asustó. Todo el tiempo estuvo serena.

—Una cosa.

—¿Ajá?

—¿Cómo vas a hacer para que Margareth no te reconozca?

—Ya tengo lista la peluca, la blusa, la falda, las medias, los tacones y todo lo demás.

—¿Qué podés usar tacones? —le preguntó Luis, admirado.

—Eso es lo más sencillo del mundo —le dijo Pedro, comenzando a sorber cerveza de otra botella casi congelada.

Cuando Lázaro Balmore se había retirado unos diez u once metros de la camioneta, Joel quitó el pie del freno del carro y empezó a moverlo, andando detrás del oficial, que acababa de volver los ojos por segunda ocasión. Yuri siguió caminando un rato, recto a la orilla, encima de la cuneta, sobre la que corría un hilo de agua, cuidando de no rozar la pared con el caucho o, peor, encaramarse, con el resultante gran ruido que podría provocar. Luego, con la máxima precaución, calculando la distancia con respecto al coche que los precedía, giró el volante con lentitud hacia la derecha y se fue haciendo para en medio, poniendo las llantas de la Ford Escape casi arriba de las huellas tenues que iba dejando el vehículo policial.

El Poeta y Rolling se cambiaron de lado las armas. Ebers se arregló rápido la capucha y los guantes quirúrgicos con los que se cubría las manos. Bernardo, que sudaba en la espalda, aflojó y apretó los dedos en su artilugio por décima ocasión. También él llevaba las extremidades enguantadas. Pero los suyos eran fundas de lana para el frío, no para operar como los que se había puesto su lugarteniente. Joel, que se encajó un tercer par de manoplas,

segundos antes de poner a circular el auto, se concentraba solo en manejar. Tenía que sincronizar el tiempo. Llegar cabal cuando Lázaro y su guardaespaldas fueran entrando por la puerta. Eso le dijo la tarde anterior Jeser, y se lo había repetido un par de veces hoy, en el instante en que salían para la delegación, hacía unas horas.

Yuri quiso encender el automóvil, pero Pelado Bernd le ordenó que no lo hiciera aún, y la Ford Escape continuó rodando con el motor inactivo, tal cual había andado cuando empezaban a bajar Las Oscuranas minutos atrás. Las luces, de igual forma, las seguía llevando apagadas. Joel manejaba despacio, a la misma velocidad con que se desplazaba el automotor que lo antecedía, que era de unos diez kilómetros por hora poco más o menos.

¡Ajá! conque vestido de mujer ¿eh?, se dijo el detective registrando el informe en su cabeza. Se sonrió. No se imaginaba al Viejo Pavarotti envuelto en ropa femenina. No le luciría. Las pantorrillas peludas y musculosas enfundadas en unos zapatos rojos de grandes tacones para dama. No engañaría a nadie. Los vigilantes del banco lo descubrirían enseguida.

Urbano Cerritos ya poseía un cuadro bastante completo acerca de la ejecución del atraco. Nada más le seguía faltando saber el día en que lo iban a consumir. Se suponía que Luis se lo tenía que preguntar a Pedro, que era el de la idea y, lógico, el de la logística y todo lo demás. Pero Hermán no se lo acababa de consultar nunca. *Tal vez eso ya lo tenían definido con anterioridad*, se le ocurrió pensar al policía sintiéndose un tanto fracasado. *O quizás no*, se dio ánimo luego.

Mantuvo el oído al acecho.

Una pareja de jóvenes adultos que caminaba agarrada de la mano pasó a su lado saludándolo con la cabeza. Él les devolvió la cortesía con una sonrisa. Vio para la entrada, que permanecía custodiada siempre por un matón. A veces por dos. Ese acceso jamás estaba solo. Después a Obed, que saboreaba un dulce moviendo la boca cerrada con lentitud. Continuaba mirando, cuando el movimiento de una puerta que se abría llamó su atención. Era la que se encontraba inmediatamente antes de la que iba a dar a la cocina vacía y a continuación a la calle donde se ubicaba el ciber café, atrás de la mesa en que se sentaba Jeser.

Salió del cuarto semioscuro un hombre pequeño, de unos treinta y nueve años, el pelo algo rubio, serio, que traía la ropa desarreglada y arrugada, como si se acabara de levantar de la cama, que fue lo que supuso el agente investigador. El individuo se rió con familiaridad con una de las trabajadoras que pasó a su lado con unas botellas vacías en la mano, con quien Yobani le halló un gran parecido. Pensó que quizás fueran hermanos. O padre e hija. Esto no mucho lo creyó. Acaso tío y sobrina. Detrás del hombrecito venía otro tipo bastante más joven y más alto, que, en actitud sospechosa, se detuvo, cerrando la puerta rápido, quedándose adentro de la habitación. A pesar de que no lo vio bien, Uriel lo encontró físicamente semejante a Jeser. Notó que se le subía la presión sanguínea. Se le quedó viendo a Alexander con un gesto que éste

reconoció enseguida qué quería decir. Yobani, experimentando segundo a segundo más excitación, se removió en el asiento como al descuido. Parras se empinó la botella y, con disimulo, miró para la portezuela que se acababa de cerrar de nuevo. También él se estaba empezando a sentir inquieto. Era por demás. No podía evitar el sentirse nervioso pese a que no era la primera vez. Igual que los cantantes que con más de medio centenar de conciertos en su haber no dejan de seguir padeciendo agitación al subir nuevamente al escenario, Obed, en su indagación número 11 ya, siempre sufría azoramiento cuando se hallaba a punto de coger a un criminal escurridizo y peligroso.

Sacha Winifred le trajo la bebida a Cerritos, que de nuevo se lo reconoció.

—Gracias —le dijo, conservando la cordura.

—Para eso estamos —le dijo la sonriente Sacha—. No se te olvide; en el parqueo el lunes en la tarde —le recordó alejándose.

Pasó un minuto y otro y la plancha de plywood ya no se volvió a abrir. Alexánder observó con mirada interrogativa a su compañero, que se puso a tamborilear en la botella con las dos manos, diciéndole con ello que esperara.

Por lo que sabían los policías, la pieza en la que se había encerrado el sujeto no tenía salida al otro costado. Solo una ventana pequeña, como todas las del edificio. Descartaron la posibilidad de que pudiera haber evacuado el local por ahí, con esos balcones macizos. *A no ser que por el techo*, se dijo Yobani. Pero también desechó esa probabilidad porque la cubierta poseía arriba un enrejado acerado por la que no se podía salir —tampoco entrar—, a menos que uno fuera un mago o algo así. El espacio entre hierro y hierro era de unos veinte centímetros nada más.

Uriel y Obed se daban un vistazo de vez en cuando, manteniendo a raya los ánimos. En ese instante subió Cristales con la primera caja de cervezas en la espalda. Urbano lo miró, y Roberto pidió una bebida, que tomó de pie, apoyándose con el codo en el mostrador mientras libaba sin prisa.

—¡Uf, calorcito! —dijo al darle el barman la soda.

—Esto está perro —dijo el hombre, con una carita que parecía una muñeca—. ¡Huy, disculpe! —se excusó—. Está infernal.

—Dele, no se preocupe —le dijo Jubal deleitándose la vista con una nenota que venía hacia él —¡Guau, Dios mío! —susurró, contemplándola al pasar a su lado—. Tengo que regresar aquí, definitivamente debo de volver.

El parecido del sujeto con Bernd era increíble en verdad; sin embargo, Cerritos necesitaba comprobarlo para salir del local e indicarle a la treintena de policías que esperaban afuera que entraran y lo atraparan. Con Alexánder

no podía consultar porque no lo vio. Lo único que alcanzó a ver su colega fue la sombra. Y solo menos de un segundo.

La canción “Rata de dos Patas” se terminó y alguien se levantó para hacerla sonar de nuevo. Era la enésima vez que se oía seguido desde que llegaron los investigadores al puterío. *¡Quiten ya esa cosa!*, se oyó decir. *La última*, dijo el parroquiano que la programó, volviendo a la mesa.

Yobani también ya estaba aburrido de la misma música, pero ahora no le puso atención a la letra como en las veces anteriores. Jubal se acabó de tomar la bebida gaseosa y, llevando la imagen de la mesera en la cabeza, fue a traer otra carga. Retornó rápido. *¡Me desprecia, me desprecia*, levantó la voz un sujeto en camiseta que se encontraba en medio del local, *me desprecia la muy puta!* El alarido sobresaltó a los detectives y a varios otros clientes que estaban cerca del quejoso. *¡Cállese, hombre, no se comporte como mujercita!*, lo regañó uno de los dos compañeros de juerga que empinaban el codo con él. *Sea machito, carajo, sea machito. Ni que fuera el primer idiota al que se lo vacilan.*

El beodo dejó de berrear, secándose las lágrimas con la mano y después con el pañuelo que le dio el compañero que lo había hecho entrar en razón.

Uno de los guardas se aproximó al borracho pensando que discutía con el vecino, pero, al ver que solamente lloraba desahogándose, se fue para el mismo lugar donde estaba levantando la mollera, atisbando para todos lados. Cuando llegó a su puesto, otro custodio que supervisaba en otra de las esquinas le preguntó con la cabeza que qué pasaba. El matón le respondió, de idéntica forma, que nada.

Sacha le llevó más Pepsi a Uriel, que todavía no se había consumido la anterior.

—Me querés emborrachar a pura soda —le dijo en broma.

—¿No bebés cerveza? —le preguntó Winifred.

Urbano le dijo que no, con la cabeza.

—Poco —le contestó—. Únicamente cuando me quiero encandilar porque una mujer me ha dado una patada en el trasero y me ha mandado al carajo. Me ayuda a olvidar el abandono.

Sacha sonrió y se fue. Al momento que Winifred se iba, luego de unos once minutos que a los policías les parecieron horas y horas; la puerta del aposento donde se encontraba encerrado Jeser se abrió de nuevo.

—Aquí a la orilla de la calle deje estacionado el carro —le dijo Lázaro

Baltimore a Bruce de la O —. Así cuando los muchachos vuelvan de hacer la ronda, tengan donde parquear los patrulleros.

Bruce asintió, y, a tres cuadras de la delegación, fue aminorando la marcha del vehículo hasta detenerse a un costado del local. Mirando para el interior de la sede, de la O giró la llave y el motor dejó de hacer ruido. No vio al policía que estaba de guardia ese día, su compañero y amigo el agente Mendoza Urey, sentado tras el escritorio pequeño. Solamente lograba observar la esquina izquierda del mueble. Pero sabía que el uniformado se hallaba ahí escribiendo o revisando notas. Urey era un tipo que nunca faltaba al trabajo y jamás dejaba solo su puesto los días que le tocaba que prestar servicio allí adentro, adonde siempre se le podía ver ocupado en algo. Además, ya se encontraba en su sitio a la hora en que se marchó a traer al jefe.

Con el auto apagado, se dispusieron a bajar. Lázaro fue el primero en descender. Antes de apearse agarró una carpeta de grueso plástico azul, del asiento trasero, que contenía varios papeles con membretes de la Policía. *Tengo que revisar estos documentos inmediatamente después de que venga de recorrer las calles hoy*, le comentó a Bruce, que se echó a la bolsa las llaves del automotor. *Los debo de mandar mañana temprano a los archivos de las oficinas centrales.*

Con el fólder en la mano izquierda, abrió la portezuela con la otra, se palpó la pistola y se deslizó fuera de la cabina.

Urbano se preparó de nuevo a levantarse para seguir a Bernd, puesto que suponía que adentro de la pieza en penumbra no había ningún otro individuo más que el asesino. El sujeto por fin había decidido salir. Alexánder estaba atento a la jugada, listo también para ayudar a su compañero. Apoyándose otra vez en la mesa, Cerritos se impulsó para pararse, cuando vio que la figura de Pelado Bernd empezaba a trasponer la abertura. Sin embargo, se detuvo al momento, un poco sorprendido. Esperaba que nadie hubiera notado sus movimientos calmos. No se atrevió a mirar en torno suyo por miedo a verse descubierto. La persona que venía saliendo no era Bernardo, sino una mujer. Una señora mayor, pero hermosa aún.

Yobani halló un poco anticuado encontrar a una dama entrada en años de aspecto distinguido, bien cuidada y bien vestida, en un lugar indecente. Pensó que quizás se trataba de la mamá de uno de los dueños del establecimiento. Del accionista principal. De Giannini Giannini, pues la semejanza con éste era notable. La setentona venía sola, con una cartera en el brazo como único

accesorio que la adornaba. Nada de joyas ni esas cosas. Y únicamente la pintura necesaria en la cara.

El tipo seguía adentro, negándose a abandonar el cuarto porque había notado algo raro allí afuera. La actitud sospechosa con que se había vuelto a encerrar lo delataba. *Seguro*, se dijo Uriel, que especuló otra vez en la posibilidad de que se hubiera escabullido por una puerta o ventana secreta que quizás se les escapó. *Pero no*, pensó. *Revisamos minuciosamente el edificio, y las piezas, aparte de las puertas, carecen de otro agujero por donde salir. Por las ventanas no se puede.*

Convencido de la identidad del hombre que se parapetaba en la habitación, Urbano resolvió no darle más largas al asunto, y se propuso echarle el guante al delincuente. Pero antes decidió proporcionarle un tiempo de espera. *Si en un cuarto de hora no sale*, comentó para sí, *voy a mandar a llamar a los policías para que lo vengán a capturar*. Un instante después, probablemente un minuto, sin embargo, apareció el individuo.

Una vez que se hubo desmontado, Lázaro cerró la puerta, se ajustó el pantalón y se acomodó la gorra, que se acababa de poner. Dio media vuelta para la derecha y comenzó a caminar. Bruce vio que los cristales estuvieran subidos y los seguros puestos. Después se estiró sobre el respaldo del asiento, extendió el brazo y agarró la ametralladora. Luego se tocó la bolsa para comprobar que tenía las llaves allí. Ahí estaban. Este era su ritual antes de abandonar la cabina del automotor. Tras cerciorarse de que los vidrios y dispositivos de seguridad de las cuatro puertas estuvieran en orden y los llavines en su bolsillo; se bajó por fin, asegurando también su portezuela.

Cargaba la Uzi en la mano izquierda.

Baltimore se detuvo delante del vehículo para esperar a de la O, cosa que pocas veces hacía. Por lo general bajaba y se iba de un solo para la oficina sin andar aguardándolo. Mientras el guardaespaldas lo alcanzaba, se puso a mirar las nuevas placas que estaba dando el Viceministerio de Transporte, cuyo diseño poco original y escasamente llamativo no le gustaban mucho.

A Bruce no dejó de parecerle extraño que el oficial se hubiera detenido a esperarlo. Supuso que le quería decir algo. No obstante, cuando empezó a andar, Lázaro, comentándole que las matrículas anteriores estaban mejores que las actuales, igualmente comenzó a moverse para la entrada de la sede policial, yendo unos cuantos pasos delante del agente escolta, como siempre hacía.

A Bruce asimismo le parecían horribles las placas nuevas. Descoloridas, sin gracia. A Balmore se le cayó el pañuelo.

—Botó la pañoleta —le avisó, deteniéndose y agachándose para recogerla.

—Gracias —le dijo el oficial, dándose vuelta sin pararse del todo, cogiendo el trozo de tela de los dedos del agente y volviéndoselo a guardar en la misma bolsa trasera.

Se encontraban a unos seis pasos y medio del acceso de la delegación.

Venía ataviado con una ropa distinta de la que le viera la primera vez, de seguro para despistar a la policía. A Cerritos ya no le cupo ninguna duda de que se trataba del policida. Se había quitado la gorra y, en sustitución de los jeans, traía puestos unos pantalones de vestir color gris claro. La camisa, celeste con rayas negras, era ahora manga larga, de algodón, ya no la camiseta verde de un solo fondo.

El sujeto salió andando un poco aprisa arreglándose el pelo, cerró la puerta y cruzó a la derecha, buscando a la que conducía a la cocina. Dio uno, dos, tres firmes pasos largos. Dándole una ojeada a Alexánder, Yobani se dispuso de nuevo a erguirse, cuando, perdiendo el dominio de sus extremidades, que se le aflojaron, el hombre, acabando de dar el cuarto tranco, cayó con la mirada perdida y los ojos en blanco repentinamente al suelo estremecido por una convulsión a medio camino.

Fue como oír caer un tronco seco desde unos tres metros. Se hizo la gritería y se formó la característica rueda de curiosos alrededor del epiléptico, entre ellos el investigador, que más que nada se fijó en la cara del enfermo. Lo observó con detenimiento. No, no era Jeser. Sí tenía un gran parecido con el asesino de policías —cualquiera hubiera dicho que se trataba de Bernd—, pero no era él. Luego de que el joven volvió en sí, se sentó y, con ayuda de cuatro hombres, se levantó todavía temblando un poco y regresó al mismo cuarto, todos, unos murmurando, otros riéndose y haciendo bromas algunos más, regresaron a sus lugares a sentarse.

Uriel, aunque estaba solo y bien pudo apoltronarse en una de las otras tres sillas, se acomodó en el asiento en el que se hallaba sentado anteriormente. Desde ahí controlaba todo. Se tomó, con la presión arterial otra vez en su punto, otro sorbo de soda mirando a Álex por encima de la botella, quien, atento a cualquier ajeteo extraño, no se había movido de su sitio. Medio le sonrió a su colega, jugueteando con una corcholata.

El ambiente volvió a normalizarse: miradas rijosas, peticiones de más cerveza, cháchara... A Urbano le llevaron más gaseosa, más Pepsi.

—A ver si me vas trayendo un sabor diferente —le dijo a su amiga Sacha.

—¿Una Coca Cola? —le preguntó la chica.

—Coca o lo que sea, menos Pepsi —le respondió el detective, sin dejar de

husmear el entorno por si aparecía Pelado Bernd —. La Pepsi ya me empachó.
—Bueno, galancito —le dijo Winifred, haciendo un guiño.

—¡Ahora —le dijo Jeser a Yuri, que ya había cambiado la velocidad considerando que era el momento de poner a correr a la máquina para llegar cabal cuando el oficial estuviera entrando al edificio, tal como le había referido Pelado Bernd media docena de veces al menos—; volá ahora!

Joel metió quinta de un solo y la camioneta corrió cual bólido adelantando a trescientos kilómetros por hora. Antes de que la Ford Escape frenara delante de la sede policial, los delincuentes, que habían empezado a bajar las ventanillas tan pronto como salió disparado el auto, las abrieron del todo y comenzaron a extraer los cuerpos por las ventanas. El Poeta surgió empuñando el fusil por la puerta del lado izquierdo. Rolling se inclinó para ese mismo costado, viendo por dónde podía sacar aunque sea el cañón, puesto que aquél, que los últimos días había engordado bastante, en especial de la cintura para arriba, ocupaba totalmente el hueco de la portezuela, no dejándole ningún resquicio para que pudiera salir él.

Bernardo y Ebers lo hicieron por las de la derecha. Jeser se deslizó para afuera primero agarrándose bien para no ir a parar al suelo y ser atropellado. Sacó la mollera y, después, rápido, el torso, sentándose en el alféizar. Una vez el busto fuera, asentó los codos en el techo, y, como el Poeta, encañonó a Lázaro en la cabeza, que era la única parte del cuerpo que se le veía.

De la O, yendo detrás de Balmore, lo tapaba, pero solo hasta donde acababa la nuca. Bruce, con su 1.77 metros de estatura, era más bajo dieciséis centímetros que su jefe, que medía 1.93 de alto.

A punto de que los policías se metieran a la delegación, la Ford Escape, con la mitad del cuerpo de dos de los encapuchados, que ya tenían el blanco enfocado correctamente, al aire, llegó y se detuvo con brusquedad derrapando. Los pistoleros se tuvieron que agarrar fuerte para no salir volando en tanto procuraban que el arma no se les cayera. Aun así, el Poeta si más se cae, si no es porque Manzana de Adán lo agarró y lo sostuvo de las perneras, mientras el bandido, diciendo palabrotas, se volvía a estabilizar volviéndole el color a la cara.

A escasos metros de la dependencia, ya enfrente de la entrada, pudieron ver sentado a Mendoza Urey atrás del mueble con rodos. Éste, que tal cual se imaginó Bruce de la O, anotaba algo en un cuaderno grande de pasta ocre, en

el momento que los sintió venir, dejó de escribir alzando la cabeza. Luego la volvió a bajar y continuó con su tarea, sin dejar de prestarles atención y listo para saludarlos con su típico “¿qué hay, jefe?, ¿cómo va todo, socio?”.

Bruce casi alcanzó a Lázaro Balmore, que se pasó el fólter para la otra mano. No había terminado de hacerlo cuando, a un paso para atravesar la puerta, el ruido de un motor les sonó de repente con fuerza al oído. Urey dejó de hacer lo que estaba haciendo y se levantó corriendo desenfundando la Glock. Podría tratarse del lapidapolicías, de quien él se había escapado hacía poco más de una semana, no así sus dos compañeros de ronda. Los policías, Lázaro y de la O, agachándose, giraron la cabeza apresuradamente. Bruce obstruía a Balmore, que tuvo que ladear el busto para poder ver atrás. Quemando hule, una camioneta, la Ford Escape, se había detenido cabal a sus espaldas a menos de cinco metros de distancia.

—¡Entre! —apuró de la O al oficial, dándole un empujón, reconociendo el vehículo.

—¿Qué...?

—¡Métase rápido, hombre, rápido —insistió el agente a gritos, sin quitar los ojos del automotor, viendo con angustia que un tubo que salía de la ventanilla y otro por encima del techo los estaban encañonando —; es el carro de arriba!

Lázaro, en el jaleo y en la prisa por introducirse a la antesala del edificio cuanto antes, se desvió unos milímetros y, en vez de pasar por el vano, chocó contra el borde de la pared, golpeándose la frente y las espinillas, perdiendo segundos preciosos. Se oyó el ruido potente y áspero de un disparo de fusil.

Momentáneamente detenida la Ford Escape delante de la delegación, atrás de Balmore y su guardaespaldas, que ya estaban a media zancada de la puerta del inmueble, Bernd le dejó ir el primer cañonazo al oficial, proyectil que le cruzó silbando por la oreja a de la O y acabó clavándose en el tabique echando humo. Era el segundo impacto que recibía la sede policial en toda su vida. La primera fue de uno de sus miembros. En el mismo muro, pero del lado de adentro. Un accidente. Al uniformado se le zafó de las manos el arma y, al caer, se disparó. Por poco mata a una compañera. El balazo le pasó levantando la gorra a la agente, que se ponía siempre ajustada.

El cemento donde cayó el golpe se resquebrajó, dejando el área estriada. ¡Una mierda!, aulló Pelado Bernd, lamentándose de haber fallado. En realidad, no había hecho el tiro él. Es decir, no conscientemente.

Había jalado el percutor del instrumento por accidente mientras terminaba de asentar los brazos en la cubierta. De ahí que el disparo lo errara. El Poeta, de nuevo estabilizado, se dispuso a apretar el gatillo. Sin soltar el volante, Joel también apuntó su pistola.

En el momento en el que Bernardo se preparaba a descargar la segunda vez, Ebers, empuñando dos pistolas, se inclinó y lo encañonó en el estómago a la altura del ombligo. Acercándose las con rapidez, le empujó, en tanto Rolling hacía lo mismo con Yuri y el Poeta en la espalda y en la nuca, los tubos con tal fuerza al asesino cabecilla, que casi le desgarró la piel y le alcanza los intestinos grueso y delgado. El policida sintió el puyón y, al igual que los otros malhechores, lanzó, como desorientado, pues no sabía qué le estaba pasando, mejor dicho, qué o quién lo estaba agujoneando, un alarido patético. ¡Aaay!, gritó el criminal, dejando de apuntar a los agentes y soltando el artefacto, entretanto gesticulaba con dolor evidente.

El Poeta y Joel, echando la espalda y el cogote para adelante, tratando de quitarse el pinchazo que les repartía Manzana de Adán, bajaron igualmente las armas.

—¡Las manos en alto, cabrón —le rugió Ebers al policida, hundiéndole todavía más el cañón —; las manos en alto asesino infeliz, criminal impenitente!

Como si la indicación fuera emitida a ellos también, Yuri y el Poeta levantaron los brazos al mismo tiempo que los alzaba Jeser.

Ebers aumentó la presión. Y más aún. Elevando la intensidad de los aullidos, de por sí ya desgarradores, a punto de perder el conocimiento, Bernd se deslizó para adentro del vehículo agarrándose la barriga adolorida. Dejó olvidada en el techo la AK, que enseguida resbaló, rodó al suelo y cayó parada sobre la culata, se estuvo un rato en pie, se tambaleó y después perdió el equilibrio finalmente, cayendo de lomo.

Cuando Pelado Bernd se metía a la cabina haciendo muecas desmedidas, se pasó golpeando la frente en la puerta. El golpe fue fuerte, pero, más atento su cerebro al primer dolor, no le hizo caso a este segundo porrazo en la cara, que se le puso rosada y luego de tono rojo oscuro.

Una vez que Bernardo se hubo metido de nuevo al compartimiento de la Ford y recostado en el asiento vencido por la tortura, su lugarteniente, dándole vuelta a la pistola, le soltó un culatazo despiadado en la cerviz. El matapolicías, que no gritó por este golpazo, dejó de berrear y aflojó el cuerpo, quedando semiinclinado boca abajo, poco más o menos en la misma posición

en la que se inclinan los árabes para rezar a Alá.

Se acercaba rápidamente el final del invierno, que había sido copioso, uno de los más abundantes del año dos mil diez y de la última década. Los temporales de seis, siete y ocho días seguidos se habían sucedido casi sin interrupción. Y con ello también los desastres. Derrumbes, calles difíciles, vías de comunicación cortadas, cultivos anegados. Las pérdidas fueron cuantiosas. Según las cuentas preliminares, andaban por los mil doscientos ochenta y tres millones de dólares. Gracias a Dios los daños eran solo materiales, que, después de todo, con los meses, se volvían a hacer. No así la vida. No había muerto ni una persona. Pero faltaba todavía que lloviera más, con la posibilidad real de que la ruina aumentara.

El CNM pronosticaba al menos otra buena tormenta, que estaba prevista para el domingo diez de octubre en la madrugada. El Centro vaticinaba que las primeras gotas empezarían a caer a eso de las cuatro de la mañana.

De acuerdo con Meteorología, la tempestad iba a ser de un día únicamente, pero, eso sí, las precipitaciones vendrían fuertes, con granizo incluido. Y por varios minutos. Tal vez unas siete horas seguidas. Sin duda sería un diluvio peligroso. Había que seguir estando alerta, dijo el organismo a través de su vocero interino, puesto que el titular se hallaba de vacaciones.

En efecto, el diez del décimo mes, faltando un cuarto para las cuatro, se comenzaron a desprender las primeras pringas del cielo, que se había empezado a poner encapotado mucho tiempo antes cuando gigantescas nubes negras del tamaño de Uruguay y ciento dieciocho metros de profundidad que no presagiaban nada bueno se fueron agrupando allá arriba. De un momento a otro las gotas se agrandaron y multiplicaron, y comenzó a llover duro. Con rayos y truenos. A la hora el torrencial era bíblico. Los granos de hielo caían con fuerza en los techos de teja, lámina y duralita, haciendo estragos en los materiales viejos.

A las seis de la mañana los tragantes colapsaron y las calles se volvieron reales pantanos en las que no se podía pasar a pie ni en carro. A las siete todo era un auténtico caos. Treinta minutos después, sin embargo, la cosa cambió en un segundo. De repente dejó de caer agua. La precipitación decayó hora y media más tarde por completo. Los nubarrones, cada vez más blancos, se fueron dispersando como manifestantes al terminar un mitin.

En la medida en que iba cediendo la tormenta y las masas de vapor se apartaron, el Sol fue apareciendo, si bien su manifestación fue tenue y por poco tiempo. El diluvio retornó un cuarto para las ocho. De nuevo muy fuerte. Se calmó, volvió a arreciar y, tras una media hora, se aplacó nuevamente, quedándose nada más goteando. Un viento que venía del Norte se comenzó a sentir.

Primero suave, como una caricia. Luego, fue aumentando el vigor. El follaje de las plantas y los árboles empezó a moverse de allá para acá con suavidad. Conforme fue adquiriendo fuerza, la brisa comenzó a zarandear las ramas, botando montones de hojas, que eran barridas, junto con algunos papeles y bolsas plásticas, contra las cunetas, muros, las paredes de las casas o, cuando el terreno lo permitía, hacia las quebradas.

En cuestión de segundos el aire inofensivo se transformó en un ventarrón que amenazaba con continuar la avería causada por el agua. Los árboles se inclinaban, los techos de algunas viviendas casi se arrancaban de sus soportes, las personas que salían para sus trabajos se escapaban a caer. El frío comenzaba a ser hiriente. La temperatura había empezado a descender, y ya iba por los 9° centígrados.

De un pasaje pavimentado en fecha reciente, una cuadra al poniente de la calle del Cementerio, por cuyas zanjas bajaba lodo en abundancia, el pecho echado para adelante para que el viento no lo botara, envuelto en un suéter grueso, demasiado grande para su talla, sucio, un hombre andrajoso con la piel del cuerpo salpicada de manchas verdosas y rojizas, parecidas a las que tienen las corazas de las tortugas, surgió andando con paso vacilante, cruzó a la derecha y caminó cuesta arriba. Increíblemente seco a pesar de haber pasado la noche a la intemperie, bajo el saliente de una cochera, no cargaba, aparte de la ropa que usaba, ninguna prenda consigo, a no ser un pequeño morral vacío, de lona gris. Lo traía colgado en el hombro, y de él salía un olor de veras repugnante.

Tampoco llevaba nada en el estómago, que era lo que lo había movido a dejar el cartón que tenía por cama. El vagabundo enclenque no había probado bocado en tres días. Únicamente agua. El hambre lo consumía. Tenía el vientre hundido. Era solo los huesos. Treinta pasos adelante, al ver un cafetín a la derecha, se detuvo, y, sin pensarlo dos veces, fue para allí. Quería comer algo sólido, pero sobre todo deseaba con ganas tomar una bebida caliente. Se aproximó con las manos metidas en las bolsas del pantalón a la puerta oscilante de vidrio. El olor nauseabundo le llegó al guardia que estaba en la

entrada antes de que el menesteroso apareciera ante sus ojos desconfiados y en vigilancia permanente.

—¡Largo de aquí, apestoso! —le gritó, tocándose la pistola impidiendo que el errante pusiera los zapatos deslustrados en la primera grada.

El *apestoso* no protestó. Se limitó a bajar la cabeza, dio media vuelta y siguió marchando. Tal vez más adelante tenía mejor suerte. Cambiándose de puesto el morral, caminó dos cuabras. Vio un nuevo cafetín y se desplazó para el lugar; pero otro hombre parecido al que lo acababa de ahuyentar —el mismo uniforme, el mismo corte de pelo y hasta la misma forma de pararse; los pies separados—, lo echó sin esperar a que se acercara mucho.

—¡Andate, andate, andate! —le dijo, batiendo la mano con energía, amagando con darle una patada con sus botas con cubo de acero.

El pordiosero, con los labios medio abiertos, solo se le quedó viendo con sus ojos sin vida. Las tripas le chillaban. Sentía un ardor en la barriga, en la que se dio unas palmaditas, como si de esa manera se le fuera a quitar el apetito.

Estuvo lastimosamente parado ahí un rato, haciendo caso omiso de las palabras y la amenaza del puntapié del custodio. El viento le pegaba el suéter a los huesos definidos por todos lados. El hombre daba lástima y pena. Además de mala espina. Un niño que iba saliendo de su hogar se volvió, asustado, a entrar corriendo, al verlo. El pobre giró y caminó de nuevo. Se detuvo en medio de la calle, sobándose la nuca, en la que ostentaba veinte puntadas. El dolor no remitía. Al contrario, se le había recrudecido. Las cinco ibuprofeno que se tomaba al día, solo le calmaban el suplicio un poquito. Los puyones en la espalda ya no le punzaban, pero aún tenía claras las marcas redondas de los cañones. Hacía poco le habían comenzado a dar mareos fuertes como consecuencia del culatazo. Casi a cada hora. Reinició la andanza. A los dos pasos se paró nuevamente. El *maldito* vértigo otra vez. Sintió que todo empezaba a bailar a su alrededor.

Esperó, con los pies separados, a que le pasara el mareo. Cuando advirtió que iba cediendo, a los quince o veinte segundos, andando despacio para no caerse, se fue a sentar a las gradas de una casa, dos viviendas más allá de la cafetería de donde lo acababan de correr. Después del vahído venía el vómito. Lo sabía. Se sentó, se tapó la cara con las manos y agachó la cabeza, esperando regurgitar; sin embargo, las arcadas no llegaron. Al rato, en el instante en que la indisposición le pasó, levantó la chola. Vio que tres policías se acercaban en dirección contraria a la que deambulaba él. Al pasar a su

lado, uno de ellos se detuvo, sacó una moneda de veinticinco y se la dio. El mendigo la cogió sin decir nada. El uniformado se volvió y, dando trancos, alcanzó a sus compañeros.

En el momento en el que los agentes iban a doblar la esquina, el errante soltó una gran carcajada. Los policías se detuvieron y se voltearon para mirar al indigente. *Loco*, pensaron los tres reanudando el recorrido, pasando el recodo.

Fin.